START

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

G. MOLINA
LIBRERO
MADRID

NÚMERO 1. 10 CUARTOS.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

1º de agosto de 1839.

474346
28.4.48

INTRODUCCION.

Al publicar un periódico de literatura y artes, no crea el lector es nuestro intento hacer alarde de erudicion, ni menos aspirar á una gloria literaria, que ni la edad, ni el talento, ni la esperiencia nos conceden. Nuestro ánimo es mas noble, mas honrado, aunque siempre atrevido y espuesto. Al ver nacer continuamente en casi todas las capitales de nuestro pais publicaciones de esta especie, no hemos querido que la culta Cádiz, donde las colonias fenicias depositáran tal vez los primeros elementos de la civilizacion española, no diese muestras de conservar en su seno hijos que estiman su noble orígen, y cifran su orgullo en adelantar en la difícil carrera de las letras, cuya perfeccion constituye la gloria y verdadera prosperidad de las naciones.

No dudamos que es pesada la carga que hemos echado sobre nuestros flacos hombros: pero, desnudos de todo amor propio, nos someterémos con humildad á la censura de un espíritu severo, como despreciaremos altamente toda invectiva que se alce contra nosotros; debiendo recordar, por si llega ese caso, las palabras de un sábio de nuestros dias: "La juventud necesita ser animada cuando el objeto que la guia es el de adelantar."

En esta época, la mas notable de nuestra historia, en la que se ofrece al ingenio el espectaculo de una revolucion política donde luchan las luces con la ignorancia, la cordura con la demencia, las acciones heróicas con la supersticion y el fanatismo, la virtud con el vicio; y en de otra literaria, donde disputa la razon su independencia, y el genio todo el vuelo de su fantasía; en esta época pues, la juventud ardiente dá por todas partes señales de vida, su alma se vigoriza, su pensamiento se exalta, y ansia saber para hacerse un dia útil á sus semejantes.

¿Y quién, por otra parte, no tiene esos deseos de adelantar, al leer las sen-

tidas trovas de MANRIQUE, las dulces églogas de GARCILASO, y las gigantescas creaciones de CALDERON? ¿Quién, al pensar que es hijo de la patria de HERRERA y de ROJA, no anhela imitar á tan elevados modelos?

Fecundo el suelo español en producir grandes ingenios en todos tiempos, ha tenido por hijos á un Maestro LEON, á un FR. LUIS DE GRANADA, á un CERVANTES, á un SOLÍS, dignos de vivir eternamente en la memoria de los hombres, y cuyos escritos no podemos leer sin entusiasmo; entusiasmo que no le es dado sentir á un alma fria é indiferente.

Impulsados, pues, de ese noble sentimiento, hemos acometido una empresa, árdua á la verdad; pero que procuraremos desempeñar del mejor modo posible, no solo válidos de nuestras propias fuerzas, sino abriendo las columnas de este periódico á todos los que quieran favorecernos con sus producciones.

¡Dichosos nosotros, si, por premio de los áridos desvelos, y multiplicados trabajos que siempre trae consigo esta nueva carrera de suyo espinosa y comprometida, logramos siquiera una vez, cerrando los oidos á los aplausos de los necios, fijar en cualquier sentido la atencion del sabio!!!!

LOS REDACTORES.

LA SULAMITA.

CANCION SAGRADA.

Versez des fleurs; je veux jusqu' au retour
Reposer sur des fleurs, car je languis d' amour.
MILLEVOYE.

Regad, vírgenes ¡ay! con bellas flores
La verde alfombra que entapiza el prado;
Ardo de amor aquí, y al bien amado
Quiero entre rosas esperarlo yá.
(Estrofa 5ª, parte 2ª)

I.

Doncellas de Sion, vírgenes puras,
Compañeras constantes de mi lloro,
No habeis visto bajar al bien que adoro
De las montañas cual radiante luz?
Cual suele aparecer en el oriente,
Orlada de coral la bella aurora,
Cuando ahuyenta con risa encantadora
De las tinieblas el glacial capúz?

II.

Decidme, compañeras, en qué falda
O en qué cercano bosque, su ganado

Pasta la verde yerba regalado?
A dó mi planta llevaré veloz?
Decid; acaso al adorado mio
Esconden las palmeras de Idumea,
Acaso en sus alfombras se recrea
Y olvida ingrato mi amorosa voz;

III.

O acaso encuentra delicioso abrigo
En el cercano bosque y dura roca,
Y no acude al aliento de mi boca
Desde las altas peñas de Sanir?
Mas ¡ay! léjos de mí por tanto tiempo!....
¿Qué causará, decidme, su tardanza?
No sabe que le aguarda mi esperanza,
Y que ausente mi bien voy á morir?

IV.

Delicia seductora de mis dias,
Huyó quizá de tu inhumano pecho,
Cual leve nube en huracan deshecho,
La que llamabas tú fulgida faz?
No soy ya para tí, vida del alma,
La hermosa Sulamita, tu tesoro?....
Ay! vuelve, dueño mio, yo te adoro,
Goza en mis brazos deliciosa paz.

V.

Ven, tengo para tí frutos lozanos
Que del árbol cogí con alegria;
Ven á estrechar tu mano con la mia,
Mi mano entre las tuyas temblará.
Regad, vírgenes, ¡ay! con bellas flores
La verde alfombra que entapiza el prado;
Ardo de amor aquí, y al bien amado
Quiero entre rosas esperarlo yá.

VI.

Pesa mi frente, y sueños de ventura
Soñaré, mientras viene el ángel mio;
Qué digo? no.... ¡qué loco desvario!
Dormir lejos del dueño de mi amor!
Se doblarán mis párpados cansados,
Mas vela el alma sin hallar reposo;
Ven á mis brazos, ven, amante esposo,
Recibe ya mi aliento abrasador.

VII.

Por la risueña próxima colina,

Cual cierva amante que á su amante busca,
Se vé bajár con planta peregrina
De encanto lleno un túnido pastor:
Pintada está en sus ojos la ventura,
Y entre sus labios celestial sonrisa;
Leve, cual pura, seductora brisa,
Que embalsama el aliento de la flor.

VIII.

—»En nombre, sí, de la ligera cierva,
Dejadla reposar, vírgenes bellas,
Dejadla reposar, yo sus querellas
Desde la falda próxima escuché.
Quizá en este momento seducída
Por la ilusion de un sueño venturoso,
Espera ver al adorado esposo
Que besa ardiente su amoroso pié.»

IX.

»Rico matiz de púrpura y de grana
En su frente se pinta con dulzura;
Su corazon palpita con ternura....
Y á mi aliento de amor despierta yá.—
.....¡Mi dulce esposa! de tus rojos labios
Há un instante que aspiro la ambrosía,
¡Oh! cuan grato es al alma, vida mia,
Recibir ese aliento celestial!»

X.

»Al amagar el Sol el horizonte
Derramando su fuego por el viento,
No liba el caminante mas contento
Sediento los racimos de Engadí.»
Es tu talle que miro embelesado
Mas sutil que la palma, si mecida
Por el fuerte huracan, demuestra erguida
Su copa entre las peñas de Sanir.

XI.

Son tus ojos de amor y tus miradas
Ardientes como el sol que dora al Cielo;
Cual los de la paloma, que en su vuelo
Atraviesa del aire la region.
Y es tu boca rosada, encantadora;
Tus dientes de marfil, y tu sonrisa,
Perlas que vierte la naciente aurora,
Encanto de mi amante corazon.

XII.

El carmin de tus labios hechiceros
Asemeja al carmin que en occidente
Se vé en la tarde, al ocultar su frente
El astro rey en nubes de arrebol.
Y tus cabellos de ébano, flotantes
Al dulce viento que los mece y riza,
Mas plácidos me alhagan que la brisa
Con su ambiente, su aroma y su frescor.—

XIII.

—»Es ilusion! ¿no es sueño de mi mente?
Vivo, es verdad; respiro, y en tus brazos
Cariñosos me estrechan tus abrazos:
Y yo que ingrato amante te creí!
Venid, vírgenes ¡ay! en vez de lloro
Cantad, hermanas, la cancion de amores.....
Yo soy la reina de las bellas flores,
Soy la rosa y el lirio del jardin.»

XIV.

»Mi amante es para mí, de la colina
El álamo naciente entre verdura.»—
—»Y tú la lumbre refulgente y pura.
Que ilumina los campos de Sion.
Porque ostentas en medio de sus hijas
Tu belleza y candor y tu alegria,
Cual brilla el cedro en la floresta umbría
Su belleza mostrando y su verdor.—

XV.

—Y á tu apostura, gentileza y brio,
Nada son ante tí, dueño adorado,
Los hijos de este valle embalsamado;
Nada los bellos hijos de Israël.—
Venid, vírgenes ¡ay! en vez de lloro
Cantad, hermanas, la cancion de amores;
Yo soy la reina bella de las flores,
Y está en mis brazos mi adorado bien.

José Montadas.

DE LAS BELLAS ARTES.

El nacimiento de las bellas artes es tan antiguo, que se remonta mas allá de las edades fabulosas y se pierde en la oscura noche del tiempo. Rústico el hombre al principio, apto para crear, pero sin haber concebido aun pensamiento alguno ideal, dotado de una organizacion á propósito para lanzarse á hacer inventos de toda especie, parecia aguardar la hora en que la civilizacion le viniese á iluminar, y á comunicarle ideas de que carecia, y que mas adelante al desarrollarse y al dar á luz sus concepciones, le elevaran á una altura imponderable. Ignórase quienes fueron los primeros artistas del mundo, pues la tradicion nada ha revelado acerca de esto; solo se cree que los hombres habituados á labrar sus casas, y á cultivar la tierra que habia de producirles el sustento, crearon, andando el tiempo, y al paso que iban desplegándose sus conocimientos, las bellas artes, que llegaron á ser una necesidad para vivir.

Groseras é imperfectas en su nacimiento como todo aquello que empieza, pasaron de los egipcios y de los caldeos á los griegos que les dieron un impulso violento, llevandolas á un grado de perfeccion indecible, y trasmitiéndolas á los romanos, dominadores entonces de la mayor parte del mundo. Pero la irrupcion de los bárbaros del norte, la venida de los unnos, de los suevos, de los alanos y ostrogodos, las guerras que estos promovieron, y sobre todo, los triunfos que alcanzaron sobre la *señora del universo*, destruyeron de un modo tal las bellas obras de los griegos y de los romanos, que solamente hombres destituidos de todo sentimiento humano, hubieran podido destrozar creaciones tan sublimes: oscurecidas por tanto las bellas artes, yaciendo en total abandono, parecia que un génio maléfico se habia lanzado á sumergirlas en un perpétuo olvido, y que nada podia librarlas de su ruina. Empero no fué así: estaba escrito que habian de brillar otra vez con esplendor, y el mundo entero enagenado de gozo, saludó con ansia su venida.

Las huellas profundas que dejáran los arabes en nuestro suelo de sus muchos adelantos, unidas á la época llamada *del renacimiento*, en la que empezaron las artes á dar nuevas señales de vida, produjeron en los siglos XIV, XV, XVI y XVII, grandes obras y grandes ingenios. A esta época deben su nacimiento esos templos ricos de armonia, cuyas vidas son una historia de los progresos del arte, y que yacen diseminados por toda la faz de la Europa. A la vista de sus afiligranadas cúpulas, al ver sus aéreos botaréles lanzarse esveltos al aire como exhalaciones del otoño; al mirar las soberbias estátuas que los decoran, el alma del artista de nuestro siglo se eleva, y espera el momento en que aquellas imágenes de piedra, creaciones sublimes de génios inmortales, tomen cuerpo y se animen pues tan solo les falta un leve soplo para vivir.

Esos lienzos que adornan las mas suntuosas catedrales y los mas ricos museos de Europa, fueron tambien creados en tan venturosos siglos. Mas entre todos, el décimo quinto fué el que dió á luz mas bien acabadas obras: en él, florecieron en Italia, un Rafael Urbino, príncipe de los pintores del mundo: un Miguel Angel, escultor, quizás el mejor de su época: un Leonardo Vinci, un Ticiano, y otros mil que fuera prolijo enumerar, y cuyos nombres han pasado á la posteridad, y durarán hasta el fin de los siglos.

Las demas naciones han producido tambien grandes hombres, tales como Vandik, Poussino, Bhirgami, Rubens &c., que son dignos de la celebridad que gozan; y España se gloría de haber sido madre de artistas elevados, y de conservar muestras, nada equívocas, de que las bellas artes no han estado muertas en su suelo. Velazquez, Murillo, Zurbarán, Cano, Ribera, el Montañes, Alonso Berruguete, Juan de Herrera y otros, patentizan lo primero. En cuanto á lo segundo, respondan las catedrales de Toledo, Sevilla y Búrgos; la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba y el Alcázar de Sevilla, (restos preciosos que recuerdan la dominacion de los arabes), los cuadros del Museo de Madrid, y el Monasterio del Escorial, octava maravilla levantada á la memoria de una célebre batalla ganada por los españoles en S. Quintin.

Las bellas artes, pues, han nacido con el hombre y crecido con él: han tenido sus épocas dichosas y desgraciadas, viéndose tan pronto brillantes como el sol, ú oscurecidas como la noche: han sufrido en fin terribles vicisitudes, pero de todas han triunfado, y hoy las vemos lucir del mismo modo que luce la luna en una noche clara del Enero, marchando por la carrera de los adelantos á su apogeo: porque el artista del siglo XIX, artista lleno de esperanzas, estudia como debe los bellos modelos de la antigüedad, pero no se ciñe á copiar rastreramente, cosas que acaso no merecen ser imitadas.

Manuel Cañete.

A SEVILLA.

DESPEDIDA.

"*Sevilla, la coqueta Sevilla luce en la Andalucía como su mas rica joya, y toda su hermosura, frescura y verdor, son, por decirlo así, el magnífico engaste de su Catedral, tal vez la mas bella de España.*

(RECUERDOS Y BELLEZAS DE ESPAÑA.)

Adios, ciudad hechicera,
de mil hermosas mansion,
que te ostentas altanera
seduciendo placentera
con tu gala el corazon;
Adios; que al dejarte, en vano
tener el llanto pretendo;
que es mi dolor muy tirano,
y cada vez mas insano
vá mi pecho corroyendo.
Y quién, ciudad encantada,
al verse ya de tí léjos

no te arroja una mirada,
si descubre á los reflejos
del sol, tu frente preciada?
Quién al mirar tu riqueza,
tus antiguos monumentos,
lo ilustre de tu grandeza,
y tu presente altiveza
con tus fabulosos cuentos;
No siente el pecho latir
si por ventura nació
en tu suelo de zafir,
donde abriera á la luz yo
los ojos, para vivir?—
Ciudad de gloria pasada,
ciudad de presente gloria,
que triunfante de la nada
has estampado en la historia
tu existencia celebrada;
Escucha mi débil canto;
escúchale bondadosa;
que es eco fiel del quebranto
que padezco, miéntras tanto
que de tí me alejo, hermosa.—
Y ¿qué es en la primavera
ver nacer en el oriente
el sol, que por la pradera
entre perfumado ambiente
vierte su luz hechicera?—
¿Qué es ver nacer con el dia
la blanca y purpúrea rosa,
mostrando su lozanía
á la dulce mariposa
que vá á libar su ambrosía;
Si léjos de tí suspiro
y no puedo contemplar
tu cielo porque deliro,
ni tu sol, que absorto admiro,
como ninguno brillar?

Morada de los placeres,
ciudad bella, encantadora,
cuyas hermosas mugeres
en faz entusiasmadora
humillan todos los séres;
Tú eres la Diosa que inspira
mi mal fraguada cancion;
tú das á mi torpe lira
un tono de inspiracion
que ya por sus cuerdas gira.
Con él quisiera cantar
tus sublimes monumentos;
tu grandeza celebrar;
y en armónicos acentos
mi débil voz elevar.—
Qué tienes de filigrana
un *Alcázar* peregrino,
rica joya musulmana
que baña por la mañana
el primer albor divino:
Palacio donde habitára
en un tiempo el *Rey Cruel*,
que en su gran puerta mandara
que una inscripcion se grabara,
diciendo, *lo fizo él.*
Fortaleza peregrina
de ricos artesonados,
que aunque está muda y mohina
guarda en su centro una mina
de recuerdos encantados;
Libro de piedra, en que apenas
se puede deletrear
que hubo una edad de sirenas,
en la que, exento de penas
pudiera el hombre gozar:
Si al nacer cándido el dia
se mira la yerta luz
romperse en su celosía,
cuando su negro capúz
arrastra la noche umbría,
¿Quién habrá que en sus salones
no medite y se entusiasme
al mirar sus artesones?
quién habrá que no se pasme
con tan gratas ilusiones?
Y este palacio encantado
dó mil magas y hechiceras
bailaban en son pausado
á la luz de cien hogueras

ante un moro recostado;
Este palacio, coloso
que un grande ingenio formára;
que disfruta de reposo
miéntras el hombre orgulloso
apenas en él repara,
Solo en tí existe, Sevilla;
adorna solo tu suelo;
que tan grande maravilla
no quiso legarla el cielo
á quien la diese mancilla.

Casi enfrente está asentada
tu vetusta *Catedral*,
que jigantesca y sagrada,
con su mole colosal
es de todos venerada.
En ella el devoto llora
al compás de los cantares,
en el fervor con que ora
postrado ante los altares
donde á Dios humilde implora;
Y en ella por la mañana
se oye magnífica orquesta,
que con la turba cristiana
se mezcla, y semeja ufana
el ruido de una fiesta:
En ella el sepulcro está
del *Santo Rey D. Fernando*,
que de seis siglos acá,
se encuentra, aunque viejo ya,
tan gran templo decorando.
Y en ella libre respira
sin penas el corazon;
que el aura que allí se aspira,
es dulce como la lira
del profeta de Sion.
Monumento sin segundo!
catedral rica y grandiosa!
yo con respeto profundo
contemplo que eres ¡hermosa!
de las mejores del mundo;
Que no le es dado tener
á todas tu gran *Giralda*;
pues apenas sostener
puede la tierra en su espalda,
tu mole, con su poder.

Tienes rico un *Consulado*
ciudad linda y placentera,
allá en la mente creado
del nunca bien ponderado
artista, *D. Juan de Herrera*—
Tienes patios y jardines,
tienes veladas y amores,
tienes soberbios festines,
y en medio de gayas flores
mil risueños colorines.
Y tienes una *Alameda*
con dos colunas romanas,
que yace con su arboleda
cubriendo lo que le queda
de sus memorias livianas.
Mas entre tanta belleza
como decora tu suelo,
coronando tu cabeza
con flores que te dió el cielo
por ensalzar tu altiveza,
Déjame solo respirar
al pié del *Guadalquivir*;
que es un Edem contemplar,
su hermosa márgen mirar
cuando el dia vá á venir.

Adios, ciudad hechicera
siempre sublime y gloriosa,
que en la bella primavera
despliegas en la pradera
tu alfombra rica y vistosa;
Adios!!! que triste me ausento
de tu suelo encantador,
embebido el pensamiento
con un fabuloso cuento
y una memoria de amor!

MANUEL CAÑETE.

DEL ORIGEN DE LA POESIA.

La poesía, este lenguaje de las pasiones animadas, cuya forma es la ficcion, y su fin instruirnos con agrado, moviendo el corazon para imitar la virtud y las buenas costumbres, nació con los primeros hombres: rústica, imperfecta en su cuna, fué desenvolviéndose poco á poco como las demas facultades del entendimiento humano: y es de presumir que, en la infancia de las sociedades, sorprendido el hombre de imaginacion á vista de la naturaleza misma, elevára su mente alguna vez con entusiasmo á la region del poeta; á esa region llena de ensueños, de gloria y de vivas imágenes. La vida pastoril, la sencilléz de costumbres, todo convidaba entonces á esperimentar dulces emociones; siendo verosímil que las primitivas gentes celebrasen en versos, aunque toscos, á sus dioses, á sus héroes, y los acontecimientos notables de su vida. No es pues aventurado decir que desde tan remotos tiempos se bosquejaron la elegía, la égloga, la oda, la comedia, y aun la epopeya.

Nadie duda que los hebreos, egipcios y caldeos hacian en verso muchas de sus leyes y dogmas religiosos; empero estaba reservada á una nacion, la Grecia, el haber dado impulso á la poesía, y empezado á clasificar los poemas. Sin hacer mencion de Tales, Licurgo y Solon, vió aquella aparecer en su horizonte al inmortal Homero, quien cantó en sublimes metros el enojo de Aquiles, los viages de Ulises, el cinto de Venus, la tierna despedida de Héctor y Andrómaca, el dolor de Priamo cuando templaba con sus lágrimas los furores de Aquiles: asimismo vió nacer en su suelo al armonioso Píndaro, y al virtuoso Sófocles, á quien nadie disputará la palma trágica: estos ingenios estraordinarios elevaron el buen gusto de la poesia; pero no por eso ha de creerse empezó esta entre los griegos, quienes, amigos de atribuirse la invencion de las ciencias y artes, colocaron en el número de sus dioses, y como inventores de aquel arte encantador, a Apolo, a Orfeo y Anfion. Por otra parte, casi todas las naciones conservan versos desde la mas remota antigüedad: los turdetanos, segun Estrabon, tenian leyes y poemas en verso; los galaicos ó gallegos, como dice Silio Itálico, contaban escelentes poetas; los germanos, refiere Tácito, celebraban en sus poemas las hazañas de los héroes.

Luego que los romanos avasallaron el hermoso pais de la Grecia, adonde venian de todas partes á recibir lecciones de buen gusto y elocuencia, la poesia fué aun mas cultivada: y, en Roma, Terencio, Ovidio, Tíbulo, Cátulo, Marcial, Virgilio y Horacio fueron sucesivamente apareciendo en la república de las letras, y suavizando con sus versos las costumbres de la capital del mundo, que ya rendía sus armas al dominio de la inteligencia. Volcó el imperio romano, y con él decayó la poesia latina; aunque debemos advertir que en los últimos años la cultivaron con esmero los ilustres españoles Lucano, Séneca, Silio Itálico, Prudencio, San Dámaso, y algunos otros.

Los escritos griegos y latinos cundieron por los reinos limítrofes, y en

Italia, Francia, y demas naciones cultas de la Europa se formaron insignes poetas. No son, por cierto, dignos de la mayor atencion los vates españoles que florecieron en los siglos XII y XIII, pues hasta el tiempo en que aparecieron Fray Luis de Leon, el fecundo Lope de Vega y demas poetas que honran nuestro parnaso, la poesia entre nosotros no rayó en su perfeccion. Empezó á decaer en el reinado de Felipe IV, á lo que contribuyó no poco el altisonante Góngora; y volviéronla á dar su esplendor las plomas de Huertas, Cienfuegos, Jovellanos, Quintana, Mel ndez, Iglesias y otra multitud de poetas, en cuyas obras brillan singular invencion y gusto.

En la era actual, en que una nueva senda se abre al corazon, y otro órden de cosas, otras sensaciones vienen á ponerlo en movimiento, el gusto de la poesia se hace general en España: mas como quiera que, al hablar de algunos de los actuales poetas, seria necesario entrar en pormenores acerca de las dos escuelas que se disputan en Europa la primacía, reservamos esto para otros artículos en los que emitiremos con franqueza nuestra humilde opinion.

J. B. y Q.

A LAS BELLAS GADITANAS.

SONETO.

Grato es cantar ¡oh hermosas Gaditanas!
En este rico Edem de Andalocía;
Grato es cantar en plácida armonía
Vuestras bellezas magicas, tiranas:
Que ni nacen tan puras las mañanas,
Ni es tan sublime el luminar del dia,
Como son vuestros rostros de alegria
En que el dulce candor mostrais ufanas.
Por eso yo que la hermosura adoro
Ensayo mi cancion en torpe lira;
Y si para mi mal algo deploro,
Es que la bella ingrata que me inspira
Merece mucho mas; porque á este suelo
Cantar debiera un *angel* desde el cielo.

M. Cañete.

ALBUM.

Noticias teatrales.—Paris.—Teatro del Renacimiento.—Se está preparando para la mayor brevedad un nuevo drama de Federico Soulié, cuyo asunto está tomado de su último romance EL MAESTRO DE ESCUE-

LA. La sociedad literaria cree será digno del autor, que ha conquistado un nombre justamente célebre, por otras producciones anteriores de la misma especie.

Teatro del Palacio Real. Dentro de breves dias se estrenará en él un drama titulado ARJENTINA, en el que funda la empresa grandes esperanzas.

Madrid. A estas horas habrá ya tenido lugar en el teatro del Príncipe la primera representacion de JUAN DANDOLO, drama original de los Señores Zorrilla y Garcia Gutierrez; deseamos haber á las manos esta nueva produccion de dos jóvenes tan ventajosamente conocidos en la república de las letras, y esperamos que no desmentirá en nada el concepto que han adquirido sus autores.

Cádiz. Se prepara para ponerse en escena á la mayor brevedad, á beneficio de D Antonio Vico, el drama en cinco actos de Federico Soulié, que se titula CLOTILDE. El asunto de esta obra es en estremo atrevido y lleno de un interes poco comun. La sociedad de Paris, que se halla inclinada siempre á aplaudir cuanto tenga alguna tendencia con sus adelantos, asistió constantemente por espacio de mas de tres meses á sus innumerables representaciones: deseamos, pues, verlo en escena, y creemos que los talentos dramáticos de la Sra. Baus y del Sr. Tamayo, encargados de los dos papeles principales, darán mas realce á esta produccion, digna por cierto de su célebre autor.

ESTE PERIÓDICO SALE TODOS LOS JUEVES.

Su precio es el de 5 reales mensuales en Cádiz llevado á casa de los señores suscritores, y 4 recogido en la redaccion; por trimestres 12; en las provincias 5 reales por un mes, franco de porte, y 14 por tres meses.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En *Cádiz*, en la imprenta de dicho periódico, calle de San Pedro, número 116; en la libreria de Ballardo, plazuela de S. Agustin; y en la abaniquería de Alvarez, calle Ancha, número 142.

En *Madrid*, libreria de Miyar, calle del Príncipe, é imprenta de Sanchiz, calle de Jardines, número 36.

En *Sevilla*, imprenta del *Noticioso*; y en las principales librerias del reino.

Impresor y Editor, F. Alvarez.

CADIZ: IMPRENTA DE LA AUREOLA, CALLE DE SAN PEDRO, NUM. 116.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

8 *de agosto de* 1839.

CEREMONIAL EN LA MUERTE, ELECCION Y CORONACION DE LOS PONTÍFICES.

Apesar de la pompa, grandeza y magestad que rodean al soberano Pontífice, no está libre de las miserias humanas, ni de la muerte, como el último de los hombres. He aqui las ceremonias que se practican cuando muere. No bien ha cerrado sus ojos por la postrera vez, se le cubre el rostro con un lienzo blanco. El cardenal Camarlengo ó gefe de la cámara apostólica, acompañado de todos los miembros del consejo y dependientes del sacro Palacio, viene á la estancia del Pontífice, se acerca á él, levanta el cendal que cubre su rostro, y llamándole por su nombre de bautismo, esclama por tres veces: *¿Estais muerto?*—Despues de una corta pausa, dice en alta voz, y otras tantas veces: *Está muerto*: en seguida, tomando el sello pontifical, llamado *Anillo del Pescador*, le rompe, y se retira con su comitiva. Hecho esto, despojan de sus vestidos al difunto, lavan su cuerpo con aguas olorosas, y le vuelven á poner el hábito pontifical, dejando los pies descubiertos, que besan los domésticos en señal de despedida.

Una campana del *Capitolio*, que solo suena en esta ocasion, ó cuando un nuevo Papa vá á tomar posesion de la mitra de *San Juan de Letran*, anuncia esta muerte á los habitantes de Roma. Se envian espresos á todas partes en que es reconocido y reverenciado su poder espiritual, notificando el acontecimiento á las Testas coronadas, y en especial á los cardenales ausentes, á quienes se les invita al mismo tiempo que vengan al *Cónclave* para proceder á la eleccion de un sucesor al Pontificado.

El mismo dia de la muerte del Pontífice (si es por la mañana) ó al dia siguiente (si es por la tarde ó durante la noche) es conducido el cadáver ya embalsamado á una capilla del *Vaticano*, ó de la iglesia de *San Pedro*, y le colocan en una magnífica cama de respeto; allí acude un inmenso pueblo para besarle los pies.

En la capilla arden dia y noche

una multitud de cirios y antorchas, y hay cierto número de sacerdotes, quienes, por decirlo asi, guardan los restos inanimados de aquel que algunas horas antes hacia las veces de Jesucristo en la tierra, y dirigen sus plegarias al Eterno.

A los tres dias del fallecimiento, se traslada el cuerpo á un atahud, con sesenta medallas de la coronacion, que se reservan para este fin; á saber, veinte de oro, veinte de plata, y veinte de cobre, mezcla las y confundidas entre sí, para denotar, dicen, que la muerte iguala todas las cosas; ciérrase despues el atahud, y lo llevan al sepulcro que le está destinado, con toda la veneracion y ceremonias acostumbradas.

El *Sacro Colegio*, durante 8 dias, se reune todas las mañanas para celebrar los funerales en la capilla de *San Pedro*, llamada Gregoriana, la cual está iluminada como la primera, y adornada de escudos con las armas del Pontífice, asi como de una rica cama de respeto, con un féretro encima, al pié da la que oran infinidad de sacerdotes.

Mientras dura el interregno, los cardenales elegidos por el Papa se ponen vestidos de sarga violeta, con adornos de lo mismo; y la cabeza de la maza que ordinariamente llevan, la vuelven entonces hacia abajo.

El cardenal Camarlengo, con los tres gefes de los Ordenes del Colegio, ejerce todo el poder temporal; hace acuñar monedas con dos *llaves cruzadas* por un lado, y el *estandarte de la iglesia* por el otro; envía órdenes, firmadas por los tres cólegas arriba dichos, á todos los Gobernadores de las plazas del Estado eclesiástico, para que vigilen por su seguridad. Los cardenales y otros príncipes, y los embajadores de las potencias estrangeras que se hallan en Roma cuelgan cadenas delante de sus palacios como para resguardo de sus personas.

Pasados diez dias, y habiéndose pronunciado un discurso *de eligendo Pontífice* por un familiar del Papa ante el *Sacro Colegio*, y celebrado la misa de Espíritu Santo, todos los cardenales pasan al cónclave, construido de madera, y dividido en celdas numeradas segun costumbre: cada uno se retira á la que le cabe en suerte, para meditar acerca de la *eleccion*, sin salir mas que dos veces al dia, y esto á la capilla de *San Pablo*, que está próxima al cónclave. Los prelados de guardia tienen buen cuidado de vigilar á aquellos y á sus conclavistas para que no se hablen, ni reciban ó den carta ninguna.

Cada cardenal escribe en un papel algun pasage de los libros sagrados, como por egemplo, *Domine probasti et cognovisti me*, *PS.* 138, que oculta bajo un pliegue; escribe debajo su nombre, acompañándolo de un sello particular, que cubre tambien con un dobléz: en fin hace escribir á su conclavista el nombre del cardenal que elige, dando otro pliegue al papel.

Así que cada uno ha depositado su voto, dos escrutadores van leyéndolos en alta voz; y habiendo empate, se reunen á conferenciar en el acto, resolviendo por lo comun que se vuelva á empezar el escrutinio. Alguna vez se toma el partido mas obvio que es la *inspiracion*. De este modo: despues de un profundo y general silencio, y de haber invocado los auxilios del Espíritu Divino, algunos cardenales se dirigen de pronto, como inspirados, hácia el mas digno, á quien el cielo parece destinar al Solio pontificio; le abrazan sucesivamente, le besan la mejilla, y saludan como Soberano Pontífice, pronunciando en alta voz su nombre propio, hasta que él, aceptada la tiara, elige otro, como es costumbre entre las Papas. Los demas cardenales, llevados del mismo espíritu, ó, como pretenden algunos, por un convenio anterior, ó cualquier motivo de interes, amistad, &c., hacen lo mismo.

Elegido ya de una ú otra manera, le conducen á la sacristia, donde se despoja de los vestidos de cardenal, para tomar los pontificales. De allí vá á la capilla del *Santísimo*, donde despues que se ha sentado en un magnífico trono levantado delante del altar, los cardenales en hábito de ceremonia se acercan uno por uno, é hincándose le besan la chinela, como asimismo la mano y mejilla al levantarse.

Publicada ya su eleccion, le llevan sobre una elegante silla á la *Basílica de San Pedro*; y colocado en el presbiterio al lado de la epístola, proceden los cardenales á una segunda *adoracion* (que asi se llama esta ceremonia); concluida la cual, es llevado al palacio Pontificio con un numeroso acompañamiento de eclesiásticos, guardias de corps y 70 ó 72 domésticos, que son los mas antiguos de otros tantos cardenales obligados á cederlos al nuevo Papa; costumbre que no agrada mucho á esos señores, por privarse de un sirviente favorito.

A los pocos dias, hallándose todo dispuesto para la coronacion, es conducido en andas á la *Galeria de San Pedro*, llamada la *Logia*, y sentado en un magnífico trono, construido allí al efecto. Entonces se pone las vestiduras pontificales, y en vez de la mitra de cardenal, que es de tisú de plata, le colocan otra con fondo de oro, pronunciando estas palabras latinas: *Accipe tiaram tribus coronis ornatam, et scias te esse Patrem Regum, Principum et Rectorum orbis, in terra Vicarium Salvatoris nostri Jesuchristi, cui est honor et gloria in secula seculorum, amem*, es decir: Recibid esta tiara de tres coronas, y sabed sois el Padre de los Reyes, Principes y Gobernadores del mundo, Vicario en la tierra de nuestro Salvador Jesucristo, á quien pertenece toda gloria y alabanza por los siglos de los siglos, así sea. Llámase tambien esta tiara, triple reino, ó triple corona. Algunos creen que el nombre de reino se lo dió Clodoveo V, primer Rey cristiano de Francia; dicen que envió una al obispo de Roma, adornada de ricas perlas, y un solo círculo de oro. Añadióle otro Bonifacio VIII, para significar el soberano derecho que su autoridad tenia sobre los dominios temporales de la iglesia; últimamente Benedicto XII le añadió el tercero.

Esta pomposa ceremonia es seguida de otra mas sencilla. Mientras el Papa coronado ya es conducido á la iglesia, van quemando ante él por el tránsito unas mechas de algodon, cuya estrema combustibilidad hace que se apaguen al momento; pero que muy luego las vuelven á encender pronunciando estas palabras: *Sanctissime Pater, sic transit gloria mundi*: Tan fugaz es, Santísimo Padre, la gloria de este mundo.

Algunos dias ó algunas semanas despues, segun plazca al nuevo Pontífice, vá á tomar posesion del *Obispado de*

San Juan de Letran, acompañado de una numerosa cabalgada de las personas mas distinguidas de Roma, tanto seculares como eclesiásticas, la cual pasa por delante del Capitolio, cuya campana suena entonces. Llegado el Pontífice á la iglesia, dá suavemente tres golpes en la puerta principal que está cerrada al intento, y se sienta en un trono que allí hay, mientras que el *Arcipreste*, que es ordinariamente un cardenal, abre aquella, y presenta al Papa dos llaves, una de oro y otra de plata, besándole la chinela; esto mismo hacen inmediatamente despues todos los canónigos, rindiéndole homenage como á su obispo.

En seguida Su Santidad entra hasta el Presbiterio, donde se sienta sobre otro trono, y el *Arcipreste* le incensa, à tiempo que los cardenales y obispos le besan el calzado.

Despues de algunas otras ceremonias el Papa bendice al pueblo, hace distribuir medallas, y vuelve con la misma cabalgada y la misma pompa al palacio Pontifical.=(*T.*)

CANCION.

Hermosa, léjos de tí
Qué es el mundo y sus placeres?
Qué es el mundo, si tú eres
Lo mas grato para mí?
Sin tus ojos hechiceros
Que inflaman mi corazon,
Cómo ha de hallar mi pasion
Encantos mas lisongeros?
Dónde, dime, encontraré
Tu sonrisa seductora
Tan pura como la aurora?
Donde tu gracia hallaré?
Vírgen pura y celestial,
Señora de mi albedrio,
En tus brazos dueño mio
Solo halla treguas mi mal.
En ellos todo es placer,
Y en ellos morir quisiera;
Cuán delicioso me fuera
En tus brazos perecer!
Y tu aliento respirar
En medio de la agonía,
Y mi mano helada y fria
La tuya ardiente estrechar!
Mas no, que es vana ilusion,
Y pues ella nada alcanza,
Muera mi triste esperanza;
Muera tambien mi pasion!
Sueños, que imbécil creí,
Mi pesar interrumpieron;
Más ay! qué engañosos fueron!
Ahora mi error conocí.

Ni el canto festivo
Del ave amorosa
Que entona graciosa
Su linda cancion;
Ni el prado y sus flores
Que baña el rocío,
Que adornan con brio
Tan bella mansion;
Mi pena mitigan,
Enjugan mi llanto;
Tal es mi quebranto,
Tal es mi sufrir,
Que solo á tu lado,
Tesoro del cielo,
Encuentra consuelo
Mi eterno gemir.

Mas ay! todo es ilusion;
Ilusion que nada alcanza!
Y pues muere mi esperanza,
Muera tambien mi pasion.

L. DE OLONA.

UTILIDAD DEL ESTUDIO
DE LA HISTORIA. (*)

Los hombres dispersos en sus primeros tiempos por toda la faz de la tierra, entretenidos los mas en la pesca ó en la caza, con cuyo producto se sustentaban, hubieron por precision de reunirse en sociedad para ayudarse mutuamente, comunicarse sus adelantos y gozar de una vida mas feliz. A la aparicion de la escritura, descubrimiento el mas grandioso quizás de cuantos se han hecho, y por el cual lo que antes tenia que pasar por tradicion de padres á hijos, desfigurado mientras mas tiempo corria, se consignó en piedra ó madera al principio y despues en hojas secas, pergamino y papel, se siguieron otros inventos tanto mas útiles, cuanto mas se alambicaba. La historia, este piélago inmenso que describe los grandes hechos, y por la cual se aprende á conocer el carácter de las naciones, dejando de ser una fábula, mas ó menos verdadera, segun la exactitud del que la contaba, fué escrita y estudiada, con tanto mas ahinco, cuanto mayor era el deseo que tenian los hombres de saber las acciones buenas ó malas de sus mayores. La utilidad que ha reportado y reporta el estudio de la historia es tan sabida, que fuera inútil detenerse en probar una cosa que no necesita aclaracion alguna. Por ella se conocen los sucesos acaecidos en las mas remotas épocas, y por ella aprendemos á apreciar lo que vale el saber, y á donde puede conducir el emprender acciones temerarias. Los grandes hechos que el mundo admira y celebra, las debilidades que censura, los acontecimientos que le sorprenden, consignados en ella, son una fuente inagotable, donde el hombre que desea adquirir nociones aprende á imitar lo que es digno de ser imitado, y á despreciar todo aquello que puede serle perjudicial. Testigo fiel de la volubilidad de la fortuna, la historia nos presenta en la mayor degradacion á el que ayer, desde lo mas alto de un trono, dictára leyes á las naciones, y enseña lo poco que se debe confiar en esas mentidas pompas que deslumbran, y que tan falsas son. Es un cuadro completo y perfectamente retocado, en el que vemos reproducidas todas las épocas, todas las naciones, todos los hechos y todos los personages que les dieron mayor lustre ó degradacion; pero pintados con tan vivos colores, con tanta verdad y maestría, hasta en los detalles mas minuciosos, que parecen acontecer en nuestra presencia. Unanse á esto las lecciones de filosofía que dá al que con ojos curiosos la examina, presentándole las diversas fases de sus épocas, y se verá claramente, como de cuantos estudios emprende el hombre, uno de los mas necesarios es el de la historia, y mas esencialmente la del pais natal.

(*) *Proponiéndonos dar cabida en los números venideros á algunos artículos de historia, especialmente de la de España, creemos no estará demas demostrar en esta breve reseña, lo útil que es á todos estudiarla.*

En ella estudia el diplomático, y tal vez aprende en sus páginas, y en los acontecimientos políticos ó religiosos que describe, cuales son los medios de que ha de valerse para dar salud al estado que gobierna. Y en ella bebe sus inspiraciones el poeta, y arroja despues al mundo, revestidos de sus formas, los personages que ha sacado de su seno; en fin, cuanto el mundo encierra, cuantos acontecimientos ha presenciado, todo nos lo retrata fielmente la historia, dándonos á conocer el orígen de las sociedades, las diversas formas de gobierno que ha habido, el engrandecimiento y decadencia de los mas grandes imperios, y finalmente cuanto yace en lo pasado; hechizándonos con sus descripciones, ó instruyéndonos con los hechos que presenta.

MANUEL CAÑETE.

EL PARIA.

Léjos del mundo, en mísera cabaña
A la sombra de un árbol construida,
Pasa el paria contento y sin pesares
Exento de ambicion, dulce la vida.
Que allí donde las hombres le arrojaron,
Allí donde su nombre proscribieron,
Un trono á su ventura levantaron,
Una dicha sin límites le dieron.—
Y ¿qué valen la pompa y la riqueza
Turbadas por las penas y dolores,
Contra la grata y rústica grandeza
Del que respira libre entre las flores?
Qué valen los palacios suntuosos
Que levantan sus frentes hasta el cielo,
Si aunque agora se ostenten orgullosos
Se verán hechos polvo por el suelo?
Hombre sin fé, sin ley y sin creencia, (1)
Hombre que has estudiado en la natura,
Y á quien un pueblo bárbaro sentencia
Porque seguir no quieres su impostura;
Escucha ya mi voz, tú que vagando
Por esos campos fértiles suspiras;
Y desecha el pesar, que vá amagando
Romper su dique y descargar sus iras.

(1) Los bramas, dominadores de la mayor parte de la India, contemplan en los parias unos séres malditos, que no tienen fé, ley, ni creencia alguna; por eso cuando algun brama visita la cabaña de un paria necesita despues purificarse con las aguas del Ganjes para poder entrar en las pagodas.

Que al adorar á un ser, puro, increado, (2)
Con un respeto santo y religioso,
Vales mil veces mas que el potentado
Que implora falsamente á un Dios piadoso.
¡Oh! cuan feliz, enmedio de sus males,
Es el paria inocente y sin falsía,
Que no sabe las artes infernales
De la falaz y vil hipocresía.
Cuan venturoso al lado de su esposa
En la dulce cabaña, disfrutando
De una vida tranquila y deliciosa,
Al hijo de su amor acariciando!
El vé nacer el sol en el oriente,
El al alzarse en su cenit le mira;
Y al ahuyentarse el dia, en occidente
Le vé hundirse tambien, y allí suspira.
Que es el sol un emblema misterioso
Que Dios colgó en el cielo, omnipotente;
De su inmenso poder signo glorioso,
Parodia de su luz, rica y fulgente.
Por eso el paria en su presencia admira
Un destello del ser que el mundo hiciera;
Y á su aspecto magnífico delira
Siguiendo con la vista su carrera.
Que ese infeliz que yace abandonado
Siendo objeto de horror ó de desprecio,
Ese infeliz, del mundo desechado,
No se cura de un mundo loco y necio.
Vive entre flores respirando aroma,
Vive entre yerbas recogiendo fruto;
Y es grande así tan solo, cual fué Roma
A quien el mundo entero dió tributo.

Hombre sin fé, sin ley, sin creencia,
Vive bajo tu techo hospitalario
Conservando feliz tu independencia
En ese humilde hogar tan solitario;
Y deja al poderoso en las ciudades
Que arrastre su riqueza por el cieno;
Déjale sí, que en premio á sus maldades
El oro ha de trocársele en veneno.

MANUEL CAÑETE.

(2) A pesar de que los bramas dicen que los parias no creen en nada, estos adoran al ser que todo lo ha creado, y cuyo poder demuestra la sabia naturaleza.

COSTUMBRES.

EL HOMBRE DE INFLUJO. (*)

El ridículo y los vicios son inmutables y eternos en la sociedad; solamente su forma varia segun los tiempos: se perfeccionan como todo lo que existe, y llegan á ser mas estudiados, menos sinceros. Las caricaturas que suministraban ideas al célebre Moliere, eran casi tan superiores á las que vemos todos los dias, como diferente es el genio de aquel autor al de nuestros dramaturgos satíricos. Bastante echamos de menos la época pasada: lloramos la pérdida de las antiguas creencias, de la elegancia aristocrática, del gusto delicado y de la ciencia profunda: lloramos la destruccion de los principios de órden y sumision, pero en este terrible naufragio, ninguno ha sentido la desaparicion de los ridículos antiguos, pérdida ciertamente grave. Nuestra sociedad barnizada y bruñida ya con la piedra pomez, ofrece apenas aquellas grandes tintas, que componian lo grotesco y lo cómico, como hijo de la antigua rudeza de nuestras costumbres; todas aquellas fisonomias han desaparecido con el barniz. Con mucho trabajo podríase distinguir ahora un necio de un hombre de talento. Preciso es por tanto mirarlos bien de cerca, y estudiar hasta las menores líneas de sus semblantes. Así es que el ridículo ahora solo es una nube, cuando antes reflejaba en colores vivos y seguros.

Sin embargo, preciso es no presentar las cosas peores de lo que en sí son; aunque menos evidentes y menos sensibles no han desaparecido los vicios de la sociedad, porque, ya lo hemos dicho, son huéspedes permanentes en este valle de lágrimas, y aunque se disfrazan no se destruyen del todo, semejantes á la hidra de las siete cabezas, que con la sangre de la herida renacian de nuevo. La humanidad es una trama siempre informe, cuyos dibujos cambian á proporcion que varia la moda ó la fantasía; asi es que los antiguos despareciendo han dejado el campo á otros nuevos: á las costumbres de nuestros padres, tan ingénuas, tan pastoriles, tan poéticas, han seguido otras costumbres mas reales, mas amaneradas, mas matemáticas; pero ahora, como entonces, el ridículo tiende su brocado sobre el enredoso tejido y solo se necesita observarlo con mas detencion para distinguirlo.

Entre los tipos originales que nuestra nueva organizacion social ha creado, hay uno, de casta tambien nueva, que merece ser estudiado con esmero: hablamos del *hombre de influjo*.

El hombre de influjo es un ambicioso por abrogacion, que consagra su fortuna, su tiempo, su vida en elegir un santo que adopta; fija toda su gloria en servir de apoyo y le basta que digan—*Diríjase usted á él, que tiene grande influencia*: con estas únicas espresiones capaz seria de tocar al cielo con las manos, (si no estuviera el cielo tan alto y nosotros tan bajos): él crea jueces, consejeros y diputados sin pensar llegar él á serlo: una vez adoptado su protegido, se hace su heraldo, su agente de negocios, su esclavo. Le elogia en todas partes, é inserta artículos apologéticos en los diarios.—¿Es usted artista? no hay cuidado, nuestro hombre se encarga de repartir los billetes de convite, hace correr los prospectos, obtiene el permiso de las autoridades y no hay mas que pedir. Si es predicador de un sistema nuevo, él proporcionará impresos para su instruccion; venderá en su misma casa los folletos, y le defenderá en sus reuniones literarias; irá á aplaudirle con toda su familia, inclusa la cocinera y su ayuda de cámara. Nada es imposible para *el hombre de influjo*: capaz seria de atraer concurrentes al coliseo y de buscar suscritores á un periódico de literatura, cosas ambas tan poco fáciles como lo vemos.

Por lo demas *el hombre de influjo* es afable y activo; es el encargado en todos los bailes por suscricion; arregla las meriendas en los dias de santos, y toca el *contrabajo* en las serenatas nocturnas; conoce á todo el mundo y os dará cartas de recomendacion para el punto que querais, aunque sea para *Neuw-Yorck*.

En cuanto á su profesion varia segun los lugares y circunstancias: *el hombre de influjo* puede ser indistintamente especiero por mayor, médico, fabricante y abogado. Su campamento por lo regular le tiene en el café mas principal. Es un hombre entendido y alegre, que sabe bien la ortografia, habla siempre alegóricamente y baila el rigodon y la mazzowrka. Por lo demas es muy estimado de todos, y á su muerte es seguro que irán cuantos le conozcan á acompañar sus restos al oficio de difuntos, y no se apartarán de él, hasta dejarle en el cementerio.

El Miron andaluz.

(1) Nada decimos acerca del *hombre de influjo* considerado como político, porque estando este periódico destinado solamente á hablar de literatura y artes, no queremos introducir en él nada que tenga tendencia con materias de otra especie.

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

A MI AMIGO D. J. V. Y P.

Mira el libertador, que de tu mano
y del cuello doliente
romperá las cadenas, y al tirano
quebrantará la frente.

D. A. LISTA.

En un portal ruinoso
por los vientos azotado,
se encuentra *el niño precioso*
en un estado afrentoso
sobre pajas reclinado.
Solo el calor recibia
que produjera el aliento
de dos brutos que allí habia,
y á tal favor muy contento
mil caricias les hacia.
La Virgen lloraba en tanto
con amargo desconsuelo;

y en su angustioso quebranto,
imploraba al cielo santo
porque le diese consuelo.
Y al fin el Padre Potente
su voz acogió bondoso,
y al redentor inocente
un ángel mandó clemente
nuncio de paz venturoso.
Su gloria el ángel cantó,
divulgó su nacimiento,
y de placer innundó
á todo el que lo escuchó
en tan solemne momento.
Al punto alegres marcharon
los pastores al portal,
donde humilde á Dios miraron,
y cual rey le veneraron
de la mansion celestial.
Tambien de Oriente vinieron
á ofrecerle ricos dones
tres reyes; guiados fueron
por una estrella que vieron
en sus remotas regiones.
Oro el uno presentó,
otro incienso del Arabia,
y otro mirra le ofreció,
que en los desiertos cogió
para donacion tan sabia.
Los tres magos le adoraron
doblando ante él la rodilla,
que aunque pobre le miraron,
que era su Dios contemplaron
y ante Dios todo se humilla.
En tanto el éter poblaban
las legiones celestiales,
é himnos á Dios entonaban,
que las almas arrobaban
de todos los racionales;
Pues los hombres por su medio
la gloria eterna ganaron,
y en aquel niño encontraron
único y solo remedio
á los males que pasaron.

MANUEL CAÑETE.

☞Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros suscritores que el señor FRANCISCO FLORES Y ARENAS, á invitacion nuestra, se ha dignado favorecernos en lo sucesivo, como se verá por el siguiente artículo, con sus escelentes *producciones literarias.*

Señores Redactores de LA AUREOLA.=Muy Sres. mios: En el primero y hasta ahora único número de su amena periódico (al que á fuer de aficionado deseo larga prosperidad) he leido con el mayor placer un artículo crítico del orígen de la poesía, interesante por lo que dice, mas interesante aun por lo que promete; puesto que debe considerarse como un preámbulo de la debatida cuestion de las dos escuelas que, segun las palabras del autor, se disputan en Europa la primacía. Háblase allí, entre otras cosas, de la poca perfeccion que alcanzaron nuestros poetas de los siglos XII y XIII, y aun posteriormenre hasta la época de FRAY LUIS DE LEON y LOPE DE VEGA; lo que no cito para contradecir en manera alguna este aserto, sino porque él me ha inspirado la idea de presentar al público algunas noticias acerca de los poetas castellanos anteriores á dicha época, y que si bien son por demas conocidos de los literatos, lo son mucho menos de la generalidad de sus compatriotas. Es cosa interesante sin duda el considerar aquellos hombres luchando con la aspereza de un idioma naciente y tosco aun, y observar en sus poesías impreso el sello de su edad de hierro, ruda, es verdad; pero grande y noble. Place asimismo el seguir huella á huella los progresos de la lengua y de la versificacion hasta los tiempos de GARCILASO y BOSCAN sus regeneradores, que desechando los versos de arte mayor y sancionando el olvido de los alejandrinos, adoptaron el endecasílabo, usado ya en Castilla, aunque sín séquito, desde antes del célebre MARQUES DE SANTILLANA.

Por otra parte, si, segun nuestro distinguido literato D. MANUEL JOSÉ QUINTANA, el poema del CID es el primer libro que se conoce en castellano y al mismo tiempo la obra primera de poesía ¡qué materiales tan abundantes de instruccion y recreo habràn de hallarse en aquellos monumentos de venerable antigüedad que sepultan en sus ruinas hasta el nombre de sus autores!

He aquí porque, honrado por la atenta invitacion de VV., me propongo generalizar mas de lo que hoy está el conocimiento de poetas justamente recomendables y que fueron los Ennios de la poesía castellana: los que despues de estos elevaron nuestra literatura al grado de esplendor á donde llegó en los siguientes siglos gozan de una justa y estendida celebridad, y este es por lo mismo el punto en que seria ya inútil mi tarea; pudiendo decir al público con tal motivo lo que el citado SANTILLANA escribia al Condestable de Portugal en su Proemio. *Los que despues dellos en estos nuestros tiempos han escrito, ó escriben, ceso de los nombrar: porque de todos me tengo por dicho que dellos, muy noble Señor, tengades noticia é conocimiento.*

Es de VV. afectísimo servidor== F. F. A.—REMITIDO.

EL POETA.

SONETO.

En el bello ideal de la natura
Mora un ser misterioso, cuya mano
Escribe al porvenir, y dice ufano,
»Mi vida acaba mas mi nombre dura.»
Recorre luego de la edad futura,
Cansado desta, el insondable arcano;
Al abismo desciende, al Soberano
Trono de Dios, se eleva su alma pura.
Naturaleza es grata, si él la ofrece
Dones sublimes de su mente inquieta;
Aun al grande Alejandro lo engrandece
Pues la fama á su lira está sugeta;
El Cielo con su canto se embellece.....
Y este ser ¡oh mortal! es el POETA.

JAVIER VALDELOMAR Y PINEDA.

ALBUM.

Noticias teatrales.—Cádiz.—Teatro Principal. Deberá egecutarse dentro de pocos dias el drama nuevo traducido por D. Eugenio Ochoa, EL CAMPANERO DE SAN PABLO.—El nombre del traductor nos hace esperar, que la obra sea de mérito, y creemos que obtendrá en esta ciudad el mismo éxito brillante que ha tenido en cuantas capitales se ha egecutado.

Teatro del Balon.—Tendrá asimismo lugar el viérnes próximo el drama de Federico Soulié, de que hablamos en nuestro primer número, cuyo título es, CLOTILDE—y esperamos con ansia ver el éxito que obtiene una obra tan completa á nuestro entender. Esta funcion será á beneficio de D. Antonio Vico, actor de la compañía dramática.

Publicaciones nuevas.—Recuerdos y bellezas de España.—Tenemos á la vista los tres únicos cuadernos que han salido á luz de esta obra en Barcelona, y que han llamado nuestra atencion, tanto por el interes que encierra el asunto, como por el feliz desempeño. Las láminas litografiadas están hechas con tal esmero, y es tan bella la parte tipográfica que bien pudiera ponerse al nivel de las mejores producciones de esa especie que se publican en el estrangero. De elogiar es sin duda, el noble, cuanto árduo pensamiento de dar á luz todas las bellezas que encierra nuestra nacion, rica en monumentos antiguos como la que mas, y sacar del olvido en que yacen sepultados esos restos venerables que nos recuerdan tantos dias de gloria para el nombre español. Unase á esto, que no solo en la parte puramente material es bella la nueva publicacion, sino que los tres cuadernos, hasta ahora publicados, están escritos con grandes conocimientos, y con una soltura, con una elegancia en sus periodos, que dán á la humilde prosa, el lenguaje ardiente y entusiasta de la poesía.

Deseamos que los autores lleven á cabo lo que se han propuesto del mismo modo que han empezado, y aplaudimos sinceramente la noble idea de sacar del polvo en que yacían las bellezas artísticas de nuestra patria; uniendo esta obra á su mérito, la ventaja de ser muy módico el precio de suscricion.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NÚMERO.

Ceremonial en la muerte, eleccion y coronacion de los Pontífices: traduccion. Cancion. Utilidad del estudio de la Historia. El Paria; poesía. El hombre de influjo; costumbres. El nacimiento del hijo de Dios; poesía. A los Redactores de LA AUREOLA. El Poeta; soneto. Album.

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.

CADIZ: IMPRENTA DE LA AUREOLA, CALLE DE SAN PEDRO, NUM. 116.

t. 3

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

15 *de agosto de* 1839.

AGRICULTURA E INDUSTRIA.

Desde el momento en que nos propusimos escribir en materia de industria y artes, formamos para ello nuestro plan sinóptico, llevando por guia á la misma naturaleza. Quisimos seguir sus huellas, tomando el asunto segun el órden de los tres reinos animal, vegetal y mineral, y ya habiamos escrito algunos artículos de las artes relativas al primero. Segun esta clasificacion que nos habiamos propuesto establecer, fueron los primeros objetos de nuestra obra el arte de *curtidor*, el del *zurrador*, el del *tejedor* y el del *batanero*, pero no olvidándonos de aquella prudente máxima de Boileau que dice: "*Repasad veinte veces el trabajo; pulidle sin cesar y repulidle, y á veces añadid y quitad mucho para que salga vuestra obra mas perfecta,*" nos pareció muy bien volver atras de nuestra empresa. En efecto, dejemos á los naturalistas el órden de aquella rígida clasificacion; nada nos interesa el seguirle: elijamos lo mas conveniente como la abeja que de flor en flor se posa para estraer el mas selecto jugo de su cáliz porque le ha de reportar utilidad á su labor; antes de nada llevemos nuestras miras sobre los obgetos industriales y agrícolas de nuestra fértil provincia, y pasemos despues á recorrer los de las estrañas.

La historia de la vid y del viñedo, el cultivo de aquella, el influjo que en este tiene la temperatura y accidentes locales, la teoría del arte de hacer el vino, la fermentacion de los mostos y por último la destilacion del aguardiente ó alcool de vino son las materias de que nos proponemos tratar al presente.

ARTICULO PRIMERO.

El precioso arbusto que nos dá la uva es desde muchos siglos hasta ahora uno de los vegetales que se han cultivado y cultivan con mas esmero.

Los documentos históricos que conocemos, desnudos de las fábulas y adornos poéticos de la mitología, nos manifiestan que las colonias de los Etiopes introdugeron en Europa el cultivo

de la vid. En efecto, parece lo mas probable que estos indígenas de la parte boreal del Africa fuesen los que lo transmitieron á los árabes, los cuales lo llevaron á la India, de aquí al Egipto, y siguiendo el litoral del Mediterráneo, se vió progresar la vid en la Iiria, en la Jónia, en Grecia, en Italia, en Francia y en España hasta los primeros límites del Atlántico, que son los de nuestra Península.

Se ha querido dar otro orígen al cultivo de la vid en España, pero no está apoyado en datos tan verosímiles como los anteriores, y solo pueden conceptuarse como efectos de una mala lógica usada por los críticos á la moda y por los pedantes habladores.

Aseguramos pues que la época primitiva del descubrimiento, cultivo de la vid y uso del mosto fermentado es absolutamente desconocida. Sucede en esto lo que en las demas invenciones útiles que han provisto á las primeras necesidades de la vida: las gozamos, bendecimos estos beneficios, y nos olvidamos de la mano benefactora que nos los proporcionó.

Sin embargo, si queremos fijar esta época, juzguemos que se encontró el arte de cultivar la vid y de preparar el licor en el momento en que el hombre se decidió á esplotar la tierra y preparar sus variadas producciones, en este concepto no distaremos mucho de la verdad. La vid hubo de ser una de las primeras conquistas de nuestra industria agrícola, pues por su naturaleza é importancia debió fijar los ojos del interes humano desde la cuna de los sociedades. La Mitología se apoderó de esta cuestion misteriosa, y bajo el nombre de un famoso propagador de las viñas descorre el velo que ocultaba la primera mano que la cultivó, la época de su hallazgo, las circunstancias y aun hasta los diversos destinos que se le dió. Lo que parece mas interesante y curioso en esta materia es el indagar con esactitud quien fué el primero que trajo este arbusto á nuestro pais y por qué tiempo; pero este problema está aun por resolver, y los que se han ocupado en investigar antigüedades no nos ofrecen mas que débiles congeturas. No es posible poner de acuerdo y conformidad á los autores griegos y latinos: sus testimonios son tan opuestos y contradictorios, que léjos de presentar una solucion razonada al intento, aumentan las dudas hasta lo sumo.

Segun Plinio el naturalista, el primero que dió á conocer en el mediodia de la Europa la existencia de la vid y las numerosas ventajas que podian reportarse de su cultivo, fué un tal Helicon, de nacion Helvecio, el cual, despues de haber hecho una mediana fortuna en Roma, quiso dejar la Italia y aumentar la riqueza de su pais, proveyendo igualmente con el precioso arbusto á las Galias y á España por donde pasó.

Plutarco y Tito-Livio dicen al contrario, pues aseguran que el que trajo á Francia el conocimiento de la vid fué un toscano emigrado, que deseando vengarse de su patria, llegó á las Galias, trayendo consigo del mejor vino de Italia, del cual dió á beber á los principales gefes del egército, escitando aquella guerra cruel que fué causa del célebre saco de Roma por los galos y de los grandes desastres de toda la península.

Será mas acertado por lo tanto adoptar el pensamiento de Ciceron y creer con él que la introduccion de la vid en nuestro pais ha sido efecto necesario del comercio con las demas naciones como ha sucedido en infinitos otros ramos de industria. Varron, Julio Cesar y Estrabon parece que confirman esta opinion. El mismo Diodoro de Sicilia lo dice de una manera mas positiva, y es la opinion que creo debemos adoptar como mas razonada: la autoridad de Juliano nos dá un nuevo argumento en su apoyo, cuando dice que los foceos, fundadores de Marsella, enriquecieron su nueva patria con la vid, que habian cultivado con todo esmero en su antiguo pais, y que la estendieron por las costas del mediterráneo hasta nuestras fértiles campiñas.

Sea en fin su orígen el que sea: lo cierto es que desde el momento que este arbusto se plantó en el mediodia de la Europa se estendió su cultivo por todas las provincias donde hallaba terrenos convenientes, accidentes adecuados y brazos activos que la cultivasen, y fueron tan rápidos los progresos de este objeto agronómico, que los frondosos pámpanos de la vid llevaron luego su deliciosa sombra á los umbrales dal capitolio romano, cuyo gobierno, con el especioso pretesto, de evitar la hambre en sus dominios, obligó á los viñadores de España á que restituyesen á la siembra de los cereales, los terrenos ocupados entonces por los productivos sarmientos.

Siempre es el bien público el pretesto general para oprimir á los hombres y atacar la libertad y la propiedad individual. En el año de noventa y dos de la era vulgar se arrancaron todas las cepas que decoraban nuestras hermosas campiñas. El decreto fatal fué ejecutado tan rigorosamente que los habitantes de España y Francia se vieron precisados á beber, en lugar de sus deliciosos vinos, el hidro-mel y otros licores fermentados sacados de la leche y de otras sustancias, iguales á los que usaron antes del conocimiento de la vid. Este atentado contra la propiedad particular y pública no quedó impune por mucho tiempo. La agricultura no sufre trabas sin hacer esfuerzos para sacudirlas, y mucho mas cuando se la hiere en sus mas apreciables intereses, arma sus brazos y destruye denodadamente á sus opresores.

El emperador Domiciano que habia espedido aquel decreto destructor fué severamente amonestado con este dístico alegórico que amaneció un dia en la columna de los pasquines: "*Aunque*
„*me cortes hásta la raiz, dice la vid*
„*á la hoz que está pendiente de sus*
„*ramas, yo daré siempre sobrado fru-*
„*to para las libaciones que se hagan*
„*sobre la cabeza del Cesar, hasta que*
„*una mano atrevida venga á ofrecér-*
„*mela en holocausto.*

En efecto, la temida y anunciada hambre no fué otra cosa mas que un pretesto para mantener tributarios de la Italia á la España y á la Francia, arruinando el crédito y estimacion de su comercio en este producto agrícola, que importado por todas partes habia merecido la estimacion de las naciones vecinas y distantes por mas de doscientos años antes del decreto esterminador.

En el año de doscientos ochenta y dos el emperador Probo abolió aquella disposicion tiránica y nuestros abuelos corrieron presurosos á la replantacion de la vid. Esta se verificó en medio del aplauso general y de la mas

alegria. Mugeres, ancianos,
guerreros, todos tomaron par-
quel trabajo que regeneraba la
que curaba benignamente las
das llagas de cada familia. Casi
movimiento espontàneo cada
presuraba y emprendia. Este
taba á abrir el suelo y aquel á
destruir las antiguas y eria-
as; el otro á cabar, á formar
á colocar en ellas al vegetal
y por tantos años olvidado.
pectáculo tan sorprendente y
a fuera el ver poblaciones en-
arcirse gozosas por los cam-
iendo resonar el aire con fes-
orelas, y en medio de la mas
usion restituir á la tierra la
vid, cuya sombra en otro
preservára de los rigores
y cuyo fruto le sirviera de
y de delicia!

Desde entonces hasta la irrupcion de los sarracenos prosperó en España el cultivo de esta planta, en cuya época decayó en sumo grado; pero desde la total espulsion de aquellos invasores los espaciosos campos de Castilla la Vieja, las dilatadas llanuras de la Mancha, las riberas del Ebro, las colinas del Moncayo crian con profusion frondosas vides, y los campos que beben del Guadalquivir, del Tajo, del Guadiana y del Guadalete, y los que bañan el Genil, el Júcar, el Fluvia y el Turia se ven poblados de inmensos y ricos viñedos que ofrecen sus ópimos frutos á la mano laboriosa que los cultiva, siendo su abundante y esquisito jugo una de las riquezas comerciales y de mas consideracion en nuestra península.

DIEGO GONZALEZ ROBLES.

A MI AMIGO D. J. V. Y P.

Déjame, sí, que tu cancion admire,
Que escuche su armonía celestial,
Y que estasiado de placer te mire
Y goce de tu voz angelical.

I.

a poeta la aurora
tintas ideales
los campos colora,
ces matinales
rayo del sol devora.
del grato rocío
za y esplendor,
blime desvarío,
mbien el desvio
to de mi amor.

Despues retrata el verano,
Con su escesivo calor,
Insoportable, inhumano,
Y con las citas de amor
De algun amante liviano.
Tras este el otoño hermoso
Pinta tambien, estasiado
Al ver el fruto sabroso
En el árbol encumbrado
Mostrándosele oneroso.

Canta la noche sombría
Con su capote de estrellas,
Parecida al alma mia,
Oscura, lluviosa y fria
Cuando se encuentra sin ellas.
Imita á las avecillas
Sus inocentes arrullos,
Y muestra las florecillas,
Puras, cándidas, sencillas
Al desplegar sus capullos.
Matizados de colores
Que roben su gala al sol,
Pinta tambien los albores
Con su encendido arrebol
Y sus dulces ruiseñores.
Y la tórtola que gime
Al compas del viento blando
Por un pesar que la oprime;
Pesar que se halla llorando,
Sin que ninguno lo estime.
Pinta la hermosa cascada
Que del monte descendiendo
Forma lluvia plateada,
Y vá los prados corriendo
Silenciosa y argentada.
Píntanos la primavera
Con sus rosas y jazmines,
Con su verdosa pradera,
Y con sus bellos jardines
Deliciosa y hechicera.

Y sus fiestas, sus lagares,
Sus crepúsculos de fuego,
Y pintados en los mares,
Cuando á oscurecer vá luego,
Los gratos rayos solares.
Despues la luna de Enero
Despejada cual ninguna;
La luna que yo mas quiero,
Porque me viera en la cuna
Angel bello y placentero.
Mas ¡ay! la luna pasó
Y con ella mi ventura,
Y el corazon se anubló
De pesar y de amargura,
Y el pecho se laceró.
Ora me encuentro agitado
En el mar de las pasiones,
Confuso y desengañado,
Desechas las ilusiones
Que me hubieran arrobado.
Ora sin rumbo ni puerto
Dó mi nave dirigir,
Sin brújula y sin acierto,
Tan solo espero morir
En este vasto desierto.
Morir ya sin esperanza!
Morir en mi primavera!
Mas ¡ay! la muerte me alcanza
Y la muerte es hechicera
Porque del mundo me lanza.

II.

Tan solo, amigo, de mi fiera suerte
Mitigó los horrores tu amistad,
Y me has hecho olvidarme de la muerte
Y de la incierta y triste eternidad.
Tú con tu canto que escuché arrobado,
Y que de mi letargo me sacó;
Con tu canto sonoro y delicado
Que de placer el alma me anegó.
Porque el oirlo despertó en mi pecho
Una grata memoria, angelical,
Que me sigue dó quiera, hasta en el lecho,
Como una voz sublime y celestial.

Una memoria dulce y agradable
De una bella que estático adoré;
No cual á un ser mezquino y miserable
Porque en ella una Diosa contemplé.

*

entonces gozo en el llanto
l tranquilo retiro,
ada arroyuelo miro
que goza cual yó.
es el llanto sublime,
es sublime la calma,
la disfruta el alma
treguas al dolor.
zo en la oscura noche;
s rayos de la luna
leja en la laguna
bloroso brillar.
gótica ruina
n viejo monasterio,
cos del salterio
parece escuchar.
el lúgubre tañido
trica campana,
rgen pura y lozana
coro para orar.
ar envuelta en sombras

Allá en la noche callada,
Alguna torre elevada
Su altiva frente mostrar.

Vén, poeta, vén aquí;
Nuestro cántico entonemos,
A ver si unidos podemos
Hacer odiar la maldad.
Cantemos el estravio
Del que en los vicios se goza,
Y que escucha con desvio
La voz de la eternidad.
Cantemos nuestra desgracia,
Cantemos nuestros amores,
Cantemos nuestros dolores
Y nuestras penas tambien:
Y busquemos solamente
En este mar de la vida,
Una corona querida
Con que ornemos nuestra sien.

MANUEL CAÑETE.

DE LOS ANTIGUOS POETAS CASTELLANOS.

ARTICULO PRIMERO.

isitudes políticas que aca-
a monarquía goda com-
por tantos siglos la inde-
los españoles, fueron, co-
e se alcanza, un podero-
para los progresos de su
ligros y trabajos sin cuen-
una guerra terrible y de esterminio, circunscrita largos años en las fragosas montañas del norte de la península, no eran por cierto las mejores condiciones para producir hombres capaces de estampar en su inculta y azarosa época el sello de su genio literario; y he aquí porque afirma BOUTERWEK que los primeros acentos poéticos que resonaron en el septentrion de España fueron romances y canciones populares, si bien el verdadero orígen de su poesía se pierde en las tinieblas de la edad media. Y sin embargo ¿quién es capaz de averiguar á punto fijo la época en que se compuso una cancion popular cuyo autor se ignora hoy, y quizá tambien entonces se desconocía? Dejamos no obstante para otro lugar el ocuparnos de esta clase de composiciones, bellísimas, interesantes y características de nuestra literatura á la que prestan una fisonomía particular; pues aunque sospechamos, con la mayor parte de los autores, que las hazañas del CID se cantaban ya en su tiempo en versos incultos, pero espresivos y llenos de la gloria de aquel héroe español, juzgamos que las noticias acerca de este género hallarán lugar mas oportuno en adelante, si se atiende á que el estado en que hallamos ya en ellas el idioma induce á creer que los mas antiguos de los que hoy se leen no alcanzan al siglo XII.

Mas ya á mediados de este siglo poseia la literatura española una obra de mayor estension y artificio: hablamos del poema del CID, harto mas interesante y apreciable como curiosidad literaria que como obra de verdadera poesía. No consta su autor; pero si, en el sentir de un sabio español contemporáneo, *el héroe castellano, superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un* HOMERO, tambien lo es que *no está tan falto de talento el escritor, que de cuando en cuando no manifieste alguna intencion poética, ya en la invencion, ya en los pensamientos y ya en las espresiones.*

Opina el erudito D. TOMAS SANCHEZ, editor de las poesias castellanas anteriores al siglo XV, que solo faltan á esta obra algunos versos del principio, y si esto es asi, destruiria la opinion de BOUTERWEK que solo considera á esta composicion como una historia rimada; puesto que no abraza en manera alguna la vida entera del CID, y sí solo desde el destierro á que fué condenado por el Rey ALFONSO VI, concluyendo con la reparacion del agravio hecho á sus hijas por los Condes de CARRION, y con el enlace de aquellas con los infantes de Aragon y Navarra: esto prueba que el autor tenia sobrado juicio ó la instruccion necesaria para circunscribir su obra en los límites de un poema, y que si una lengua informe aun y falta de cultura y de armonia no hubiesen puesto trabas á su genio, quizá hubiera sido para la poesía española este antiguo y venerable poema un monumento de gloria literaria, como hoy es objeto de interes histórico.

Esta composicion, tal como se conserva hoy, principia por la partida del héroe desterrado del castillo de Vivar, cuyos versos copiaremos aquí para que nuestros lectores se formen idea de la rudeza del castellano en el siglo XII y de cual era la versificacion española en su infancia.

De los sos oios tan fuerte mientre lorando
Tornaba la cabeza é estabalos catando:
Vió puertas abiertas é uzos sin cañados,
Alcandaras vacias sin pielles é sin mantos

COSTUMBRES.

EL HOMBRE DE INFLUJO. (*)

El ridículo y los vicios son inmutables y eternos en la sociedad; solamente su forma varia segun los tiempos: se perfeccionan como todo lo que existe, y llegan á ser mas estudiados, menos sinceros. Las caricaturas que suministraban ideas al célebre Moliere, eran casi tan superiores á las que vemos todos los dias, como diferente es el genio de aquel autor al de nuestros dramaturgos satíricos. Bastante echamos de menos la época pasada: lloramos la pérdida de las antiguas creencias, de la elegancia aristocrática, del gusto delicado y de la ciencia profunda: lloramos la destruccion de los principios de órden y sumision, pero en este terrible naufragio, ninguno ha sentido la desaparicion de los ridículos antiguos, pérdida ciertamente grave. Nuestra sociedad barnizada y bruñida ya con la piedra pomez, ofrece apenas aquellas grandes tintas, que componian lo grotesco y lo cómico, como hijo de la antigua rudeza de nuestras costumbres; todas aquellas fisonomias han desaparecido con el barniz. Con mucho trabajo podríase distinguir ahora un necio de un hombre de talento. Preciso es por tanto mirarlos bien de cerca, y estudiar hasta las menores líneas de sus semblantes. Así es que el ridículo ahora solo es una nube, cuando antes reflejaba en colores vivos y seguros.

Sin embargo, preciso es no presentar las cosas peores de lo que en sí son; aunque menos evidentes y menos sensibles no han desaparecido los vicios de la sociedad, porque, ya lo hemos dicho, son huéspedes permanentes en este valle de lágrimas, y aunque se disfrazan no se destruyen del todo, semejantes á la hidra de las siete cabezas, que con la sangre de la herida renacian de nuevo. La humanidad es una trama siempre informe, cuyos dibujos cambian á proporcion que varia la moda ó la fantasía; asi es que los antiguos despareciendo han dejado el campo á otros nuevos: á las costumbres de nuestros padres, tan ingénuas, tan pastoriles, tan poéticas, han seguido otras costumbres mas reales, mas amaneradas, mas matemáticas; pero ahora, como entonces, el ridículo tiende su brocado sobre el enredoso tejido y solo se necesita observarlo con mas detencion para distinguirlo.

Entre los tipos originales que nuestra nueva organizacion social ha creado, hay uno, de casta tambien nueva, que merece ser estudiado con esmero: hablamos del *hombre de influjo*.

El hombre de influjo es un ambicioso por abrogacion, que consagra su fortuna, su tiempo, su vida en elegir un santo que adopta; fija toda su gloria en servir de apoyo y le basta que digan—*Diríjase usted á él, que tiene grande influencia*; con estas únicas espresiones capaz seria de tocar al cielo con las manos, (si no estuviera el cielo tan alto y nosotros tan bajos): él crea jueces, consejeros y diputados sin pensar llegar él á serlo: una vez adoptado su protegido, se hace su heraldo, su agente de negocios, su esclavo. Le elogia en todas partes, é inserta artículos apologéticos en los diarios.—¿Es usted artista? no hay cuidado, nuestro hombre se encarga de repartir los billetes de convite, hace correr los prospectos, obtiene el permiso de las autoridades y no hay mas qué pedir. Si es predicador de un sistema nuevo, él proporcionará impresos para su instruccion; venderá en su misma casa los folletos, y le defenderá en sus reuniones literarias; irá á aplaudirle con toda su familia, inclusa la cocinera y su ayuda de cámara. Nada es imposible para *el hombre de influjo*: capaz seria de atraer concurrentes al coliseo y de buscar suscritores á un periódico de literatura, cosas ambas tan poco fáciles como lo vemos.

Por lo demas *el hombre de influjo* es afable y activo; es el encargado en todos los bailes por suscricion; arregla las meriendas en los dias de santos, y toca el *contrabajo* en las serenatas nocturnas; conoce á todo el mundo y os dará cartas de recomendacion para el punto que querais, aunque sea para *Neuw-Yorck*.

En cuanto á su profesion varia segun los lugares y circunstancias: *el hombre de influjo* puede ser indistintamente especiero por mayor, médico, fabricante y abogado. Su campamento por lo regular le tiene en el café mas principal. Es un hombre entendido y alegre, que sabe bien la ortografia, habla siempre alegóricamente y baila el rigodon y la mazzowrka. Por lo demas es muy estimado de todos, y á su muerte es seguro que irán cuantos le conozcan á acompañar sus restos al oficio de difuntos, y no se apartarán de él, hasta dejarle en el cementerio.

El Miron andaluz.

(1) Nada decimos acerca del *hombre de influjo* considerado como político, porque estando este periódico destinado solamente á hablar de literatura y artes, no queremos introducir en él nada que tenga tendencia con materias de otra especie.

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

A MI AMIGO D. J. V. Y P.

Mira el libertador, que de tu mano
y del cuello doliente
romperá las cadenas, y al tirano
quebrantará la frente.

D. A. LISTA.

En un portal ruinoso
por los vientos azotado,
se encuentra *el niño precioso*
en un estado afrentoso
sobre pajas reclinado.
Solo el calor recibia
que produjera el aliento
de dos brutos que allí habia,
y á tal favor muy contento
mil caricias les hacia.
La Virgen lloraba en tanto
con amargo desconsuelo:

y en su angustioso quebranto,
imploraba al cielo santo
porque le diese consuelo.
Y al fin el Padre Potente
su voz acogió bondoso,
y al redentor inocente
un ángel mandó clemente
nuncio de paz venturoso.
Su gloria el ángel cantó,
divulgó su nacimiento,
y de placer innundó
á todo el que lo escuchó
en tan solemne momento.
Al punto alegres marcharon
los pastores al portal,
donde humilde á Dios miraron,
y cual rey le veneraron
de la mansion celestial.
Tambien de Oriente vinieron
á ofrecerle ricos dones
tres reyes; guiados fueron
por una estrella que vieron
en sus remotas regiones.
Oro el uno presentó,
otro incienso del Arabia,
y otro mirra le ofreció,
que en los desiertos cogió
para donacion tan sabia.
Los tres magos le adoraron
doblando ante él la rodilla,
que aunque pobre le miraron,
que era su Dios contemplaron
y ante Dios todo se humilla.
En tanto el éter poblaban
las legiones celestiales,
é himnos á Dios entonaban,
que las almas arrobaban
de todos los racionales;
Pues los hombres por su medio
la gloria eterna ganaron,
y en aquel niño encontraron
único y solo remedio
á los males que pasaron.

MANUEL CAÑETE.

☞Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros suscritores que el señor D. FRANCISCO FLORES Y ARENAS, á invitacion nuestra, se ha dignado favorecernos en lo sucesivo, como se verá por el siguiente artículo, con sus escelentes *producciones literarias.*

Señores Redactores de LA AUREOLA.=Muy Sres. mios: En el primero y hasta ahora único número de su ameno periódico (al que á fuer de aficionado deseo larga prosperidad) he leido con el mayor placer un artículo acerca del orígen de la poesía, interesante por lo que dice, mas interesante aun por lo que promete; puesto que puede considerarse como un preámbulo á la debatida cuestion de las dos escuelas que, segun las palabras del autor, se disputan en Europa la primacía. Háblase allí, entre otras cosas, de la poca perfeccion que alcanzaron nuestros poetas de los siglos XII y XIII, y aun posteriormenre hasta la época de FRAY LUIS DE LEON Y LOPE DE VEGA, lo que no cito para contradecir en manera alguna este aserto, sino porque él me ha inspirado la idea de presentar al público algunas noticias acerca de los poetas castellanos anteriores á dicha época, y que si bien son por demas conocidos de los literatos, lo son mucho menos de la generalidad de sus compatriotas. Es cosa interesante sin duda el considerar aquellos hombres luchando con la aspereza de un idioma naciente y tosco aun, y observar en sus poesías impreso el sello de su edad de hierro, ruda, es verdad; pero grande y noble. Place asimismo el seguir huella á huella los progresos de la lengua y de la versificacion hasta los tiempos de GARCILASO y BOSCAN sus regeneradores, que desechando los versos de arte mayor y sancionando el olvido de los alejandrinos, adoptaron el endecasílabo, usado ya en Castilla, aunque sin séquito, desde antes del célebre MARQUES DE SANTILLANA.

Por otra parte, si, segun nuestro distinguido literato D. MANUEL JOSÉ QUINTANA, el poema del CID es el primer libro que se conoce en castellano y al mismo tiempo la obra primera de poesía ¡qué materiales tan abundantes de instruccion y recreo habràn de hallarse en aquellos monumentos de venerable antigüedad que sepultan en sus ruinas hasta el nombre de sus autores!

He aquí porque, honrado por la atenta invitacion de VV., me propongo generalizar mas de lo que hoy está el conocimiento de poetas justamente recomendables y que fueron los Ennios de la poesía castellana: los que despues de estos elevaron nuestra literatura al grado de esplendor á donde llegó en los siguientes siglos gozan de una justa y estendida celebridad, y este es por lo mismo el punto en que seria ya inútil mi tarea; pudiendo decir al público con tal motivo lo que el citado SANTILLANA escribia al Condestable de Portugal en su Proemio. *Los que despues dellos en estos nuestros tiempos han escrito, ó escriben, ceso de los nombrar: porque de todos me tengo por dicho que dellos, muy noble Señor, tengades noticia é conocimiento.*

Es de VV. afectísimo servidor=
F. F. A.—REMITIDO.

EL POETA.

SONETO.

En el bello ideal de la natura
Mora un ser misterioso, cuya mano
Escribe al porvenir, y dice ufano,
»Mi vida acaba mas mi nombre dura.»
Recorre luego de la edad futura,
Cansado desta, el insondable arcano;
Al abismo desciende, al Soberano
Trono de Dios, se eleva su alma pura.
Naturaleza es grata, si él la ofrece
Dones sublimes de su mente inquieta;
Aun al grande Alejandro lo engrandece
Pues la fama á su lira está sugeta;
El Cielo con su canto se embellece.....
Y este ser ¡oh mortal! es el POETA.

JAVIER VALDELOMAR Y PINEDA.

ALBUM.

Noticias teatrales.—Cádiz.—Teatro Principal. Deberá egecutarse dentro de pocos dias el drama nuevo traducido por D. Eugenio Ochoa, EL CAMPANERO DE SAN PABLO.—El nombre del traductor nos hace esperar, que la obra sea de mérito, y creemos que obtendrá en esta ciudad el mismo éxito brillante que ha tenido en cuantas capitales se ha egecutado.

Teatro del Balon.—Tendrá asimismo lugar el viérnes próximo el drama de Federico Soulié, de que hablamos en nuestro primer número, cuyo título es, CLOTILDE—y esperamos con ansia ver el éxito que obtiene una obra tan completa á nuestro entender. Esta funcion será á beneficio de D. Antonio Vico, actor de la compañía dramática.

Publicaciones nuevas.—Recuerdos y bellezas de España.—Tenemos á la vista los tres únicos cuadernos que han salido á luz de esta obra en Barcelona, y que han llamado nuestra atencion, tanto por el interes que encierra el asunto, como por el feliz desempeño. Las láminas litografiadas están hechas con tal esmero, y es tan bella la parte tipográfica que bien pudiera ponerse al nivel de las mejores producciones de esa especie que se publican en el estrangero. De elogiar es sin duda, el noble, cuanto árduo pensamiento de dar á luz todas las bellezas que encierra nuestra nacion, rica en monumentos antiguos como la que mas, y sacar del olvido en que yacen sepultados esos restos venerables que nos recuerdan tantos dias de gloria para el nombre español. Unase á esto, que no solo en la parte puramente material es bella la nueva publicacion, sino que los tres cuadernos, hasta ahora publicados, están escritos con grandes conocimientos, y con una soltura, con una elegancia en sus periodos, que dán á la humilde prosa, el lenguaje ardiente y entusiasta de la poesía.

Deseamos que los autores lleven á cabo lo que se han propuesto del mismo modo que han empezado, y aplaudimos sinceramente la noble idea de sacar del polvo en que yacían las bellezas artísticas de nuestra patria; uniendo esta obra á su mérito, la ventaja de ser muy módico el precio de suscricion.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NÚMERO.

Ceremonial en la muerte, eleccion y coronacion de los Pontífices: traduccion. Cancion. Utilidad del estudio de la Historia. El Paria; poesía. El hombre de influjo; costumbres. El nacimiento del hijo de Dios; poesía. A los Redactores de LA AUREOLA. El Poeta; soneto. Album.

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.

CADIZ: IMPRENTA DE LA AUREOLA, CALLE DE SAN PEDRO, NUM. 116.

t. 3

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

15 *de agosto de* 1839.

AGRICULTURA E INDUSTRIA.

Desde el momento en que nos propusimos escribir en materia de industria y artes, formamos para ello nuestro plan sinóptico, llevando por guia á la misma naturaleza. Quisimos seguir sus huellas, tomando el asunto segun el órden de los tres reinos animal, vegetal y mineral, y ya habiamos escrito algunos artículos de las artes relativas al primero. Segun esta clasificacion que nos habiamos propuesto establecer, fueron los primeros objetos de nuestra obra el arte de *curtidor*, el del *zurrador*, el del *tejedor* y el del *batanero*, pero no olvidándonos de aquella prudente máxima de Boileau que dice: "*Repasad veinte veces el trabajo; pulidle sin cesar y repulidle, y á veces añadid y quitad mucho para que salga vuestra obra mas perfecta,*" nos pareció muy bien volver atras de nuestra empresa. En efecto, dejemos á los naturalistas el órden de aquella rígida clasificacion; nada nos interesa el seguirle: elijamos lo mas conveniente como la abeja que de flor en flor se posa para estraer el mas selecto jugo de su cáliz porque le ha de reportar utilidad á su labor; antes de nada llevemos nuestras miras sobre los obgetos industriales y agrícolas de nuestra fértil provincia, y pasemos despues á recorrer los de las estrañas.

La historia de la vid y del viñedo, el cultivo de aquella, el influjo que en este tiene la temperatura y accidentes locales, la teoría del arte de hacer el vino, la fermentacion de los mostos y por último la destilacion del aguardiente ó alcoól de vino son las materias de que nos proponemos tratar al presente.

ARTICULO PRIMERO.

El precioso arbusto que nos dá la uva es desde muchos siglos hasta ahora uno de los vegetales que se han cultivado y cultivan con mas esmero.

Los documentos históricos que conocemos, desnudos de las fábulas y adornos poéticos de la mitología, nos manifiestan que las colonias de los Etiopes introdugeron en Europa el cultivo

de la vid. En efecto, parece lo mas probable que estos indígenas de la parte boreal del Africa fuesen los que lo transmitieron à los árabes, los cuales lo llevaron á la India, de aquí al Egipto, y siguiendo el litoral del Mediterráneo, se vió progresar la vid en la Siria, en la Jónia, en Grecia, en Italia, en Francia y en España hasta los primeros límites del Atlántico, que son los de nuestra Península.

Se ha querido dar otro orígen al cultivo de la vid en España, pero no está apoyado en datos tan verosímiles como los anteriores, y solo pueden conceptuarse como efectos de una mala lógica usada por los críticos á la moda y por los pedantes habladores.

Aseguramos pues que la época primitiva del descubrimiento, cultivo de la vid y uso del mosto fermentado es absolutamente desconocida. Sucede en esto lo que en las demas invenciones útiles que han provisto á las primeras necesidades de la vida: las gozamos, bendecimos estos beneficios, y nos olvidamos de la mano benefactora que nos los proporcionó.

Sin embargo, si queremos fijar esta época, juzguemos que se encontró el arte de cultivar la vid y de preparar su licor en el momento en que el hombre se decidió á esplotar la tierra y á preparar sus variadas producciones, y en este concepto no distaremos mucho de la verdad. La vid hubo de ser una de las primeras conquistas de nuestra industria agrícola, pues por su naturaleza é importancia debió fijar los ojos del interes humano desde la cuna de los sociedades. La Mitología se apoderó de esta cuestion misteriosa, y con el nombre de un famoso propagador de las viñas descorre el velo que ocultaba la primera mano que la cultivó, la época de su hallazgo, las circunstancias y aun hasta los diversos destinos que se le dió. Lo que parece mas interesante y curioso en esta materia es el indagar con esactitud quien fué el primero que trajo este arbusto á nuestro pais y por qué tiempo; pero este problema está aun por resolver, y los que se han ocupado en investigar antigüedades no nos ofrecen mas que débiles congeturas. No es posible poner de acuerdo y conformidad á los autores griegos y latinos: sus testimonios son tan opuestos y contradictorios, que léjos de presentar una solucion razonada al intento, aumentan las dudas hasta lo sumo.

Segun Plinio el naturalista, el primero que dió á conocer en el medio dia de la Europa la existencia de la vid y las numerosas ventajas que podian reportarse de su cultivo, fué un tal Helicon, de nacion Helvecio, el cual, despues de haber hecho una mediana fortuna en Roma, quiso dejar la Italia y aumentar la riqueza de su pais, proveyendo igualmente con el precioso arbusto á las Galias y á España por donde pasó.

Plutarco y Tito-Livio dicen al contrario, pues aseguran que el que trajo á Francia el conocimiento de la vid fué un toscano emigrado, que deseando vengarse de su patria, llegó á las Galias, trayendo consigo del mejor vino de Italia, del cual dió á beber á los principales gefes del egército, escitando aquella guerra cruel que fué causa del célebre saco de Roma por los galos y de los grandes desastres de toda la península.

Será mas acertado por lo tanto adoptar el pensamiento de Ciceron y

creer con él que la introduccion de la vid en nuestro pais ha sido efecto necesario del comercio con las demas naciones como ha sucedido en infinitos otros ramos de industria. Varron, Julio Cesar y Estrabon parece que confirman esta opinion. El mismo Diodoro de Sicilia lo dice de una manera mas positiva, y es la opinion que creo debemos adoptar como mas razonada: la autoridad de Juliano nos dá un nuevo argumento en su apoyo, cuando dice que los foceos, fundadores de Marsella, enriquecieron su nueva patria con la vid, que habian cultivado con todo esmero en su antiguo pais, y que la estendieron por las costas del mediterráneo hasta nuestras fértiles campiñas.

Sea en fin su orígen el que sea: lo cierto es que desde el momento que este arbusto se plantó en el mediodia de la Europa se estendió su cultivo por todas las provincias donde hallaba terrenos convenientes, accidentes adecuados y brazos activos que la cultivasen, y fueron tan rápidos los progresos de este objeto agronómico, que los frondosos pámpanos de la vid llevaron luego su deliciosa sombra á los umbrales dal capitolio romano, cuyo gobierno, con el especioso pretesto, de evitar la hambre en sus dominios, obligó á los viñadores de España á que restituyesen á la siembra de los cereales, los terrenos ocupados entonces por los productivos sarmientos.

Siempre es el bien público el pretesto general para oprimir á los hombres y atacar la libertad y la propiedad individual. En el año de noventa y dos de la era vulgar se arrancaron todas las cepas que decoraban nuestras hermosas campiñas. El decreto fatal fué ejecutado tan rigorosamente que los habitantes de España y Francia se vieron precisados á beber, en lugar de sus deliciosos vinos, el hidro-mel y otros licores fermentados sacados de la leche y de otras sustancias, iguales á los que usaron antes del conocimiento de la vid. Este atentado contra la propiedad particular y pública no quedó impune por mucho tiempo. La agricultura no sufre trabas sin hacer esfuerzos para sacudirlas, y mucho mas cuando se la hiere en sus mas apreciables intereses, arma sus brazos y destruye denodadamente á sus opresores.

El emperador Domiciano que habia espedido aquel decreto destructor fué severamente amonestado con este dístico alegórico que amaneció un dia en la columna de los pasquines: "*Aunque*
„*me cortes hásta la raiz, dice la vid*
„*á la hoz que está pendiente de sus*
„*ramas, yo daré siempre sobrado fru-*
„*to para las libaciones que se hagan*
„*sobre la cabeza del Cesar, hasta que*
„*una mano atrevida venga á ofrecér-*
„*mela en holocausto.*

En efecto, la temida y anunciada hambre no fué otra cosa mas que un pretesto para mantener tributarios de la Italia á la España y á la Francia, arruinando el crédito y estimacion de su comercio en este producto agrícola, que importado por todas partes habia merecido la estimacion de las naciones vecinas y distantes por mas de doscientos años antes del decreto esterminador.

En el año de doscientos ochenta y dos el emperador Probo abolió aquella disposicion tiránica y nuestros abuelos corrieron presurosos á la replantacion de la vid. Esta se verificó en medio del aplauso general y de la mas

sincera alegria. Mugeres, ancianos, niños y guerreros, todos tomaron parte en aquel trabajo que regeneraba la patria y que curaba benignamente las inveteradas llagas de cada familia. Casi por un movimiento espontàneo cada cual se apresuraba y emprendia. Este se aprestaba á abrir el suelo y aquel á hender y destruir las antiguas y eriales costras; el otro á cabar, á formar fosas, y á colocar en ellas al vegetal querido y por tantos años olvidado. ¡Qué espectáculo tan sorprendente y entusiasta fuera el ver poblaciones enteras esparcirse gozosas por los campos, haciendo resonar el aire con festivas pastorelas, y en medio de la mas sincera efusion restituir á la tierra la hermosa vid, cuya sombra en otro tiempo le preservára de los rigores del estío, y cuyo fruto le sirviera de alimento y de delicia!

Desde entonces hasta la irrupcion de los sarracenos prosperó en España el cultivo de esta planta, en cuya época decayó en sumo grado; pero desde la total espulsion de aquellos invasores los espaciosos campos de Castilla la Vieja, las dilatadas llanuras de la Mancha, las riberas del Ebro, las colinas del Moncayo crian con profusion frondosas vides, y los campos que beben del Guadalquivir, del Tajo, del Guadiana y del Guadalete, y los que bañan el Genil, el Júcar, el Fluvia y el Turia se ven poblados de inmensos y ricos viñedos que ofrecen sus ópimos frutos á la mano laboriosa que los cultiva, siendo su abundante y esquisito jugo una de las riquezas comerciales y de mas consideracion en nuestra península.

DIEGO GONZALEZ ROBLES.

A MI AMIGO D. J. V. Y P.

Déjame, sí, que tu cancion admire,
Que escuche su armonía celestial,
Y que estasiado de placer te mire
Y goce de tu voz angelical.

I.

Canta poeta la aurora
Con sus tintas ideales
Cuando los campos colora,
Y las luces matinales
Que el rayo del sol devora.
Canta del grato rocío
La belleza y esplendor,
Y en sublime desvarío,
Canta tambien el desvio
Del objeto de mi amor.

Despues retrata el verano,
Con su escesivo calor,
Insoportable, inhumano,
Y con las citas de amor
De algun amante liviano.
Tras este el otoño hermoso
Pinta tambien, estasiado
Al ver el fruto sabroso
En el árbol encumbrado
Mostrándosele oneroso.

Canta la noche sombría
Con su capote de estrellas,
Parecida al alma mia,
Oscura, lluviosa y fria
Cuando se encuentra sin ellas.
Imita á las avecillas
Sus inocentes arrullos,
Y muestra las florecillas,
Puras, cándidas, sencillas
Al desplegar sus capullos.
Matizados de colores
Que roben su gala al sol,
Pinta tambien los albores
Con su encendido arrebol
Y sus dulces ruiseñores.
Y la tórtola que gime
Al compas del viento blando
Por un pesar que la oprime;
Pesar que se halla llorando,
Sin que ninguno lo estime.
Pinta la hermosa cascada
Que del monte descendiendo
Forma lluvia plateada,
Y vá los prados corriendo
Silenciosa y argentada.
Pintanos la primavera
Con sus rosas y jazmines,
Con su verdosa pradera,
Y con sus bellos jardines
Deliciosa y hechicera.
Y sus fiestas, sus lagares,
Sus crepúsculos de fuego,
Y pintados en los mares,
Cuando á oscurecer vá luego,
Los gratos rayos solares.
Despues la luna de Enero
Despejada cual ninguna;
La luna que yo mas quiero,
Porque me viera en la cuna
Angel bello y placentero.
Mas ¡ay! la luna pasó
Y con ella mi ventura,
Y el corazon se anubló
De pesar y de amargura,
Y el pecho se laceró.
Ora me encuentro agitado
En el mar de las pasiones,
Confuso y desengañado,
Desechas las ilusiones
Que me hubieran arrobado.
Ora sin rumbo ni puerto
Dó mi nave dirigir,
Sin brújula y sin acierto,
Tan solo espero morir
En este vasto desierto.
Morir ya sin esperanza!
Morir en mi primavera!
Mas ¡ay! la muerte me alcanza
Y la muerte es hechicera
Porque del mundo me lanza.

II.

Tan solo, amigo, de mi fiera suerte
Mitigó los horrores tu amistad,
Y me has hecho olvidarme de la muerte
Y de la incierta y triste eternidad.
Tú con tu canto que escuché arrobado,
Y que de mi letargo me sacó;
Con tu canto sonoro y delicado
Que de placer el alma me anegó.
Porque el oirlo despertó en mi pecho
Una grata memoria, angelical,
Que me sigue dó quiera, hasta en el lecho,
Como una voz sublime y celestial.

Una memoria dulce y agradable
De una bella que estático adoré;
No cual á un ser mezquino y miserable
Porque en ella una Diosa contemplé.

*

De entonces gozo en el llanto
Y en el tranquilo retiro,
Y en cada arroyuelo miro
Un ser que goza cual yó.
Porque es el llanto sublime,
Porque es sublime la calma,
Y en ella disfruta el alma
Dando treguas al dolor.
Y gozo en la oscura noche;
Y en los rayos de la luna
Que refleja en la laguna
Con tembloroso brillar.
Y en la gótica ruina
De algun viejo monasterio,
Dó los ecos del salterio
Aun me parece escuchar.
Y en el lúgubre tañido
De la tétrica campana,
Que á virgen pura y lozana
Llama al coro para orar.
Y al mirar envuelta en sombras
Allá en la noche callada,
Alguna torre elevada
Su altiva frente mostrar.

Vén, poeta, vén aquí;
Nuestro cántico entonemos,
A ver si unidos podemos
Hacer odiar la maldad.
Cantemos el estravio
Del que en los vicios se *goza*,
Y que escucha con desvio
La voz de la eternidad.
Cantemos nuestra desgracia,
Cantemos nuestros amores,
Cantemos nuestros dolores
Y nuestras penas tambien:
Y busquemos solamente
En este mar de la vida,
Una corona querida
Con que ornemos nuestra sien.

MANUEL CAÑETE.

DE LOS ANTIGUOS POETAS CASTELLANOS.

ARTICULO PRIMERO.

Las vicisitudes políticas que acabando con la monarquía goda comprometieron por tantos siglos la independencia de los españoles, fueron, como fácilmente se alcanza, un poderoso obstáculo para los progresos de su literatura. Peligros y trabajos sin cuento anexos á una guerra terrible y de esterminio, circunscrita largos años en las fragosas montañas del norte de la península, no eran por cierto las mejores condiciones para producir hombres capaces de estampar en su inculta y azarosa época el sello de su genio literario; y he aquí porque afirma BOUTERWEK que los primeros acentos poéticos que resonaron en el septentrion de España fueron romances y canciones populares, si bien el verdadero orígen de su poesía se pierde en las tinieblas de la edad media. Y sin embargo ¿quién es capaz de averiguar á punto fijo la época en que se compuso una cancion popular cuyo autor se ignora hoy, y quizá tambien entonces se desconocía? Dejamos no obstante para otro lugar el ocuparnos de esta clase de composiciones, bellísimas, interesantes y características de nuestra literatura á la que prestan una fisonomía particular; pues aunque sospechamos, con la mayor parte de los autores, que las hazañas del CID se cantaban ya en su tiempo en versos incultos, pero espresivos y llenos de la gloria de aquel héroe español, juzgamos que las noticias acerca de este género hallarán lugar mas oportuno en adelante, si se atiende á que el estado en que hallamos ya en ellas el idioma induce á creer que los mas antiguos de los que hoy se leen no alcanzan al siglo XII.

Mas ya á mediados de este siglo poseia la literatura española una obra de mayor estension y artificio: hablamos del poema del CID, harto mas interesante y apreciable como curiosidad literaria que como obra de verdadera poesía. No consta su autor; pero si, en el sentir de un sabio español contemporáneo, *el héroe castellano, superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un* HOMERO, tambien lo es que *no está tan falto de talento el escritor, que de cuando en cuando no manifieste alguna intencion poética, ya en la invencion, ya en los pensamientos y ya en las espresiones.*

Opina el erudito D. TOMAS SANCHEZ, editor de las poesias castellanas anteriores al siglo XV, que solo faltan á esta obra algunos versos del principio, y si esto es asi, destruiria la opinion de BOUTERWEK que solo considera á esta composicion como una historia rimada; puesto que no abraza en manera alguna la vida entera del CID, y sí solo desde el destierro á que fué condenado por el Rey ALFONSO VI, concluyendo con la reparacion del agravio hecho á sus hijas por los Condes de CARRION, y con el enlace de aquellas con los infantes de Aragon y Navarra: esto prueba que el autor tenia sobrado juicio ó la instruccion necesaria para circunscribir su obra en los límites de un poema, y que si una lengua informe aun y falta de cultura y de armonia no hubiesen puesto trabas á su genio, quizá hubiera sido para la poesía española este antiguo y venerable poema un monumento de gloria literaria, como hoy es obgeto de interes histórico.

Esta composicion, tal como se conserva hoy, principia por la partida del héroe desterrado del castillo de Vivar, cuyos versos copiaremos aquí para que nuestros lectores se formen idea de la rudeza del castellano en el siglo XII y de cual era la versificacion española en su infancia.

De los sos oios tan fuerte mientre lorando
Tornaba la cabeza é estabalos catando:
Vió puertas abiertas é uzos sin cañados,
Alcandaras vacias sin pielles é sin mantos

E sin falcones é sin adtores mudados.
Sospiró mio CID ca mucho avie grandes cuidados.

Continúa el poema refiriendo sus guerras con los moros, con RAIMUNDO III, Conde de Barcelona, sus conquistas de Alicante, Jérica, Almenar y Valencia, las bodas de sus hijas con los Condes de CARRION, la afrenta hecha por ellos á DOÑA ELVIRA y DOÑA SOL, y el desafio y combate de los infames yernos con los campeones del CID, PERO BERMUDEZ, MARTIN ANTOLINEZ y MINAYA ALVAR FAÑEZ. El vencimiento de aquellos y las nuevas bodas de las hijas de RUY DIAZ, terminan, como ya dijimos, el poema.

La produccion de que damos cuenta es de naturaleza tal que ha merecido el ser tratada de un modo harto difuso: asi lo exigian sus derechos de primogenitura; pero prometemos ser mas concisos con respecto á BERCEO y demas escritores del siglo XIII, á los que dedicaremos el siguiente artículo.

FRANCISCO FLORES Y ARENAS.

A EMILIA.

(REMITIDO).

Vén á gozar de la apacible sombra
Que el bosque nos ofrece;
Ay! suspirando el zéfiro te nombra;
Zéfiro puro que las flores mece.
Con blando murmurar Betis te llama,
Vén, Emilia divina:
Canta aquí el colorin de rama en rama
La beldad de tus ojos peregrina.
Y celebra el gilguero en dulce canto
Tus megillas de rosa,
Y en su talle la flor del amaranto
De tus carmíneos labios recelosa.
Vén á imprimir en el florido suelo
Tu delicada huella;
Vén á que envidie tu hermosura el cielo
Y tu mirar la vespertina estrella.
Ya en otro tiempo los cerúleos mares
Asilo nos prestaron;
Dó olvidando del mundo los pesares
Nuestras almas de amor se embelesaron.
Y en feble esquife de ondeante lino
Gozamos muellemente;
Al silvar de espantoso torbellino
Al rugir con fragor el ponto herviente.
¡Ay! ¿no recuerdas las fugaces horas
De nuestro bien perdido,
Y las dulces miradas seductoras
Y aquel beso de amor correspondido?
¿No recuerdas tambien cuando su plata
La luna derramando
Esquivaba el brillar ante una ingrata
Nuestras tiernas caricias contemplando?
En la lejana América el sol vierte
Su luz abrasadora,
Y alivia á veces su calor de muerte
La brisa de la tarde alhagadora.
Así el vivir; el hombre saborea
La copa de las penas;
Y liba gotas de la miel hiblea
De indecible placer, de encanto llenas.
Harto tiempo hé con lágrimas regado
La senda de mi vida;
Si alguna flor en su aridéz he hallado
Ha sido, Emilia, á tu pasion debida.
Vén al campo sembrado de jazmines
De claveles y rosas,
Vén, nueva Flora, vén á los jardines
Dó respiran las auras vagarosas.
Y aquí verás al nardo que perfuma
El delicado ambiente;
Y al blanco cisne de rizada pluma
Bañarse en el cristal de pura fuente.
Y á la luna que vierte débil lumbre
Al traves de las ramas;
Y al sol que remontándose á la cumbre
Lanza á volcanes sus ardientes llamas.
Que yo mire otra vez tu esbelto talle,
Tu gracia seductora;
Vén que te llama el florecido valle
Y tu amante infeliz tu ausencia llora.

FELIX DE UZURIAGA.

EDUARDO.

Las puertas de la sociedad son como las del sepulcro; de estas solo pasa el alma; de aquellas el cuerpo.

S. L. DE CRISTOVAL.

Las 9!»—Dijo Eduardo saliendo de su estupor, á su amigo Cárlos que se hallaba sentado junto á la cabecera de su cama: »las 9!» volvió á repetir, con un acento que espresaba bien claramente cuanto padecia su corazon, y siguió diciendo; »otra hora mas! Pocas son las que me quedan de vida.»—Con efecto, las 9 acababan de dar en un antiguo reloj que se hallaba colgado en la pared de la alcoba, y cuyo monòtono ruido vino á despertar en la mente del jóven pensamientos demasiado lúgubres. »Oyes, continuò, volviéndose hácia el lado donde se encontraba Carlos; oyes con que compas mueve ese reloj su péndulo, que mido los minutos que habrán de convertirse en horas, las horas que se convertirán en dias, y los dias que llegarán á ser años, y que al mismo tiempo que pasan nos ván envolviendo en la nada?... Ay!... miserable condicion la del hombre! Nacer solamente á padecer y á ser juguete ó quizás ludibrio de la suerte; nacer para sufrir, para llorar, para maldecir, y no poder siquiera gozar un minuto de felicidad, sin verlo al momento enturbiado por la desdicha!—Oh! feliz la edad en que ni se sienten pesares ni alegrias, en que todo es igual, porque nuestra mente nada comprende ni adivina de cuanto pasa; porque nuestra razon no nos deja discernir ni pensar; en que no tenemos pasado ni porvenir, y en que es igual la risa con el llanto! Feliz mil veces la edad de la pueriliad, edad de flores que cuando pasa nos deja tan solo las espinas que habrán de herirnos el corazon: única edad venturosa que disfrutamos, y ojalá en ella nos llegára la muerte. Pues cuando abrimos los ojos de la razon, cuando empezamos á ver nuestra miseria, y que por mas que la huimos, por mas que la tememos, cada paso que damos y cada minuto que pasa nos vá acercando á la tumba y hundiendo en ella nuestras plantas, maldecimos la existencia; porque esa existencia que en nuestros ensueños creimos llena de encantos, de goces y de placeres, nos ha ofrecido tan solo el llanto y la desesperacion.» No bien acabó de decir estas palabras, quedó sumergido en un profundo letargo.—Eduardo, este jóven que presentamos á la vista de todos, enfermo, delirante y quizás en los últimos momentos de su vida, era un poeta, un poeta desgraciado, que en sus momentos de inspiracion habia soñado felicidad y cuya imaginacion habia volado á otras regiones, de donde absorta y embebida al contemplar tanta dicha, se desplomára para volver á tocar la realidad; esta realidad que nos presenta tan solo el cuadro de los crìmenes, de las desgracias, de los padeceres, y que él habia esperimentado, porque amaba. Su amor que era puro, como las primeras ilusiones de la juventud, fué á estrellarse en una muger veleidosa, que despues de haberle jurado fidelidad, le abandonó por otro. Este golpe fué en estremo sensible para Eduardo, cuya alma ardiente y apasionada, juzgaba que las demas personas participaban de su pureza; desde entonces empezó á desconfiar de todos, y aprendió á leer en el semblante, los mas ocultos pensamientos. Entonces conoció que ninguno de los que le rodeaban comprendia lo que pasaba interiormente, y que mientras él gemía y se arrastraba lentamente á la muerte, los demas gozaban en los festines de los encantos que ofrece la sociedad; la sociedad, que cubriendo el rostro con una máscara, vestida de brocado, y adornada de joyeles y pedrerias, seduce y alhaga para despues devorar y consumir. Eduardo se habia elevado sobre esa sociedad estúpida que no le entendia, y habia escrito los sentimientos de su corazon, lanzando sobre ella un sarcasmo emponzoñado. Sus escritos empero, yacian olvidados, y hasta él mismo lo estaba de todos menos su de amigo Carlos. Este, asustado al verle de aquel modo, hizo acudir á su familia, que sobresaltada y cuidadosa le subministró los remedios que se creyeron necesarios; remedios que no podian causar efecto alguno, en un cuerpo cuya alma habia volado al cielo su morada; porque el genio mientras habita en este suelo, está sufriendo las miradas avaras y envidiosas de la multitud; miradas que lo empañan, porque enmedio de este mar inmenso de criaturas, que en fuertes olas se estrellan contra él, que permanece firme como las rocas, participa de otro ser mas puro, y se eleva sobre ellas, y habla un lenguaje que zahieren porque no lo comprenden. El hombre de genio siempre es desgraciado, siempre perseguido, y siempre envidiado; y solamente despues de su muerte suelen decir—»Era un sabio»—solamente cuando no existe le elogian.

Eduardo, pues, habia sufrido la suerte de todo hombre de talento, y consumido de una lenta tísis, despues de haber luchado largo tiempo con ella, murió, cubriendo de duelo á su familia, y á su amigo querido: mas á pesar de los años que han pasado desde su muerte, aun se vé un hombre que todos los meses visita su solitario sepulcro, y coloca en él una corona fresca de laurel, quitando la que yacia mustia desde el anterior. Este hombre es Carlos, que vá á ofrecer á la tumba del genio el último don de la amistad.

MANUEL CAÑETE.

ALBUM.

Nuestro corresponsal de Sevilla, nos remite el prospecto que insertamos á continuacion.

PROSPECTO Y SUSCRICION

A LA NOTICIA HISTÓRICA

del orígen de los nombres de las calles de Sevilla y de los principales hechos ocurridos en ellas.

La importancia de esta obra está reducida principalmente á su amenidad y á presentar á los amigos y profesores de arqueológia, todas las inscripciones antiguas y modernas y todos los hechos mas notables que han tenido lugar en las calles de esta hermosa ciudad, cuna siempre de hombres ilus-

tres, que tanto en las letras como en las armas se distinguieron. Ninguno habrá que formándose un verdadero concepto de esta obra pueda juzgarla inútil y de poco trabajo. Al contrario toda una vida ha sido necesaria para desentrañar manuscritos antiguos y archivos, tanto públicos, como de personas notables de esta ciudad que han ido poseyéndolos por herencia. Con todo por tantas fatigas no desea otro premio su autor que ver publicada su obra, y al mismo tiempo el fallo del público que desea y espera con grande impaciencia.

Mas como nunca puede estarse seguro de acertar en una idea y mucho mas en materia tan árdua y pesada, seria muy orgulloso su autor sino dijera á las personas que se dignen leer su trabajo, que admitirá gustosísimo las correcciones que se le hagan si se acompañan con datos mas positivos que los que se impriman y que convenza de haberse cometido error que desde luego deberá juzgarse por involuntario.

Esta publicacion estaba destinada á hacerse por suscricion en un tomo entero que comprendiese toda la obra, pero no habiendo podido reunirse el número suficiente de suscritores para verificar la impresion, no he dudado un momento en creer que las circunstancias exigian una publicacion mas moderada de precio, y asi, me he resuelto á sacarla á luz por cuadernos de cinco pliegos que se repartirán mensualmente dando el primero en el presente mes de agosto y por el que solo deberán pagarse 4 rs. anticipados en Sevilla y 5 en las provincias franco de porte.

De este modo la obra constará de 8 cuadernos á lo mas, al fin de cuyos meses relativos, tendrán los que gusten honrarme con sus nombres toda la obra sin que puedan fastidiarse á la conclusion de la lectura de un cuaderno por no tener los demas, pues como el objeto es variado cada publicacion tendrá distinto interes.

Se admiten suscriciones en esta ciudad, en la imprenta y redaccion de este periódico, calle de S. Pedro, nº 116.

☞ ADVERTENCIA INTERESANTE.—Las quintillas 3ª y 4ª del primer canto de la composicion A MI AMIGO D. J. V. Y P., página 28, deberán leerse despues de la 6ª de la página 29 que concluye, *Deliciosa y hechicera*. La premura del tiempo no ha permitido hacer una nueva impresion de este pliego, cual hubieran querido los redactores.

OMISION.—En el número 2º de nuestro periódico, página 14, línea 3ª de la 2ª columna, dejó de ponerse el siguiente parrafo.—»En seguida vá á depositarlo por turno, y segun su categoría, en un gran cáliz de plata sobredorada, colocado en el altar de la capilla supradicha»—con lo cual se dará su verdadero sentido á lo que vá á continuacion.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NÚMERO.

Agricultura é industria; artículo primero.—A mi amigo D. J. V. y P.; poesía.—De los antiguos poetas castellanos; artículo primero.—A Emilia; poesía remitida.—Eduardo.—Album.

Impresor y Editor, F. Alvarez.

CADIZ: IMPRENTA DE LA AUREOLA, CALLE DE SAN PEDRO, NUM. 116.

t. 1º

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

22 de agosto de 1839.

AGRICULTURA E INDUSTRIA.

ARTICULO SEGUNDO.

Los mas sabios oenologistas han observado, y particularmente nos lo hace notar el Conde Chaptal, que la vid es de todas las plantas la mas sensible á la accion de las numerosas causas que sobre ellas influyen. Ya sea que se mire la cuestion bajo el aspecto que la presenta el ilustre agrónomo Boré, que atribuye la primera diferencia de la calidad de los vinos á la de las cepas, ó bien que se busque la razon de esta diversidad en otras causas menos fáciles de determinar, pero no menos ciertas y existentes, no podemos desconocer la importancia de marcar las condiciones y circunstancias que pueden, modificando la naturaleza de las cepas, variar sus productos y ponernos en el caso de mejorar nuestros viñedos.

Se ha notado que la diversidad de los climas, la composicion mineralógica de los terrenos, su situacion topográfica y el género de labores que se les dá influyen eficazmente en la calidad de los vinos. Sin embargo, todos saben que en algunos paises, como sucede en la Borgoña, Champaña y en el Bordelais, como igualmente en nuestros viñedos de Jerez y Sanlúcar, plantaciones de una misma especie de sarmientos, inmediatos unos á otros, en un mismo terreno, cultivados por una misma mano y con igual esmero, dán vinos cuyos valores difieren por mitad, debiendo atribuirse estos resultados á diferencias y accidentes casi imperceptibles, consistentes en la edad del suelo, en la salud que disfruta la plantacion, en la flaqueza de ella ó en la estructura plana ó inclinada que afecta la superficie de la misma tierra.

Los sarmientos viejos, que no crecen sino con trabajo en terrenos poco aptos para la vegetacion, donde no dan sino escasos y mezquinos frutos, producen unos vinos de una calidad superior á los de frutos mas abundantes y robustos: las viñas jóvenes dan vinos muy inferiores á los que producen las decrépitas y desmedradas, á quienes se han reemplazado. El terreno, su

disposicion, la especie de vid y su cultivo, son en este caso los mismos; sin embargo estas plantas mas jóvenes y vírgenes, aunque dán mas cantidad de fruto, siempre este es de calidad mas débil.

Estamos léjos de criticar á aquellos viñadores, que guiados por el interes de acrecentar sus rentas, reemplazan las viñas viejas con nuevos sarmientos. Los vinos medianos, y aun los inferiores, son de mas consumo, y por consiguiente de mas utilidad al comercio, que los generosos, rancios y de esquisita calidad. La abundancia de los primeros hace bajar el precio de los segundos, haciéndose estos mas raros. De aquellos se surte en fin la clase menos afortunada, que es la mas consumidora, y se provee con los mismos á la destilacion de los aguardientes, cuyo producto es de mucha importancia en la balanza comercial.

Puesto que no conviene, ni se puede, ni se debe obligar á los propietarios de viñedos á conservar las cepas añosas para obtener mejores vinos, es indispensable indagar otros medios para mejorar su calidad sin perjudicar la cantidad de los productos, ó al menos aminorarlos en cuanto sea posible y compatible con nuestro intento. Esto no podrá conciliarse sino apropiando la calidad de la cepa al terreno, perfeccionando el arte de hacer los vinos, objeto interesante de que se han ocupado y ocupan sabios agrónomos, arreglando ó acomodando el cultivo de la vid á su especie y á las circunstancias y accidentes del suelo, siguiendo con docilidad los preceptos indicados en nuestros diccionarios y obras de agricultura, y finalmente adquiriendo conocimientos para saber formar los viñedos en las localidades á propósito, cuyas nociones vamos en seguida á manifestar.

La situacion del terreno es tan importante en la plantacion de la vid, que segun M. Vigot, se observa en la antigua Champaña un tercio de aumento en los productos y valores de los frutos en favor de una viña plantada al *Este* sobre otra que presente su frente al *Oeste*. Esta circunstancia prueba el influjo de las localidades y de los vientos generales en cada zona. La esperiencia es la que debe conducir los procedimientos en la eleccion de terrenos para las plantaciones.

Casi en todos los paises del emisferio boreal, la situacion de las viñas hácia el norte parece contraria á la buena calidad de la uva, y la situacion hácia el mediodia en la parte septentrional de la zona que puede producirla es la mas conveniente, porque la vid mas espuesta al sol dá por esperiencia los mostos mas azucarados y de mejor sabor; pero es necesario igualmente que las tierras no sean demasiado secas, porque la uva en tal caso madura precoz é imperfectamente. La madurez perfecta se verifica con el concurso de los líquidos que alimentan la planta y con el calórico que contribuye á su conservacion.

La influencia de las temperaturas en la naturaleza de los vinos está marcada por las diferentes calidades que adquieren de un año para otro, y se deduce de este antecedente, que el mismo agente actúa sobre los productos de los viñedos. Asi es que en la zona que se halla entre los 28 y 30° latitud Norte, la vid se cultiva con ventaja, y los mejores vinos se producen entre los 30 y 50° de la misma latitud. Sin embargo en este espacio dá la misma cepa frutos de diversas calidades. Los planteles de Borgoña traidos á Madrid y á Jerez dan vinos diferentes; las vides de la Grecia traidas á Italia no conservan sus calidades primitivas; los mismos sarmientos que al pié del Vesubio dieron á la antigua Roma los ricos vinos de Palermo, transportados á la Etruria produgeron vinos poco delicados. Esto debe suceder asi; porque siendo este licor sensible á las mas ligeras influencias, ecsige una temperatura igual y determinada. En un año caloroso los vinos del norte mejoran su calidad, y en un año frio y húmedo los del mediodia solos son los que pueden estimarse. Sin un sol puro la parte sacarina del mosto no puede reunirse en cantidad suficiente para formar el alcoól necesario para constituir los vinos en la calidad de generosos. Bajo de un sol ardiente las uvas se desecan antes de su completa madurez, de modo que en la zona tórrida no puede cultivarse la vid con ventaja. En la Martinica se han hecho repetidas tentativas para conseguir plantíos y grandes aclimataciones de la vid, y ha sido preciso renunciar á este proyecto en razon de los inconvenientes indicados.

Se conoce fácilmente que un arbusto cual es la vid, tan susceptible de resentirse de los accidentes del pais y del influjo del clima, debe ecsigir en su cultivo variadas modificaciones segun la latitud del lugar en donde crece y la elevacion del terreno en donde vive. Asi es que en el norte de la zona en que la vid vegeta con utilidad, se debe encontrar mucha ventaja formando los viñedos sobre colinas poco elevadas espuestas al mediodia, y acercándose mas al Ecuador, se pueden cultivar en las colinas de las montañas.

Los flancos del Vesubio, las elevadas cimas de la isla de la Madera, las cejadas rocas de la de Tenerife y del Cabo dán los vinos de mas estimacion, en tanto que los llanos situados en las mismas latitudes producen vinos de poca estima en el comercio. En estas localidades es de necesidad que la elevacion del suelo corrija los malos efectos que ocasionara un sol demasiado ardiente. En nuestro pais, al contrario, es conveniente elegir el cultivo de las viñas en lugares mui altos. La situacion de estas debe arreglarse y variar segun las circunstancias locales. La posicion debe elegirse, consultando la relacion combinada de la latitud y de la elevacion del terreno sobre el nivel del mar con la calidad de las tierras destinadas á la plantacion. Cuando estas son secas y cascajosas ecsigen una situacion menos meridional que las tierras ó barros sustanciosos. Se puede, no obstante, obtener buenos vinos de cepas que viven en colinas areniscas y secas, al paso que en terrenos gredosos no se producen otros vinos que de mediana calidad.

En nuestra latitud, las colinas espuestas el norte y las montañas de mediana altura son muy apropiadas á la mejor vegetacion de todas las plantas y contrarias al cultivo de la vid. No se crea por esto que este arbusto no crezca ni pueda vivir en dichas situaciones, pero se observa que los frutos que dán las viñas de tales localidades llegan rara vez á una perfecta maduréz.

DIEGO GONZALEZ ROBLES.

LA HOJA DEL ÁLAMO.

ROMANCE.

El sol sus rayos vertía
Entre nubes de oro y grana,
Que esplendente escelso trono
En su curso le formaban,
Sobre la frondosa vega,
Rico ornato de Granada;
Y su purísima lumbre,
Reflejando en las montañas,
Que á la corte de los moros
Sirven de inmensa atalaya,
Refulgente despedía
Centellas de hermoso nácar.
La brisa apenas las hojas
De los árboles besaba
Dulcemente repitiendo
Amorosas esperanzas,
Que algun pecho entristecido
Entre suspiros lanzaba,
O remedando lasciva
Los tiernos ayes que ecshala.
Los pintados pajarillos,
Corriendo en la verde grama,
En cadenciosos gorjeos
Su sencillo amor cantaban;
O ya en melodiosos trinos,
Volando de rama en rama,
A su veleidosa amante
Melancólicos llamaban.
Y en la dilatada vega
Bulliciosos se cruzaban
Mil arabescos azarbes,
Llevando cristal por agua.
El fresco y famoso Darro
Blandamente susurraba,
Jugando en la blanca arena
Granos de fúlgida plata;
Y apenas las lindas flores,
Que el puro ambiente embalsaman,
con sus cristalinas ondas
mnellemente acariciaba:
Y en los vistosos jardines
De Haxaríz, que engalanaba,
Las claras fuentes surtía
Que en giros opuestos saltan:
Y al alto Generalife
Humildemente acataba,
Llevando sus limpias olas
A la deliciosa Alhambra:
Y triunfante y orgulloso
La ciudad atravesaba,
Mezclando sus dulces linfas
A las del Genil heladas:
A las del Genil parlero,
Que leve espuma rizaba
En las márgenes amenas
Que en sus remansos retrata;
Cuando á la apacible orilla
Donde se juntan y enlazan,
De quien odorosas juncias
Eran alfombra lozana,
Un mancebo, cuyo garbo
Decia su estirpe clara,
Con abatido semblante
Presuroso se acercaba.
Un luengo gaban leonado
Con rapacejos de plata,
Aunque roto y mal traido,
Airosamente ajustaba
Su esbelta y gentil cintura,
Que cual elegante palma
Que en la llanura campea,
Asi erguida se ostentaba.
Cubria un azul birrete
De terciopelo de Baza
Sin leves plumas ni joya
Su frente, que el duelo empaña,
El blondo y largo cabello
Cayendo en madejas varias
Sobre los cubiertos hombros,
Y sobre la récia espalda.
No llevaba al diestro lado
La aguda homicida daga,
Ni del siniestro pendía
Cortante y luciente espada.

Que iba solo y desarmado
Cual cautivo en tierra estraña;
Mas, como cautivo noble,
Esclavo de su palabra.
Llegó en fin triste el mancebo
A la márgen encantada
De los dos famosos rios,
Gloria y placer de Granada;
Y al pié de un álamo blanco,
Que su frente al cielo alzaba
Formando un espeso toldo
Tegido de verdes ramas,
Sentóse, y por un instante
Profundo silencio guarda,
Hasta que la voz doliente
Y el rostro agitado, esclama:

»Ligera y galante brisa,
Que el valle y la vega encantas,
De una flor á otra tendiendo
Tus leves y frescas alas;
Tú, por quien la vida es dulce,
Por quien goza alegre el alma
Las deliciosas mansiones
Que el espíritu embriagan,
Lleva mis tristes lamentos
Al cándido pecho, virgíneo de Laura,
Y bate en su frente tus rápidas alas.
»Mas vuelve luego piadosa,
vuelve y dime si me ama,
Como en los felices dias
Que eterna fé me juraba:
Dime si olvidó al cautivo
Que el rey Hacen hizo en Zahara,
Y dile, si me ha olvidado,
Que recuerde que soy Vargas.
Dile que su hermano Enrique
Murió defendiendo la villa de Alhama,
A tiempo que el moro rendirla juraba.
»Empero, vé tan callando,
Con tanto sigilo marcha,
Que nadie sentirte pueda,
Que nadie á robarte salga
El tesoro inapreciable
Que te confian mis ansias,
Pues, si lo pierdes, mil males
Con tal ausencia me causas.
Huye si algun otro viento
Sorpresa amorosa faláz te prepara
Y el caro secreto de tí nunca salga.
»Mas ¡ay! escucha, detente,
No des un paso, no vayas;
Que está muy lejos mi amante
Y son de cera tus alas.
Que ya el sol con llama estiva
Tu débil aliento abrasa,
Y no resisten su fuego,
Cual tú, las sutiles auras.
Quédate en la hermosa vega,
Dó célica y dulce de amor eres maga,
Y bate en mi frente tus rápidas alas.
»Si; que los candentes rios,
Que vén llorar mi desgracia
Y que tu gran ciudad besan
Dó mora mi bella amada,
Se encargarán del mensage
Encerrando en sus entrañas
El depósito adorado
Que de mis labios alcanzan.
Y cuando llegue á Sevilla
El tierno billete que el Bétis aguarda,
Saldrá á recibirlo, volando, mi amada.»

Asi habló el jóven cautivo,
Y al instante se levanta
Del blando y mullido césped
Que la pradera alfombraba;
Toma del *álamo umbroso*
Una hoja en la que graba,
Entrelazando las letras,
El nombre suyo y de Laura:
Y la arroja á la corriente
Que sorprendida se para,
Forma un velóz remolino,
Y sepulta en él la carta.

Sevilla y Julio 1839.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

BELLAS ARTES.

CUSTODIA DE CADIZ.

Entre las alhajas que posee esta ciudad, una de las mas apreciables, asi por su valor como por su objeto, es sin disputa la Custodia que en la solemne procesion del dia del *Corpus* han admirado los gaditanos por espacio de cerca de dos siglos. Grato recuerdo de la antigua opulencia de esta Plaza mercantil, precioso monumento de la piedad y generosidad de nuestros mayores; ella es al mismo tiempo la prueba mas irrefragable de la perfeccion que alcanzaron los artistas españoles en el siglo XVII. Es para todos una obra que arrebata la atencion por el metal de que está fabricada y por la complicacion y multiplicidad de sus adornos. Mas podemos mirarla de distinto modo; como un testimonio auténtico, como un resto precioso del brillante estado de las ciencias, artes, comercio, en una palabra de todos los elementos de felicidad que gozaba nuestra patria, tan desventurada hoy, por los años de 1648: porque, si bien es verdad que en este último, habiendo heredado el trono de S. Fernando el sencillo Felipe IV, empezaba ya á decaer la grande monarquia española de la preponderancia y esplendor á que la encumbráran la suerte y talentos del emperador Carlos I; tambien lo es que esta ciudad, casi separada del resto de la península, aun no habia sufrido los efectos de aquella disminucion de poderío y de influencia política sobre las demas naciones europeas; pues no llegó por entónces á menoscabarse en lo mas mínimo el comercio pingüe que, en virtud de su situacion topográfica, hacía con nuestras posesiones de Ultramar.

Proponiéndonos dar una ligera idea de la Custodia gaditana en cuanto permiten las limitadas columnas de este periódico, no se nos oculta que para los eruditos y aficionados á escudriñar las antigüedades de su patria nada nuevo vamos á decir; pero como, por desgracia, estos son en corto número, creemos que el presente artículo no carecerá absolutamente de interes, cuando ademas está destinado á deshacer algunos errores vulgares relativos á la primitiva escultura y tamaño de la alhaja en cuestion.

Desde el siglo XIII poseía la Catedral de Cádiz un hermoso obelisco de plata sobredorada de obra mosáica, (dádiva de D. Alfonso X de Castilla) dentro del cual, y en un rico viril, se manifestaba á la pública veneracion el augusto Sacramento en la procesion de su dia grande. Considerando el Ayuntamiento la pequeñez de esta alhaja, pues apenas contiene tres arrobas de plata, la categoría de esta ciudad, asi como la necesidad de un culto esterior magnífico en lo posible, determinó dar el testimonio mas público y patente de su amor á la Eucaristía, construyendo una gran Custodia de plata que sirviese de admiracion á los innumerables estrangeros inficionados de la herejía sacramental que frecuentaban este emporio del mundo. Despues de varios acuerdos para vencer las muchas dificultades que se presentaban, se dió principio el mismo año de 1648, encargando la direccion de la obra al artífice D. Antonio Suarez, y comisionando á los Sres. D. Martin de Varte y D. Gutierrez Zetina, Regidores, para que recogiesen las limosnas y manejasen los fondos. A los ocho años de un trabajo no interrumpido se concluyó el primer cuerpo; y en otro acuerdo tenido entonces, se nombraron nuevos Diputados (D. Antonio Izquierdo de Quiroz y D. Nicolas Rufo, tambien Regidores) los cuales, redoblando los esfuerzos, poniendo en accion cuantos medios y recursos pudo sugerirles su celo, y aun supliendo de su propio peculio cuando escaseaban los fondos, tuvieron la incomparable satisfaccion de anunciar á la corporacion munícipal hallarse concluida la obra en el año de 1664.

La traza de esta joya es cuadrada, á la cual sirvió de modelo la torre de las Casas Consistoriales. La labor es córintia, y tiene algo de dórica. Su altura pasa de cinco pies; y dividida en tres cuerpos minorados en proporcion, se funda el primero, cuadrado, sobre ocho columnas grandes con pilastras y perfiles resaltados, las cuales sustentan cuatro arcos en que descansa una hermosa medianaranja. Entre las bases de cada dos columnas se vé uno de los cuatro doctores de la iglesia, y sobre los capiteles ocho ángeles, unos con turíbulos, y otros con instrumentos músicos. Este primer cuerpo remata en una corona de corredores dentro de la cual asienta el segundo cuerpo algo menor, ochavado, que, estrivando en ocho columnas con sus pilastras y basas resaltadas, contiene una imágen del Salvador resucitado. Sobre los capiteles de las columnas hay tambien ángeles con canastillos de flores. Sobre cuatro columnas se levanta el tercer cuerpo, menor en debida proporcion, cerrando una primorosa cúpula; bajo la cual se vé un esquilon, y encima, por remate, una imágen de la fé. Diez y seis campanillas menores que el esquilon principal se hallan esparcidas por la Custodia en la que todo es de plata, tornillos, molduras, perfiles, abrazaderas, &c.

Su peso total, segun testimonio de Lucas Molina, escribano público, fecha 8 de Mayo de 1666, es de 1528 marcos de plata, que reducidos á peso mas comun son $30\frac{1}{2}$ arrobas.

Pagóse la hechura á 10 pesos de plata por cada marco de labor que ascienden á 15280 pesos, los cuales hacen 38 arrobas y 80 pesos plata, que agregados á las $30\frac{1}{2}$, y $3\frac{1}{2}$ arrobas de piezas menores añadidas, importaba toda la alhaja 72 arrobas y 80 onzas plata.

El miércoles 11 de Mayo de 1664, víspera del Corpus, á las tres de la tarde, fué conducida con toda solemnidad desde las Casas Consistoriales á la Catedral, siendo presidente del Ayuntamiento el Gobernador de Cádiz el Sr. D. Antonio Pimentel de Prado.

Llegados á la Sta. iglesia D. Juan Ignacio de Soto y Villavicencio, alférez mayor, hizo entrega de la alhaja á D. Francisco Vadillo y Bendrel, Arcediano de Cádiz (que en ausencia del Dean presidía el Cabildo eclesiástico) en esta forma: »Que deseando Cádiz ofrecer á Dios Sacramentado una alhaja de valor, en muestras de gratitud, dedicaba la presente para que todos los años saliese en público el dia del Corpus, para cuyo efecto se guardase en la santa iglesia; y que si por

algun accidente fuese trasladada á otra parte, era voluntad de la ciudad, que la Custodia permaneciese en la iglesia de Cádiz para cuyo servicio se hizo.» Con tales circunstancias la admitió el Cabildo eclesiástico, dando á la corporacion municipal repetidas muestras de alegria y reconocimiento.

El Juéves inmediato, 12 de Mayo de 1664, se ordenó la procesion del Corpus, en la cual, por primera vez vió el vecindario de Cádiz con inesplicable regocijo aquel trono magnífico de plata con andas de tisú del mismo metal.

En 12 de Junio de 1674 se entregaron al Cabildo eclesiástico las caidas de la Custodia, cuatro faroles y seis casullas de tisú para otros tantos sacerdotes que debían llevarla.

Pesaron las caidas 754 marcos, 6 onzas y 11 adarmes, que importan 9930 pesos y 6 reales, y por su hechura se pagaron 3475 pesos y 6 rs.

El peso de los faroles es de 233 marcos, 6 onzas y 9 adarmes; su hechura costó 2787 pesos. Las seis casullas de tisú, á 16 pesos vara, importaron 756 pesos.

RESÚMEN DEL VALOR DE LA CUSTODIA.

	Peso.	*Hechura.*	*Suma.*
Los 3 cuerpos.....	16286 pfs.	-15280 pfs.	-31566 pfs.
Las 4 caidas.....	9930 id.-6 rs.	- 3475 id.-6 rs.	-13405 id.-12 rs.
Los 4 faroles.....	1052 id.	- 2787 id.	- 3839 id.
Total...			48810 pfs.-12 rs.

G. N.

SONETO.

El *héroe* se enagena arrebatado
Al ceñir el laurel de la victoria;
Y es su anhelo dejar para la historia
Un renombre de sangre salpicado.
Liviano el *seductor* y entusiasmado
Cifra en el vicio su nefanda gloria;
Y bástale vivir con la memoria
De haber su amor impuro consumado.
El *avaro* gozoso se recrea
Encerrando en las arcas el tesoro
Que su inquieta codicia le grangea;
Mas no es mi afan la gloria, el vicio, el oro;
Es solo oir, cuando inspirado sea,
Del vate ardiente su cantar sonoro.

J. B. y Q.

A P.***

Amor colmaba la dicha mia,
Todo era gozo, felicidad;
Yo disfrutaba pura alegría,
La mas perfecta tranquilidad.
Mas la ventura que yo gozára
Bien como el humo se disipó;
Y á dó la calma mi pecho hallára
Crudo tormento solo encontró.
Yo ví los ojos de mi adorada
Rayos de enojos fieros vibrar,
Su amor negarme desapiadada
Sin condolerse de mi penar.
»¡Yo despreciado de tu hermosura!
¡Yo de tu lado tener que huir!
¡Yo que te adoro con tal ternura!!
Quiero mil veces antes morir.
Cesen P.*** ya tus rigores,
De mis tormentos ¡ay! tén piedad,
Te compadece de mis clamores;
Baste, ya baste tanta crueldad.»
Tal le digera desesperado
Con ardorosa tierna pasion;
Y ante sus plantas arrodillado
Le demandara *piedad*; *perdon*....—
Amor, tú solo trocar pudiste
De mi adorada la obstinacion;
Tú, venturoso, feliz me hiciste;
De gozo inundas mi corazon.
Ya mi P.*** dulce, amorosa,
No me demuestra crudo rigor;
Sus negros ojos, su faz hermosa,
Todo respira plácido amor.
»No mas enojos, mi dueño amado,
Nuestro contento llegue á turbar;
Los dulces lazos de amor sagrado
Nunca logremos abandonar.»—
Tales acentos mi bien oyera;
Sintió su pecho de amor latir;
Y entusiasmada me prometiera
Serme constante hasta morir.

L. E. y F.

A UN CIPRÉS.

SONETO.

Para un sepulcro que bañó mi llanto
Dame una rama de tu copa umbría;
Yo de las flores que su márgen cría
La vestiré, y de rosas y amaranto:
Escuchará los ecos de aquel canto
Que á mi amada consagro noche y dia,
Al son pausado de la lira mia,
Pulsada solo en mi fatal quebranto.
No temas la arrebate por el viento
Del huracan la furia destructora,
Y sus hojas deshaga turbulento;
Pues cuando el triste sus pesares llora,
La natura y los hombres de su acento
Huyen, y del espacio donde mora.

Sevilla y Agosto de 1839.=FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

PODER DE LA MÚSICA.

LOS DOS AMIGOS.

Herman era uno de aquellos hombres á quienes la naturaleza se habia complacido en dotar de un destino dudoso: habia depositado en él el principio de todas las virtudes, así como el gérmen de todos los vicios; era todavía muy niño cuando perdió á su padre, y educado por una madre débil y sin prevision, habia llegado á la edad de veinte años, sin haber encontrado el menor obstáculo que se opusiese á su voluntad; y su carácter se habia desarrollado, ardiente, terco, vengativo, y sin tener mas conocimiento de las ideas del bien y del mal, que la momentánea impresion que les causaban y su pasion satisfecha ó contrariada. Pero es preciso confesar que cada una de las deformidades de aquel caràcter no eran mas que la exageracion ó el desarreglo de un principio de virtud, de suerte que segun las circunstancias, aquel hombre de un temple tan particular, podia degenerar en un malvado ó podia llegar á ser un héroe.

La dulzura, bondad y resignacion, distinguian á Rodolfo de su impetuoso amigo era instruido y modesto, al mismo tiempo que franco y persuasivo. Sencillo é indulgente, constante en su amistad y moderado en sus placeres, era un ser, que desde la tranquila esfera que le habia creado su caracter, se habia transportado de repente á la esfera del entusiasmo. Era músico. Este arte encantador fué el que unió á dos hombres de tan contrario carácter, estrechando entre Herman y Rodolfo el nudo de la amistad. Dirigidos por *K....* discípulo del célebre *Sebastian Back*, seguian la senda de su maestro, y prometian á la Alemania tan rica y célebre en ingenios músicos dos celebridades mas.

Lo mas digno da atencion era, que desarrollando los dos jóvenes sus talentos bajo la influencia de las lecciones de su sabio director, no por eso dejaban de conservar cada uno de ellos cierta originalidad, debida sin duda á la *gran* diferencia de caracteres. *Graves y serias*, dulces y armoniosas, eran las inspiraciones de Rodolfo: ardientes, impetuosas y desordenadas las de Herman: en la música del primero se notaba un encanto indefinible que estasiaba los sentidos, al mismo tiempo que la música del segundo hacia estremecer el corazon mas duro é insensible.

No habia rivalidad alguna entre los dos jóvenes que en una misma carrera trazaban dos caminos tan diferentes que cada uno de ellos podria llegar á ser único en su *género*, sin temor de que los conocimientos del uno aventajasen la sabiduria del otro, porque entre los dos era imposible establecer ningun punto de comparacion.

Pero si en la perfeccion de un arte hay lugar para dos personas, si para llegar á la celebridad de artista pueden dirigirse los sabios por sendas diferentes, no sucede lo mismo en la carrera del amor: el corazon de una muger no puede dividirse, y no ecsiste mas que un camino para obtenerlo: hé aquí el escollo en que debia estrellarse la amistad de Rodolfo y Herman.

Los dos amigos fueron invitados para asistir á un concierto que el ministro Fischer habia preparado, y cuya hija Julia no se habia presentado aun en sociedad alguna.

Julia tenia diez y siete años, era linda como un ángel, poseía un corazon sensible, un talento cultivado, y era ademas escelente música.—Aquella noche por primera vez la presentaba su tia en el gran mundo, con la satisfaccion mezclada de inquietud que esperimenta un preceptor, cuando presenta un discípulo que debe honrarle y asegurar su reputacion. Julia, sencilla y complaciente, habló con todos, tocó el piano sin hacerse rogar, recibió con modestia los elogios que habia merecido, ganó los corazones de los concurrentes, y sobre todo los de Rodolfo y Herman.

Invitaron al primero para que la acompañase al piano en una tocata á cuatro manos, y nunca se vieron dos corazones de artistas mejor formados para comprenderse, que los de Rodolfo y Julia. La misma suavidad en la espresion, la misma exaltacion de una imaginacion pura y feliz. Desde el preludio se adivinaron, y bien-pronto confundiendo sus pensamientos, unieron sus corazones y volaron juntos á una region superior; no eran sus dedos, eran sus almas las que hacian mover las teclas del piano, y lágrimas de amor y felicidad brotaban de los ojos de los dos jóvenes, que tan pronto se habian adivinado, y que con tanta pasion espresaban sus sentimientos. Aquello era, por decirlo así, un concierto celestial.

Ya hacia algun tiempo que habian cesado tan dulces y acordes acentos, y todos los circunstantes escuchando todavia, guardaban el mas profundo silencio; silencio mas elocuente que los aplausos que partieron de todas partes mezclados de voces de entusiasmo, pasados aquellos primeros momentos de éstasis.

Llegó á Herman su vez; pero ya corria por sus venas la fatal ponzoña de los celos. Su corazon habia visto en Julia y Rodolfo, no como los demas espectadores, la inteligencia de dos artistas, sino lo que era demasiado cierto y lo que le atormentaba cruelmente; habia visto la inteligencia de dos amantes. Sin embargo iba á encontrarse en la misma posicion que su amigo, y tratando de conseguir sobre él alguna ventaja, no perdió del todo la esperanza. El fuego que devoraba su alma pasó á sus dedos: el ardor y el ímpetu de su egecucion sorprendieron y transportaron á los concurrentes, y no produgeron efecto alguno en el ingénuo corazon de Julia. En vano Herman redoblaba sus esfuerzos por hacer brotar en aquella alma que no comprendia sus sentimientos una chispa del fuego abrasador que devoraba sus entrañas; Julia permaneció hasta el fin fria é indiferente.

Felicitado despues por la sublimidad de los talentos que en aquella ocasion habia desplegado, no daba oidos á los elogios que le tributaban, y un pensamiento de sangre que le habia sugerido su acalorada imaginacion, le hizo al fin divisar la tranquilidad al través de la desgracia de su amigo, pensamiento que ahogó en su gérmen, huyendo precipitadamente de aquella mansion que habia sido para otro de felicidad, y de pena y tormento para

él, que hubiera querido, en vez de ecos de placer y de dulzura, haber escuchado la voz de la desgracia y destruccion.

Despues de aquel dia fatal, Herman abandonó á Rodolfo, despreció las lecciones de su sabio maestro, y todo el odio y amor de su corazon, reconcentrado en un solo objeto, no presentaba á su imaginacion mas ideas que la de su desdicha, y el triunfo de su rival.

Cinco meses pasaron, durante los cuales Herman llegó al mas alto grado de desesperacion, abrigando constantemente en su pecho el fuego del amor que le devoraba. Aquel jóven tan lozano y de un porvenir tan brillante se habia convertido en un pálido y flaco esqueleto; y sus ojos tan espresivos antes, hundidos en sus órbitas, no despedian sino miradas de furor.

Una noche se presentó en casa de su maestro: era la víspera del dia en que habia de celebrarse el matrimonio de Rodolfo y Julia.

—¿Dónde está Rodolfo? esclamó con un acento que manifestaba el furor de que estaba poseido.

Le respondieron que su amigo pasaria toda la noche en el órgano de*** para preparar su entrada en*** cerca de *Eufurt*, en calidad de primer cantor y organista (plaza que Herman habia solicitado algunos meses antes sin poderla obtener), y una alegria feróz brilló en sus ojos: volò al templo, sugetando con una mano la capa que ocultaba su rostro, mientras que con la otra acariciaba la empuñadura del puñal que habia de vengarle: en esta actitud se reclinó contra un pilar, aguardando con impaciencia el momento en que Rodolfo bajase de la tribuna donde estaba colocado el órgano.

Reinaba en el sagrado recinto del templo, una silenciosa obscuridad, que aumentada por la solemnidad de aquel santo asilo, solo era interrumpida por los pálidos destellos que despedia una amortiguada lámpara colocada delante de un altar, y que mas bien que lámpara, parecia un alma pronta á despedirse de la vida para ir á sepultarse en la noche de la muerte.

(*Se concluirá*).

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NÚMERO.

Agricultura é industria: artículo segundo.—La hoja del álamo: romance.—Bellas artes: Custodia de Cádiz.—Soneto.—A P.***; poesía.—A un ciprés; soneto.—Poder de la música; los dos amigos.

Impresor y Editor, F. Alvarez.

CADIZ: IMPRENTA DE LA AUREOLA, CALLE DE SAN PEDRO, NUM. 116.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

29 de agosto de 1839.

DE LOS ANTIGUOS POETAS CASTELLANOS.

ARTICULO SEGUNDO.

La poesía de las naciones tiene, como ellas, su pubertad y su adolescencia. Una y otra se hallan caracterizadas por la ignorancia; pero existe entre ambas una diferencia notable. En la primera de estas edades la poesía, aunque ruda, es natural, pinta los hechos tal cual los vé, y dibuja á los hombres tales cuales existieron: carece de arte; pero lo suple el interés; y al traves de su desaliño nos deja ver á aquellos héroes, tan diferentes de nuestros contemporáneos, y hiere nuestra imaginacion tanto mas cuanto menos se cuida de ello.

Tales son las sensaciones que produce la lectura del Poema del CID, del que nos ocupamos en el anterior artículo; pero hay no obstante otra edad poética, otro siglo posterior á aquel en el cual la literatura muda hasta cierto punto de carácter, y de cuyos escritores es nuestro ánimo el tratar en el presente número. Veremos pues en el siglo XIII contaminada la poesía con la pedantería escolástica, y desdeñando el carácter de popularidad en que hasta allí se apoyaba, ir á buscar en Grecia los héroes de sus cantos ó referir en incultos versos milagros y vidas de santos cenobitas, en cuyos piadosos Poemas forzosamente habremos de echar de menos aquella tinta local y aquel colorido de la época que constituyen por lo comun el principal interes de estos antiguos escritos. Hé aquí lo que nos hemos permitido llamar la adolescencia de la poesía castellana.

De las investigaciones hechas por celosos eruditos, resulta que JUAN LORENZO SEGURA DE ASTORGA floreció á mediados del siglo XIII: no se conoce de él mas obra que el Poema de Alejandro. Sus versos son de catorce sílabas, rimados de cuatro en cuatro, de cuya novedad se alaba como inventor; mas à fin de que nuestros lectores se formen una idea de su versificacion y del estado del idioma, copiaremos algunos de aquellos, tomándolos de la descripcion de la tienda de Alejandro, en la que supone se hallaban pintados los meses del año en esta forma.

Estaba Don Janero á todas partes catando,
Cercado de ceniza sus cepos acarreando,
Tenie gruesas gallinas, estábalas asando:
Estaba de la percha longanizas tirando.
Estaba Don Febrero sos manos calentando,
Oras facie sol, oras sarraceando:
Verano é invierno íbalos destremando;
Porque era mas chico seiese querellando.
.....
Mataba los puercos Decembrio por mannana,
Almorzaban los fegados por amatar la gana:
Tenie niubla escura siempre per la mannana,
Ca es en ese tiempo ela muy cotiana.

La lectura de estos versos nos manifiesta qne si bien su medida está lejos de ser en todos esacta, por lo menos no puede negarse que la idea del autor fué hacerlos de catorce sílabas, tomando de aquí el nombre de alejandrinos con que son conocidos. También apuntamos la idea de ser el mencionado Lorenzo quien primero usó de la consonancia de cuatro en cuatro, por mas que no sea nada ingeniosa ni agradable; y esto puede colegirse de lo qne él mismo dice en su Poema.

Mester trago fremoso, non es de ioglaría
Mester es sen pecado, ca es de clerecía
Fablar curso rimado per la cuaderna via,
A síllabas cuntadas, ca es grant maestría.

GONZALO DE BERCEO, monge Benedictino, segun unos, Clérigo, segun otros, se cree que nació por los años de 1198, y que murió hácia el de 1268. Consérvanse de él nueve obras en verso, todas sobre asuntos religiosos; pero en medio de esta abundancia se halla en sus escritos poquísima variedad. Generalmente sus versos son alejandrinos, y el artificio de su colocacion es idéntico al que hemos visto en el poema de que acabamos de hablar. Sirvan de muestra los sigientes con que empieza el de los *Milagros de nuestra Señora.*

Yo Maestro Gonzalvo de Berceo nomnado
Iendo en romería caecí en un prado
Verde é bien sencido, de flores bien poblado,
Logar cobdiciadero para ome cansado.
Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en ome las caras é las mientes,
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frias, en yvierno calientes.

Tal es el metro usado en los Poemas de este hombre piadoso; pero sin embargo, el erudito PADRE SARMIENTO se inclina á creer compuso ademas versos mas cortos: citando para robustecer su opinion la copla cuyo principio copiarémos, atribuida á BERCEO, sin duda por haber escrito la vida de Santa Oria.

So esta piedra que vedes,
Yace el cuerpo de Santa Oria,
E el de su madre Amunna,
Fembra de buena memoria. &c.

Corrobora aquel dictámen nuestro literato D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA con una observacion sacada de otro Poema del propio autor titulado el *Duelo de la Vírgen* en donde supone que los judíos que guardaban el cuerpo del Señor cantaban, para no dormirse, *unas controvaduras.* La composicion empieza así:

Velat, aliama de los judios, *eya velar*:
Que non vos furten el hijo de Dios, *eya velar*:
Ca furtárvoslo querran, *eya velar*:
Andres é Pedro é Johan, *eya velar*:
No sabedes tanto descanto, *eya velar*:
Que salgades de só el canto, *eya velar.* &c.

En todos estos versos se halla un estribillo, formando una especie de *pié quebrado* independiente de cada verso, como se prueba fácilmente con solo quitar de ellos el *eya velar*; pues que entonces resultan versos pareados. Fué por lo mismo sin duda el objeto del autor el que esta *cántica*, como dedicada á la música, se compusiese de versos cortos que son los mas á propósito para ella.

Deberiamos, ya que se trata del siglo XIII, ocuparnos en este lugar del Rey D. ALONSO EL SABIO considerado como poeta; pero la única de sus composiciones cuya autenticidad no es negada por nuestros autores es la de las *cántigas* á la Virgen, escritas en dialecto gallego; y como por otra parte me inclino mucho á creer que ni el libro del *Tesoro*, ni lo poco que se conserva del de las *Querellas* fueron escritos en el citado siglo, de aquí es que me ocuparé de ambas producciones en el siguiente artículo.

FRANCISCO FLORES Y ARENAS.

AL MONTE SÉIR.

IMITACION DEL CAPÍTULO 35 DE EZEQUIEL.

En las álas del trueno conducida
Baja la voz de Dios al triste suelo,
Y se dirige á mí ya repetida
Por mil querubes en el alto Cielo.

Mi frente con el polvo confundida,
Yo la escuché con respetoso anhelo;
Mientras cercada de amarilla lumbre
Del Séir temblaba la gigante cumbre.
¡Oh monte, ya del cielo aborrecido!!!
Oye las predicciones de mi boca,
Aunque convulso entre fatal ruido
Lances al valle la pesada roca.
Yo profeta de Dios lo he percibido:
Tu inmensa mole, que en las nubes toca,
Arrojarán las iras del Eterno
Cual puñado de arena al hondo Averno.
Lo decretó; desierto y desolado
Antes serás con ignominia tanta,
Que bajando de fuego circundado,
Te derritas ¡infiel! bajo su planta.
¡Ay! no lo dudes; por Jehová inspirado
Hiela mis venas, y mi pecho espanta
¡Monte proscripto! tu futura suerte.....
Esas nieblas que miro son de muerte.
Cuando caigan mil rayos fulminantes
En medio de los pueblos que sustentas,
Desplomados caerán, horrisonantes,
Perdido el esplendor con que te ostentas.
Así á los orbes llamas ondulantes
Consumirán rabiosas, turbulentas:
Así castiga Dios inecsorable
La maldad de los hombres, detestable.
A tus manos sus hijos perecieron,
Los hijos predilectos de Israel,
Mientras dura afliccion ellos sufrieron,
Derramando sus lágrimas de hiel:
Tus pueblos á su llanto ensordecieron,
Cuando invocaban á su Dios en él;
Y de la cumbre del placer dó estabas
Con sonrisa espirar los contemplabas.
En tus faldas su sangre derramada
Caliente aun se deslizó á los valles,
Arrollando la flor aun no tocada,
Y abriendo por dó quier rojizas calles....
Viendo lanzarse sobre tí la espada,
Tiempo será que de terror estalles,
Y que en lagos de *sangre* hunda la frente
El destructor de la israelita gente.

¡Despreciaste del Cielo los consejos;
Y á su voz la llamastes importuna!!
¡Ay! tus escombros se verán de lejos
Cercados de tristísima laguna,
Humeantes del sol á los reflejos,
Hórridos á los rayos de la luna:
Se alejarán los hombres con espanto,
Y verterán tal vez copioso llanto!!!
En los vecinos campos, anhelantes
Un refugio ansiarán tus moradores,
Y caerán en collados, palpitantes,
En valles y torrentes bramadores.
Sabrán que vive Dios; y que si antes
No derramó su saña y sus furores,
Fué porque siempre se mostró clemente,
Y amable sufridor al delincuente.
Despues los hombres buscarán en vano
A los hombres que moran tus ciudades,
Y en vez de sociedad ¡monte inhumano!
Solo hallarán horrendas soledades:
La mucha sangre que vertió tu mano
Recordarán con ira y tus maldades;
Y á Dios bendecirán que justiciero
Tus glorias disipó, tu ser primero.
»Yo poseeré dos tierras, dos naciones;
»Aunque lo estorve el Cielo serán mias:
»Celebraré mi triunfo con canciones
»En fiestas bacanales y en orgías.
»Mil bellezas allí...., los corazones
»Se inundarán de inmensas alegrías....
»Rendido el orbe nuestro cetro solo
»Estienda su brillar de polo á polo.»
¡Ay! el Señor te oyó; en ira ardiendo
Un mar de fuego derramó en el Cielo,
Que en la inmensa estension se iba perdiendo,
Cuando tornaba en rebramante vuelo.
El querube, sus cantos suspendiendo,
Celado el rostro en purpurino velo,
De Jehová las palabras escuchaba,
Y anhelantes suspiros ecsalaba.
En su brillante disco las estrellas
Una mancha de *sangre* presentaron,
Que dibujada por sus luces bellas,
Repetida en tu frente la grabaron.

Dulcísimas cantaban las doncellas,
Y súbito al mirarla desmayaron,
Ocultando su pálido semblante
Sanguíneo rayo de la luna errante.
¡Ya finó tu ambicion!!! Cuando pensaste
Mil pueblos reducir á cautiverio,
Tu corona de muerte fabricaste,
Tu eterno deshonor y tu improperio:
En tu delirio ciego no miraste,
Que aquellos de su Dios bajo el imperio,
Alimentados por su propia mano,
Libres debieron ser de atroz tirano.
Tú dijiste á los montes venturosos
Con el maná del Cielo consagrados:
»Tus campos, tus desiertos anchurosos
»Para yo devorar me fueron dados;
»Para siempre tus valles, tan hermosos,
»Con sangre odiosa quedarán manchados;
»Dios no lo vé; sin compasion matemos,
»Y si observa, su cólera burlemos.»
¡Ay! lo juró el Señor!! selvas y mares
Celebrarán tu destruccion horrenda;
Elevando sus plácidos cantares,
Cuando tu inmensa mole se desprenda;
Cuando caigan tus hijos á millares,
Y por los aires su clamor se estienda;
Cuando se pierda el nombre de Idumea,
Y eterna soledad *al orbe sea*:
Porque mostraste bárbara alegría,
La heredad escojida disipando,
Y al penoso alentar de su agonía
Al viento diste tu cantar nefando.
¡Yo esparciré en sus alas la voz mia,
Las remotas naciones convocando,
Para entonar un cántico sonoro,
Que iguale al canto del celeste coro!!!

Sevilla—Mayo de 1839.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

AGRICULTURA E INDUSTRIA.

ARTICULO TERCERO.

La vid salvage crece con vigor en las montañas meridionales, y la vid cultivada se desarrolla con fuerza en los huertos y jardines de los paises frios, coronando este arbusto con sus halagüeños vástagos y hermosos racimos los frondosos manzanos, los robustos olmos y otros mil corpulentos árboles que pueblan las florestas y los bosques. Pero sus frutos, como se ha indicado, aunque abundantes y vistosos, siempre son ásperos, ácidos y desagradables: de cuyas observaciones se concluye que el clima, la posicion topográfica, ó localizacion, y el cultivo, mas que la calidad del sarmiento, son las circunstancias que influyen y dán vigor á la vegetacion de aquel precioso arbusto, y contribuyen á la madurez bien acabada de sus frutos.

Desde el tiempo de Virgilio se ha dicho: *la vid busca las pendientes y se complace en trepar dulcemente por las colinas medianamente inclinadas, huyendo de las alturas ventosas.* En efecto, es consiguiente que en los bajos, en donde hay una humedad constante, entretenida por el ambiente fresco y continuado, dará la vid frutos en abundancia, pero aunque tan pródiga y fecunda en sus racimos, su mosto será en este caso débil y acuoso.

Pruébase por todo lo espuesto que ha sancionado la esperiencia, que para obtener buenos vinos es necesario procurarse mostos que sean hijos de cepas ya adultas que vivan sin vicio y sin demasiado vigor, y de localidades en un clima benigno por sus vientos y temperatura, plantadas en un terreno medianamente accidentado.

El ímpetu de los vientos y la lozanía de los vegetales hacen necesarios muchas veces los *rodrigones*. Bajo el influjo de un sol ardiente conviene un follage espeso, para que á manera de toldo, estas hojas conserven con su posicion rampante la humedad del suelo; pero teniendo presente y proporcionando que los racimos, cuando estén prócsimos á su madurez, reciban la benigna influencia de los rayos solares.

Si las cepas están muy reunidas y con poca distribucion entre sí, y la viña está plantada en sitio, donde la temperatura es poco elevada, convendrá dirigir bien sus pámpanos y mantenerlos en una posicion vertical, y aun disminuirlos algun tiempo antes de la vendimia, con el objeto de que la tierra, sin muchos obstàculos para recibir el influjo del sol, se caliente mas que estando sombría, y que los racimos, mas espuestos á la luz y al calor, adquieran y desarrollen una madurez perfecta.

Aconseja M. Maupin que se dejen rastrear las ramas de la vid en situaciones elevadas y espuestas al influjo de los vientos, y con mas razon en los terrenos areniscos, pedragosos, áridos y calientes. Esto está conforme con las nociones establecidas y con las observaciones indicadas. Asi se practica en Italia en los hermosos viñedos plantados hoy, donde en otro tiempo fué la famosa batalla de *Canna*. Allí se procura criar la vid muy baja con el objeto de que sus frutos maduren mejor.

Taloni ha observado que en la isla de Tinia y en otras del Archipiélago de Grecia se dejan rastrear las vides, cuya práctica no es adaptable en todos los casos, pues no deja de ofrecer inconvenientes en climas menos cálidos que en la Grecia, ó en terrenos mas húmedos, en los cuales los racimos deben estar cercanos á la tierra, pero no tocarla.

Los troncos de las cepas deben igualmente determinarse segun las circunstancias y accidentes locales y con arreglo á lo que enseñe una práctica bien entendida y cuidadosa.

En cuanto al número y longitud de los brazos de las cepas, debe lo uno y lo otro establecerse con conocimiento de la calidad del terreno, de la edad y vigor en que se encuentra la viña, de las distancias que guardan entre sí las vides, de la cantidad de estas, de su especie, calidad y cultivo á que se haya acostumbrado.

La plantacion y transplantacion debe dirigirse en consideracion á las circunstancias y condiciones de la localidad.

En un terreno seco y caliente la cepa debe tener profundidad, y han de estar mas cercanas unas á otras que en una tierra fresca y fértil. En esta las raices no tienen necesidad de profundizar tanto para absorver la humedad, y es necesario que los troncos estén apartados para que la evaporacion se efectúe fácilmente.

En los terrenos húmedos las raices superficiales son de mas utilidad que las profundas. Estas en tal caso suelen podrirse; al contrario en los terrenos secos, las raices inmediatas á la superficie son de tanta menos utilidad por cuanto están espuestas á perecer por el calor, y las profundas son entonces las solas que pueden conservar á las cepas toda la robustez de que son susceptibles.

La naturaleza parece que ha destinado los terrenos secos y endebles para el cultivo de la vid: las tierras sustanciosas le convienen mal. Si son húmedas, las raices se pudren y la cepa enferma y vegeta con languidéz. Si las tierras son secas, pero sustanciosas, la vegetacion es vigorosa, y cuando lo es demasiado, daña á la calidad de la uva, de la cual no se consiguen sino vinos endebles y poco aromáticos; aunque en estos casos la abundancia compensa suficientemente á la calidad.

Los suelos volcánicos son escelentes para la produccion de los mejores vinos. Si los volcanes apagados de la antigua Auvernia, dice Mr. Bigot, no producen sino unos vinos medianos, es á causa de la mala disposicion del terreno, considerada su elevacion y su latitud. No sucede lo mismo sobre los estinguidos volcanes de los bordes del Rin, ni en los calientes flancos del Etna, los cuales dán vinos tan célebres y apreciados.

Los terrenos calcáreos son á propósito para los viñedos; pero en general se puede admitir como regla constante, que la vid requiere mas un grado de calor relacionado con la naturaleza de la cepa, que una tierra de determinada composicion, con tal que deje filtrar el agua con facilidad. Esta es la razon porque las tierras arcillosas y fuertes son poco aparentes para los viñedos, pues absorviendo bastante humedad, la retienen tenazmente, perjudicando de este modo á la salubridad del arbusto. Aun mucho mas que la naturaleza mineralógica del terreno se debe consultar su lectura, cuando se trata de plantar una viña. Sin embargo, puede asegurarse que los suelos compuestos de diversas tierras son donde las vides viven con mas robustéz y lozanía.

DIEGO GONZALEZ ROBLES.

PODER DE LA MÚSICA.

LOS DOS AMIGOS.

(*Conclusion.*)

De repente un armonioso preludio hizo resonar sus melodiosos ecos en la elevada bóveda, conmoviendo al único ser viviente que los escuchaba, y poco despues empezó el solemne MISERERE.

Este magnífico canto, egecutado al principio con toda su sencilléz, fué repetido en seguida con aires variados: nunca el genio de Rodolfo se habia desarrollado con tanta sublimidad; era lo mas melodioso que puede imaginarse, era lo mas grande en armonía, era, en fin, la fuerza de la juventud y de un puro sentimiento, unido á la ternura de un venturoso amor. Herman, frío é inmóvil como la columna sobre que apoyaba su debilitado cuerpo, se sintió agitado por una involuntaria conmocion; un frio sudor corría abundantemente por sus marchitas sienes, parecia el àngel rebelde obligado á escuchar el cántico que los serafines entonan al rededor del trono del Altísimo. Su puñal estuvo á punto de escapar de su mano, pero volviendo en sí, instantáneamente, le estrechó con mas fuerza contra su corazon.

Un momento de lúgubre silencio, habia sucedido á los últimos acentos del órgano que empezó á oirse de nuevo, pero con registros suaves, tiernos y melancólicos: apenas hirieron aquellos melodiosos ecos los oidos de Herman, levantó éste su antes inclinada cabeza, su cuerpo se estremeció, y lágrimas ardientes brotaron de sus ojos. Un recuerdo velóz como la luz de un relámpago habia repentinamente herido su imaginacion.

Un dia, tocaban juntos Herman y Rodolfo un escelente trozo del célebre compositor Isaack, y arrebatados por el irresistible encanto de su tierna y melancólica música, se habian arrojado uno en los brazos del otro y en ellos se habian jurado eterna fraternidad. Aquel era el trozo que Rodolfo ejecutaba con una maestria admirable y que Herman escuchaba con un interes que se iba acrecentando por momentos; y aquel hombre, cuyo corazon no hacia mucho tiempo estaba dominado por una idea horrorosa, abandonándose á las mas tiernas sensaciones, habia dejado escapar maquinalmente el acero que debiera vengarle de un odiado rival; la imágen de sangre desapareció de su imaginacion, su pecho respiró entonces con mas libertad, una lágrima rodó por sus mejillas, y se creyó transportado á otro mundo en el que antes de entrar en el Paraiso prometido, habia tenido que despojarse de la túnica sangrienta que le cubria para vestir el hábito blanco de los elegidos.

Entusiasmado Rodolfo por las siempre nuevas y sublimes inspiraciones que su amor le suministraba, hubiera permanecido toda la noche en el templo, si un acento bastante conocido, dominando las voces del órgano no hubiera hecho resonar la bóveda con las siguientes palabras.

»Rodolfo, sé fefiz, ama y olvida.»

Rodolfo bajó precipitadamente de la tribuna; en vano diò voces, en vano buscó en la nave, en el coro, entre las columnas, el ser qne habia profe-rido aquellos acentos; nadie se presentó á su vista. Iba ya á salir del templo meditando sobre aquel acontecimiento que no podia atribuir á efecto de su imaginacion, cuando los pálidos rayos de la lámpara que iluminaba el altar al ecsalar la última luz reflejaron sobre un objeto que estaba al pié de una columna..... aquel objeto era un puñal..... el puñal del amigo de Rodolfo.

Al dia siguiente, el jóven condujo al altar à la encantadora Julia y à los pocos dias obtuvo la plaza de primer cantor y organista que habia solicitado.

Algunos años despues se hablaba mucho en Italia de un célebre artista aleman à quien llamaban *il divino maestro* el cual no podia menos de derramar amargas lagrimas al recordar cierto trozo de música del compositor *Isaack*.

Sevilla.=ABEN-FARAX.

TEATRO PRINCIPAL.

Noche del Domingo 25 de agosto.=Tercera representacion de GABRIELA DE BELLE-ISLE.=*Drama en cinco actos de Alejandro Dumas.*

Grandes eran los deseos que teniamos de volver á ver en escena este drama en que tanto se habia distinguido la Sra. Baus en sus dos primeras representaciones, y mas grandes eran aun los del público, á quien ha agradado tanto, que no hay voces con que espresarlo. No es nuestro objeto hacer un ecsámen circunstanciado del mérito literario de la obra en cuestion, porque seria repetir los elogios que varios periódicos, tanto estrangeros como nacionales, la han tributado: plácenos solo hacer una breve reseña de ella, y hablar acerca de la egecucion, añadiendo una flor, aunque sencilla, á la rica corona que adorna las sienes de los artistas y del célebre autor. *Gabriela de Belle-Isle* como han dicho varios, pertenece á el género nuevamente introducido en Francia, y el cual nos parece mucho mas apropósito para el teatro que las horrorosas catástrofes y los delirios sin ilacion que hace poco le inundaban, y que aun hoy mismo se traen del estrangero para nuestra mengua, puesto que no se cuidan los traductores de que sean buenas ó malas las obras que traducen. *Gabriela de Belle-Isle*, es una escepcion de esto. En ella goza el espectador, y si bien se indigna al ver la sagacidad palaciega de la marquesa de Prié, y la inmoralidad, si tal puede decirse, del duque de Richelieu, se reconcilía con él, cuando desechando sus locuras, no piensa mas que en salvar la vida á un inocente que iba á morir por su causa, y corre á pedir perdon á la jóven á quien tanto habia ofendido. Estas situaciones, presentadas del modo que lo hace Dumas, escitan siempre un interés grande en los espectadores, y les arrancan aplausos nacidos del corazon, porque siguen todos los pasos de los personages del drama, y sufren con ellos, y con ellos lloran y padecen.—

Contrayéndonos, pues, á la representacion, diremos que fué esmerada, y que arrebató mas de una vez al público, que prorrumpia en aplausos simultáneos, sin que hubiese uno siquiera que pudiese resistir á la verdad con que se veían reprodùcidos los pensamientos del autor; y ciertamente no se hubiera desdeñado Dumas de tener tan fieles intérpretes que hiciesen resaltar mas y mas las bellezas de su obra.—La Señora Baus, se presenta en el primer término à recibir nuestra admiracion, y llenos aun de entusiasmo, con el corazon latiendo de placer, tomamos la pluma para unir nuestra débil voz á los aplausos que la tributaron.

Ya el público habia mostrado en las dos representaciones anteriores, su cultura, y el premio que se debe al mérito, haciendo salir á los actores, despues de concluido el drama, para demostrarles lo mucho que habian agradado, y darles pruebas de su admiracion; empero llegó á todo su punto el entusiasmo en la noche del Domingo 25, cuando despues de varios aplausos, en la escena cuarta del acto tercero, arrebatado por los encantos de la sublime artista, que parecía tener pendientes de su labio las emociones de los espectadores, la arrojaron una hermosa corona de rosas, puras como su voz, y que el Sr. Arjona menor, encargado del papel de Laferte, colocó sobre su modesta frente, radiante de hermosura, y que parecia aun mas bella con aquel galardon debido al genio. ¡Que espectáculo tan interesante es ver á un pueblo que arroja una corona á el artista que ha sabido conmoverle, dándole de este modo una prueba de veneracion y un culto sagrado debido al verdadero mérito! ¡y si esta corona adorna las sienes de una hermosura, que placer tan indefinible no esperimentará la que con la mágia de su acento ha sabido arrancarla á la admiracion de los que la escuchan, haciendo derramar una lágrima, mas pura que los primeros sueños de la juventud? Entonces el rubor es el primero que se presenta, y mil y mil sensaciones le siguen, que no es posible esplicar.—En este caso se hallaba pues la Sra. Baus, que recibía del público una corona por premio á su talento, y que su modestia creía superior á él. Acompañaba á esta envuelta en el lazo, una preciosa octava, que insertamos con el mayor placer á continuacion.

Cesa un punto Joaquina encantadora
De hechizar nuestras almas con tu acento;
Devuélvanos tu gracia seductora
Por breve rato el embargado aliento:
Admite de este pueblo que te adora

Esa débil ofrenda à tu talento,
Y si gratas te son sus emociones,
Vuelve á darle doradas ilusiones.

El Sr. Tamayo comprendió el verdadero carácter de Richelieu, y supo darle un colorido brillante, haciéndose acreedor mas de una vez á los aplausos del público; y el Sr. Arjona menor, que, como ya hemos dicho, desempeñaba el papel de Laferté, dió à el personage que representaba toda la verdad que era de esperar en un jóven de sus talentos y de su bien conocido mérito. La Sra. Cun nos agradò en la marquesa de Prié, y comprendió el verdadero carácter de la dama del duque de Borbon. Los demas actores sacaron todo el partido que es dable de sus casi insignificantes papeles, y los trajes de todos han sido de una inusitada propiedad. A la conclusion pidieron que saliesen los actores, y estos cogieron nuevamente los aplausos que les tributaron.

Concluimos pues este artículo, dando la enhorabuena á los artistas, que se han hecho acreedores por su mérito á el aprecio del culto público gaditano, advirtiendo, para evitar interpretaciones, que si estampamos aquí estas líneas, es porque nuestra opinion se halla sancionada por la de todos los que concurrieron al teatro, en la noche que se cita.

Los Redactores.

ALBUM.

HISTORIA GENERAL DE LA CIVILIZACION EN EUROPA, desde la caida del imperio romano hasta la revolucion de Francia, escrita en frances por Mr. GUIZOT, individuo de la academia francesa, precedida de un discurso sobre la historia de la Bélgica por el baron de REIFFENBERG, traducido al castellano.=Se halla abierta la suscricion en la libreria de D. Domingo Féros donde se encontrará el primer tomo estándose concluyendo la impresion del segundo, y en Sevilla en la de D. Mariano Caro. Recomendamos su lectura como una obra del mayor mérito en nuestros dias, y produccion del célebre autor que con su nombre forma su apología.

LA ESPERANZA, periódico literario. Sale todos los Domingos por la mañana. Su precio en Madrid es el de *dos rs. al mes, y diez por trimestre*, franco de porte en las provincias. Se suscribe en Cádiz en la librería de Hortal y compañía.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NÚMERO.

De los antiguos poetas castellanos; artículo segundo.—Al monte Séir; poesía.—Agricultura é industria; artículo tercero.—Poder de la música, los dos amigos; conclusion.—Tercera representacion de Gabriela de Belle-Isle, en el teatro principal (el 25 de agosto.)—Album.

Impresor y Editor, F. Alvarez.

CADIZ: IMPRENTA DE LA AUREOLA, CALLE DE SAN PEDRO, NUM. 116.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DE LA DECLAMACION.

Entiéndese con particularidad por esta palabra el arte de pronunciar un discurso en público, acompañado con los fenomenos mudos de espresion, á saber es, con la *muteosis* y *prosoposis*. (*) Los brutos, no teniendo la fisonomía tan despejada, ni la sensibilidad, aparato de la voz y celebro tan perfectos como el hombre, manifiestan sus sentimientos variando sobre todo la actitud general del cuerpo y poniendo en accion sus òrganos accesorios, como los pelos, las plumas, las escamas, las lanas, &c. Pero el ser eminentemente racional no solo espresa sus sensaciones á favor de ciertos actos y gestos que revelan por sí solos su estado interior, sino ademas por medio de aquellos signos que inventára para representar cada una de las creaciones de su espíritu.

Los pintores, los fisonomistas, los poetas, los oradores, en una palabra cuantos se dedican á las artes de imitacion, necesitan estudiar las innumerables modificaciones del lenguaje afectivo, sin lo cual ni podrian los unos representar al vivo el sentimiento aparente de las diversas figuras de un cuadro, ó conocer por las mudanzas de la cara el estado actual del alma; ni alcanzarian los otros á fingir una pasion, que no obstante debe ser un retrato fiel de la naturaleza, ó á conmover à sus oyentes con la fuerza del raciocinio y los caractéres esteriores del sentimiento.

Para hablar en los teatros, en las cátedras, en las ceremonias augustas ò fúnebres, en los púlpitos y asambleas pùblicas, es preciso conocer el género de declamacion respectivo, *declamatorium dicendi genus*, para llegar á persuadir, herir y conmover, que son los objetos principales à que debe aspirar todo buen orador.

La declamacion *teatral* (y tal es el asunto de este artículo) estaba sugeta

(*) *Los fisiólogos comprenden bajo el nombre de prosoposis todos los gestos que se hacen con el rostro, y bajo el de muteosis propiamente dicha, los movimientos y demas fenómenos mudos de espresion que efectúa el resto del cuerpo.*

entre los antiguos á las reglas de la música *hipocrítica*. Los griegos llamaban á esta parte de la música general *orchesis*, y los romanos *saltatio*. Bien se deja ver que en esta parte aventajamos á los antiguos, quienes solìcitos por sugetar á ciertos preceptos músicos el tono de la voz, el caràcter y duracion de cada gesto, se apartaban mucho del órden natural, y destruían la ilusion, la gracia, la delicadeza y placer del lenguaje afectivo, que se produce irresistiblemente en nosotros, y que no necesita de esa afectàda educacion para recitar con él la prosa y en especial el verso. Con efecto, los buenos actores deben dè imitar la naturaleza, y modificar el tono segun el influjo de la razon y el sentimiento, acompañándolo con los gestos correspondientes. Cada una de las emociones del alma se manifiesta con una inflexion de voz, con una espresion facial y actitud del cuerpo diferentes; y seria bien que el cómico los imitase con toda la perfeccion posible, puesto que en ello vá todo el mérito, toda la sublimidad de su arte.

Para conseguirlo pues, deberá colocarse delante de un espejo, donde pueda ver todo su cuerpo, y regular sus movimientos y los del rostro, de manera que estén en armonía con el dicho y sentimiento actual del personage, cuyo papel hace.

En presentándose al público, acomodará el tono de la voz á la estension del teatro y al número de los espectadores: asì no será muy fuerte que lastime los oidos, ni tan bajo que dejen de entenderlo las personas que ocupen las localidades mas apartadas de la escena. Cuidarà asimismo de que la locucion sea clara é inteligible, y evitará esa dura monotonía que afectan algunos en la declamacion de los versos.

El semblante y los movimientos del cuerpo serán correspondientes al papel que desempeña, esto es, los modificará segun el sentimiento que le domine. De un instante á otro se vé obligado el actor à manifestar sensaciones opuestas; y su gran estudio consiste así en espresarlas por medio de la palabra dístinta y agradablemente, como en imitar bien y con prontitud ora la muteosis, por egemplo, de la compasion, el valor, el desprecio, el pudor, la alegria, ora la de la crueldad, el miedo, el amor, la voluptuosidad, la tristeza, &c.—En un grito, en una palabra estriba á veces toda la ilusion de una escena; y el actor que no la reflexione, que no la egercite y penetre su verdadero sentido, suele producir en el auditorio en vez del llanto la risa, en vez de la admiracion la indiferencia.

Recordamos en este momento una escena de la *Huérfana de Bruselas*, en la que muchos artistas se vén embarazados para pronunciar solo tres palabras:

.....»Os estremeceis?»

dice el Abate L' Epee á Walter, despues de asegurarle que era el asesino de la inocente Cristina, á quien un poder sobrenatural levantaría del sepulcro con el puñal ensangrentado para patentizar tan horroroso crímen, si la justicia de los hombres no castigaba al delincuente—

»Sí.... de indignacion»

contesta Walter.

Esta respuesta, dada en ocasion de querer afectar calma de espíritu en medio de los mas crueles remordimientos, es sobremanera dificultosa; y dicha sin la maestria necesaria, destruye la intencion del poeta, entibia ademas el calor del diálogo, y desvanece el interes del público. El artista, pues, que quiera llegar á lo sublime en declamacion, es preciso tenga una pronunciacion pura y sonora (y es lo mas esencial); que estudie á fondo los lenguajes afectivos y de accion; que esté dotado de una sensibilidad estrema y de otros requisitos que concede al hombré muy de tarde en tarde la naturaleza.

J. B. y Q.

A LA MEMORIA

DEL EMPERADOR CÁRLOS V.

DEDICADO A MI AMIGO D. J. M.

Ilustre emperador, la Europa entera
Obedeció tus leyes y mandatos,
Y *grande* las naciones y los reyes
En un tiempo orgullosos te aclamaron.
España ufana con tu misma gloria
Mil veces repitió con entusiasmo
Las alabanzas que à tu augusto nombre
Por todo el universo resonaron.
Mil veces repitiòlas, y otras tantas
Voló contigo hácia el guerrero campo,
Donde humillaste la cerviz altiva
Del fiero y atrevido mahometano.
Agoviada tu frente de laureles,
Seguido de caudillos y soldados
Que tan solo vencer era su anhelo,
Que tan solo morir era su lauro,
Al frente de tu egército triunfante
Y la española insignia tremolando,
Coronas, cetros, prìncipes, ah! todos,
Todos ante tu faz se prosternaron.
Al grito de Castilla vencedora,
Al rugir su leon, valiente, osado,
Vacilaba la espada del guerrero
Que quiso contra tí luchar en vano.
En vano, sí, los campos de Pavìa

Que de sangre española se innundaron,
Aun lo pueden decir: allì venciste,
Y el monarca frances rindió á tu brazo,
Todo su orgullo, su poder, su gloria:
Allì Francisco, herido y derrotado,
Sin apoyo en sus tropas, que vencidas
Con la fuga su vida libertaron,
Se entregò humilde à tí, que generoso
Entonces olvidaste tus agravios:
Allí diez mil franceses perecieron,
Allí luciò el acero entre tus manos
Cual rayo vengador y fulminante,
Un egército entero destrozando.
¿Quién como tú soldado y caballero?
¿Quién como tú valiente y arrojado
La muerte despreció, y en la porfia
Se presentò su sangre derramando?.....
Mas ¡ay! de qué sirviò tu poderìo?
De qué tu nombre, tu valor, tus lauros?
Todo fué pompa vana, que la muerte
Ya destruyó con su funesta mano.
Qué digo....? destruir?.... nunca; la fama
Con su trompa de oro publicando
A las generaciones tus hazañas,
Las inmortalizò, las admiraron
Tus hijos y tus nietos con asombro,
Y hoy las repiten de placer ufanos.
Nunca la muerte destruyò la gloria
Que siempre su poder ha despreciado.
Emperador, levanta de esa tumba
Que tus laureles con furor insano
Pretende marchitar; alza tu frente,
Y resuene tu voz por el espacio.
Verás llegar tus bravos campeones,
Verás lucir la lanza del soldado
Que vuelve à conquistar lo que tus hijos
Con vergüenza y baldon abandonaron.
Verás la Francia rica y seductora
Humillar á tus pies su orgullo vano,
Y Roma, y Alemania, y mil naciones
Volverán á rendirse á tus mandatos;
Y tú Señor del mundo, de Dios solo
Leyes recibirás fiel y cristiano.
Emperador, levanta de esa tumba
Que tus laureles con furor insano
Pretende marchitar, y orne tu frente
Nueva corona de inmortal aplauso.

LUIS DE OLONA.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA.

EL CARBONARISMO EN FRANCIA.

El orígen de esta sociedad política y secreta debe buscarse en la disolucion de las nuevas repúblicas de Italia. Era respecto del mediodia de la Europa lo que el *Talgenbud* para el norte. Los carbonari no componian un cuerpo numeroso en los tiempos del imperio frances. La opinion los confundió con los masones, y este error pudo salvarlos. El nombre adoptado no los comprometía, pues una asociacion masònica conocida en Francia y muy difundida especialmente en el Franco-Condado, llevaba el mismo. Tomaron, pues, de esta la terminologia y el título; y el carbonarismo italiano se desarrollò con un sin número de afiliaciones entre los franceses.

El gobierno de la restauracion receló que los carbonari pudiesen serle hostiles, y un hecho estraordinario que causò grande sensacion en aquella época, interesò vivamente la atencion de la policía de Francia. El carbonaro Guerini fué perseguido criminalmente por las autoridades de Córcega, en razon de tentativas de homicidio. Súpose que no habia hecho mas que egecutar una deliberacion de la *alta vendita*, hiriendo á un corso, tambien carbonaro, por haber revelado secretos de la sociedad. Cuando el gobierno se informó de todo por noticias de las autoridades de Córcega, mandó suspender los procedimientos, por no alarmar á los carbonari franceses y que ocultándose mas y mas fuese su descubrimiento imposible.

El carbonarismo en Francia tomó estatutos y reglamentos de las asociaciones italianas, segun se ha indicado. Dividíase en secciones ó ventas de cuatro clases: ventas particulares, ventas centrales, grandes ventas y ventas supremas. Para ser admitido en las ventas particulares, compuesta cada una de veinte asociados, que se llamaban primos entre sì, era preciso que cierto número de los iniciados presentasen y diesen garantía á los aspirantes, respondiendo á nombre de ellos bajo palabra de honor. Aun así podia ser negada la admision. En caso de verificarse esta, el neófito debia sugetarse á pruebas mas ó menos severas. Cada venta particular tenía un presidente, un secretario y un diputado. Cuando la venta particular éstaba completa, cada uno de sus miembros podia plantear el establecimiento de otra.

Los diputados de veinte ventas particulares constituìan una venta central, que tambien tenía su diputado especial, único medio de comunicacion con la gran venta, y en esta ecsis-

tía un delegado para la venta suprema. Los individuos de las diferentes clases no se conocían: el simple carbonaro no podía dar razon sino de sus compañeros de reunion particular: el simple diputado de sus diez y nueve compañeros, diputados como él en la venta central. El vìnculo que enlazaba unas con otras estas ventas era muy fràgil, y el conjunto de la asociacion burlaba con suma facilidad las investigaciones de la policía. Los estatutos prescribìan penas contra la indiscrecion, aunque fuese involuntaria, y castigo de muerte para los traidores.

El juramento que se ecsigía al neófito estaba reducido á prometer formalmente que no trataria jamas de conocer á los individuos de otras ventas, y que nunca revelarìa los secretos que le fuesen confiados. Los delincuentes eran juzgados por un tribunal compuesto de Carbonari, y uno de los jueces se encargaba de la egecucion de la sentencia.

No se escribía ninguna comunicacion: las instrucciones y las órdenes debian transmitìrse verbalmente por los delegados especiales de la venta suprema. Necesitando estos una señal para reconocerse, usaban de la mitad de un naipe cortado de un modo raro, pero que se adaptaba perfectamente á la otra mitad enviada por la venta suprema á los gefes de las grandes ventas ó á los de las centrales, cerca de quienes el delegado debia llenar su mision.

Los Carbonari tenian palabras y señales de inteligencia recìproca. Las espresiones *speranza*, *fede*, *caritá*, eran simbòlicas. Contraían obligacion de obedecer ciegamente las intimaciones de la venta suprema, y de sacrificar libertad, bienes de fortuna y aun la vida por la causa de la asociacion, estando siempre prontos á la defensa de sus principios.

El artículo 58 de los estatutos prevenia, que todo carbonaro tuviese en disposicion de servir al momento y á su costa un fusil de municion, con bayoneta, y un paquete de veinte y cinco cartuchos con bala.

Las ventas, lo mismo que las logias masónicas se designaban respectivamente con un nombre particular. Las de Paris que se contaban por centenares comprendìan en totalidad sobre veinte mil individuos. Ecsistía una con el nombre de *Washington*, otra llamada *Belisario*, otra la *Victoriosa*, otra la *Síncera*, otra la de los *Amigos de la verdad*, &c. Los carbonari pagaban cinco francos al ser admitidos, y despues un franco mensual. La caja social recibìa ademas donativos voluntarios. La venta suprema imponía á veces contribuciones estraordinarias, y residìa en ella el esclusivo derecho de convocar y suspender las otras. Los progresos de semejante propaganda fueron tan rápidos, que à un mismo tiempo se recibieron denuncias de treinta y cinco prefectos, revelando el establecimiento de ventas particulares y centrales en sus provincias. La conspiracion del 10 de agosto de 1820 fué atribuida à la carbonerìa francesa, como tambien los movimientos insurreccionales de 1819, 1820, 1821 y 1822.=(*P. de M.*)

HABEN-HAMET.

ROMANCE MORISCO.

Y agora por no aguardar
á que tu nieve me queme,
paso el puerto temeroso
de que á tu puerta me quede.
(*ROMANCERO GENERAL.*)

Al nacer en el oriente
Vertiendo perlas la aurora
Disipando las tinieblas
Con su luz esplendorosa,
Cuando del sol entre nubes
El rayo primero asoma
Dorando las altas cimas
De las mas alzadas rocas,
Volviendo el rostro á Granada,
Dò queda su ingrara mora,
El gallardo Aben-Hamet
En una jaquilla torda
Aquel Edem de delicias
Con sentimiento abandona:
En vano cruza la *vega*
Embebido en las memorias
Que de un amor mal pagado
El corazon le destrozan;
En vano gime constante
En las rejas que aprisionan
A la bella Lindaraja
Que yace á sus quejas sorda;
Que es inútil su gemido,
Y el sol que los campos dora,
Al despertar de su sueño
Y al mostrar su faz de rosa,
Es testigo de las penas
Que al desgraciado devoran:
En vano pasa las noches
Entonando dulces trovas,
Mal envuelto en su albornoz,
En la calle de su hermosa;
Que el viento solo responde
A su voz encantadora,
Dando á sus ayes asilo
Mientras que todos reposan.—
Tal constancia en el gemir
Y en demandar á la mora
Las causas de aquel desvío
Que su desgracia ocasiona,
Los bronces ablandarìa
Y enterneciera á las rocas;
Que es gallardo Aben-Hamet
Si es su amada desdeñosa,
Y un amor tan firme y tierno
O tarde ó nunca se borra.
Mas nada puede el gemir
Para aquella à quien adora,
Que no escucha Lindaraja
Sus endechas lastimosas,
Por mas que el pase constante
Esperando horas y horas
Al pié de las altas rejas
De su morada orgullosa:—
Por eso triste, llorando,
Al nacer el alba, torna
De Granada Aben-Hamet
Hàcia la sierra de Ronda,
Que aunque adora siempre firme
A la bella desdeñosa,
Le cansa ya el suspirar
Entonando dulces trovas,
Porque sabe que se burla
De sus afanes la hermosa:—
Por eso vuelve la vista
A donde yace la mora,
Al cruzar la fértil vega
En una jaquilla torda,
Embebido el pensamiento
Con las terribles memorias
Que de amor tan mal pagado
El corazon le destrozan;
Pues se encuentra decidido
A olvidar á su señora,
Porque su amor no merece
Quien yace à sus ruegos sorda.

MANUEL CAÑETE.

EL INVIERNO.

Si el Invierno, segun un célebre escritor, es el tiempo de la meditacion para el hombre de espìritu; es el del hambre para el pobre: porque, nótese con cuidado, ecsiste una gran diferencia en la manera de vivir del uno y el otro: en el primero, todo es cálculo, ilusiones perdidas y pocas veces realizadas, sacrificio de los demas á su interes y egoismo: si alguna vez se manifiesta la virtud en él, es para ser sacrificada como víctima espiatoria del crímen. Volved la vista á lo pasado y mirad lo presente: ejemplos terribles se nos presentarán que nos dicen mucho mas que todas las teorìas. El Invierno es una especie de sombra que aparece á los humanos con la monstruosidad del crímen y los desengaños de la vida: »llorad y sufrid;» es el lema que trae escrito con tintas de fuego y sangre. En lugar de las flores y de los aromas con que otra estacion se engalana, esta se adorna con ojas podridas y flores contrahechas, como sìmbolo de hipocresìa. Nos dice con voz terrible; cómo podemos gozar de recuerdos pasados, recuerdos siempre tristes, que nos hacen ver lo que somos y lo que hemos podido ser: en lo presente nos muestra miseria y debilidad; y para lo futuro nos enseña que nada se parece tanto á lo que ha de suceder, como lo que ha sucedido, y que no hay mas esperanza consoladora que la de otra vida. Nosotros corremos en ésta sembrada de infortunio, caudal que hemos hecho à tanta costa, con los ojos preñados de lágrimas para mirar lo pasado y lo presente; con ojos cerrados para ver el porvenir: con toda vuestra ciencia, con vuestro espìritu cultivado ¿qué habeis hecho, inteligentes? Un campo santo, un cementerio donde encerrais, sin cesar, en cada nicho una esperanza, un desengaño, una ilusion; y donde se ven á cada momento los despojos de vuestra ignorancia y fanatismo. Si fuera posible dudar del espíritu á un creyente, yo dudaría; porque, tales son y de tal tamaño, los errores del hombre. Terrible argumento para el que recibió un arma para defenderse, con la que no ha sabido mas qué herirse á sí mismo; y destino que le lleva á hacer casi siempre lo contrario de lo que debiera.

Todas esas teorías vanas de que se cree adornado, ¿qué son para su bien? ¿Han mejorado en algo su situacion?: perdido en ese laberinto de doctrinas encontradas, camina á tientas en la noche de la vida, y de tropiezo en tropiezo, de contradiccion en contradiccion, no para hasta el precipicio. Ha sido fuerte para destruir la mitad de su ser, y con la otra no sabe que hacer, ni qué es, ni á donde vá, ni de donde viene. ¡Pobre niño que no tiene padres que le alimenten en su orfandad, y que se ha creido que sin andaderas puede moverse, sin estar espuesto á despeñarse! Poco previsor, anda por un camino que no conoce, y en el que á cada momento pierde la senda por donde debe marchar. Pasa un Invierno y otro Invierno, sin aprovecharse de su esperiencia, y sin guardar una flor de la primavera de su vida. Es la cigarra que canta en el estío. Sus lágrimas son un riego inútil en el campo de la vida; y despues de tanto dolor, de sus inútiles conocimientos, de tan tristes esperiencias, dice todavía: »lo sé todo, lo puedo todo» y no puede ni aun servirse á sí mismo.

La vida del hombre es un Invierno: algun otro dia de sol luciente brilla en sus años primeros, que oscurece la tempestad en el estado de lo que llaman razon. ¿Será razon vivir para dañar á los otros? Serà el haber creado tantos errores como sistemas? Será no poder hacer su bien ni el ageno? Qué ápice de felicidad nos han legado esos grandes hombres desde los griegos hasta nuestros dias? Que un Invierno sucede á otro; una mentira á otra mentira; un error à otro error: que el hombre pasa el Invierno de su vida sin una capa que le cubra de la intemperie, sin una chispa de fuego que caliente sus miembros desfallecidos. Ha querido mejor ser mendigo que ganar el sustento con su trabajo. El Invierno le cobija por todas partes, y no vé en todo lo que le rodea mas que luto y sombras.

En una casa reducida, negra y miserable, veo al pobre, para quien no hay sistemas, teorías ni pasiones; pero un Invierno terrible le rodea. Tiene frio y no puede calentarse: tiene hambre y no tiene que comer. El sistema de los inteligentes y poderosos, le ha dicho: »yo soy para tì Invierno; á mí me ha negado los consuelos el verdadero bien, soy tu señor y tu amo para que contribuyas á mis vicios y debilidades; pero cuando necesites de mi, cuando tengas frio y hambre no me busques: yo soy el Invierno para mí y para los demas.»

-Padre mio; (dice el hijo del pobre) »me muero de frio.» -Hijo, no tengo con qué calentarte: vén á mis brazos y abrìgate contra mi corazon. Esos hombres, que llamamos señores, me buscaron, y trabajé en su heredad, les llené sus graneros de frutos, sus bodegas de aceite y vino: trabajé para sus vicios, para que sufran un Invierno mil veces mas penoso que el nuestro: cuando comemos el pan negro de que ahora carecemos, gozamos mucho mas que él en su mesa sibarita: ni un remordimiento interrumpe nuestro sueño: nos amamos tiernamente con nuestro corazon; y en nuestro Invierno nos abrazamos como los náufragos á quienes está cerca de tragar la tempestad. Para nosotros, el Invierno del hambre y el frio; para ellos, el de las teorías, el de la inteligencia, el de las pasiones, el del lujo, el de la hipocresía, el del egoismo, el de haber mentido de su orígen. Nuestro Invierno cesa cuando comemos; el suyo nunca.

¿Eternamente Invierno para todos los hombres, justo Dios? Sí, escrito està en el cielo con letras de fuego. Invierno.....! Invierno....! Invierno....!

NICOLAS DE RODA.

(*A. de G.*)

MODAS DE MADRID.

TRAJE DE CABALLERO.—Lo que en otro tiempo se llamaba *moda* no existe ya hoy dia. Entonces la moda consistia en cierto corte que se daba á la casaca y en un solo color, tipo irrevocable que se habia fijado y cuya estricta imitacion constituìa la verdadera elegancia. La elegancia de nuestra época se reduce á otra cosa, muy diferente á la verdad; no se trata en el dia de seguir una rigorosa esactitud, de no apartarse de un patron dado; no; es el buen gusto el que preside, el buen gusto solamente, en la *confeccion* de los trajes; cada cual tiene su modo de vestir, manera propia y peculiar suya que otro no puede imitar, y en la que consiste su elegancia. Pero á pesar de todo este buen gusto, de toda esta elegancia que hemos alcanzado en el dia, échanse de menos en los trages masculinos de la época actual aquella magnificencia y riqueza de los de nuestros abuelos.

Entre todas las revoluciones y contrarrevoluciones que hace medio siglo se suceden unas á otras sin cesar, ya en polìtica, ya en literatura, en ciencias y artes, solo una ha habido absoluta é inmutable, precisamente porque es à la que menos importancia se le ha dado, y sobre la cual ninguno se ha dignado decir una palabra. Desde este memorable periodo, ¡cuánto no se ha destruido y vuelto á crear! salvo el volverse à destruir y crearlo de nuevo.... Demasiado vasta es la cuestion para entrar en su exámen por el momento; así, limitándonos á este único punto que se ha salvado de una manera tan completa y definitiva del trastorno general que nada ha perdonado y que todo lo ha puesto en cuestion, diremos, lo que ya hemos indicado, que solo el trage de caballero no ha dado paso alguno hácia las formas del de nuestros antiguos. Búsquese en efecto en el mayor y mas esplendente lujo que pueda presentarse en el dia, y no se hallarà en él un vestigio siquiera, ni una reminiscencia de todo aquel brillo y fausto de los cortesanos de Felipe V: y no tan solo en la corte, en la clase media de entonces, principalmente en el reinado de Fernando VI, se verá ese mismo esplendor. ¿Qué valen nuestras modas de ahora comparadas con las de la antigua aristocracia española? ¿Que seria de todos nuestros elegantes al lado de los jóvenes petimetres del siglo diez y ocho con sus vuelos de encage, sus chalecos de brocado, y sus casacas de terciopelo y raso cubiertas de bordados de oro y pedrería? A la verdad que al contemplar esta elegancia, ò, mejor dicho, este lujo en los antiguos perdido ya para siempre, ¡con que tristeza debemos considerar despues la mezquindéz del trage moderno, y cuánto debemos quejarnos de lo poco que se ha sabido en darle algun tanto de su antigua riqueza y poesìa.

Las mugeres al menos han tenido mas ingenio que nosotros, y no han perdido ni olvidado nada de todo ese refinamiento de lujo y esmerado aliño del vestir de entonces.

Es necesario por consiguiente tomar las modas como son en sí, y no como debieran ser, y preciso es contentarnos con lo que pueda sacar de ellas nuestro buen gusto; ya que por un fatal capricho de los tiempos se considera como malo lo que tiene poca novedad. Por eso, los sastres que mejor gusto tienen no se hallan en la precision de hacer lo que los demas hacen, siempre del mismo modo, y siempre igual para todos; antes por el contrario, se aprovechan de ciertos rasgos de originalidad y elegancia que solo ellos saben elegir, y en esto estriba y se reasume todo el lujo que es permitido á los *fashionables* de hoy dia. A estos toca escoger quiénes son estos entes privilegiados de la moda; y en verdad que no es tarea muy dificil, pues no pasan de tres ó cuatro sastres en TODO MADRID! *Tres ó cuatro*; no aumentamos en mas, ni podemos, este cortìsimo número, cuyos nombres no citamos, pues corren de boca en boca entre la gente elegante: citarlos, sobre escusado, seria quizà gérmen de susceptibilidades. ¡Está tan poco arraigada en nuestras costumbres la libre opinion de la prensa! Amarga tanto la sana crítica! Contenta tan poco la justa y limitada alabanza!...!

Se generaliza profusamente la moda de los gabanes; ¡pero qué formas son las suyas! Cuanto mas horrible ha inventado el hombre, otro tanto ha aplicado á esta gala desgraciada en su orígen, y mas desgraciada aun en el nuevo corte que se le ha dado; aquella hechura esbelta y agraciada, suelta y vaporosa del antiguo gaban español, que deberia ahora haberse tenido presente, ha sido sustituida por las bastardas formas del *paletot* frances. ¡Qué ignominia! Una levita bastante grande, sin la graciosa hechura de los faldones y del talle, sino á manera de un saco que se pega al cuerpo, hé aquì el lindo trage que han adoptado nuestros elegantes. Pero es la moda que ha venido de Parìs!!...

En cuanto al trage de calle y sociedad, nada nuevo hay que indicar, nada nuevo en la acepcion rigorosa de la palabra; si bien hay en las modas de caballero ciertas variaciones de buen gusto que son casi imperceptibles, y son el tipo verdadero de la elegancia. Ya hemos dicho que esto solo está en la persona y en el sastre que la viste. Debemos decir sin embargo, que se hará este invierno una tentativa de lujo en los frakes de baile, que creemos tendrá buen écsito: se trata de forrar los faldones de seda blanca. Hé aquí una innovacion feliz: un frak hemos visto de esta suerte, que producia el mas lindo efecto. ¿Y qué diremos de pantalones? Siguen llevàndose del mismo modo, á la inglesa y con botin: los pliegues anchos que empezaron á estilarse, han decaido de tal modo, que ninguna persona de buen tono se atreve ya á llevarlos. ¿Y las levitas? Siempre iguales: cuello bajo y corto, solapa que nace del medio del pecho formando una V, y con una sola fila de botones; pòco vuelo y faldon corto. En chalecos y capas nada nuevo. Sin embargo, hemos visto un chaleco de abrigo hecho por Borrell (calle del Príncipe) que nos ha gustado sobre manera, y es al mismo tiempo una innovacion, pues tiende á introducir la antigua chupa; y ciertamente no es otra cosa dicho chaleco que una chupa pequeña, aunque mas agraciada en su corte; es cerrado hasta arriba con un

cuello corto que vuelve á manera de solapa; y se separa de la cintura formando las dos caidas de una chupa y con el mismo triángulo de separacion sobre el estòmago; los bolsillos en dichas caidas; y una sola fila de botones.

Ha conservado nuestra época un lujo de la antigua, á saber, los bastones; en efecto, nuestros antiguos no usaron mas riqueza en sus cañas de Indias y juncos de Palestina, que la que se usa hoy dia: esos puños de oro y bronce que hoy se llevan, pueden muy bien competir con los de los caballeros de Felipe V; hasta un rubí, un opalo, y tambien un diamante se suele poner en los puños de los bastones, que ademas de la preciosidad del cincel, llevan la riqueza de la pedrería,

La corbata negra, que hace algunos años se veía en tanto número en nuestras sociedades de buen tono, creemos será enteramente escluida este año. Volverà á tomar su antigua boga la corbata blanca, y con razon; pues es un progreso de elegancia en estos tiempos en que está á la moda el progresar en todo. Corbata blanca de muselina con florecitas de seda, ò de raso con lunares de plata, he aquì lo mas *fashionable* en un verdadero elegante para presentarse en sociedad, y si à esto añade una blanca camisa de batista con su chorrera de encage, su trage será completo; pero como hemos dicho antes, cuán mezquino es todo esto en comparacion de la espléndida elegancia de otro tiempo; pero tambien id á poneros una gran chorrera, é inmensos puños como un señor del siglo XVIII, y os llamarán alguaciles y se reirán de vosotros; de este modo ninguno se atreve á volver hácia la antigua y verdadera elegancia, y nos contentamos tan solo con variar alguna pequeña cosa en nuestro miserable trage.

(*M. de M.*)

VARIEDADES.

UN ANUNCIO ESTUPENDO.

No hablo aquí de ninguno de los anuncios que se publican todos los dias en el Diario de avisos de Madrid y en el Mercado madrileño con los pomposos títulos de *Géneros casi de valde.... La mejor compra.... Escelente ocasion para vestirse cási por nada... Baratura nunca vista....* y otros á este tenor, que de puro usados, casi nada significan. No hablo tampoco de los que se leen en las esquinas à media legua de distancia, escritos en letras del tamaño del *hombre gordo*, y que tantos y tan solemnes chascos ocasionan à los pobretes que padecen de la sìnfolis ó sifilis, ó como se quiera llamar á esa malhadada dolencia, escàndalo de las esquinas de la capital, gracias á los curanderos, que con sus asquerosos anuncios nos ponen en el

caso de no poder fijar los ojos en las paredes tan inmundamente embadurnadas. No hablo finalmente de los anuncios de composiciones dramáticas, poco menos que silvadas en el teatro y levantadas hasta el cielo en los enormes papelones plantados en los esquinazos; ni menos de los demas que dicen relacion al resto de las producciones que todos los dias se imprimen en un pais en que todos nos echamos à escritores à despecho de la voluntad de Dios. Hablo de un anuncio puramente verbal hecho en un pueblo, cuyo nombre no le importa nada al lector, por un frances aventurero que pretendía poseer el raro y admirable secreto de enseñar la lengua francesa nada menos que á los gatos. ¡Válgame Dios, y qué placer dió á las viejas la noticia de una habilidad semejante! La misma imposibilidad del hecho, era una razon inconcusa para creerlo posible. Y si por ventura habia alguno menos crédulo que los demas, bien pronto deponía su incertidumbre al ver las certificaciones que presentaba *Mr. Gerardo* (asì se llamaba el francés) en las cuales constaba de un modo auténtico, inconcuso y fuera de duda, que en efecto habian sido innumerables los gatos á quienes habia enseñado á hablar en sus correrìas por Inglaterra, por Alemania, y en fin, por toda Europa de cabo á rabo. ¿Qué tiene esto de particular? No hay estudiante por desaplicado y zote que sea, que al fin del curso no saque, si quiere, su correspondiente certificacion de aplicacion, aprovechamiento y puntualidad, aunque no haya pisado la cátedra docena y media de veces; ni curandero charlatan que deje igualmente de acreditar con documentos justificativos los pasmosos efectos de sus recetas y operaciones maravillosas; ni pícaro finalmente, que teniendo dinero no acredite la moralidad de su conducta, con todos los demas requisitos que se exigen en todo pais gobernado con la correspondiente policía. Quede pues, sentado, que las certificaciones que acreditaban la portentosa habilidad del tal *Gerardo*, eran por lo menos tan dignas de crédito como la mayor parte de las anteriormente referidas, y otras que no quiero referir. Quede sentado tambien (so pena de no proseguir con mi cuento) que las gentes del lugar creyeron el anuncio tan infalible como el evangelio, ni mas ni menos que nosotros gente de corte, y por consiguiente mas civilizada que la de aquel pobre lugaron, creemos todos los dias nuestros estupendos papeles de las esquinas y los noticiones del diario, á pesar de los repetidos y no menos estupendos chascos que continuamente nos dan.

Prosiguiendo pues mi narracion, digo que los vecinoe del pueblo, de los cuales apenas habia uno que no tuviera gato, entraron en deseo de probar la habilidad de Mr. *Gerardo*. Este se ofreciò á ello con mil amores, aunque ecsigiendo tres condiciones. 1ª Que no le habian de pagar cantidad alguna hasta que los gatos hablasen. ¿Qué mayor prueba de la infabilidad de su anuncio? 2ª Que se habian de entregar los gatos á su disposicion, señalando un sitio oportuno, v. gr. la casa de la villa, para darles sus lecciones y adoctrinarlos por espacio de quince dias. Ya tenemos á nuestro monsieur con habitacion de valde. 3ª Que los vecinos habian de enviarle en los quince dias que duraria la enseñanza, las provisio-

nes necesarias para la manutencion de la gente gatuna, especialmente algo de carne para hacerla dòcil á sus preceptos, y algunos huevecillos que eran los mas á prapòsito para aclarar la voz y para facilitar la pronunciacion á los pobres gatos. Y vean ustedes à nuestro francés, mantenido por quince dias á costa de sus discípulos y de sus creyentes. ¿Qué mayor prueba de la infalibilidad de su anuncio?

Destinòse pues, una habitacion bastante regular y cómoda, y capaz de contener como cosa de ciento cincuenta gatos que le fueron presentados al preceptor. Este tenia una piececita aparte que se comunicaba con la de sus alumnos y en ella pasaba las horas de almorzar, de comer, de cenar y de dormir, arengando á sus discípulos por una ventanilla, en términos tan patéticos y espresivos que los vecinos que desde la calle le oían, no podian menos de hacer justicia á los desvelos del estupendo monsieur. Los gatos por su parte se dejaban oir de los sordos, tan espantosos eran los maullidos que daban, especialmente á las horas de comer. Figùrese el lector ciento cincuenta gatos haciendo penitencia, y todos reunidos en una sola pieza, y se formará una idea de la fiesta que allí tendria lugar. Ya hacia una semana que los vecinos del pueblo oían maullar á sus gatos cada vez mas desesperados, y todo era preguntar al francés, qué tales eran los adelantos que hacian en la lengua francesa. ¿Y mi gato? Preguntaba una vieja. ¿Y el mio? añadia una moza. ¿Habla algo mi gatita? ¿Pronuncia ya alguna palabra mi granadina? ¿Se esplica bien mi gato blanco? ¿Es torpe el mio desorejado y negro? Tales eran las preguntas que contìnuamente le hacían: el francés contestaba á todos á pedir de boca. Ya verán vds., les decía: siete dias faltan solamente para que vds. se desengañen por sus propios ojos.

El alcalde del pueblo, que tambien habia presentado su gato y dispuesto que se le pusiese en domicilio separado con el objeto de que el preceptor le doctrinase aparte, por cuyo trabajo especial le daba una mòdica retribucion diaria, no teniendo paciencia para aguardar otra semana, ò desconfiando tal vez de la bondad del método, quiso saber el estado de instruccion en que se hallaba su pobre animalito. Mr. *Gerardo* le respondió, que ya comenzaba á soltarse en la pronunciacion y que al cabo de los siete dias restantes hablaría no solo mejor que sus compañeros, sino con mas elegancia que el primer catedrático del mundo. Asi lo creo, contestó el alcalde, pero eso no obstante quisiera oirle decir alguna cosita de las que ya ha aprendido. Se halla todavia en los primeros rudimentos, replicó el frances, y solo le oirà usted pronunciar... —No importa, repuso el alcalde: yo quiero oirle y dejémonos de cuentos.... —El francés se encogió de hombros, y viendo que era imposible evadirse, se encaminò con el alcalde al cuarto donde estaba el gato *colegial*, no sin tomar un largo y flecsible látigo por lo que pudiera ocurrir. Apenas entraron en el cuarto, lo que consiguieron con no poca dificultad para que el gato no se escapara, el preceptor cerrò la puerta por dentro, echándose la llave en el bolsillo.

Muy flaco esta mi pobre gato, esclamò el alcalde apenas le vió; y maulla como un desesperado, y me cerca, y se me sube á los hombros, y me mira con unos ojos que dá compasion. ¿Qué diablos ha hecho usted con él? -Yo? Darle mis lecciones y nada mas. -Pero, hombre, el pobre animal está hecho un esqueleto.-No le dé á usted cuidado; todo es efecto del estudio: si usted viera á los otros !Esos si que están en los huesos¡ Lo que yo quiero es ver al mio, y sobre todo oirle: á ver hàgale usted pronunciar alguna palabra.-Eso es lo que iba hacer, pero usted le está haciendo fiestas y lo distrae.... *Alons*, gritò el francés á contìnuacion: vamos á hablar alguna cosilla. Y diciendo y haciendo comenzó á latigazos con él. El pobre gato que asì se vió tratado, y no era la primera vez, comienza à bufar, á maullar y á saltar por las paredes, y acaba por agarrarse á las pantorrillas del alcalde.-Demonio de hombre! (esclamó éste): ¿qué es lo que hace? ¿No vé usted que ese gato me vá á devorar? Deje usted ese látigo con doscientos mil de à caballo.-El francés proseguìa inecsorable.-Yo no he venido á ver esto, gritó el alcalde: he venido á oirle hablar -¿Pues no le oye usted?-Yo no oigo otra cosa que mahullos y bufidos y demonios en cuerpo y alma.-¿Con qué solo mahullos? Usted se equivoca, señor alcalde.-Hombre, por las almas del purgatorio, deje usted ese látigo: yo no le oigo otra cosa que el *miau*, y el *marramiau* y el *marramamiau*.-¿Y no le oye usted decir *fú*, *fú*, *fú*? Pues en verdad que no puede pronunciarlo mas claro.-Y bien! eso ya lo sabia decir antes que usted viniese por acá.-Usted se equivoca, señor alcalde: ¿no se lo oye usted pronunciar con infinita mas claridad que antes? -¿Y que tiene que ver eso con la lengua francesa?-Es una friolera: oígale usted ahora pronunciar una letra mas. ¿Vé usted? *fút*, *fút*, *fút*....-Hombre, por la última vez, y por las entrañas de Maria Santísima, deje usted ese látigo.... ¿Y qué tenemos con el *fút*, *fút*,-Acabáramos, dijo el frances, con media hora mas de latigazos pronunciará otras dos letras, y dirá *futro*.

Media hora despues, ya habia tomado el monsieur las de villadiego, dejando al alcalde encerrado con su gato, y soltando los ciento y cincuenta restantes con no poco peligro de la gente que se los vió encima rabiando de hambre, y desgarrando los oidos con su espantaso concierto.

De entonces acá, siempre que veo, ya sea en los diarios, ya en las esquinas, algun anuncio *estupendo*, me acuerdo de monsieur *Gerardo*, y digo... ¡tate! ¿saldrémos con una pata de gallo? Y sin embargo de ir con los cinco sentidos no falta quien me la suela pegar de cuando en cuando. La gente es mas esperta en la corte, pero los engañadores de *corte* son tambien infinitamente mas espertos que los pícaros de *lugar*. Vaya lo uno por el otro.

(*F. del E.*)

EPIGRAMA.

Tragi-cómico en verdad
Es vuestro drama, don Lucas;
Escenas tiene muy cucas,
Hablàndoos en puridad.
Pero cosa singular!
¿En qué podrà consistir
Que en lo *tragi* hace reir,
Y en lo *cómico* llorar?

AL SOL.

Muestra tu frente divinal y pura
Jòven fogoso de esplendor ornada,
A la vista que admira embelesada
Tu sublime fulgor y tu hermosura.
Mitiga de mi pecho la amargura
Con tu luz placentera y sonrosada;
Y en la risueña y cándida alborada,
La sombra ahuyenta de la noche oscura.
Yo en tanto cantaré tu poderío
¡Oh sol divino, qué rendido adoro!
Cuando vienes piadoso á dar consuelo;
Que aunque es muy débil mi laud, confío
En que acojas benéfico mi lloro,
Mientras sigues tu curso por el cielo.

MANUEL CAÑETE.

INDICE.=*De la declamacion.*—*A la memoria del Emperador Carlos V.*; *poesia.*—*Historia contemporánea*; *el carbonarismo en Francia.*—*Aben-Hamet*; *romance morisco.*—*El Invierno.*—*Modas de Madrid.*—*Variedades*; *un anuncio estupendo.*—*Epigrama.*—*Al sol*; *soneto.*

SALE ESTE PERIÓDICO TODOS LOS JUÉVES.

Los suscritores de Cádiz pagan el mismo precio que hasta aquì, es á saber: por un mes llevado á las casas de los dichos, *cinco reales*; por trimestre *doce*; tomándolo en los despachos, por un mes, *cuatro reales*; cada número suelto *diez cuartos*: los suscritores de las provincias, *cinco reales* por un mes, franco de porte, y *catorce* por trimestre.

PUNTOS DE SUSCRICION.

CÁDIZ=En la imprenta y redaccion de este periódico, calle de S. Pedro, número 116, y en la libreria de *Feros*, calle de S. Francisco.—JEREZ.—Librería de *Bueno*, calle Larga.—PUERTO DE SANTA MARIA.—Libreria de *Valderrama*, calle Larga.

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.

IMPRENTA DE LA AUREOLA,
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

CARCELES.

Las cárceles son edificios públicos que tienen por objeto guardar en su recinto á los delincuentes, para contenerlos en sus crìmenes y prevenir nuevos delitos. Estos edificios no deben ofrecer otro castigo que el de privar de su libertad à aquellos individuos que han abusado de ella, sin añadirles el cúmulo de males, y aun la muerte, á que injustamente se les sugeta en muchos de los establecimientos de esta clase por su mala disposicion.

A dos circunstancias esenciales debe atenderse en la formacion de estos lugares de desgracia: seguridad y salubridad: si la justicia reclama la primera, la humanidad y el interes de la sociedad mandan imperiosamente la segunda. ¿Quién no recorrerá con horror la historia de las desgracias que han causado, aun en las ciudades mas populosas, esa enfermedad epidémica, llamada calentura pútrida ò carcelera, cuyo foco son estos establecimientos?

Para proporcionar el estremo de seguridad que deben ofrecer estos recintos, en lugar de profundos calabozos, de doblados muros y ferradas puertas, en donde se asegura á los hombres á costa de su salud y su vida, han sostituido algunos modernos el principio de hacer mas ostensiva y fácil la vigilancia por medio de una acertada disposicion en los edificios destinados á estos usos. Esta disposicion se consigue por medio de una sencilla y simétrica distribucion en su planta, adoptando para ello figuras regulares de geometría, el rectángulo, el cuadrado ó el círculo, circunvalàndolos en su totalidad por un sencillo muro colocado á una distancia proporcionada de los que forman su perímetro, establecido paralelamente á él. Cuando la planta de estos edificios es un cuadrilátero, solo dos centinelas, colocados en los dos ángulos opuestos, podrán evitar la fuga de cualquiera preso, que hubiese podido burlar la vigilancia de los encargados interiores. Este muro de circunvalacion en forma de parapeto, presenta la doble ventaja de ofrecer una defensa sostenida contra los ataques de un pue-

blo amotinado, que pretenda la fuga ó la muerte de los encarcelados.

Fundado en este principio de completa vigilancia, concibiò y presentó el célebre jurisconsulto Jeremias Bentham, su acertado sistema de panòpticos, cuya aplicacion es principalmente para los establecimientos de correccion.

La salubridad, tan recomendada en estos edificios, se consigue particularmente por la ventilacion: para ello se colocan en los estremos de las poblaciones, lindando al campo y en un aislamiento completo. Sabida es la variacion que sufre el aire atmosférico por la contìnua respiracion de muchas personas reunidas en un punto, y por la descomposicion y putrefaccion de los cuerpos; y conocida es tambien la propiedad que tienen los vegetales de volverlo á su primitiva composicion ó equilibrio, por la absorcion del ácido carbónico y la emision de oxígeno.

La disposicion interior de estos edificios puede contribuir muy en particular á su ventilacion, y por consiguiente á su salubridad; deberán atravesarse, en todas direcciones, por ventanas colocadas sobre unos mismos eges y que comuniquen desde una fachada à otra en todo su interior. Un estremado aseo, producido por una policìa interior esmerada, y facilitado por abundancia de aguas repartidas en fuentes y baños, contribuirá particularmente al obgeto de la salubridad.

El interés que la sociedad tiene en las buenas costumbres, debe hacer que estén separados los presos de distintos secsos, edades y clase de delitos. Estos establecimientos suelen ser frecuentemente la escuela donde la juventud aprisionada por càusas leves, aprende de hombres perversos la manera de realizar los mas crueles atentados. Para conseguir la espresada separacion, en las grandes ciudades, se construyen varias cárceles para las distintas clases de detenidos, y en las ciudades mas reducidas se proporciona esta circunstancia por la disposicion interior del edificio.

En las cárceles, ademas de custodiar á los presos, debe trabajarse doblemente por mejorar sus costumbres, y si es posible por instruirlos. Una particular influencia tendría en este resultado el trabajo contínuo á que se les debe sugetar durante su permanencia en estos lugares; cuyo trabajo daria el producto de su manutencion. La falta de oficio, y la costumbre de no hacer nada, son el orígen de los vicios, y estos el de los crímenes. Para efectuar estos trabajos, necesitan los edificios de esta clase, estendidas y alumbradas galerías que sirvan de talleres.

La humanidad ecsige, que se establezca en ellos igualmente cómodas enfermerias, colocadas en los ángulos y sobre la mayor elevacion de los edificios. Esta disposicion evitarìa el contagio, y proporcionarìa á los enfermos la tranquilidad y calma tan necesarias en las dolencias.

En estos establecimientos debe haber un santuario, en donde los ministros del culto atiendan à los remedios del alma, prestando los socorros espirituales.

La construccion de estos edificios debe ser la mas consistente, sostituyendo en ellos las bóvedas en las cubiertas y techos, á los maderámenes, para evitar los incendios.

Estos principios están puestos en egecucion, y con los mejores resultados, en algunos paises estrangeros.

Si penetrados de las circunstancias que ecsigen estas localidades, y en las que tan interesadas estàn la religion, la humanidad y la justicia, nos detenemos á inspeccionar el estado de la mayor parte de nuestras cárceles, apartaremos la vista con horror, convenciéndonos de lo poco que han hecho nuestros antepasados en beneficio del pueblo, y de la lentitud con que marchan en nuestro pais las mejoras que la ilustracion del siglo reclama, y que con tanto anhelo nuestro gobierno solicita aunque infructuosamente por el estado de disensiones y guerra civil que nos aflige.=JUAN PUGNAIRE.

(*A. de G.*)

LA ESCLAVA.

Ricas perlas del oriente
Ciñen mi pàlida sien,
Diamantes orlan mi frente,
Y por mi suerte inclemente
Soy la Reina del harém.
Un palacio por prision....
Cadena y grillos de oro.....
Dueña de inmenso tesoro,
Vierten mis ojos el lloro
Que inunda mi corazon.
Sin llevar una corona
Mi voluntad es la ley,
Que en esta abrazada zona,
El sultan que me aprisiona
Dicta á su bàrbara grey.
Cien eunucos humillados
Doblan su frente abatida,
Porque conocen ¡menguados!
Que de mis labios sellados
Está pendiente su vida.
Cien rivales en redor
Que vén mi aparente calma
Me envidian..... si el torcedor
Pudieran ver de mi alma,
No envidiáran mi dolor!
Mullido almohadon bordado,
De pluma y seda mi lecho
En mis lágrimas bañado,
¡Ay! tú solo has escuchado
Las querellas de mi pecho.
¡Oh malhadada hermosura,
Orìgen de mi penar
Y causa de mi amargura!
¿Por qué mi ardiente llorar
No marchitò tu frescura?
Los brazos de mi Señor
Son el dogal de mi cuello,
Y su apasionado ardor
Imprime en mi frente el sello
Del mas acerbo dolor.
Jamas pruebo las delicias
Del amor, ni su ilusion:
Me atormenta su pasion
Y sus lúbricas caricias
Repugna mi corazon.
¡Mal haya mi mocedad!..,
¡Mal haya mi gentileza
Orìgen de mi tristeza!....
¡Quién en lugar de belleza
Obtuviera libertad!
¡Si en vez de misera esclava
Hubiera libre nacido,!....

La dicha que ayer soñaba,
La que en mi mente doraba
Hubiérala poseido.
Entonces cual mariposa
Que cumple aquí su mision
Vagando de rosa en rosa,
Yo vagaría dichosa
De ilusion en ilusion.
Y mi pérsico atavío
Trocara por frescas flores
Que humedeciera el rocío
Y dentro del pecho mio
Se arrullaran los amores.
Y esta nube perfumada
Que à mi pesar me rodea,
Fuera una nube dorada
Por el amor matizada
Cual mi orgullo la desea.
Y en el florido vergel,
Yo fuera la vìrgen pura
Que en el Eden se figura,
Llena de amor y dulzura
Sin deslumbrante oropel.
Y en vez de mi esclavitud
Y el crugir de mis cerrojos,
Cantáran en su laud
Cien esclavos de mis ojos,
Su amor y mi juventud.

Y amor mi pecho encendiera
Ora esquivo, ora en bonanza,
Ora risas me ofreciera.
Ora halagüeña esperanza
Mi mente desvaneciera.
Y fuera á mi vista el mundo
Estenso mar de placer
Inagotable y profundo,
Pues nunca fué cieno inmundo
El mundo de la muger.
¿Qué mayor felicidad
Que nacer libre y hermosa,
Y en primavera frondosa
Ser la imàgen pudorosa
De virtud y honestidad?
Yo fuera..... ¡Triste de mí!..
¡Dò me lleva el desvarío!...
El bello cuadro que vì,
Ya reemplazarle sentí
Por otro cuadro sombrìo.
Detente, ilusion querida,
Que aunque tu dicha es fingida
Tú cubres la realidad;
¡Ay! vedla desvanecida....
¡Cielos! quitadme la vida
O dadme la libertad.

J. BOULIGNY.

INVESTIGACIONES HISTÓRICAS.

LOS TORNEOS.

Es un hecho digno de observacion que casi siempre se puede juzgar de las costumbres y del carácter de un pueblo, consultando qué clase de diversiones le placen mas. Roma guerrera, en donde todo respiraba energía, vigor, entusiasmo por los combates, se estasiaba ante un gladiador; y nuestros abuelos, asociando à su pasion por las armas un espíritu de galanteria en que ni siquiera soñò la venerable antigüedad, no sabían hablar sino de *justas y torneos*.

La nobleza, educada entónces en los campos de batalla, pero no ménos galante que marcial, amaba con furor los juegos militares. Cada castillo era una academia de caballeresca marcialidad. La juventud se formaba al mismo tiempo en la galantería y en el manejo de las armas, preparándose á figurar con lucimiento en los solemnes concursos, verdadera escuela de las militares proezas, à los cuales asistìan como espectadores los mas distinguidos caballeros de todas las cortes de Europa.

Los torneos inspiraban, pues, un interes privilegiado, y cuanto pertenecía á estos espectáculos se determinaba con mucha anticipacion y con cuidado escrupuloso que se estendía frecuentemente hasta los mas minuiciosos pormenores. El órden, la etiqueta, las ceremonias que debían observarse todo se preveía, y todo estaba reglamentado por costumbre ò por disposiciones escritas. Vamos á presentar á nuestros lectores lo mas importante que sobre esta materia nos han conservado las historias.

El derecho de celebrar un torneo era privilegio únicamente de los príncipes y de los grandes señores, y aun para usar de este privilegio debian sugetarse á las disposiciones que marcaba la ley. Estas solemnidades solían tener lugar en ocasion de fiestas y regocijos públicos, nacimientos, matrimonios, ò coronaciones de principes. Cuando se resolvía dar un torneo, el señor que quería celebrarlo enviaba un cartel ántes de hacer publicacion del espectáculo á la persona contra quien queria medir sus fuerzas. Si se aceptaba el cartel, inmediatamente salìan á recorrer las provincias reyes de armas y heraldos; proclamando en los parages mas públicos de cada poblacion y en los términos mas fastuosos el dìa y las condiciones del torneo, los premios destinados para los vencedores, y los nombres del señor que lo celebraba y de los jueces que habían de presidir. He aquí poco mas ò ménos la fòrmula.

»¡Sus! ¡Sus! Señores, caballeros y escuderos, sabed que se prepara una grande justa. Disponeos para venir à mostrar nobleza y caballería, y adquirir honores en aquesta gran jornada.»

Los príncipes, los señores, los guerreros de mas nombradìa, eran nominalmente convocados. La lid se abría para todo caballero, escluyendo á los que por su conducta reprehensible se hubiesen hecho indignos de figurar en tan nobles asambleas.

Transmitiéndose en breve de boca en boca la noticia, se difundía rápidamente de comarca en comarca. El entusiasmo se apoderaba de los corazones, y desde aquel momento no se omitìa ningun esfuerzo ni cuidado para perfeccionarse en el manejo de todas las armas permitidas, y conquistar los premios ofrecidos al valor.

Todo se ponía en movimiento al aprocsimarse el dia señalado. Veíanse por los caminos públicos, prìncipes, grandes señores, caballeros, escuderos, criados, caballos, equipages. Hasta las damas de primera gerarquìa, acudiendo á veces desde tierras lejanas, realzaban con su presencia el brillo pomposo de tan ruidosas solemnidades. El dìa anterior al torneo se consagraba particularmente à pruebas individuales á que eran admitidos los jòvenes que aspiraban á ser armados caballeros. Estas pequeñas justas se llamaban

ensayos, y se reputaban como necesario preludio é indispensable preliminar de convocacion para la fiesta del dìa siguiente. Tambien se daban premios en las pruebas ó ensayos; y si alguno de los que figuraban en ellos lograba marcarse con aplauso, adquiría de hecho el privilegio de presentarse en el gran torneo á medir sus fuerzas con los caballeros, siendo reputado como tal, y gozando de todos los honores de la caballerìa.

Bien que los caballeros tuviesen en general derecho á parecer en las justas, se hacìan muchas veces investigaciones escrupulosas sobre su nacimiento y conducta; y si de ellas resultaba mancilla en su honra, no podìan justar. Determinábase dìa y hora para que espusiesen á la curiosidad general en parages públicos sus respectivos blasones. Los heraldos proclamaban el nombre de cada uno de los propietarios de los blasones espuestos; y si habia entre aquellos alguno de quien una dama tuviese queja, elevándola esta á los jueces del torneo, se recibìa inmediatamente la informacion posible. Resultando culpado, erà irrevocablemente escluido.

Aun despues de todas las indicadas formalidades, recorrìan los heraldos el campo diciendo en alta voz, que se retirasen todos aquellos cuya nobleza no contase lo ménos tres generaciones. Los que se hallaban en el caso de esta esclusion ó de cualquiera otra, y sin embargo se atrevìan á entrar en la lid, eran cruelmente maltratados. Caìa sobre ellos una lluvia de golpes, provocados á veces por las damas, para castigo de la insolencia y temeridad. Entònces el culpado debìa implorar la clemencia del bello secso, único recurso para salvar la vida.

Se reconocìan escrupulosamente las armas, y no se consentìan otras que las llamadas *inocentes*, sín corte ni punta. Con estas circunstancias se usaban lanzas, espadas, mazas, hachas, y dagas para ofender; y armadura completa con yelmo y broquel para defenderse. Cuidábase mucho de que todas estuviesen ecsentas de encantamiento y maleficio; y la creencia supersticiosa de aquellos tiempos inducìa á los jueces de un torneo á practicar sobre este estremo ridìculas formalidades.

El *campo* estaba circuido por una doble barrera, en cuya línea esterior se preparaban para los espectadores, pabellones, tiendas y gradas, con adornos magnìficos.

El dia de la fiesta se ponìan en movimiento ántes de amanecer actores y espectadores. Los jueces, los conservadores del *campo*, los reyes de armas, heraldos, y otros encargados de hacer guardar el ceremonial y leyes de las justas, ocupaban sus respectivos lugares. Habìa tambien oficiales á quienes les estaba particularmente cometido observar todos los pormenores del combate, para hacer luego ante los jueces fiel relacion de las hazañas de cada caballero; y estos mismos oficiales les decian en voz alta al entrar en el *campo*: »Acuérdate de quien desciendes y no desmientas tu linage.»

Asistían igualmente mùsicos para anunciar la llegada de los justadores y proclamar al vencedor.

Entraban en el *campo* perfectamente armados, seguidos de sus escuderos, todos á caballo, caminando á paso corto con grave y magestuoso continente. Algunas veces se presentaban las damas en el recinto del *campo* con los caballeros, llevándolos aprisionados con una cadena que se les quitaba en el momento de acometer. Cada caballero nombraba siempre al entrar en la lid la dama cuyo servidor y esclavo se confesaba. Este tìtulo era tenido por el mas honorìfico blason, juzgándose conquistado á fuerza de valor y denuedo; y se miraba como prenda segura de la victoria, al mismo tiempo que como infalible garantìa de los caballerescos procederes durante el combate, para no cometer falta que pudiera mancillarlo.

Al permiso de honrarse con aquel dictado solìan añadir las damas lo que se llamaba favor, joya, enseña. Consistían estas en una pieza cualquiera que separaban de su vestido ú tocado, y à veces en alguna obra de sus manos delicadas.

El favorecido caballero adornaba con aquellos obgetos su yelmo, su lanza, su escudo ó su pecho; y al paso que por este medio se inflamaba el valor de los justadores, se hacìa mas fácil reconocerlos en el calor de la pelea.

Estas prendas de imponderable estimacion, pasaban à veces durante el combate á poder de uno ò mas enemigos, ó se estraviaban por otro accidente cualquiera. Las damas enviaban nuevos favores en este caso á los caballeros para consolarles y reanimar su valor; y afirman algunos historiadores antiguos, que hubo torneos en que las damas llegaron á olvidar la decencia y pudor natural en el secso, despojándose de parte considerable de sus vestiduras que rasgaban y arrojaban á la lid.

Es dificil presentar una descripcion de los juegos usados en los torneos; pero se puede asegurar, segun la historia, que cuantos movimientos se hacìan en los sitios, asaltos y batallas, eran aprocsimadamente representados: marchas, contramarchas, evoluciones, ardides militares de la época, nada se omitía.

Unas veces batallaban los caballeros en cuadrillas: otras uno con otro cuerpo á cuerpo. Cuando peleaban en cuadrillas, se reforzaban estas sucesivamente por pelotones iguales á medida que lo ecsigía la necesidad; y terminaba la fiesta por un combate general que se llamaba *la justa de las damas* y les estaba esclusivamente dedicada.

No serà fácil formarse aprocsimada idea del entusiasmo con que se egecutaban estos simulacros militares. Al aspecto de los combatientes hubiera podido creérseles animados de un odio implacable que los llevaba á lanzarse unos contra otros con inaudito furor. El deseo de agradar à las *señoras de sus pensamientos*, ecsaltaba el ardimiento de los denodados paladines, para hacerse dignos de la hermosa mano que debìa ser recompensa de ínclitas y admirables hazañas.

Los espectadores tomaban en todo el mas vivo interes. Las damas seguían con la vista los movimientos de los respectivos caballeros: cada estocada, cada golpe de lanza sobresaltaban y estremecìan los corazones sensibles de las hermosas, haciéndoles prorrumpir en gritos análogos á sus temores ó esperanzas; y la multitud coronaba con aplausos ruidosos la destreza y denuedo de los justadores que mas se distinguian.

Terminado el combate se adjudicaba con severa imparcialidad el premio ofrecido. Reunìanse los jueces, eran

oidos sobre todos los pormenores del torneo los reyes de armas, los heraldos, y otros oficiales: las damas no tenían voto deliberativo en la adjudicacion de los premios; pero se les consultaba para determinar.

Proclamábase á son de trompeta el nombre del caballero declarado vencedor por los jueces. Acto contínuo era conducido ante las damas, y una de ellas le entregaba el premio designado, permitiendo en varios paises las costumbres y leyes que la Dama, al hacer entrega del premio al campeon victorioso, le saludase con el *ósculo del triunfo*; atributo glorioso y seductor de tan honorífica recompensa.

Si se ecsamina filosóficamente la historia de aquellos tiempos, no se podrá ménos de convenir en la influencia que tales usos deberían tener para provocar la emulacion mas noble en todos los corazones generosos. La juventud no pensaba mas que en hazañas, y para llegar à señalarse dignamente no abandonaba ni un momento las armas, esforzándose á perfeccionarse en su manejo. Y como los torneos eran palestra gloriosa donde se hacía la prueba práctica mas completa y satisfactoria de los respectivos adelantamientos, se veía con frecuencia que de provincias y reinos remotos acudian innumerables campeones á ganar préz y fama de destreza y esfuerzo.

La pasion pública por los torneos era una especie de delirio: y aunque ordinariamente principiaban al salir el sol, solìan no terminarse sino cuando la falta de luz hacia imposible la continuacion. Sucedìa con frecuencia quedar suspendido el combate, renovarse al dia siguiente, y durar á veces tres ò cuatro consecutivos, sin mas interrupcion que la que la noche hacia indispensable.

En tan empeñadas luchas, por mas precauciones que se tomasen, ocurrian desagradables accidentes. Estaba espresamente prohibido herir el caballo al enemigo, llevar la lanza en otra direccion que la del rostro ò pecho, atacar á un caballero si alzaba su visera, reunirse muchos contra uno, &c. Si por inadvertencia faltaba alguno á lo prevenido, el llamado *Campeon de las damas*, que asistía armado con una larga pica en cuya punta ondeaba una toca mugeril, bajaba sobre el yelmo del distraido caballero aquel símbolo elocuente de la clemencia del bello secso.

Rara vez dejaba de turbarse la alegría general con alguna ocurrencia lastimosa; y solo en un torneo, celebrado en Nuys, cerca de Colonia, en 1240, perecieron mas de ochenta caballeros principales.

Introdùjose en estos espectáculos famosos otro abuso de muy funestas consecuencias. Familias ricas y opulentas quedaban arruinadas por los enormes gastos que el lujo y la magnificencia de tales solemnidades prescribían. La suntuosidad, la profusion de algunos Prìncipes y grandes señores nó tenia límites. Hacian consistir algunos el honor, tanto en la bravura y destreza, en la riqueza, en el esplendor de sus armas y trages, en el fausto y la cràpula de sus mesas, en el número de sus criados, en la pompa de sus soberbios equipages. Rivales unos de otros, se entregaban á la mas estravagante prodigalidad. En un torneo, dado en Beaucaire en 1174 por el Rey de Inglaterra, que no asistió, y

al cual concurrieron diez mil caballeros, uno de estos, llamado Bertrand Raimbaux hizo labrar el campo despues del combate, y sembró en él treinta mil monedas de oro. Otro caballero que concurriò con un séquito de cuatrocientos campeones, previno que para preparar el servicio de su mesa, no se usase otro fuego, durante las fiestas, que el producido por antorchas. Por último Raymond de Venoul, haciendo alarde de una suntuosidad sin egemplo hasta entonces, quemó, finalizado el torneo, los treinta caballos que habia hecho conducir para su uso.

Los innumerables desórdenes de todo género à que sucesivamente fueron dando màrgen aquellas reuniones, motivaron las censuras eclesiàsticas, y el Vaticano fulminó sus rayos sobre los torneos, aunque sin conseguir el objeto.

Varios concilios pronunciaron pena de escomunion contra los justadores, y tambien contra aquellos que les diesen campo; pero la nobleza europea, mas guerrera que devota, no renunciaba por esto á los egercicios militares que formaban su delicia. Los príncipes interpusieron por fin su autoridad, é hicieron leyes severas, de acuerdo con las censuras eclesiásticas; pero como al tiempo mismo que prohibìan los torneos en sus dominios respectivos los favorecian en los agenos con su personal cooperacion, las disposiciones adoptadas quedaban sin efecto, y las justas seguian protegidas por el espíritu y las costumbres dominantes de la época.

Los anatemas de Pontífices y Concilios, la progresiva decadencia de la caballería, la desgraciada muerte de Enrique II de Francia, ocurrida en un torneo en medio de su corte; y el trágico fin del príncipe Enrique de Borbon, que pereciò en el celebrado en Orleans, en 1560, hicieron perder á aquellos juegos peligrosos la ilusion con que habìan sido mirados en Europa.

(*P. de M.*)

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA T. D. DE L.

En el valle de dolores
Al cual le llaman vivir,
Enraman los trovadores
Un ramillete de flores
Que admirará el porvenir.

La fama conservarà
De tantos vates la gloria,
Que clara, eterna será;
Y entretanto en su memoria
¿Quién mi nombre guardará?

Pues el lazo miro en tì
Que une flores tan hermosas,
Tén, álbum, piedad de mí;
Y entre tus brillantes rosas
Guarda mi humilde alhelí.

Feliz de Uzuriaga.

LA TORMENTA.

Yo gozo, cuando miro en la tormenta
La luz del rayo, que al brillar cercana,
La luz disipa del placer liviana,
Y al mundo asusta que en su albor alienta.
Yo gozo, cuando escucho en la tormenta
La voz del trueno al son de la campana,
Que dice al triminal: »¡yá tu mañana
Pasò, y tu noche con horror se ostenta!!»
Yo gozo, mientras ruge la tormenta,
En la plegaria de la vírgen pura,
Y hasta en el lloro que su faz presenta;
Y si un canto de amor y de dulzura
Percibo en medio de esplosion violenta,
La copa del gozar mi lábio apura.

Sevilla—1839.=FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

BIOGRAFIA.

EL PINTOR GOYA.

Siempre las artes tuvieron un influjo grandìsimo en todas las naciones; ellas fueron el tipo en que fundaban su riqueza, y á ellas han debido el acatamiento de las demas. España, fecunda en artistas, siempre ha sido venerada, asi como Roma admirada desde el nacimiento de la pintura.

En los progresos de las artes de imaginacion, lo último que se manifiesta es la gracia y la soltura. Los artistas primeros hicieron cuanto pudieron por redoblar sus esfuerzos para encontrar los verdaderos elementos de la imitacion y de la invencion; pero sin embargo, no por eso la escuela española ha dejado de tener hombres que hacian mas por sorprender la vista y asombrar el espìritu con la elevacion, la sublimidad y la fiereza, que á mover el corazon con los mágicos atractivos de la gracia. Fal en la antigua Grecia; Apeles vino despues de Polignoto y de Parrasio; y Praxíteles fué posterior á Fidias. En Italia, siguieron Corregio y Albani á Michael Angel y al divino Rafael: y en España se viò relucir cual una estrella, al suave y siempre admirado Francisco Goya y Lucientes, entre el nùmero de sus mas eminentes artistas.

Este insigne pintor, natural de Fuentes de Todos, asistía á la academia de Zaragoza en los años de 1758 al 59, donde aprendiò los primeros elementos del arte; allí estuvo toda su adolescencia, y despues pasò á Madrid donde le enseñaron las máximas de Jordan y Corrado; y en vez de marcharse á Roma con el título pomposo de pensionado de S. M., y de copiar á Conca, de Travesani y Beneñali, pintaba lo mas selecto de la escuela española. Si en aquella época de su edad hubiese ido á Roma, dudo que hubiese venido un Goya; sí, hubiera vuelto; pero en lugar de encontrar en sus cuadros la animacion, la viveza, la gracia y la soltura, veriamos en su lugar un cuadro colocado en la sala de profesores de la academia de S. Fernando representando una insípida alegoría de Vénus ò Diana, sin fuerza, sin vigor, sin accion, sin claro oscuro, y en fin, sin aquella gracia tan natural en Goya.

Goya fué siempre admirador de Rafael, y le estudió para aprender á ver la naturaleza; pero no por eso dejó de seguir el pincel que tantas glorias diò á nuestra patria. Dejó lo bello, lo sublime, y se dedicò á caprichos, á asuntos triviales, á travesuras de imaginacion, en fin, para lo que fué creado.

Goya fué á Roma y estudiò la naturaleza, como la debe estudiar el que conoce su inclinacion. Cuando volvió à España, las primeras obras que dió á luz fueron algunos cuadros que empezo á egecutar para la real fábrica de tapices. Mengs, encargado de las pinturas, supo distinguir su mérito y prodigiosa animación. Las escenas populares entre toreros y manolas, entre arrieros y personas campestres, era el género favorito de sus cuadros. Célebres son sus bocetos de corridas de toros, sus escenas de ladrones, los *sabat* de brujas, &c.; de estas se encuentran muchas en la alameda del Conde de Osuna.

En el dibujo no fué muy correcto, pero esto lo compensaba la verdad y facilidad de sus composiciones.

Tocante á historia hizo muchos y buenos cuadros; tales son un S. Francisco y un crucifijo, por cuyas obras mereció ser nombrado académico de mérito de S. Fernando. Hizo una sublime composicion en que representó toda la familia del infante D. Luis; un retrato de Cárlos III en trage de caza, que es propiedad del Conde de Sastaga; y otro del conde de Florida Blanca: y otros muchos que para enumerarlos no bastarian las columnas de un periòdico.

Para la catedral de Valencia egecutó dos cuadros magnìficos representando dos pasajes de la vida de San Francisco de Borja. Sus retratos mas celebrados son el que hizo al general Urrutia, el de Azara el naturalista, el del duque de Osuna, y los de Moratin y Mayquez.

En los últimos años de su vida hizo algunas obras que llaman nuestra atencion, como San José de Calasanz, una sacra familia, y Sta. Justa y Rufina, para la Catedral de Sevilla; y un lienzo donde se retrató moribundo, en el acto de suministrarle el medico Arrieta una bebida, por la que consiguió vivir algunos años.

Goya, nombre inmortal, fué siempre singular é inimitable para representar los caprichos y estravagancias de los hombres. Dos pinceladas de las que acostumbraba á dar Goya, caracterizaban una persona. Puede ase-

gurarse que en su género no tuvo competidor.

A los 13 de su edad quedó sordo, y desde los años 1822 al 23 empezó la época de su declinacion. En 1824 partió á Paris con Real licencia; acabando su vida en Burdeos à 16 de abril de 1828 á los 82 años de su edad.

Fué pintor de camára desde 1789 nombrándolo en el de 99 su primero, en premio del cuadro que ecsiste en el museo del Prado de Madrid, qué representa toda la familia real de Cárlos IV, y su retrato en ademan de trasladarla al lienzo.

Sus cenizas cubrió la tumba, pero sus obras la vida de la inmortalidad.

=M. M. Y PEDRUECA.—*Remitido.*

COLECCION DE POESÍAS ESCOGIDAS

DE D. JUAN JOSE BUENO, Y D. JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

SEGUNDA ENTREGA.=ARTICULO PRIMERO. (*)

Osadìa parecerà tal vez que nosotros tomemos la pluma, para escribir acerca de esta interesante publicacion, cuando á otras de mas valer está reservado el hacerlo con un tino que no nos es dado poseer. Estas han escrito ya con bastante acierto de la primera entrega, tributando á estos dos jóvenes poetas los elogios que merecen; y nosotros que estamos unidos á ellos con los lazos de la amistad, fuéramos ingratos à la que les profesamos, sino elevásemos nuestra voz, aunque débil, para añadir un aplauso à los muchos que han escuchado; para unir una pobre hoja á la corona de laurel que han adquirido. Mezquino es à la verdad este don; indigno, si se quiere, del obgeto à que lo dedicamos; pero es sìncero, es verdadero, y esto le dá algun valor para con las personas á quien lo ofrecemos; porque nuestro voto que de nada sirve, fuera sin esta cualidad menospreciado. Y à la verdad que no podemos menos de entusiasmarnos y de sentir arder nuestras almas con el noble fuego de la emulacion, al ver à estos jóvenes con una fé y con una constancia sin límites arrojarse á la arena literaria y arrancar para sus sienes una rama del laurel de la inmortalidad; porque estos versos, primeros ecos de tan bien templadas liras, son dignos de ser leidos y meditados, tanto por el gusto que reina en ellos, como por la poesìa que encierran, por la pureza del lenguaje, (cosa no muy comun

(*) *Se acaba de recibir la segunda entrega de esta coleccion. Los Señores suscritores pueden pasar cuando gusten á recogerla en la imprenta y redaccion de este periódico, calle de S. Pedro, núm. 116, donde se halla abierta la suscricion á tan interesante obra, digna de ser adquirida por los amantes de la buena poesia.*

en esta época) y por las brillantes imágenes en que abundan. Para patentizar esta verdad no es necesario mas que abrir el libro, y rara será la hoja que no posea algun pensamiento delicado, alguna imágen atrevida ó algun rasgo altamente poético y filosòfico. La patria de Herrera y de Rioja puede envanecerse de haber producido á otros dos ingenios, que dando sazonados frutos al presente, prometen tanto para el porvenir; y la ciudad del Bétis, la opulenta Sevilla, la reina de la Andalucía, será siempre la madre del buen gusto y la verdadera cuna de la poesìa española.

Si esta, segun la opinion de célebres literatos, ecsiste sin mezcla de ninguna otra en nuestros antiguos *cancioneros* y *romanceros*; si este género tan fácil y en el que tantos modelos nos dejaron los cultos Arabes, impropiamente apellidados bárbaros aun por personas de buen criterio, es el verdadero español, el que mas se adacta al carácter de esta nacion caballeresca, los Señores Bueno y Rios han dado muestras de ser muy amantes de su pais cultivando esta clase de poesia, de la cual han sabido sacar tanto partido.—Preséntanse en primer término en esta segunda entrega unos romances del Sr. Rios titulados *Abú Said en Sevilla* y dedicados al distinguido artista *D. Antonio Maria Esquivel*, cuya desgracia lamentamos: en ellos se echa de ver al momento el estilo de aquel jóven, fuerte, vigoroso y enérgico. Hay riqueza en las descripciones y verdad en los carácteres, cosa que no es muy fácil cuando se describe el de un personage tan conocido en nuestra historia como lo es *D. Pedro el cruel* y al cual nos le pintan los historiadores de tan diversas maneras: pero segun mi entender, y sin que yo crea que mi opinion es infalible, el carácter de D. Pedro 1º y único de Castilla, debió ser tal como nos lo presenta el Sr. Rios. Ora impetuoso y ardiente como un volcan, todo lo arrasa; ora solapado y astuto finge lo que no siente, y cuando ofrece el bálsamo del consuelo presenta la ponzoña que dá la muerte. D. Pedro fué un hombre vengativo y ambicioso, cuanto desgraciado, y rara vez pudo dominar sus inclinaciones; por eso creemos que el rey que fingió amistad al infeliz *Bermejo* para apoderarse de sus tesoros y atravesarle el pecho con una lanza, despues de haber muerto á los que le acompañaban, es el verdadero D. Pedro el *Cruel* sin mezcla alguna de justiciero. En estos romances se encuentran trozos que merecen la mayor atencion, y descripciones muy felices dignas de nuestros antiguos romanceros, tales como la que empieza:

Es el moro granadino, &c.

Despues de ellos hay una composicion del Sr. Bueno, titulada *Lo pasado*, concepcion moral y filosòfica, desenvuelta con maestria, llena de imágenes valientes y de pensamientos elevados: sirva de muestra el siguiente trozo en que describe la pasada grandeza de las antiguas naciones.

»La sabia Atenas y la antigua Roma,
Rotos los mantos de purpúrea seda,
Desprendidas las perlas de sus frentes,
Duermen en lo pasado: ¿qué les queda
Del oro que brillára en sus pendones,
En las armas y cascos relucientes
De mil y mil valientes,
Que inundáran de sangre las naciones,

Que temblaron al ver sus campeones?
Todo en lo que pasò!.....»

Cual nos recuerda este trozo la miseria de la especie humana tan orgullosa, que solo anhela devorar à sus hermanos, y que la mano del tiempo sepulta en la nada con el mas ligero golpe! Esta composicion tiene el tono que corresponde á tan sublime asunto; y al repasarla creemos ver al autor sentado sobre las ruinas de Troya ó de Atenas, legando á la historia un recuerdo de tan desgraciados pueblos.

Sigue á esta un lindísimo romance del mismo señor »*Al verano*» que es de lo mas bello que hay en esta entrega. Al leerlo creemos tener ante la vista los sentidos romances de Melendez, uno de nuestros mejores líricos, y no podemos menos de desear con el autor que venga tan deliciosa estacion á consolarnos.

.....

»Pero cuando tú, ardoroso,
De flores ceñido, reinas,
Si crugen duros granizos,
Y alguna borrasca truena,
Con relámpagos veloces,
Llueve, brama, centellea,
Tornándose claro el cielo,
Que recobra su pureza,
Luciendo el húmedo prado
Que el rayo del sol platea,
Y al hacer íris radiantes
De agua en las gotas se quiebra,
Que parecen esmeraldas
O topacios de la Persia,
Amatistas y rubíes
En esplendente diadema.»

.....

Cuanta verdad! Cuanta poesìa! Este trozo es digno de Lope de Vega.

Unos fragmentos á la *Historia de España* por el señor Rios, siguen á continuacion, y esta composicion incompleta no ocupará mucho nuestra atencion, tanto por que el plan que el autor se propuso no puede estar desenvuelto en aquellos, como por no hacer demasiado estenso este artìculo, que crece debajo de nuestra pluma. Empero llevados del deseo de mostrar las bellezas que encierra, citaremos un pequeño párrafo en que el autor despues de haber contemplado con indignacion la pérdida de España por D. Rodrigo, vuelve la vista hàcia su restaurador Pelayo, que con un puñado de valientes, desde el centro de las montañas de Asturias, pretende arrancar á los mahometanos cuanto habian logrado arrebatar à los godos, y dice:

»Aparto, empero, la aterrada vista
De este horroroso cuadro, y en mi pecho
Siento agitarse el entusiasmo noble
En que ardiendo Pelayo
Ecuentra el mundo á su valor estrecho!
Yo le contemplo, sì: cual fuerte roble
Que desprecia arrogante el ìgneo rayo
Le miro alzar la esclarecida frente,
Teniendo en poco la proterva saña
Del árabe inclemente,
Que en sangre inunda à la oprimida España.

¿Qué español no se siente inflamado al ver el heroismo de Pelayo? Yo recuerdo con veneracion su nombre, y doy la enhorabuena al poeta que ha sabido pintar con tanta valentía uno do los hechos mas notables de nuestra historia.

MANUEL CAÑETE.

MODAS DE MADRID.

Cualquiera á la verdad puede reconocer donde está la moda: á todos pertenece, sin escepcion alguna, saber que el color azul ó encarnado goza de mas boga que otro; que el talle debe ser mas alto ó mas bajo, que el sombrero es mas gracioso cuando grande ò cuando pequeño, y que la mantilla sienta mejor si se lleva tendida ò recogida. Id preguntando á cada elegante de por sì, y ellas os dirán á la vez, »esta es la moda.» Pero ¿estais seguras que vistiendo solo á la moda, parecereis bien, atraereis las miradas de los que os rodean cautivando su atencion? Ved aquì la dificultad, que estriba únicamente en el *buen gusto*. Si la moda es comprendida de todos fàcilmente, á muy pocos se halla reservado gozar del tacto sublime y delicado que llamamos *buen gusto*: el buen gusto puede decirse que es la poesìa de la moda; y esta poesìa no está en la habilidad, en el arte de la persona, no; está en su naturaleza misma, en el alma que vivifica sus creaciones y las engalana de un cierto encanto irresistible, que os llama, os atrae hácia la elegante que tan bien conoce el arte del adorno. Y este arte, este buen gusto es el que os hace esclamar al ver pasar una muger. Qué hermosa es, qué bella forma! El *buen gusto se siente y no se esplica*. Hay pequeñeces imperceptibles, pormenores sencillos, como la manera de colocar una flor, de prender una blonda, de hacer un lazo, que deciden á veces de la hermosura de un prendido, de la gracia de un tocado...

Decimos esto, acordándonos de lo que en una de las primeras reuniones de la corte nos preguntò noches pasadas una linda jòven, que al encanto natural de sus gracias reune el atractivo de su conversacion.—Cual es la moda en los adornos de cabeza? Moda estable, moda fija?—Ninguna ciertamente, respondemos. Es tal la variedad, tal la profusion ilimitada que cada elegante ha adaptado, que es muy dificil, si no imposible, marcar un tipo absoluto en los prendidos: solo el buen gusto es la norma que debe seguirse. Hay sin embargo una pauta irrevocable, cierta, que no puede traspasarse, y ¡ay! de la que la olvide, pues de ella pende toda la gracia de su adorno: cualquiera gala, flor, cinta, pluma, blonda, que se adopte para la cabeza, no debe colocarse JAMAS en su parte superior, sino que debe descender de las sienes al cuello, todo lo mas bajo posible, por manera que quede despejada toda la frente, y vengan à quedar los adornos al lado de las megillas y de la barba, comenzando súmamente estrechos y viniendo á ensancharse sobre el cuello. Bien sea en los turbantes, bien en las papalinas, ya sea en los adornos de cintas ò encages, ya en las flores ó pedrerìa, es una regla marcada por la elegancia que es necesario no despreciar.

La sencillez debe presidir en todas las galas de cabeza; y sobre todo han de ir acompañadas de cierta ligereza que indique han salido de la mano de la modista de la primera inspiracion, sin que se note en ellas un estudio pesado: aquí es donde hace falta el *buen*

gusto. Flores de terciopelo con pétalos de oro, cintas de casimir muy fino, de damasco, de raso, de crespon, de gasa rayada, floreadas, pintadas, con las orillas doradas, de todas suertes y colores, con flecos y borlas de oro en los estremos, blondas, encages, plumas, ramitas de coral, perlas, pedrería &c.; hé aquì los materiales que entran en la *confeccion* de un adorno de cabeza. Si es una regla invariable que todas estas galas han de bajar ensanchando hácia el cuello, tambien lo es que los dos lados del rostro han de ser en un todo desiguales. Si se eligen flores, han de caer mas de un lado que de otro, han de abultar menos las de esta parte que las de la otra, y en fin, ha de haber una irregularidad graciosa, cierto abandono, si asi puede decirse, que convenga perfectamente à cada fisonomìa, á la espresion diferente de cada rostro. Lo mismo debe tenerse presente con los lazos, y rizados de tul y blonda; nada de igualdad: principalmente en los lazos es donde mas brilla el hábil talento de una elegante; siempre que consiga la irregularidad que hemos indicado, puede estar segura de que parecerá bien y agradará su tocado. La sencillez, volvemos á repetir, completará la gracia del adorno: flores y lazos, encages y ramitas de coral, pedrerìa y blondas, perlas y marabús, forman una mezcla tan graciosa, tan seductora! y pueden variarse hasta lo infinito con tanta habilidad!

Cuanto hemos dicho de los adornos de cabeza cabe en los turbantes y papalinas; debe procurarse que se adapten en un todo á la parte superior de la cabeza, y que vayan ensanchando por las megillas hasta la barba: un turbante hemos visto de esta hechura, de gasa blanca con lunares de plata, y dos marabús en los lados que producìan un efecto grato y hermoso á la vista. Lo mismo puede decirse de las papalinas: deben dejar toda la parte delantera de la cabeza á descubierto, y venir á juntarse los lados sobre la parte inferior de las megillas sin necesidad de lazos que las sugete á la barba, sino por medio de un alambre muy fino como el de pelucas que rodea todo el prendido y que sin dañar ni oprimir el cutis hace que se adapten perfectamente á la cara. Hay otra clase de prendidos que por su desgraciada forma los llevan muy pocas elegantes. Consisten en una especie de toca, rostrillo, marmota, ó como quiera llamárseles, forrados de terciopelo ò raso: vienen á ser à manera de dos palas ó acaso mejor, las alas de un sombrero bastante pequeño y sin copa. Es adorno tan feo, y se necesita tanta habilidad para que parezca medianamente, que la linda personita que nos ha preguntado cuales son los adornos de cabeza á la moda, nos dispensarà de mas esplicaciones sobre gala tan poco graciosa.

(*M. de M.*)

INDICE.—Cárceles.—La esclava; poesía.—Investigaciones históricas; los torneos.—En el album de la Sra. doña T. D. de L.—La tormenta; soneto—Biografia; el pintor Goya.—Coleccion de poesias; artículo primero.—Modas de Madrid.

Impresor y Editor, F. Alvarez.
IMPRENTA DE LA AUREOLA,
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DE LAS ORDENES DE CABALLERIA EN ESPAÑA.

La tranquilidad que empezó á disfrutar la Castilla con la ruina total del imperio sarraceno, la incorporacion de los maestrazgos de las órdenes militares á la corona, y mas que todo la nueva manera de pelear que se adoptó en el siglo XVI, fueron minando poco à poco lo que se llamaba antiguamente la *Caballeria*, especie de dignidad y hermandad de la que no nos queda mas que una débil imàgen. Esta institucion tan útil y virtuosa en su principio, no era otra cosa (al menos despues de la caida de los godos) que una asociacion de nobles reunidos bajo la direccion de un gefe elegido por ellos con el tìtulo de maestre, y cuyo obgeto era el de preservar ó socorrer las fronteras contra los ataques de los àrabes, proteger la seguridad pública, y servir al rey en la guerra con cierto nùmero de lanzas. El título de caballero, como diremos en òtra parte, no era un oficio, una dignidad del Estado que pudiera influir de ningun modo por sí solo en la forma del gobierno: era solamente una distincion introducida por la costumbre desde los romanos, adoptada como otras muchas por los godos, y seguida por los españoles. Si los reyes se armaban caballeros sugetándose á velar sus armas, y à pasar por las demas ceremonias de la Caballerìa, no por eso añadian valor alguno á su calidad de reyes, sino que por este medio querian aumentar el aprecio de esta profesion haciéndose inscribir en sus listas.

Todas estas sociedades tenian sus estatutos particulares para regirse, y algunas de ellas leyes para gobernar sus estados; cuyas leyes robustecidas con los inmensos privilegios que llegaron à disfrutar, y sancionadas despues por los reyes, contribuyeron no poco á dar la forma viciosa de que ha adolecido en general nuestra antigua legislacion.

Las circunstancias apuradas en que se encontraron muchas veces los monarcas castellanos luchando siempre

ya con los enemigos esteriores, ya con la ambicion y orgulloso desden de sus ricos-hombres, hicieron que aquellos buscasen en las Ordenes de Caballerìa, especialmente en las religiosas, un apoyo para asegurar su poder, y sostenerse en aquellos tiempos de continuas turbulencias; asi es, que apenas hay rey de Castilla que no haya concedido fueros, privilegios y dotaciones á todas ellas para atraerse su amistad y comprar de este modo sus servicios. Estas concesiones aumentadas por los dones piadosos que muchos fieles hacian, llegaron á dar un grado de opulencia tal á las referidas Ordenes, que despertó los celos del trono; y como por otra parte no eran ya necesarios sus ausilios en el estado de esplendor á que llegó nuestra nacion á fines del siglo XV, Fernando V, temiendo acaso su poder, empezò á debilitarlas poco à poco tomando para sí los maestrazgos con el título de administrador perpétuo, y adjudicando á la corona mucha parte de sus bienes.

Casi todas las Ordenes de Caballerìa que se han contado en España han sido religiosas; y la razon es muy sencilla. La clase de guerra que se hacia á los árabes era una guerra de religion en la que el esforzado campeon no solo iba á rescatar los bienes de sus mayores usurpados por la invasion agarena, sino à pelear con los enemigos de su creencia: era, pues, necesario que el fanatismo tuviese mucha parte en esta lucha, siendo por espacio de tantos siglos la pasion dominante de los españoles. Añádase á esto la influencia polìtica y moral de los prelados de aquellos tiempos, y no se estrañará entonces que solo invocando el nombre de Cristo, y cuando el desaliento era general en el reino, dos frailes cistercenses pudieran reunir en poco tiempo una fuerza capaz de resistir al poder de los árabes, haciéndoles levantar el sitio de Calatrava, y fundando de esta manera una de las Ordenes de Caballeria mas famosas de Castilla.

Para esplicar mas fácilmente el objeto y condiciones de estas célebres instituciones, las dividiremos en dos clases; á saber: primera, las Ordenes militares religiosas; y segunda, las que eran puramente de honor. Las religiosas se pueden subdividir en dos especies, una la de los caballeros profesos que estaban ligados á la religion por los votos de castidad, pobreza y obediencia, y que vivian en comunidad; la otra especie era la de los caballeros legos que estaban absueltos de los dos primeros votos, teniendo solo el de obediencia.

La segunda clase de Ordenes de Caballería eran aquellas que los reyes ò grandes prìncipes creaban, nombrándose ellos mismos maestres para honrar y fomentar el valor de sus caballeros y premiar los grandes hechos de armas. La galanterìa era uno de los principales móviles de esta segunda clase de asociaciones: así es que en el juramento que se le hacia prestar al nuevo caballero el dia de su recepcion, no solo juraba cumplir fielmente todas las obligaciones relativas à la Caballerìa, sino que se le exigia la promesa formal de que no haria nunca traicion à su dama, y de que profesaria un profundo respeto al bello sexo, amparándole y defendiéndole hasta la muerte.

En comprobacion de lo dicho, véase el ordenamiento de la célebre Orden de la Banda, instituida en Burgos por D. Alfonso el Onceno en el año de 1330 que existe en la Biblioteca Nacional de esta corte: en él se recomienda á los caballeros de dicha Orden el amor à sus señoras, y se les obliga á defender á cualquiera dama que lo hubìere menester, siempre que ésta reclamase su ausilio.

Con el advenimiento de la casa de Austria al trono español tomó la Caballerìa un rumbo enteramente distinto, y las Ordenes desde entonces dejando su primer instituto, fueron concedidas indistintamente ya por cargos civiles, eclesiásticos ò militares. Desde esta época las guerreras insignias de Santiago ó Calatrava pasaron á ennoblecer nuestros tribunales, y sus victoriosos pendones desaparecieron, quizá para siempre, de los egércitos españoles, dejándonos solo por herencia de todas sus caballerosas costumbres el respeto al bello secso.—P. GONZALEZ MATE.

(*L. de M.*)

A MI PADRE.

CANCION.

¡Tú duermes! Sí...! Bajo esa losa fría
Que de terror y luto el alma llena,
Yaces tranquilo ¡oh padre!-Ya no suena
El paternal acento que en un dia
Dichoso yo escuchaba:
Ya mis ojos en vano
Buscan la dulce prenda que adoraba.
Tú que en rápido vuelo
Dejaste del mortal la inmunda tierra,
Y ya nos miras desde el alto cielo,
Dó el ser divino su poder encierra;
Escucha agora la plegaria mia,
Que ecsalar quiere el corazon ardiente:
Yo por tu paz invocaré à Maria
Con ruego humilde y oracion ferviente!
»A tí te invoco ¡oh virgen peregrina!
Madre y consuelo del que llora triste:
A tì Reina divina
Con lágrimas del pecho dolorido,
Yo en mi penar imploro;
¡Templa el afan de mi constante lloro!»
»Duélate mi dolor, dulce señora,
Y oye piadosa mi angustioso canto:
Sé virgen celestial su protectora,
Y llévale à gozar del cielo santo!»
Ya te miro habitar sombra adorada
En tierra mas ligera;
Ya desde la alta esfera
Diriges tu mirada
Sobre este mundo de pesares lleno,
Y una aureola ardiente de ventura
El mundo de los dioses te asegura!»

Lejano del mundo
Sonrisa mas pura
Respira dichosa
Tu grata virtud.
Y aurora mas bella
Te luce en el cielo,
Y amores mas dulces
Te canta el laud.
Y en lecho mas blando
Reposas tranquilo,
Con orla de flores

Ciñendo la sien.
Contento nos miras
Del alto emisferio,
Y allá te sonrie
Pacìfico bien!
Ya ¡infeliz! no miras
Del hijo querido
Que un tiempo adorabas
El fiero dolor!..
¿Acaso tus besos
Y tiernas caricias
Volaron fugaces
A par de tu amor?

Ah!... Sí!... que todo en el sepulcro muere!
Y qué me resta ya?... ver sus despojos?
Un eterno penar?... llanto en los ojos?..
¿Quién ora al pecho de dolor henchido
Tornará la alegria
Y atajará el gemido?
Quién me consolará?... ¡tú, madre mia!
Y juntos en su tumba lloraremos!
Y unidos en la tierra....
Por su quietud al cielo rogaremos!..
¡Oh padre!... Desde el Bétis en la orilla
Contemplo tu morada,
Dò el Dios eterno entre esplendores brilla!
Y aquì mi voz elevo lastimada,
A par del triste llanto,
¡Por que mitigue el cielo mi quebranto!

Sevilla Octubre 1839.

TORCUATO PEREZ RODRIGUEZ.

LA TARDE DE OTOÑO.

CONTEMPLACION.

Era la tarde, una tarde triste de fines de Otoño. El sol pálido y frio iba ya aprocsimándose al horizonte; el cielo estaba cubierto de un velo blanquecino y aplomado, que interceptando los rayos de luz, difundia sobre toda la naturaleza el reflejo de sus sombrios tintes; la atmòsfera estaba en calma y opresora, escepto cuando una rara y repentina ráfaga venia á herir la cima de los edificios con un zumbido semejante á un lamento: era uno de aquellos instantes en que toda la creacion respira dolor como si lamentase la suerte del moribundo año.

Entonces el hombre, débil juguete de los elementos, cede al influjo de la naturaleza que le oprime con su inmensidad; yo cedì al menos. La tristeza que reinaba en el aire penetró con él en mis pulmones y produjo una sensacion vaga, inesplicable, pero dolorosa, y que amargaba toda mi ecsistencia. En vano ha dicho el mayor poeta de los siglos modernos.

Nesseun maggior dolore
Che recordarsi del tempo felice
Nella miseria.

Ninguna mayor pena
Que recordar el tiempo venturoso
En la desdicha.

Agudos son en verdad los pesares que producen en la desgracia memorias de la felicidad pasada, agudos son, pero en su misma agudeza que llena de lágrimas nuestros ojos, encontramos el consuelo de un desahogo, y tambien el recuerdo de la gozada dicha viene á endulzar algun momento el cáliz de la amargura. Mas aquel abatimiento semejante à un dolor sordo, y que cual una pesadilla oprime á la par el espiritu y el cuerpo, ataca nuestra vida misma y escita sensaciones, que á ser duraderas, las romperian como fràgil vidrio. Mi ecsistencia no habia variado: era aun cual hacía unos breves instantes un vacio cubierto con aquella superficie barnizada y risueña que la sociedad ecsige, y que es uno de los mas penosos deberes que nos impone: y sin embargo poco antes era feliz ó al menos no era desgraciado, y ahora una súbita y profunda melancolia se habia apoderado de mi alma, y descontento de mí, de mi suerte, del mundo encontraba un placer en entregarme á negras imágenes, y no podia tolerar la vista de la felicidad agena. Cuando pasaba á mi lado una hermosa jóven en cuya cara se leian grabadas por la edad ilusiones de dicha y amor, una punzada me atravesaba el corazon y una risa sardónica, hija del despecho, asomaba en mis lábios como si me complaciese en pensar »*sueñas placeres y pronto llegará la realidad á despertarte.*» Lanzado por mis ideas fuera de la sociedad no podia sufrir su contacto, todo en ella me heria: quise huir, bajé la frente, subí la capa hasta los ojos para que ocultase la escena que me rodeaba, y me alejé con pasos acelerados del bullicio de la ciudad y de la presencia de los hombres.

La agitacion de mi pecho y la rapidez de mi carrera me habian cansado, paréme á respirar apoyado contra un tronco, y me puse á contemplar el espectáculo que tenia delante.

El sol acababa de esconderse y el aire se iba llenando de tintas cenicientas mas y mas oscuras segun se aprocsimaban al oriente: solo en el mismo ocaso quedaba una raya diferente en color, rogiza y desapacible, semejante al reflejo de un incendio; las ráfagas del viento mas repetidas y mas fuertes empezaban á romper el celage; á mis pies se veia la ciudad confusamente envuelta en una nube de humo y vapores; al rededor los árboles mostraban sus copas, ya casi desnudas, y el viento que de cuando en cuando venia á azotarlos desprendia las pocas y ya marchitas hojas que aun colgaban lánguidamente de sus ramas. Al verlas bajar revoloteando en mil giros por el aire me acordé de los hermosos versos de un poeta

Asi tal vez de juventud lozana
Pasan, ò Anfriso, las livianas dichas,
Un soplo de inconstancia, de fastidio
O de capricho femenil las tala
Y lleva por el aire, cual las hojas
De los frondosos álamos caidas.

Y á cada una que veia desprenderse juzgaba ver arrebatada por el viento otra nueva ilusion de mi alma, y si alguna tocaba fria en mi ardorosa frente, me sentia estremecer, y si acaso al moverse mis pies hallaban con un crugido las que secas yacian por el suelo, los retiraba luego como horrizado: me parecia pisar un sepulcro. Las hojas son un emblema de la vida humana: sus generaciones, miniatura de

las nuestras, se suceden en los árboles como nosotros nos sucedemos en la sociedad, sirviendo solo despues de caidas para alimentar nuevas generaciones, y al cabo los mismos troncos desaparecen como desaparecen las sociedades, y apenas dejan por vestigio unas y otras la vaga idea de que ecsistieron. Pero aun en esta semejanza, ¡cuanto mas felices son las hojas que los hombres! A ellas el mismo calor y la misma humedad las hace á todas brotar, el mismo polvo las aja, la misma lluvia las reverdece, el mismo sol las agosta, el huracan mismo las destroza y las derriba: todo es comun en ellas, los placeres y los dolores. ¿Y nosotros? Nosotros apenas salimos de la infancia y se empieza á desplegar nuestra ecsistencia, cuando ya vemos caer marchitas las hojas que nos abrigaron en el capullo: nosotros apenas empezamos á disfrutar la primavera de nuestros años, cuando viene la tormenta de las pasiones á talar nuestra felicidad soñada; nosotros en la desdicha vemos en torno caras risueñas, algunas para quien nuestro mismo dolor es alegria; y cuando por fin la edad va calmando la agitacion de nuestros ánimos, viene á derribarnos el hielo de la muerte, á separarnos de los tiernos pimpollos que atras dejamos, y que amargan aun mas los últimos instantes de la vida con la incertidumbre de su suerte futura.

Embebido me habia quedado en estas melancòlicas reflecsiones que rápidamente se encendieron, cuando atrajo mi atencion un rumor confuso que à veces crecia y á veces menguaba, á veces desaparecia del todo para volver al momento á resonar y á crecer: era como el ruido de las olas del mar reventando en las peñas. Escuché atento, y pronto vi que no me habia equivocado: eran las olas de las pasiones que se rompian en el escollo de la sociedad, era la voz de la ciudad populosa que subia por los aires, semejante al susurro de una colmena. ¿Y cual es, me pregunté á mì mismo, el enigma que esta voz encierra? ¿Cual? ¡còmo han de saberlo los mortales! Este es el idioma de la naturaleza: sus sílabas son poco repetidas, y sin embargo, para comprenderlas seria forzoso abrazar la inmensidad y los siglos. Pero sin comprender esta voz sublime (me dige) bien sé còmo se forma, bien sé de donde sale. En ellas vienen mezcladas todas las ideas y las sensaciones de los muchos millares de entes humanos que habitan ese recinto, algun grito de placer con infinitos de dolor; el primer beso quizas de un amante feliz con el ronco estortor de los moribundos. ¿Y quien se atreveria ahora à separarlos? ¿y que son ahora todos juntos? ¿Qué? un ligero rumor que pudiera ahogar en este sitio el zumbido de un insecto y que en alejandose cien varas mas desaparece. ¿Y es esto la vida humana? ¿son estos los goces porque tanto nos afanamos? Pensé, y los ojos se me arrasaron de làgrimas, si, porque desgraciado es el hombre que jamas llorò á solas. No pude sufrir por mas tiempo los pensamientos que tanto me habian atormentado: volvi la cara y la aprete contra el arbol como si quisiera esconderme de mì mismo, y entregado á un profundisimo dolor, perdi hasta el conocimiento de que ecsistia.

No sé cuanto tiempo permanecì en aquel estado hasta que el eco de una cancion que en el silencio de la noche

llegaba á mi oido, suavizados sus tonos con la distancia, vino á despertarme del letargo. Alcé la vista, y la escena habia mudado. Despues de arreciar y barrer los vapores que obscurecian la atmòsfera, se habia acallado el viento, y el cielo puro anunciaba una de las primeras heladas del año: en el manto azul subido de la noche relucian las estrellas cual si fuesen los ojos de los ángeles: la luna brillaba entre todas como reina del firmamento; no la luna que he visto en los climas del norte, la luna chata y opaca, y cuya luz parece la que se escapa á traves de un empañado vidrio, sino la luna resplandeciente del mediodia que se la vé como un globo balancearse por el vacio, dejando vizlumbrar tras sí la inmensidad del universo: su pálido y apacible reflejo se tendia por donde quiera plateando y hermoseando todas las cosas: solo la ciudad dormida aparecía como una gran mancha oscura en que resaltaban mas algunas plazas iluminadas, y cuyas infinitas cúpulas y torres quebrando los rayos de luz y bañadas por ellos, dibujaban sus contornos claros y distintos en el opuesto horizonte: parecia como si la naturaleza quisiera hacer alarde de todos sus encantos.

Una mudanza tambien se habia operado en mi imaginacion. El frio de la noche dando vigor á los nervios, habia templado mi cabeza. Y preparado mi ànimo para sensaciones mas dulces, y el sonido de la cancion que si bien mas lejano aun se escuchaba, y que era una de aquellas melodìas tristes pero sencillas y suaves que en el suelo andaluz recuerdan el desierto donde nacieron, diò nuevo giro á mis ideas y las mudò del abatimiento á la melancolìa, y de la melancolìa á la esperanza. Me puse á contemplar la grandeza del espectáculo, y lo que poco antes me hubiera destrozado el alma comparandolo con nuestra pequeñez, ahora solo sirvió de engrandecer y ecsaltar mis pensamientos. El hombre rodeado por los otros hombres, dominado por los impulsos y necesidades de su ecsistencia material, es un reptil mezquino, pero el hombre aislado de la sociedad y puesto frente á frente de la naturaleza, ve despertarse ese otro elemento de su vida, ese espiritu que á veces le devora y á veces le sostiene, y se eleva con su imaginacion á una altura superior à la tierra, y àtomo imperceptible en su globo, llega á señalar y medir el curso de esos millones de mundos que brillan en el cielo. Breves años son el limite de su vida, y puede hacer con el espiritu que abarque siglos la fama de su nombre. No nos desanimemos, pues, con lo fragil de nuestra ecsistencia, ni con lo vano de nuestros placeres, cultivemos este gérmen sublime que se encierra en nosotros: aspiremos à la gloria, y si no logramos conseguirla, caigamos á lo menos luchando noblemente contra el destino.

Pensé, y sosegado con estas imágenes consoladoras, volvì á dirigirme con lento paso hacia la morada de los hombres.

D. G.

A ELISA.

LA TEMPESTAD.

No ves, Elisa, al sol esplendoroso
Ocultar presuroso
Su esfera diamantina entre las nubes
Que se despliegan por el alto cielo,
De tinieblas cubriendo el ancho suelo?
Los árboles no ves cual se deshojan
Al resoplar del huracan violento?
No ves con sentimiento
Como á su empuje la robusta encina
Cruge y su frente hasta la tierra inclina?
¿No ves del cielo descender torrentes?
No escuchas el tronar de la tormenta
Que por momentos con furor se aumenta?
Vuelve tus ojos dueños de mi lira,
Y con espanto mira
Esas torres soberbias que orgullosas
Sus frentes hasta el cielo levantaban,
Desplomarse estruendosas
Al golpe horrendo de terribles rayos,
Y al brusco empuge de huracan bravio
Rodar con furia por el polvo inmundo,
Helando de pavor al pecho mio.
Mas no tiembles, Elisa...! enjuga el llanto
Que va por tus megillas resbalando...
A inspirarme han venido rebramando
La furiosa tormenta y rudos vientos
Yo haré que mis acentos
Al par de vientos y tormentas suenen,
El mundo corran, y con ellos truenen.
Y con ellos tambien ¡mi dulce Elisa
Tu nombre sonara; trueca el quebranto
En cantidos placeres,
Enjuga, enjuga tan acervo llanto,
Vuelve á tu labio de carmin la risa,
Burla de tempestad la fiera saña,
Deja que bata el huracan al mundo,
Que aqui un asilo nos concede el cielo
Contra su furia y su bramar profundo
Y no atormentes con tu llanto amargo,
Con tanto suspirar ¡dueño querido!
A un corazon para llorar nacido.

JUAN N. JUSTINIANO.

NOVELITA ORIGINAL DE ACHILLE GALLET.

TRADUCIDA POR D. J. MONTADAS.

I. — *Mi visita por la mañana.*

Mi amigo Julio Cheret goza de una modesta pension de cuatro á cinco mil francos de renta; es un guapo joven, amable, arreglado, económico, amante de su comodidad, perezoso y original, eso sì, hasta dejarlo de sobra. Si se le deja hablar, dirá con la mayor formalidad que es á un tiempo botiquí-

co y anticuario; que no hay hombre mas infeliz ni mas estupido que el sobre la tierra. Advertiase que pasa la mitad de su vida en descubrir entre las grietas imaginarias de sus antiquísimos escudillones, catedrales portentosas, castillos con foso y figuras de caballeros de la edad media: fuera de estas el hombre es el mejor de los hombres. El 1.° de Enero de 1835 fuí á hacerle una visita temprano, mi amigo quiso probarme tanto su gratitud que me convidó á pasar toda la mañana con él, y despues de haber hecho alegremente honores á un escelente desayuno, me aseguró Julio que tendria yo un gran placer en visitar su bibliotheca. Preciso era condescender gustoso y seguirle á un pequeño gabinete sombrio, donde se miraban esparcidos sobre diferentes estantes del estante codices y antiguos manuscritos initeligibles, fosiles, minerales &c. en fin un verdadero *Capon de nature*. Mientras que escuchaba con indiferencia á mi amigo, que sudaba la gota tan gorda para esplicarme el origen y uso de una copa romana y de un vaso etrusco, levanté maquinalmente la vista hácia la ventana, unica que enfrente del estante habia, y quedé tan inmóvil como la muger de Lot trasformada en estatua de sal.

Qué tienes? me dijo Julio sorprendido.

-Mira, le respondí, señalando con el dedo el objeto de mi admiracion.

Allí, enfrente de nosotros, por entre los cristales de la ventana, se veia una figura, horrorosamente palida, un verdadero espectro, que nos miraba con ojos de locura y desesperacion.

--Es la loca, respondió Julio.

--La loca?

--O mas bien una victima de la avaricia y de la ambicion. Oh! es una horrible historia la vida de esa joven, Eduardo! Sin embargo, quiero contartela y tal vez podras hallar, despues de haberla oido, un medio de ser útil á esta desventurada.

El esqueleto que acabamos de ver es nada menos que la hija de Sir Jorge Osborn, *baronet y par de Inglaterra*. Tiene mas de 30000. libras esterlinas, de renta, y magnificas posesiones en el norte de *Escocia*; es en una palabra una de las ricas herederas de la *gran Bretaña*; su padre ha muerto en Londres hace cuatro años y ha dejado la tutoria de su hija Clara á su hermano que se hallaba entonces en Paris donde acababa de arruinarse en desatinadas especulaciones. El tal es un malvado, cuya unica gloria es una ambicion insaciable y para cuyo logro todos los medios son justos y buenos. *Clara* vivió algun tiempo feliz bajo la tutela de ese miserable que disfrutaba su fortuna y la dejaba libre para hacer su gusto; pero esto ha durado bien poco. *Lord Osborn* veia aproximarse con espanto el dia de la mayor edad de su sobrina, é imaginaba con este fin y para escapar de una cierta ruina, una horrorosa calumnia. Ha sostenido que *Mis Clara* estaba loca, y esta palabra repetida de boca en boca, ha circulado bien pronto por el mundo, donde ha producido el mas completo resultado para el infame ¿Lo creerias, Eduardo? se ha encontrado un medico bastante malvado para acreditar esta calumnia, y un tribunal que sin otro ecsamen lo ha comprobado. Se han puesto los bienes y la persona de *Clara* á disposicion de su tio, y se ha privado á la infeliz de cuantas cosas pueden hacer

amable la vida, del aire, del cielo, de la libertad. Bajo el pretesto de que su locura degeneraba en peligroso frenesí han llevado la barbarie hasta el estremo de ligar fuertemente sus debiles manos, hasta encerrarla meses enteros en una horrorosa prision, sin mas alimento que un poco de pan y agua. Tienes razon para estremecerte, Eduardo, porque todo esto es horrible, pero aun temblarás mas, cuando sepas que esa infeliz, pálida, desencajada hoy, era hace cuatro años de las mas lindas jóvenes de la capital.

--Pero Mis Clara no està loca, segun me cuentas.

--Ni mas ni menos que tú y que yo, Eduardo.

--¿Y de quien sabes esos pormenores?

--De su misma boca. Hace como dos meses que se precipitó por esa ventana, (despues le han puesto rejas) à riesgo de perder la vida y se refugió en mi casa, donde ella tuvo tiempo, mientras sus verdugos la buscaban precipitadamente, de contarme cuanto acabas de oir.

--Y nada has hecho para librarla?

--Lo hé pensado, Eduardo; pero hubiera tenido que lidiar con jueces, procuradores y abogados, gentes á quienes tengo horror, y ademas desembolsar ciertamente mucho dinero. He renunciado, pues; pero tú que eres emprendedor, lleno de fuego y de entusiasmo,.... haz una tentativa en favor de Mis Clara, haz un bien que reclama la humanidad.

En otra ocasion, ciertamente me hubiera reido de corazon al ver con que calor me encomiaba mi amigo un deber, para cuya egecucion encontraba él tantas dificultades; pero la relacion que acababa de oir era tan triste, que ni aun se me ocurrieron ideas de contradiccion á sus proposiciones.

--Cierto, esclamé yó; nunca se dirá que semejante crimen se ha consumado en nuestro siglo y en nuestro pais, sin que una voz generosa haya clamado para desmentir persecucion tan infame.

--Bien....bien, Eduardo; yo quiero participar tambien de esta obra de justicia: justamente tengo aquì cien escudos que duermen en este armario. Si esta pequeña suma puede ayudar al ecsito de tus indagaciones, dispon de ellas como gustes.

--Gracias, no los necesito.

--Entonces, nada puedo hacer mas que ofrecerte consejos.

--Los acepto con la mayor gratitud le respondì, estrechando su mano, y nos separamos satisfechos uno de otro.

II.—*La entrevista.*

Ocho dias despues fui otra vez á casa de mi amigo; los ocho dias no se habian pasado en valde; los había empleado en caminatas y en visitas á los abogados mas distinguidos de la curia, al procurador del rey y al presidente del tribunal real; á fuerza de molestias logré despertar la atencion y el interés de los magistrados.

--Que aire de triunfo! me dijo Julio, al recibirme, ¿habremos acertado por fortuna?

--Seguramente, amigo mio; todos los magistrados se interesan vivamente por la suerte de nuestra huérfana. B... se encarga de su defensa, y antes de quince dias se llama á la vista la causa y ganamos la victoria.

--Ba, ba, que pronto cuentas con ella; hablas como *Cesar, veni, vidi, vici*: pero yo que soy mas razonable que aquel atolondrado capitan, quiero que me dispenses te diga que no eres otro *Cesar*, y que no participo por lo tanto de tu seguridad. El enemigo tiene bastantes fuerzas, y ademas dos baterias, que pudieran muy bien desmontar las nuestras: á saber, el fallo de un tribunal y el testimonio de un médico célebre.

--Yo creo fundadamente ganar por asalto la segunda.

--¿Que dices?

--Que estoy bien decidido á obtener de Mr. P.. una detractacion completa de sus primeras declaraciones; porque el hombre que firma una falsedad, debe ser un cobarde.

--Tambien lo sé, Eduardo, pero es preciso conducirse con moderacion y una marcha atrevida en tan delicado negocio seria bastante para echarlo á perder.

--Tranquilìzate: seré prudente, respondí yo, sonriéndome del tono doctoral de mi amigo; pero lo mas importante, ahora es á mi entender prevenir à Mis Clara de que nos interesamos por su suerte y tratamos salvarla.

--Nada mas fàcil, Eduardo; todos los dias, á las dos, viene á respirar una atmòsfera libre en las duras rejas de su prision. El balcon de mi gabinete cae precisamente sobre su reja; colocate allí, y pronto la verás.

Tomado este partido, à poco rato vimos dibujarse una sombra en la habitacion de enfrente, adelantarse con pasos lentos hácia la ventana y permanecer en pie, inmòvil y en actitud meditabunda.

--Mis Clara, Mis Clara, dije yo, bajando la voz.

Levantó la cabeza, comprendió mis señas, y adelantándose mas ¿qué quereis? me dijo.

--Soy vuestro amigo; podeis entregaros á la esperanza de cambiar de suerte, estoy trabajando para haceros salir de esa prision.

--La esperanza!.... ah! sí he esperado largo tiempo vivamente... y no podeis adivinar el qué, caballero.... Una tumba!.... Pero esta esperanza ha huido como las demas!

--Pobre jóven! la desgracia os ha hecho desconfiada; pero la suerte que yo os preparo no faltará, lo juro, aunque tuviera que emplear toda mi vida en realizarla.

La desgraciada se sonreia tristemente.

--Y aunque eso sea cierto, dijo con voz tan debilmente articulada que pude apenas percibirla; aunque sea cierto que os interese mi desgracia, que adelantareis caballero?.... No soy yo loca?.... loca!.... La injusticia de los hombres no ha sellado mi frente con esta marca eterna?

--Haremos derogar ese decreto injusto.

--No seria ya tiempo, señor. Esperad, voy á deciroslo todo, porque vuestro caracter afable y generoso me inspira la mayor confianza. Esta misma mañana he oido en voz baja á uno de mis verdugos decir à su cómplice "paciencia, milord, ella no puede ya vivir mucho" vivir! como si yo lo deseara, bárbaros! ¡por qué mirad; les he rogado tantas veces, de rodillas con las manos cruzadas, que me librasen de este peso enorme que me atormenta; les he pedido tantas veces la muerte! dadme un veneno les decia, herid mi corazon

con un puñal y os perdono, cuanto mal me habeís causado en esta vida!. ... Sabeis lo que siempre me han respondido? estais loca!!!

--Infames!... pero, sereis vengada, Clara, vengada de una manera ostensible y horrorosa; oh! creedme.... He visto á los jueces, les ha enternecido la historia de vuestros pesares.... Me han prometido volveros la libertad!

--La libertad! la libertad! Cuan dulce es la libertad, cuando se ha vivido cuatro años.... cuatro siglos, señor, sin tener otra luz que la débil que entra algunas horas por estas fúnebres rejas. La libertad! oh! esta voz me vuelve realmente loca, me trastorna la cabeza..., Pero ya oigo á mis verdugos, añadiò, volviéndose con espanto,.... á Dios, caballero, á Dios, y no me olvideis, porque soy muy desgraciada.

--Y escapó apresuradamente.

(Se concluirá)

EL AMOR DE LA SIERRA.

A tiempo que sube ufana
Matizando el horizonte
De púrpura la mañana,
Cantando de un fresco monte
Baja una linda Serrana.
  Con voz que á la londra afrenta
El campo animando viene,
Y aunque triste se lamenta
Mucho el oirla contenta
Por lo que de dulce tiene.
  En su purísimo acento
Hallan los tristes dulzura;
Los tibios grato ardimiento;
Los afligidos contento,
Y los amantes ternura.
  No hay zéfiro, ave, ni fuente
Que con su voz no avasalle;
Por eso à su son doliente
Responden tan dulcemente
Los ruiseñores del valle.
  Baja el rebaño olvidado;
Y es à mi entender locura
Pensar pue cuide el ganado
La que tan solo se cura
De un amoroso cuidado.
  No halaga ya cual solía
A la cordera leal
Que cuando sal la ofrecía
Antes de comer la sal
Su blanca mano lamía.
  Y si de la sierra al prado
Baja al nacer la alba hermosa,
No es por mirar si templado
Se eleva el sol coronado
De grana, jazmin y rosa;
  Es por oir à un pastor
Que acaso á sus resplandores
Cántigas alza de amor;
Y ella se muere de amores
Oyendo al dulce cantor.
  Mirando va con presteza
Los fresnos uno por uno,
Y es por ver si en su corteza
Al nombre de su belleza
Añadió su nombre alguno.
  En vano à la fuente ansiosa
Su sed va á apagar cruel,
Porque à aquel labio de rosa

El agua le es enojosa
Y desabrida la miel.
  En vano con dulce riego
Su sed un momento halaga,
Pues ignora en su error ciego
Que solo el amante fuego
Con llama de amor se apaga!
  Y mira tan envidiosa
Al olmo la vid amena
Entrelazarse frondosa,
Como su tez la azucena,
Como sus labios la rosa.
  Y vagando con la mente
Embebida en sus amores,
Tal vez se lava en la fuente,
Coge sin notarlo flores.
  Ya con ansias mas suaves
Sobre la florida alfombra
Templa fatigas tan graves,
Y acaso á la fresca sombra
Duerme al rumor de las aves.
  ¡Que hermosa está entre claveles
Cuando gentil se recuesta
Templando penas crueles,
Bajo los verdes doseles
De la encantada floresta!
  ¡Que bello entre esencia pura
Adormecer los sentidos;
Ver el agua que murmura;
Y respirar la frescura
De pabellones floridos!
  ¡Como el pecho se serena
Entre ilusiones sin fin,
Adonde el alma enagena
Ya el color de la azucena,
Ya la esencia del jazmin!
  ¡Que vista tan placentera
Nos forman cruzando á veces
En perspectiva hechicera
Los rios por la pradera,
Y por los rios los peces!
  Son las delicias mayores
Ver poblado el firmamento
De fúlgidos resplandores;
De gratos sones el viento;
Y el campo de ricas flores.
  Entonces van transparentes
Los aires meciendo olores;
Forman ruido las corrientes;
Los prados alzan colores,
Despiden visos las fuentes.
  Los frescos vientos orean,
La flor su bálsamo esprime,
Los verdes sauces ondean,
Y si una tórtola gime
Mil ruiseñores gorgean.

Tendida en la verde alfombra
La serrana, ni galan
Templa el zéfiro su afan,
Ni la humedad de la sombra,
Ni el fresco del arrayan.
  En vano con loco intento
Buscas Serrana la calma,
Pues llevas de tu tormento
La causa en el pensamiento,
Y la inquietud en el alma.
  ¿Por qué embebecida errando
Coges flores, que importuna,
Sin saber donde ni cuando,
Vas por el valle sembrando
Sus ojas una por una?
  ¿Con qué nombre te embelesas
Que en la arena lo describes,
Y de copiarlo no cesas;
Que tantas veces lo besas
Por cada vez que lo escribes?
  ¿Por qué à escuchar los pastores
Vas, cuando á la aurora cantan,
Si ves que brotan amores
Los delicados vapores
Que las praderas levantan?
  Escucha el murmullo blando
De aquella fuente serena
Que cerca va murmurando,
El bello tren arrastrando

De algas, espuma y arena;
Y en ella ve tus perfiles,
Si es que acaso los divisas,
Sin que sus ondas sutiles
Aquesas formas gentiles
Desvanezcan con sus risas.
Y tu megilla rosada
Mírala ya sin color;
Advierte, en hora menguada,
La boca mas colorada
Descolorida de amor.
No escuches ay! los pastores
Si quieres cobrar la calma,
Pues del alba á los fulgores
Abre su sagrario el alma,
Como su caliz las flores.
Mìrate en la fuente igual,
Y mira que solicitas
Serrana hermosa tu mal,
Si en la inconstancia no imitas
Su transparente cristal.

CAMPOAMOR.

(*P. de M.*)

COLECCION DE POESÍAS ESCOGIDAS

DE D. JUAN JOSE BUENO, Y D. JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

SEGUNDA ENTREGA.=ARTICULO SEGUNDO. (*)

LA poesía es el lenguaje del alma porque llega directamente á ella y la hace sentir lo que espresa de la manera mas viva. Esto hemos pensado al leer la segunda entrega de la Coleccion que nos ocupa, y nos atrevemos á decirlo, porque creemos verdadero nuestro aserto. Por eso la sencillez es tan necesaria en la poesìa, y por eso un célebre preceptista de nuestro siglo la encarga á los jòvenes que se dedican à ella, como una de las cualidades mas necesarias para ser entendidos. Algunos creen que la sencillez está en contradiccion con la sublimidad, pero esto, segun nuestro modo de entender es un error, y nada puede ser sublime sin ser sencillo.

Hubo un tiempo en España en que algunos de sus mejores poetas, creyendo que el lenguaje vulgar no debia ser el de la poesía, se entregaron à la invencion de frases que nada significaban por la obscuridad de los pensamientos que envolvian, y

(*) *Se acaba de recibir la segunda entrega de esta coleccion. Los Señores suscritores pueden pasar cuando gusten á recogerla en la imprenta y redaccion de este periódico, calle de S. Pedro, núm. 116, donde se halla abierta la suscricion á tan interesante obra, digna de ser adquirida por los amantes de la buena poesia.*

en que tanto el lenguaje como la poesìa hubieran espirado, si la antorcha del buen gusto no hubiese vuelto á iluminar, valida de los acordes sones de la dulce lira de Melendez, á los hijos de Herrera y de Rioja. Pero esta época pasó llevándose tras sì el mal gusto de sus poetas, bien que no con tanta rapidez que este dejase de echar cimientos y de ganar prosélitos aun enmedio del nuevo gusto que habia adquirido la poesía. De este escollo se han salvado los dos jóvenes que hoy escitan nuestra atencion, y este es un nuevo título para merecer el aprecio de todos los amantes del buen gusto. Ora describan las hazañas de los héroes, ora canten al genio que los inspira, siempre se espresan con sencillez, y siempre introducen en sus versos pensamientos sublimes dignos de ser estudiados. Por eso su poesìa llega al alma, por eso nos seduce, escitando unas veces nuestro entusiasmo, trayendo otras las lágrimas á nuestros ojos.

Tócanos pues hablar ya acerca del mérito de aquella, por el òrden en que se hallan colocadas las composiciones, y la primera que despues de los *Fragmentos á la historia de España* se encuentra, es una *oda* del Sr. Rios *al Genio de la pintura*, la cual abunda en bellas imàgenes: agrádanos mucho el modo con que empieza la composicion, y en toda ella se descubre el entusiasmo de un artista que celebra al genio creador que le comunica sus inspiraciones.

»Esas tablas de Vinci y de Ticiano
Mudas al mundo sin tu ardor serian;
Mas de gloria llenando el Vaticano,
Al òrbe entero su esplendor envian.
.....
Su nombre escribes con diamantes y oro
En el eterno libro de la historia:
Ven númen, una vez, ¡ay! yo te imploro,
Condúceme á los templos de la gloria.„

Estos dos cuartetos son una muestra de las bellezas de esta composicion.

Sigue un lindo romance del Sr. Bueno titulado »*El desengaño*,» lleno de valentia, y de castiza y fluida versificacion: abunda en bellas descripciones, y el diálogo de los dos personages que en el actúan es espresivo. El siguiente trozo puede dar una idea de esta verdad.

»--Os lo juro por mi nombre
y no miente quien es Vargas.
--Ah! me haceis feliz por siempre,
y dais à mi cuerpo el alma.
¡Elvira inocente!.... ¡Cielos!
En vez de fieras espadas
que se crucen nuestras manos
jurando amistad sin mancha.»

Una *Oda al immortal Murillo* se encuentra despues de este romance, y nos agrada mucho ver al jòven que elogia á uno de los genios que mas gloria han dado á nuestra nacion, con todo el entusiasmo de un artista, y con todo el fuego de un poeta. Esta oda empero nos parece un poco lánguida, si bien tiene trozos que hacen honor al que la ha escrito, y rasgos muy felices como el siguiente.

»Si, murió, si; pero en el mundo vive
del mundo siendo admiracion y pasmo.

La estrechez de nuestras columnas

no nos permite estender cual quisieramos este artículo; asi es que solo podemos hacer una leve reseña de las bellas producciones que citamos, sin pasar á ecsaminarlas con toda la detencion que se requiere para formar un juicio crítico bastante acertado, que nosotros por otra parte juzgamos necesario, y que satisfaria á los que tal vez creen que nuestros elogios son parciales. Pero si estos dudan de la verdad de nuestro aserto, si nuestra opinion por mezquina es desechada, tomen el libro y lean: pues no creemos que la amistad que con los autores nos une nos ciegue hasta el punto de encontrar bellezas donde no las hay: por eso sentimos que la brevedad no nos permita detenernos para hacer patentes esas bellezas que otras plumas de mucho mas valer qne la nuestra han elogiado con tanta justicia, y por eso en tales elogios deben confiar los dos jóvenes, porque son imparciales, porque nacen del convencimiento en que se hallan los que escriben, de que los elogios que tributan son merecidos. Estos cortos renglones pueden muy bien servir de contestacion á las preguntas de algunos incrédulos, á los cuales desafiamos para que nos prueben que los elogios que á estos dos *escelentes poetas*, como los ha llamado uno de los literatos que mas honran á la nacion (1) son injustos é inmerecidos.

El corto trecho que nos está concedido en este número, no nos permite pasar adelante en el ecsámen de las composiciones que restan; por lo tanto nos contentaremos con decir que la *Elegía* qae sigue á la oda á Murillo, es de lo mas correcto que hemos leido, y que tiene el verdadero tono elegiaco: que los romances-*El rey y la Iglesia* se hayan en el mismo grado que *La lealtad premiada* y *Abú Said* y los titulados *Respuesta al desafio de Tarfe* y *la Tempestad*, del Sr. Rios, son muy bellos, asi como las lindas quintillas *á una azucena* del Sr. Bueno, que tubimos el gusto de insertar en la *Aureola*, son un modelo de galas de fluidez y de poesía.

Concluimos pues este artículo dando la mas cordial enhorabuena à los dos jovenes que con tan brillante ecsito han dado á luz sus producciones ecsortandolos á que sigan una carrera tan gloriosa y que tantos laureles les de hacinar sobre sus frentes.

MANUEL CAÑETE.

(1) *El Sr. D. A. Lista.*

INDICE.—De las órdenes de Caballeria en España.—A mi padre; cancion.—La tarde de otoño; contemplacion—A Elisa; la tempestad.—Novelita original de Achille Gallet, traducida por D. J. Montadas—El amor de la sierra; poesia.—Coleccion de poesias; articulo segundo.

Impresor y Editor, F. Alvarez.

IMPRENTA DE LA AUREOLA,

CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

BOABDIL.

I.

Anda la corte revuelta,
Revueltas las voluntades.

ROMANCERO GENERAL.

El estandarte de la media luna ondea en las *Torres Bermejas*, y Granada hierve en fiestas, regocijada por el alzamiento del nuevo rey.

Todo el poder sarraceno se encuentra reunido en esta ciudad encantadora y por do quiera resuenan los ecos de las dulzainas y añafiles, acompañando las voces que prorumpen en vivas y aclamaciones, poblando el aire con el nombre de Boabdil. Estaba escrito empero qne este rey, descendiente de los célebres Al-Ahamar perdiese un reino que tanta sangre habia costado adquirir; y entregado siempre á los voluptuosos placeres de su corte oriental, se acordaba apenas de la suerte de sus vasallos, amenazados por los Reyes Católicos de una ruina inevitable. La fatalidad seguia sus pasos por do quiera, y en el año de 1483, obligado á entrar en accion con los castellanos cerca de Loja, se vió vencido y prisionero, habiendo sufrido una derrota considerable. Este acontecimiento era un augurio de las desgracias que despues esperimentó, y su natural indolencia y la confianza que tenia en el número escesivo de sus soldados, presagiaban á Granada una suerte infeliz.

La generosidad del rey Fernando se estendió hasta concederle la libertad, pero él muy lejos de escarmentar con la derrota que habia sufrido y de aprestar sus guerreros, para contrastar el poder de un coloso respetable, se entregò de nuevo à un dulce soláz en su castillo de *Albayzin*, sin hacer caso de su corte. Las *corridas de cañas*, los banquetes, todos aquellos placeres que puede proporcionar la riqueza, rodeaban al hijo del destronado Albohacen que irritado contra el que le habia lanzado de su reino, juntó la gente que pudò en Baza, logró llegar con sus ar-

mas hasta la *Alhambra*, se apoderò de ella, y si no obtuvo el écsito que esperaba, lo debió à la crueldad que egercitó con los *Bencerrages ó Abencerrages*, haciendo derribar las cabezas de los caudillos de esta tribu.

Boabdil recobrò de nuevo su trono y con él volvió á sus antiguas costumbres, mientras que los reyes de Castilla D. Fernando V. y Doña Isabel ayudados de lo mas selecto de la juventud castellana, y guiados por el deseo de purgar de moros el territorio español, habian logrado elevar la enseña victoriosa de la cruz en *Alhama*, *Loja*, *Almeria*, *Málaga*, *Zahara*, *Velez*, *Baza*, *Guadix* (artama y otras muchas ciudades, villas, pueblos y fortalezas, cortándoles la comunicacion con Africa y privàndolas de toda esperanza de recursos. Retirados una vez en Granada todos aquellos personages mas principales de las perdidas poblaciones, y reforzadas estas con numerosas guarniciones castellanas, llevaron los reyes católicos sus numerosas huestes delante de la consternada capital.

II.

Calló el moro, dió un suspiro,
y al trasponer la montaña,
»adios Granada,» *repite*;
»adios patria de mi alma.»
MARTINEZ DE LA ROSA.

Dos tribus poderosas habian crecido cabe el trono de Boabdil, enmedio de las justas y de los festines: los torneos de los cristianos se habian introducido en la corte del rey moro, y mas de un castellano, arrojando su lanza á las puertas de la ciudad infiel, habia retado à los principales caudillos de las numerosas falanges que en ella moraban. Los *Maçes* los *Gomeles*, los *Almoradíes*, y sobre todos los *Zegríes* y los *Abencerrages* se hallaban prontos á combatir; pero el brazo de su rey no supo conducirlos al campo, ni llevarlos á la victoria. Boabdil yacia indolente, engañado por el fausto de su corte. Ecsistian no obstante valerosos guerreros en Granada, y de ello tenian pruebas los cristianos. Ya una vez *Muza*, descendiente del primer conquistador moro de España, de aquel que diera su nombre á Murcia, habia combatido en el palenque con el gran Maestre de Calatrava, sin que quedase la victoria por ninguno de los dos. Este acontecimiento fué celebrado por Boabdil con fiestas nunca vistas hasta entonces, habiendo hecho traer para adornar sus mesas, los mas ricos manjares del oriente. Abrigábase en tanto el rencor en los pechos de los Zegríes y Abencerrages, poderosos por sus nombres y por sus proezas, y aun mas por el lauro con que siempre les distinguieran las hermosas: y la division de estas dos tribus presagiaba la caida de Boabdil: en ellas estribaba principalmente la suerte de Granada, en ellas residia el poder, ellas eran las únicas que podian dar salud á la patria, y ellas las que por siempre la perdieron. En vez de haber unido sus fuerzas para vencer al gigante que amenazaba, se dividieron entre sí destruyéndose mutuamente; y el rey Fernando acompañado del conde de Tendilla, de Hernan Perez del Pulgar y de otros ilustres caballeros, decidió al fin emprender el ataque de Granada.

Boabdil entretanto seducido por los pérfidos consejos de los Zegríes habia hecho dar muerte á los desgraciados

Abencerrages, perdiendo de este modo el apoyo mas firme de su trono. Solo un guerrero le quedaba que pudiese hacer frente al temible castellano. Muza, el célebre Muza, y éste despues de haber alcanzado en varias salidas la victoria, muriò peleando por su patria en los muros de *Sta. Fé*.

Vióse al fin el desgraciado rey CHICO privado de toda esperanza, destituido de apoyo y luchando con sus propios remordimientos. La sombra de los Abencerrages le perseguia hasta en el lecho, mientras el egército castellano tenia estrechada la numerosa poblacion de Granada, que falta de víveres y privada en un todo de recursos, se vió precisada á rendirse, despues de ocho meses de sitio, saliendo el mismo que poco antes reinára á presentar las llaves de la ciudad al vencedor Fernando. La piedad de éste, que no queria verter la sangre de sus hermanos, consintió en la marcha de muchas familias que pasaron al Africa. El destronado rey marchó tambien con su madre *Aixa* al destierro, y al divisar desde el último punto donde se ve Granada el estandarte de Castilla que ondeaba victorioso en las torres bermejas, *dió un suspiro*, y las lágrimas arrasaron los ojos del último de los Al-Ahmar.

MANUEL CAÑETE.

AL SOL. (*)

Rompe la oscuridad, Sol refulgente,
Y tu radiante luz al mundo envía:
La aurora vuelva á esclarecer el dia,
Ceñida de arreboles su alba frente.
¡Oh! disipen tus rayos prontamente
La espesa bruma que mi sien enfria,
Y mi semblante pálido rocía
Con lluvioso cerner copiosamente!!..
No mas el cierzo en las montañas brame,
Ni en su seno se agiten las tormentas,
Ni el ígneo rayo, al retronar se inflame:
Rasga ese velo, si aun tu lumbre alientas,
Y tu esplendor escelso se derrame
En los inmensos orbes que sustentas.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

(*) *Este soneto fué hecho en Sierra Morena, en la mañana del 23 de Diciembre de 1839, viniendo el autor á Sevilla desde Estremadura.*

CARCELES.

Con mucho tino y acierto se ha hablado en un número anterior de las dos circunstancias esenciales á que debe atenderse en la formacion de estos lugares de desgracia: seguridad y salubridad; y aun que el autor esplica muy bien el modo de obtener uno y otro estremo, queda sin embargo bastante que desear y decir acerca de los reglamentos de enfermeria, la manera de admitir los presos, su enumeracion, las visitas que se les permitan de amigos y bienhechores, sus castigos y premios, alimento, vestido, inocentes desahogos, en fin de cuanto pueda contribuir al alivio y consuelo de los desgraciados que se ven privados del don mas precioso que goza el hombre, de la libertad. ¡Ah! Cuanto se diga es poco, para mover las almas sensibles á que dirijan una mirada de compasion hácia esos tristes muros en que gime encerrada y cargada de hierros la libertad humana; en que está algunas veces la inocencia confundida con el crimen, y en que antes del último suplicio se ensayan todos: acérquense á aquella mansion del dolor y de la desesperacion, y si el horrible crugir de las cadenas, las espantosas tinieblas, los sordos y lejanos gemidos, no les hacen retroceder, que entren en ella, que bajen por un momento á esos oscuros calabozos, á donde la luz del cielo nunca penetra, y bajo un desfigurado y degradado aspecto que contemplen á sus semejantes, cubiertos de harapos, magalludos de los grillos, inficionados de un aire que jamas se renueva; roidos vivos de los mismos insectos que devoran los cadáveres en los cementerios, alimentados apenas de groseros vegetales avaramente repartidos, afligidos continuamente con los males de sus desdichados compañeros, y con las amenazas y malos tratamientos de un desapiadado cómitre; mas atormentados con la espectacion del suplicio, que aterrados con su egecucion..... en este prolongado martirio de todos sus sentidos invocan la muerte como un alivio para sus males.

Dignos, y muy dignos de lástima son estos hombres si son delincuentes; y el Juez que demora la sentencia que sobre ellos ha de recaer, es á todas luces injusto. La ley há señalado un castigo público que debe ser suficiente á la reparacion del crimen, y á la satisfaccion de la sociedad; ese prolongado tormento de una cruel detencion con todos sus horrores, es una nueva pena con que recarga al culpable: y traspasar los limites de la justicia, es una violacion de la ley y una horrible crueldad.

Mas, qué diremos si estos hombres son inocentes? A esta sola idea la humanidad lanza del fondo del corazon un terrible grito. Còmo asi! ¿Este hombre que nació libre gime bajo el peso de las cadenas? Este hombre, para quien la luz y el aire del cielo estan destinados puede apenas respirar en un tenebroso calabozo? ¿Este padre de familias es con violencia arrancado de entre los brazos de su amante esposa y de sus tiernos hijos? El hambre, la desesperacion y el duelo han llenado su tranquila morada; aquellos brazos con que tenia estrechada à una tierna esposa, y á una prole inocente; aquellos brazos con que les proporcionaba la subsistencia, por medio de un honrado trabajo; aquellos brazos necesarios al estado, están indignamente aherrojados; un corazon puro y sin mancilla se halla en el lugar en que moran los remordimientos, la inocencia, en una palabra, està en la mansion del crimen..... Al llegar aquí no puede uno menos de gemir profundamente sobre los infortunios de la humana condicion, y volviendo los lagrimosos ojos hácia la Providencia esclamar con tanta amargura como admiracion; ¡Oh hombre! ¿Cual es tu destino? Padecer y morir: he aquí los dos términos de tu carrera. Empero si no es dado al hombre evitar lo segundo, puede aliviar lo primero por medio de la caridad y de la justicia.

P. C. L.

LA VIDA.

Breve, pues cuando nace
de ansias el hombre, y de miserias lleno,
desde un seno á otro seno
tránsito es el que hace;
con vida tan escasa,
que de un sepulcro á otro sepulcro pasa.

CALDERON.=(Autos Sacramentales.)

Triste es nacer!-El mundo ante los ojos
Cual un vergel de flores se presenta,
Sin mostrarnos artero los abrojos
Que habran de terminar nuestra ilusion.
Triste es nacer!- Se goza de la vida
Cual de un sueño veloz que nos encanta,
Cual de una sombra vana, que perdida
Deja lleno de luto el corazon.

Se goza del placer y la ventura
Creyendo que la dicha es duradera,
Sin pensar un instante en la amargura
Que está oculta en el fondo del placer.
Se goza del amor puro y ardiente
Que inspiran los encantos juveniles,
Cuando está sin arrugas nuestra frente
Y es un angel de paz cada muger.

Que es muy dulce gozar, sin que las penas
Nos vengan á turbar mientras gocemos;
Es muy dulce gozar, cuando serenas
Ruedan las horas á su triste fin.
Y cantar nuestras dichas descuidados,
Sin pensar en la muerte destructora,
Por los ecos sonoros arrullados
De los alegres brindis de un festin.

Es muy dulce gozar, mientras vivimos
En la edad juvenil de los amores;
Mientras que alegre el alma, nos dormimos
Sin pensar en mañana ni en ayer.
Que pasada esta edad, rota la venda
Que nos fingiò del mundo un paraiso,
Se vé que el alma nuestra es una ofrenda
Consagrada por siempre al padecer!

Mezquina condicion de los mortales
Es ver el mundo con su falso encanto,
Sin poderse librar de cuantos males
Vienen la triste vida á emponzoñar!
Mezquina condicion mirar la aurora
Por un prisma falaz que nos encanta,
Y ver luego la noche aterradora
Que viene nuestras penas á aumentar!

Para que pues nacer? que es nuestra vida
Mas que un tránsito aquí desde la nada
A la tumba infeliz, sombra mentida
De dichas duraderas y de amor?
Que es sino un sueño que veloz se ahuyenta
Y en el cual deliramos la ventura?
Un ensueño agitado, que presenta
Ora el dulce placer, ora el dolor?—

Mas ese sueño de misterios lleno,
Ese sueño de amor ó desventura,
Nos muestra el mundo al parecer sereno;
Donde habita el dolor, finge un jardin.
Que és muy dulce la vida, si la mente
Sueña placeres que gozar espera;
Y es muy dulce soñar cuando impotente
Relucha el hombre con su acisgo fin.

Porque ¿no es esto que anhelantes vemos
Una farsa mentida y pasagera,
En la que todos el papel hacemos
De salir á la luz para morir?
No es un falso oropél que nos deslumbra
Esa soñada gloria que anhelamos,
Del sol parodia que gigante alumbra
En un cielo esplendente de zafir?

Ah! si es triste vivir, mas nos valiera
Dormir siempre en el sueño de la nada,
Que sulcar esta vida pasagera
A merced del horrìsono aquilon.
Que es muy frágil la triste navecilla
Que en mar tan borrascoso nos conduce;
Es un juguete que entre espumas brilla
Y que sumerge el mar en su turbion.

Mas esta vida frágil, este sueño
Henchido de pesares, es muy dulce;
Que el mundo es un jardin siempre risueño
Que nos brinda falaz con el placer:
Y si bien el placer solo es mentira
Que alhaga y que seduce los sentidos,
Y el alma luego con dolor suspira
Porque solo es verdad el padecer,

Enmedio de las penas y dolores
Que agitan nuestra vida miserable,
Coger queremos las mentidas flores,
Y mientras mas sufrimos mas vivir:
Que es muy grata la vida aunque suframos,
Y es muy bella del mundo la armonia;
Si mientras que vivimos deliramos,
Que no llegue el momento de morir!!

MANUEL CAÑETE.

SOBRE LA FORMACION

DE UN LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO EN CÁDIZ.

Hace tiempo que tres ó cuatro jóvenes de esta ciudad abrigaron en su imaginacion la idea de un liceo con el anhelo noble de adelantar por medio del estímulo: mas á pesar de que era estremado su entusiasmo, no dejaban de conocer lo grande de la empresa y la medianìa de sus fuerzas: desecharon por tanto el pensamiento que con dolor á veces recordaban, y le abandonaron, mas por imposible de efectuarse, que por pocos deseos de verle realizado.

Y en efecto, tres jóvenes aislados, sin muchos conocimientos en la poblacion, sin grandes fondos pecuniarios y faltos de un prestigio literario, ¿qué otra cosa podian hacer que formar el pensamiento, adorarlo, recrearse en él, y despues abandonarlo tristemente?

Grande ha sido su placer al ver que no son los únicos que han tenido tal idea: asì al menos lo atestigua un comunicado sobre el mismo asunto inserto recientemente en el TIEMPO, periódico que se publica en esta ciudad. Lástima es por cierto, como dice muy bien el señor C. Z., que ahora que tantos elementos encierra en su seno esta ciudad para formarle, ahora que se halla entre nosotros uno de los primeros literatos que honran á España, ahora que se vá estendiendo tanto entre nuestros compatriotas la aficion á la literatura y el deseo de aprender, no háyamos levantado un liceo donde poder adelantar en nuestros conocimientos cientìficos.

Madrid, dió la voz en España, y à ellas contestarón Sevilla, Valencia, Murcia, y Granada. ¿Por qué Cádiz, la patria de los Cannios y Columelas, ha de quedar atras en su carrera literaria? ¿Faltarán en Cádiz aficionados y algo mas que aficionados, à la poesía, à la música y á la pintura? Fórmese un plan, llévese á cabo con la mayor celeridad posible, y no duden sus autores del aplauso de los gaditanos: si tal idea llegara á realizarse, si los jovenes de talento é instruccion, que Càdiz se vanagloría de tener por hijos, simpatizan con nuestro modo de pensar, si ellos, como no lo dudamos, tienen un verdadero entusiasmo por la literatura nacional, y un deseo estremado en el adelanto de la juventud gaditana, nosotros alabaremos con todas nuestras fuerzas su modo de pensar, y creeremos realizable ese proyecto, que reputàbamos por un sueño, pero un sueño encantador.

La premura con que escribimos este artìculo, no nos permite estendernos sobre el particular: no obstante si vemos probabilidad de su formacion, volveremos á tomar la pluma, y espresaremos nuestro modo de pensar sobre las bases en que debe apoyarse, sentando como la principal el estudio y adelanto, sin que esto sea obstàculo para que proporcione al mismo tiempo gratas horas de recreo.

Z. A. y E.

LA VENTA DEL NIÑO PERDIDO.

CUENTO DEL SIGLO XVIII.—ORIGINAL DE ABEN-FARAX.

Dos horas despues de haber ocultado el refulgente sol del mes de Marzo, sus tibios resplandores, cuando las sombras de la noche habian estendido por los campos su lóbrega oscuridad, interrumpida á veces por los pálidos reflejos de la luna, un caminante apretando el paso de su caballo, se internaba en los espesos bosques de Sierra Morena.

Era efectivamente una accion demasiado imprudente por una parte internarse en semejante camino y á semejante hora, aunque por otra, no dejaba de ser acto de valor por lo famosos que se habian hecho aquellos montes, á causa de los contínuos asesinatos que con bastante frecuencia en ellos se cometian. Caminando por una senda tortuosa y desigual, el viagero de que hablamos, no podia imaginar por vigoroso que fuera su caballo, el poder sustraerse del peligro, dado caso que le amenazase, apelando à los pies del animal; á mas de esto las pistolas de arzon que llevaba para su defensa, y el robusto mastin que delante de él caminaba, le hubieran sido del todo inútiles para preservarse del imprevisto ataque de una de aquellas cuadrillas de bandidos, que escapados de los correccionales, infestaban aquellas inmediaciones sin que nadie se atreviese á perseguirlos. Es necesario añadir aqui, que la maleta contenia una considerable cantidad de monedas de oro, circunstancia qne no dejaba de ser un aliciente de bastante recomendacion para qué dejasen de olfatearlo los cazadores de semejante género. Sin embargo, sin manifestar temor ni desconfianza alguna, nuestro viagero adelantaba su camino siempre llevando su caballo al trote, y dirigiendo de cuando en cuando amistosas interpelaciones à su acompañante mastin. Sus intenciones eran no detenerse antes de haber terminado su viage, pero el sueño empezò á tender sus alas sobre sus párpados y le hizo cambiar de resolucion; apretó pues los hijares de su caballo y pocos momentos despues llego à la *venta del niño perdido* que se hallaba situada en el centro de aquellas sierras.

Las puertas de la venta se hallaban cerradas, y el caminante diò algunos golpes; pero á pesar de que todo manifestaba un gran movimiento, á juzgar por las luces que se ocultaban y volvian á aparecer, á pesar de esto, repito, el ventero tardó bastante tiempo en dejarse ver: abriose una ventana al fin, y una voz bronca y desapacible, preguntó.

--¿Que se ofrece?

--Abrid, Maese Pascual, respondió el que de fuera estaba.

--Y ¿quién sois vos? replicò el ventero.

--D. Pedro de la Fuente; y os pide posada por esta noche.

--Jesus, qué fortuna! Lucas, Marugilla, al momento; abrid las puertas á ese caballero que nos dispensa el honor de alojarse aquí.

La puerta se abrió entonces sin dilacion, y el ventero que habia bajado cuatro á cuatro las gradas de la es-

calera, llegó todavia á tiempo de poder tener la brida del caballo de D. Pedro, mientras éste se apeaba.

--Trueno de Dios, maese Pascual, y qué duras que teneis hoy las orejas!; hé estado golpeando vuestra puerta mas de un cuarto de hora, y por cierto que no ha sido el sueño lo que os ha impedido abrir, si debo creer en el movimiento que dentro de vuestra casa se observaba. Por mi alma, que yo pensaba haber encontrado aquí algunas personas con quienes conversar durante la cena, ò cuando menos pensaba hallarme en un bailecillo de boda y no veo por aqui mas acompañantes que vos, que sois casi mudo con los huéspedes, y la numerosa familia de animales que de contínuo os rodea. ¿Quién diablos, pues, se hallaba aquí, y qué demonio estábais haciendo?

--Nada.

--¿Con qué nada? estaríais sin duda rezando.

--Yo diré á vuestra merced: el movimiento... ya vé V., como nunca faltan cosas que arreglar en una posada.., por otra parte, yo pensaba..... A ver, Maruja, desata esa maleta, y tú, Luquillas, lleva ese animal á la caballeriza y no economices la cebada ni la avena, porque.... ya me entiendes...

--Ya sé lo que quereis decir.

--Un momento, (dijo D. Pedro á Marujilla que ya habia desatado su maleta y se disponía á introducirla en una habitacion inmediata); dáme esa valija, te confieso que eres demasiado linda, para necesitar dote por medio del cual puedas encontrar uno que te quiera; y esa maleta contiene oro mas que suficiente para dotar veinte de las doncellas mas feas y pobres de estos contornos.

Los ojos del ventero brillaron entonces de alegria.

--Sí, maese ventero, continuò Don Pedro; esa maleta encierra una gran cantidad de oro, y por eso mismo espero que me déis la habitacion mas segura de vuestra posada.

--Contad con mi cuidado; aunque habitacion que no sea segura no se encuentra en casa de un hombre honrado. Lucas! prepara sin dilacion el número 2, el del corredor derecho.

Lucas manifestó bastante admiracion.

--Qué te detiene mastuerzo? ¿Piensas que no sé yo lo que conviene à un caballero tan distinguido y que tanto dinero conduce?

Poco despues D. Pedro de La Fuente se hallaba instalado en el número 2; habia colocado sobre una silla su maleta, y su fiel mastin quedó á su lado de centinela.

Pasaremos en silencio los detalles del tocador nocturno del caballero y solo diremos que antes de acostarse tuvo necesidad de un mueble que la delicadeza de nuestra lengua nos impide nombrar. El caballero habia pasado la noche en muchas posadas y no ignoraba el sitio donde en semejantes casos se coloca el tal mueble, por lo que pasó la mano por debajo de la cama; pero en vez de lo que buscaba tocaron sus dedos el pié de un hombre; un pié desnudo y frio.

Seria imposible espresar fielmente la sorpresa que en aquella ocasion esperimentó D. Pedro. Sus cabellos se herizaron, y un helado sudor cubrió su cuerpo que temblaba. Volviò rápidamente en sì, retrocedió algunos pasos, y permaneció inmòvil por algunos instantes. Sin embargo, su emocion fué calmando poco á poco, y suponiendo que era efecto de su imaginacion lo que habia observado, tomó la bugía que le alumbraba, levanto la colcha de la cama, miró debajo de ella, y no se habia engañado; allí habia un hombre cosido á puñaladas, un cadáver. Júzguese del espanto del caballero al ver realizadas sus sospechas.

D. Pedro debia pensar naturalmente que los dueños de la casa eran los autores de aquel asesinato, y que no escaparia él tampoco del lazo que le habian tendido.

¿Qué habia de hacer? ¿que resolucion le quedaba que tomar? La fuga era del todo imposible, y por otra parte hubiera sido una cobardìa el emprenderla: defenderse era imposible.... ¿Y podia por ventura asegurar que no hubiese mas de dos personas en aquella casa en las que poder descargar sus pistolas? ¿no tendria que sucumbir al mayor número? Sin embargo, el tiempo urgia y los asesinos podrian llegar.

Un hombre de poco espíritu se hubiera amedrentado y hubiese sido víctima; pero D. Pedro conservando la serenidad empezò à meditar sobre los medios de escapar del peligro que le amenazaba, resolviendo al fin colocar el cadáver en el lecho, lo cual egecutado, apagó la bugía, y se colocò él mismo debajo de la cama, donde permaneciò en espectacion, resuelto á vender cara su vida, en el caso de no tener buen écsito su tentativa.

Una hora despues, oyó D. Pedro crugir el papel que encubria una puerta secreta, construida en el muro de la alcoba, y enmedio de la oscuridad sintiò los pasos de un hombre que acercándose á la cama diò de puñaladas al cadàver que en ella estaba.

--Ya es negocio concluido, dijo aquel al marcharse, y al momento mismo se lanzò el mastin sobre él, imprimiendo sus dientes en la cara del asesino. Ecsaló éste un agudo grito arrancado por el dolor, y despues de haber proferido una maldicion horrible, se marchó, cerrando tras sí la puerta.

No bien hubo sucedido esto, Don Pedro de la Fuente, palpitando de alegria, se apresuró á arreglarlo todo para estar pronto á salir de aquella mansion terrible, aprovechando los primeros rayos del dia que no tardaron en aparecer.

El cielo vino en su ayuda, y el écsito correspondió á sus designios; porque de allì á poco se oyó ruido de coches à la puerta de la posada. D. Pedro salió entonces de su habitacion, tomó su maleta, y seguido de su fiel mastin bajò al patio, y ordenó al asombrado posadero que inmediatamente ensillara su caballo.

.....

Al cabo de un mes fueron ahorcados por asesinos el maese Pascual, dueño de la posada del *niño perdido*, su esposa; dos hijos y dos criados, y desde entonces no hay persona á quien los habitantes de las inmediatas aldeas no refieran esta historia, comentándola con algunos encantamentos, que aumentan mas y mas el interes que inspira su narracion á los sencillos trabajadores, los cuales contemplan con horror las ruinas de la *venta del niño perdido*.

A C.***

Dime, mi bien, tu corazon me adora?
Al suspirar, mis làbios te decìan;
Mis ojos, dí; tu boca seductora
En este instante mi sentencia diga.
¿Cuando mas tierno se mostró un amante
Angélico tesoro,
Reina de mi jardin? ¿quién mas constante
Mostró su fuego ni vertiò su lloro?—
Eras tu en otro tiempo cariñosa,
Las dulces horas con amor pasabas
Al brillar de la luna silenciosa;
Tus manos con mís manos estrechabas;
Ufana de mi amor y mis enojos,
A una mirada tierna de tus ojos,
Macilentos de amor y de ternura,
¡Oh ingrata, ingrata! leves como el viento
Raudos volaban ¡ay! del pensamiento.
Ora ¡ay! al pie de tus ventanas lloro,
Ardiendo con mi amor y con mis celos,
Todo á mi vista son nuevos desvelos,
Un alma pido á quien decir «te adoro.»
Ser insensato, mi dolor maldigo,
Pobre poeta, mi saber detesto,
Y ni ¡infeliz! encuentro algun abrigo
En la tierra, que riego con mi llanto,
¡Suerte cruel! ni alivia mi quebranto.
Volved, volved, pacificos momentos
En mi pecho á encender la dulce llama;
No huyais, venid, con mágica armonia,
De mi ilusion à completar la gloria:
Rios de llanto, pàlidos vertieron
En mi dolor mis ojos, virgen mia,
¿Acaso, di, bastantes ya no fueron?
¿Mas quieres que te ofrezca, dulce ingrata?
Oh! si en tus ojos el rigor me mata,
Robandome la luz que me prestaron,
Ingrata á mis dolores,
Rompe la vida que ellos me dejaron.

J. MONTADAS.

LOS ARABES.

Arabia es un pais vasto del Asia, el cual se estiende desde el rio Eufrates hasta Egipto, lindando con la Palestina por el norte, con el golfo de Persia por el este, el mar Arabe por el sur, y el mar Rojo por el oeste. El nombre de este pais està derivado de sus habitantes puesto que la palabra *Arabe*, en su origen Griego, significa mezcla, y los Arabes son una nacion compuesta de Ismaelitas, Midianitas, y Amalecitas, pueblos bien conocidos en la historia de la Biblia. Los primeros geògrafos dividieron la Arabia en tres partes: *Arabia Feliz*, la parte mas meridional, y llamada así por su respectiva fertilidad; *Arabia Petrea*, al norte del mar Rojo, llamada asi por estar cubierta de rocas; *Arabia desierta*, la parte enfrente de Persia, y compuesta de desiertos áridos. Toda la Arabia, sin embargo, es un pais esteril y una region desolada, no hallandose mas que algunas palmas, ù otros árboles de especies semejantes mantenidos con el rocio de la noche. Las lluvias son muy raras, escepto en los equinocios, cuando caen con tanta precipitacion, que pronto vuelven en torrentes al mar sin haber beneficiado la tierra. Pocos parages se hallarán en el globo menos poblados que los desiertos de Arabia; los páramos de Atacama, los médanos de Paita, y otras travesías de la America, no prestan el estado de estrema desolacion á que está sugeta la mayor parte de la Arabia, donde por muchas jornadas no se ven rastros de vivientes, ni señales de vida orgánica; de modo que si no fuera por las cualidades singulares del camello, que no necesita mas que un puñado de alimento al dia, y ninguna bebiba por toda una semana, el tránsito de una parte á otra seria totalmente impracticable. Tal es el caracter geográfico de la Arabia, pais de frecuente mencion en la historia sagrada, antigua y moderna: veamos ahora el origen, progreso y estado actual de sus habitantes.

Los Arabes descienden del patriarca Abrahan, cuyo hijo Ismael esta considerado como la cabeza de este pueblo. El angel del Señor habia anunciado á Agar, que su hijo Ismael seria un vagamundo, enemigo de todos los hombres, y todos los hombres enemigos de él y de su posteridad. profecia que segun la historia ha sido literalmente cumplida. Ismael subsistiò siempre por medio de los robos que hacia á las naciones vecinas, y su posteridad hasta los tiempos presentes ha sido el azote de los paises vecinos á Arabia por sus deprecaciones, particularmente contra los comerciantes que transitan por los desiertos. Las tribus de Arabes son casi innumerables, y cada caudillo se considera como un soberano en su distrito, pero aunque independientes unos de otros, han mantenido parasu defensa una liga la mas estrecha, como se ha visto siempre que otras naciones han intentado hacerles guerra. Tanto ha sido en todos tiempos el

peligro de caer en manos de los Arabes salteadores, que ha hecho inmemorial la costumbre de viajar en grandes caravanas, con esploradores para ecsaminar el camino, centinelas para asegurar la retaguardia, y el resto formados en compañìa y preparados para resistir cualquier ataque de los saqueadores. Estos bandidos caminan en camellos muy ligeros, armados con fusiles, lanzas y otras armas formidables, bajo la direccion de un adalid resuelto y esperimentado.

El celebrado impostor Mahoma era de esta nacion, y el sistema de su religion corresponde al carácter de sus paisanos. El libro de su ley fué publicado por la cimitarra, y estendido por la terrìfica lanza del pueblo mas fanático que se recuerda en las historias. Mahoma, despues de su huida de Meca, se puso al frente de sus prosélitos, señalando sus campañas espirituales con las mas sangrientas batallas. Despues de la muerte de este gran Seudo-profeta, sus sucesores estendieron su religion por la mayor parte del Asia, Africa y Europa, llevando por mote en sus banderas: »El Koran, tributo, ó muerte.» Los egércitos disciplinados de los Griegos y Romanos; no pudieron hacer frente contra los Sarracenos; casi todas las tropas de España, con su rey Rodrigo, fueron desbaratadas en la jornada del Guadalete, y toda la Penìnsula con parte de Francia fué subyugada por las tropas del Califa de Bagdad.

Engreidos los Sarracenos del Asia y Africa con una sucesion de triunfos tan estraordinarios, fueron entregàndose à la molicie, vicio en que generalmente caen los descendientes de los grandes conquistadores; y sensibles los Persas en el oriente, y los Griegos en el Occidente, á su estado de servidumbre, se levantaron simultàneamente, y con la asistencia de los Turcos que acababan de establecerse en el Asia menor, estinguieron el poder de los Califas, y pusieron virtualmente fin á la monarquìa Arábiga, en el año 936. Una sucesion de Califas, casi solo en el nombre, continuó hasta el año 1258, cuando Mostacem, el último de los Abasides fué destronado y muerto por Holagou, nieto del rey Tártaro Zingis. España fué durante todo este tiempo el único pais señoreado por los Arabes: la ilustre dinastìa de los Omeyas, protegiendo las ciencias, y administrando justicia imparcialmente à todos los habitantes de la Penìnsula, levanto el imperio Arabe-Español à un grado de civilizacion y prosperidad sin igual en aquellos siglos de guerra, ignorancia y confusion. Pero aunque los Arabes en el oriente perdieron todas las conquistas que habian hecho desde la *egira*, ò notable huida del profeta Mahoma de Meca á Medina, su independencia natural no fué destruida, pues quedaron en el mismo estado polìtico en que los habia hallado aquel triunfante apostol Arabe, los indomables bandoleros de la Arabia, y ladrones de sus desiertos.

Los Arabes, son á la verdad, la única nacion en todo el mundo que ha preservado su linage original, su independencia territorial, su lengua, sus hàbitos y costumbres, desde Ismael su fundador hasta el siglo presente, un periodo de mas de 3,500 años. Sir Robert Ker Porter describe asi las costumbres actuales de los Arabes en la persona y tribu de un Jefe á quien visitó en la vecindad del Eufrates. »Yo

encontré á este guerrero,» dice el viagero ingles, »en la casa del consul británico residente en Bagdad, y à sus repetidas instancias fuí á visitarle á su toldería, para verle, como él mismo me dijo, à la cabeza de su pueblo. Luego que llegué á vista de su dilatada ranchèria, me salió al encuentro una gran multitud de sus habitantes con semblantes llenos de regocijo, y me condujeron á la tienda de su caudillo. Este anciano venerable salió á la puerta rodeado de sus súbditos mas distinguidos ó favorecidos, y nos saludò con las demostraciones mas amistosas, y con palabras, segun la version de nuestro intérprete, espresivas de la primitiva sencilléz patriarcal. Uno de los Indios de mi escolta hablaba Arábigo, y por su medio fué continuado nuestro discurso con mútua satisfaccion. Entrado en la tienda me senté al lado de mi huésped, y todas las personas que habian concurrido en esta ocasion, se sentaron en fila todo al rededor de la tienda, cuyos lados estaban descubiertos, sin la vana ostentacion de los pueblos civilizados, sin guardias, sin distincion, ni sumisiones de vasallaje: todos parecian descendientes de un padre comun, individuos de dos ò tres generaciones muy crecidas.

»No me acuerdo haber visto jamás un corcurso tan còmpleto de semblantes animados con unas mismas emociones, asi ancianos como jóvenes, ni esperaba encontrar un egemplo tan vivo del verdadero estado social entre los Arabes, ni una pintura tan al natural de la escena representada, segun las Santas Escrituras, en el campo de Haran, cuando Terah sentado á la puerta de su tienda y rodeado de sus hijos, nietos, y bisnietos, se gozaba en las miradas amorosas de todos los que habian nacido en su casa. El venerable jefe Arabe estaba sentado sobre una alfombra, segun la costumbre inmemorial del pais; y se volvia como el patriarca Abrahan de un lado al otro, preguntando ò respondiendo afablemente á todos los que le rodeaban. No hay duda en que esta ha sido la costumbre de esta nacion por mas de treinta siglos.»

La religion de los Arabes fue originalmente patriarcal, fundada èn la fé de Abrahan, la fé en un solo Dios vivo y verdadero, con la esperanza de un Mesias, como Redentor del género humano en estado de prevaricacion. Esta primitiva religion fue corrompida en idolatria; convertida luego al cristianismo; corrompida despues por los abusos de la religion Griega, y por las disputas de esta con la iglesia Latina; y en parte reformada por la impostura de Mahoma, cuyo gran libro el Koran, aunque inculca del modo mas vehemente la fé en un solo Dios verdadero, está lleno de las mas estravagantes y pueriles imposiciones.

AL RIO GUADALQUIVIR.

Tus ondas plateadas descendiendo
Entre los rubios dones del estío,

Susurran cual cascada en bosque umbrio
Las flores blandamente humedeciendo.
La fresca rosa su boton abriendo
Salpicada de gotas del rocìo,
Onda tras onda la repite el rìo;
Las cristalinas aguas recorriendo.
En la noche, la luna esplendorosa
Tú frente pura en su fulgor platea
Siguiendo la corriente bulliciosa:
De Sevilla la torre gigantea
Cúal reina entre las reinas, poderosa,
En tú encantadora márgen se recrea.

MANUEL M. PEDRUECA.=*Remitido.*

MODAS DE MADRID.

TRAGE DE SEÑORA DE CASA. Bata de muselina de lana rayada, forrada de seda. Cuello de muselina bordado y guarnecido de puntilla de encaje. Papalina de lo mismo. Zapatillas de terciopelo con pieles.

Trage de visita. Vestido de raso labrado, de diversos matices y colores no muy claros, con dos ò tres volantes. Chal de terciopelo guarnecido de pieles. Sombrero de lo mismo adornado de lazos, y flores tambien de terciopelo, con puntillas de encage: ò mantilla de grò tornasolado de color oscuro, y forro claro, mas no demasiado.

Trage de sociedad. Vestido de raso ó grò tornasolado, de matices muy claros. Adorno de cabeza de flores de terciopelo con pétalos de oro en un lado, y lazos en el otro de *muaré*, cuyas caidas con borlas de oro bajen mucho hasta los hombros. Guantes blancos. Zapatos negros de *muaré*. Pañuelo de mano de batista bordado, guarnecido de puntilla de encaje. Abanico de baraja dorado, ò de marfil con relieves de oro.

*INDICE.=Boabdil.—Al sol; soneto.—Cárceles.—La vida; poesía.—Sobre la formacion de un liceo en Cádiz.—La venta del niño perdido; cuento original.—A C.***; poesía.—Instruccion popular sobre la historia; los árabes.—Al Guadalquivir; soneto.—Modas de Madrid.*

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.
IMPRENTA DE LA AUREOLA,
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

EL ZAPATERO DE SEVILLA.

(CRÓNICA DE 1360.)

Descendia ya el sol sobre montuosas masas de nubes inflamadas, semejantes al lecho de púrpura de un rey; sus últimos rayos doraban aun la famosa giralda que se alza en un costado de la catedral de Sevilla. Un gran concurso de gentes atravesaban la plaza de S. Antonio y se oprimia y codeaba en el templo santo. Velase en el fondo entre millares de luces al Santísimo Sacramento espuesto sobre un tabernáculo del altar mayor bajo un rico baldaquino de terciopelo escarlata bordado de oro. El pueblo prosternado oraba con un fervor verdadero y profundo, y pedia al cielo librase á Sevilla del terrible azote que devastaba ya algunas provincias de Andalucìa. Este azote era el hambre.-- Avarientos especuladores habian amontonado en sus graneros las cortas cosechas de los años últimos; ellos aguardaban para abrir las esclusas de sus tesoros al hambre del pueblo, que la desolacion hubiese hecho mas progresos, que las fisonomias estuviesen un poco mas descarnadas: aguardaban á que hubiesen caido algunas víctimas; porque entonces, en tan espantosa miseria, en una necesidad tan terrible é imperiosa, se vendia el trigo á peso de oro.

Al pie de la torre habia colocado un miserable tenducho encima del cual se leian estas palabras groseramente enmazarronadas: *Frasquillo, zapatero.* Este letrero indicaba que los zapatos de la vecindad, heridos por la mano del tiempo encontraban allì una mano reparadora pronta á revocar, mediante un precio equitativo, las grietas y los ultrages de la edad. En contra de los hábitos de pereza y de indolencia atribuidos al carácter español, el tio Frasquillo trabajaba con ardor y corage cantando incesantemente oremos, salmos y cànticos sagrados al son del organo de la catedral. Mientras el pueblo oraba y gemia en las iglesias, mientras los frailes celebraban novenas en sus conventos á todos los santos, el tio Frasquillo trabajaba alegremente

en su barraca, se imaginaba con su escepticismo fundado que los tiempos milagrosos de la multiplicacion de los panes estaban muy léjos de la época en que vivia, y que el medio mas seguro de triunfar del hambre que se avanzaba à grandes pasos, era juntar algunos maravedises.

Al salir de la iglesia el populacho se juntó en la plaza, formáronse numerosos grupos, cruzàronse sordas palabras, la multitud se miraba con terror y se espantaba de verse tan en gran número. El temor y el hambre engendran pensamientos egoistas; el egoismo pensamientos de muerte. Los habitantes de la puerta de Castilla hablaban de incendiar el cuartel populoso de Sta. María; las majas y los toreros por una parte formaban el complot de un asalto á la puerta de Castilla; pero todos estaban conformes en invadir los conventos que se creian encontrar llenos de provisiones.

Por medio de esta sombria agitacion, de este hervor popular, dos viejos de cara puerca y arrugada como una valona de alguacil, atravesaban la plaza de san Antonio y recogian al paso todas las quejas: todos aquellos dichos siniestros pronunciados en voz baja vinieron á encontrarse en un ángulo oscuro de la catedral junto al taller portal del tio Frasquillo. Estaba ya bien entrada la noche; el zapatero se disponia á encender luz, cuando divisò á nuestros dos hombres al pié de la torre y colocarse en un sitio muy oscuro y hablar misteriosamente. Picòle la curiosidad y dejando nuevamente la luz aplicò el oido en una rotura de su tienda.

--Por san Antonio, patron de Sevilla! dijo uno de ellos frotándose las manos y mirando prudentemente al rededor de sí, esto marcha á las mil maravillas, señor de Gutierrez; ya veo cada grano de trigo convertido en doblones sonantes y contantes--chis; silencio! dijo el Gutierrez; sois muy imprudente Bringas, conseguireis ser asesinado y robado por la canalla por vuestro charlatanismo.....

Yo creo que hay sospechas de que encerrais trigo en vuestras cuevas,..... os aconsejo que esteis prevenido; acabo de oir un proyecto de asesinatos y robos en la puerta de Castilla..--En la puerta de Castilla! san Antonio me valga! estais seguro?... Mas no, no, mas bien es á V. á quien el pueblo quiere hacer una visita. Yo he entendido bien distintamente á varios grupos formar el designio de pegar fuego al cuartel de Sta. Maria, sin duda para apoderarse de vuestros graneros.--Por mi parte estoy tranquilo, dijo Gutierrez, he hecho creer á mis criados que los almacenes estaban llenos de sacos de sal y pimienta.--Y yo, dijo Bringas, he colocado mi grano en cubas encima de las cuales he puesto la inscripcion de: *vinagre* y *azeite para el alumbrado.*»Ambos viejos se apretaron amigablemente la mano y se separaron. Estaban ya muy lejos, cuando Frasquillo inmòvil pensaba en el uso que haria del importante secreto que acababa de sorprender.

De repente estalló el tumulto en la plaza y el grito de »á los conventos», repetido por todos se alzaba del seno de la multitud como el ruido de la tempestad sobre el mar. La atencion general se volviò hacia un hombre del pueblo que subido sobre una esquina como sobre una tribuna invitaba con juramentos enérgicos á la turba á que

guardase silencio y oyese. Oye! vosotros, todos los que morís de hambre, gritò el orador, por aquí; el tio Frasquillo el zapatero os dará pan á todos, y si falta á su palabra, podeis freirlo en medio de la plaza como à S. Lorenzo. Permaneced tranquilos, cerrad la boca por ahora; vosotros la abrireis despues; prestadme atencion.» Viva! viva! gritó el pueblo.... ¡Viva Frasquillo el zapatero! Perfectamente! dijo el zapatero orgulloso del buen écsito de su ecsordio.... Empezad por saber lo que yo voy à deciros, os voy á informar del medio de tener pan en abundancia. El andrajoso auditorio guardò el mas profundo silencio, y los mas distantes se subìan sobre los hombros de los demas para oir las palabras mágicas que iba á pronunciar Frasquillo el zapatero.

En el momento en que iba á hacer su preciosa revelacion, un cuerpo de arcabuceros á caballo asomó por una de las esquinas de la plaza y el grito de paso, paso! el Rey, se hizo oir de todos lados. La multitud se abria silenciosa delante del acompañamiento que se avanzaba lentamente al son de algunas trompetas. y á la claridad de varias hachas que llevaban los alguaciles de la ciudad. El corregidor à pié conducia por la brida el caballo del rey. Aquella turba furiosa poco antes, estaba ahora tranqnila, muda y estupefacta.

La llegada de D. Pedro à Sevilla, lejos de hacer renacer en los corazones la confianza aterrorizaba à todos como la aparicion de un nuevo azote del cielo. El rey marchaba á traves de aquellas masas fululantes como por una llanura desierta. Al llegar al medio de la plaza una aclamacion aislada y sin eco, pero reiterada y consecutiva, rompiò este gran silencio. Era una ciega mendiga la que con voz cascada y balbuciente, gritaba: „Viva D. Pedro, viva S. M., viva el Rey.»

D. Pedro el cruel hizo parar su caballo y mandó traer delante de sì á la persona que festejaba su venida.

Los alguaciles cumplieron aquel mandato.

¿Por qué, dijo D. Pedro á la vieja, cuando todo el pueblo tiembla y permanece mudo, por qué levantas tu sola la voz para desearme prósperos y largos dias? ¿esos votos son sínceros ó irónicos.

--Señor, respondiò la anciana, jamàs he dirigido al cielo súplica mas fervorosa y sincera. Diré la causa, si V. M. me dá la palabra de que no se me harà daño por decir la verdad.

Don Pedro vaciló un momento entre la còlera y la curiosidad: esta venciò. El pueblo se acercaba y se oprimia por ver lo que iba à hacer el rey, y por oir lo que la mendiga iba á decir.

--Bien! dijo don Pedro: tu tienes mi palabra real.

--Quiero mas, dijo la vieja, vuestra palabra de noble castellano.

--Te la doy, dijo el rey.

--Corriente, Señor, replicó la mendiga: he aqui la verdad: el abuelo de V. M. fué un rey cruel y malo que hizo á su pueblo desgraciado; su sucesor, vuestro padre, fué mas cruel y peor; y vos sois mas cruel y perverso que vuestro padre y abuelo. Por esta razon deseo que Dios os conceda una larga vida, de temor que el que herede vuestra corona no sea peor que vos.

Al decir estas palabras se confundió rápidamente entre el pueblo como

una espiga en un campo de trigo, ó como una gota de lluvia en el mar.

La turba fué poco á poco desapareciendo; la plaza de San Antonio habia quedado desierta. El tio Frasquillo dentro ya de su tenducho se felicitaba de que la entrada oportuna del Rey le hubiese impedido revelar al pueblo el importante secreto de los dos logreros.

Recordaba con un estremecimiento general que algunos minutos mas tarde el Rey hubiera encontrado á la ciudad en completa insurreccion y entregados al pillage los barrios de la puerta de Castilla y de Santa María, y quizá arrastrados los cadáveres del Señor de Bringas y de Gutierrez, y que al preguntar don Pedro el nombre del autor de estos desórdenes se le hubiera respondido: «el tio Frasquillo.» A pesar de su estupor, el cuadro de la miseria pùblica heria su imaginacion: el secreto que guardaba le oprimia el curazon como un remordimiento fatal. ¡Ah! decia, lo que yo sé, podria aliviar vuestro sufrimiento hermanos moribundos; mi secreto podria volver la vida y el vigor á nuestra pobre ciudad que perece sin remedio! y á pesar de eso Dios y San Francisco quieren que no lo revele á nadie en este mundo. Si yo lo declarase al pueblo, se amotinaria, chillaria, robaria y yo hubiera sido el protagonista de la fiesta... si yo fuese corregidor por 24 horas el pueblo tendria trigo que moler y pan que llevar à la boca. El tio Frasquillo tembló como un azogado cuando viò abrir la puerta de su tienda y presentársele un desconocido embozado en su capa.

Qué decias hace poco, Frasquillo? preguntó el desconocido con voz àspera.

--Decia, señor, que si yo fuese corregidor de Sevilla durante 24 horas, el pueblo no sufriria la escaséz ni el hambre.

En aquel momento dieron las nueve de la noche.

Las 9 son, dijo el desconocido; hasta mañana à igual hora tú eres el corregidor de Sevilla; y si no cumples tu promesa, á la misma hora, el verdugo te hará dejar el puesto. A dios! El tio Frasquillo se frotaba los ojos para convencerse de que no estaba dormido; sacó el cuello por la ventana de su barraca y echò una ojeada al rededor de la oscuridad que le rodeaba; pero no habiendo distinguido á nadie se puso á coser alegremente y empezó á cantar para consolarse.

Habria pasado apenas un cuarto de hora, cuando se oyó un ruido en la plaza: Frasquillo aplicò el oido y sintió como pasos que se iban acercando cada vez mas y por fin conoció bien distintamente al corregidor de la ciudad en persoua acompañado de seis alguaciles y que se habia parado delante de su puerta: el zapatero saliò temblando á ver lo que la justicia tenia que hacer con él á semejantes horas.

--Señor, dijo el corregidor inclinándose ante el tio Frasquillo; el rey mi amo me envia à depositar en vuestras manos mi dignidad y poder. Este pergamino firmado por D. Pedro os nombra corregidor, y hé aquì los alguaciles encargados de egecutar vuestras òrdenes.....

--Seguramente, dijo el magistrado improvisado, ha sido el rey mismo el desconocido que tanto me asusta. S. M. ha querido cogerme la palabra con la esperanza de hacerme ahorcar bajo sus ventanas! No será así voto á San Francisco! Y puesto que soy corregidor hasta mañana por la noche, veremos quien cae en el garlito, si Don Pedro el cruel, ó el tio Frasquillo el zapatero.

Al dia siguiente la ciudad de Sevilla nadaba en la abundancia.

Mac-Michel.

EL OTOÑO.

A MI AMIGO D. JOSÉ MONTADAS.

Qué es nuestra vida mas que un breve dia
Dó apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

RIOJA.

Mira cual huye envuelto en sus calores
Con sus baños de pórfido el estío,
Dando paso à los cándidos albores
En que disfruta otoño del rocío!
Mira cual huye la estacion de fuego
Llevándose su gala y su hermosura,
Para dar á los campos nuevo riego
Que venga á devolverles su verdura.
Y mira en fin la brisa de la aurora,
Cuán llena de placer refresca ufana
La blanca flor, que, del vergel señora,
Se despliega á la luz de la mañana!—
Ay!— Todo cambia en la feráz natura;
Todo recobra vida y lozanìa,
Mientras que gime el hombre en la amargura
Sin gozar un momento de alegrìa!—
Mìsera condicion la del humano!
Mirar el mundo de hermosuras lleno,
Beber la copa del placer ufano,
Y hallar tan solo matador veneno!
Ay Dios! por qué nacer, si el mundo es solo
Un yermo para el triste peregrino;
Si en él presiden la falacia y dolo,

Y es cruel de los hombres el destino!—
Mas tal el órden es de la natura;
»Morirá cuanto nazca» se halla escrito;
Que al pecar nuestro padre, en su amargura
Fué Adan por siempre del Señor maldito.
Asi el hombre infeliz llora la culpa
Que nuestro primer padre cometiera,
Y sin hallar á su pecar disculpa
Mira del tiempo la veloz carrera.
Así pasa las horas de la vida,
Ora en su lira con placer cantando,
Ora mirando la esperanza hundida
Con triste afan para su mal llorando.
Y así mira al verano que se ahuyenta
Y contempla al otoño que aparece;
Vé formarse en los aires la tormenta
Y vé la luz del sol que se oscurece.—
¡Oh estacion deliciosa y placentera
Henchida de sublime poesía,
Que vés tranquila en la feràz pradera
Lucir el fruto que el Señor te envía!
Presta á mi voz tan débil un acento
Que resuene en las cuerdas de mi lira,
Y haz que repita en el espacio el viento
La dulce trova que tu faz me inspira.
Que es muy grato cantar, cuando en el alma
Mil recuerdos y mil bullen inquietos;
Tristes memorias de perdida calma,
Vanos sueños de secos esqueletos.
En que se vén pasar en ilusiones
Fantasmas mil que nuestra mente ofuscan,
Mostrándonos en ella las facciones
De un ser querido que los ojos buscan.
En que se vén los campos deliciosos
Del bienhadado suelo en que nacimos,
Muy mas gratos al alma, y mas hermosos,
Que cuantos otros en el mundo vimos.
En que el tañido tétrico escuchamos
De las campanas de la patria amada,
A cuyo son tranquilo, deliramos
Una vida de amores encantada.
En que soplan las brisas dulcemente
Agitando los frutos y las flores,
Y en que tranquila la ignorada fuente

Murmura ufana la cancion de amores.—
¡Oh!—Cuantas ilusiones de ventura
Sueña la mente, otoño, al contemplarte,
Y al mirar la corona de frescura
Con que la sien rugosa te adornaste:
Al ver tus tristes nieblas misteriosas
Y tus largos crepúsculos de fuego,
Tus blancas alboradas tan hermosas,
Y de tus noches el feliz sosiego... —
Ven pues, otoño, á consolar mis penas
Henchido de sublime poesía,
Que yo consagraré mis cantilenas
En elogios no mas de tu armonía;
Y es muy grato cantar, cuando en el alma
Se siente arder la inspiracion divina,
Y contemplar tu magestad en calma
Sentado al pié de centenaria encina!!

MANUEL CAÑETE.

LA MADONA DE PABLO RUBENS.

NOVELA ORIGINAL, POR DON JOSE ZORRILLA.

Dos jóvenes leian en un café el 23 de julio de 183..... una carta que decia:

"Yo no sé querido mio, si un hombre de carne que tiene un alma que piensa y que desea, puede efectivamente enamorarse de un ser material que ni desea ni piensa; pero te juro que estoy enamorado espiritualmente de la virgen de Rubens que ecsiste en el altar mayor de la iglesia de las monjas de Fuensaldaña.--Esto te parecerá un cuento, pero todos los dias arrostro el sol de julio y el camino quebrado y pedragoso de este pueblecillo, por ver al objeto de este amor fantàstico, y paso largas horas delante de este bello cuadro, recitándole en alta voz versos que escribo cada noche de vuelta á mi habitacion. Te confieso, que es una locura; pero creo que una muger no pueda llenar nunca mi corazon como esa creacion sublime. ¡Se haliara una muger igual á la *Madona* de Rubens! No quiero hablarte mas de esto, porque ni tú me comprenderias, ni yo pudiera esplicarte lo que siento en mi alma; tengo en ella un paraiso."

--Callò el que leia, y ambos jòvenes se miraron uno à otro en silencio.

--Pobre Eugenio está aburrido en aquel lugaron.

--No te canses Luis, á fuerza de pensar en sí mismo se ha hecho desgra-

ciado....y yo tengo para mì....

--¿Que?

--Que está loco.

--¡Loco! Acaso no vas muy fuera de razon; si la poesìa es una fiebre, como decia el viejo D. Nicolas el dia pasado, tal vez Eugenio vá llegando à un punto demasiado alto.

--De todos modos este es un delirio; porque no concibo relaciones de amor entre un hombre y una pintura.

Luis mirò á su compañero con una sonrrisa casi amarga, y añadió sériamente: "Tú no sabes lo que es un poeta delante de un cuadro de Rubens.»

Era un mes despues. A las 2 de una tarde de agosto un hombre melancólico, subia por la pequeña eminencia desde donde sedivisaba el pueblo de Fuensaldaña. Las dobles almenas del castillejo gòtico que se conserva á su entrada, se elevaron á sus ojos por detras de la colina, como las lanzas erizadas de un escuadron inmoble y cansado que aguarda la hora de partir, y una ligera tension de sus lábios mostrára apenas un placer tranquilo y un recuerdo risueño que se despertaba en su corazon.--Atravesó rápidamente las tostadas callejuelas del lugar, y entró silenciosamente en la iglesia de las monjas de Fuensaldaña.--

Eugenio es un jòven de 22 años, de color caido, cuya mirada fija y penetrante, cuyos lábios ligeramente comprimidos, cuya frente espaciosa interrumpida por una larga arruga dan á su figura un caràcter sombrío y meditabundo.--Hoffman, Schiller Byron, han alimentado su alma; desgracias de familia han hecho su vida inquieta y tormentosa; pensador por necesidad, poeta por inspiracion. Hé aquí el personage que se vé en este momento en pié delante de la Virgen de Rubens. Sus ojos han perdido su luz melancòlica; sus labios despliegan una sonrisa inefable, no hay arruga en su frente sublimemente tranquila, y una lágrima clara, solitaria, indefinible, rueda por su megilla pálida, como una ancha gota de rocìo en una flor silvestre que abre su cáliz amarillo en la grieta de una roca.

De repente levantó su voz sonora, y dejó oir en un tono que ni era canto ni recitacion, unos versos que rodaron por la bóveda, y se apagaron en la cúpula greco-romana.

Eras tú ¡oh Virgen! que en la errante brisa
Sobre aromada transparente nube,
Que rojo sal colora,
Misteriosa vagabas.
Los mundos paseabas
Porque eres su señora.
A tu paso sus frentes inclinaron
De añosos monumentos coronadas,
Y con murmullo incierto
Detúvose el torrente,
Y en silencio imponente
Te saludò el desierto.

Calló un momento, volvió á fijar los ojos en la Madona, y continuò con religiosa entonacion.

¡Ay! Ojalá que el corazon profano
Ecsalára su cántico mundano
En himno melancòlico de amor.
Que llegára à tus pies hondo y doliente,
Blando murmullo de cercana fuente,
Vago perfume de temprana flor.
Tú que pisas de rubí
Vistosa, viviente alfombra,
Y besa el ángel tu sombra
Si pasa cerca de tì.
.....
¡Oye mi canto María!

Interrumpiòse de nuevo, y la làgrima que habia corrido por su rostro cayó sobre la losa de un sepulcro; el del conde fundador de aquel monasterio.

--No es para tí, esclamó Eugenio, mirando su làgrima que se secaba en el mármol; tu paz ò tu tormento no arrancan lágrimas à mis ojos. ¡Señora!..... no, paloma mia, vida mia, mis làgrimas no son mas que para tí; mi corazon no es mas que para tì, mi amor para tí.--La tierra es inmunda, el hombre es barro; tú eres.... la felicidad, el cielo... eres Marìa.--¡Oh; si ecsistiera una muger como tú!

Y levantó su acento misterioso y solemne:

El hombre *Vírgen* te llama
Y los arcàngeles *bella*,
Y el mar te llama su *estrella*
Con el huracan que brama.
Y el Espíritu *su esposa*,
Y el Hijo te dice *madre*,
Y ciego de amor el Padre
Hija te llama y *hermosa*....
Perdon! yo no encontraria
En la ignorancia del hombre,
Ni una plegaria, ni un nombre
Que presentarte, ¡oh María!

El sol tocò en el horizonte, y la luz del crepúsculo iluminaba escasamente el templo; el colorido del cuadro de Rubens se confundia vibrando con la parda claridad de los vidrios de colores de la prolongada ojiva. Eugenio salió cabizbajo, y volviò à tomar el camino de Valladolid.--Pasò la noche como todas, escribiendo versos á la Madona y soñando fantasmas de tierra, vestidos de luz y de ilusiones del cielo. Pasaron asi muchos dias; la Vírgen de Rubens en el altar, Eugenio en su fanatismo.

II.

Al cabo de algunos meses, en el carnabal de 183.... mientras al compas de una violenta mazourka, se agitaban en el teatro de Valladolid una multitud de máscaras, reian y chillaban y se movian como las figuras de una linterna mágica, un dominò negro atropellaba por la concurrencia, siguiendo à una muger que le habia tocado en el hombro, y pronunciado su nombre con una voz que resonò en el corazon. Era una muger alta, esbelta, envuelta en un dominò rosa, asomando por las aberturas de la máscara dos ojos brillantes, húmedos, inquietos, que daban luz que penetraba en el alma, unos ojos que hacian adivinar unas megillas de rosa, unos labios de fuego, una dentadura blanca, igual, mal encubierta en una sonrisa de ángel, guardando una lengua roja, sutíl, bañada en un aliento aromado, como una hermosa georgiana en un elegante gabinete oriental. Eran dos ojos que fascinaban, que encendian en el alma del hombre del dominó negro una hoguera inmensa, cuyo resplandor reflejaba en su rostro encendido, en sus labios abrasados y secos, en sus sienes que latían con estraordinaria violencia. Eran dos ojos que solo se ven en un baile de máscaras, con un todo de muger que tampoco se halla sino en un carnabal, cuyo paso aéreo, cuyo cabello flotante, cuya voz de armonía y de ternura,

cuyo nombre y cuyo misterio no se esplica ni se encuentran sino entre los sueños de un poeta de veinte años. Esto era aquella muger del dominò rosa, esto sus ojos, esto Eugenio que la seguia embelesado.--Una ilusion, un poeta.--

Un poeta que habia pasado todo un año visitando, adorando, soñando con la Madona de Rubens y que buscaba en un baile una tregua á su idealismo. Cansado, fastidiado, convencido de que aquel placer bullicioso, violento, aquel ambiente de orgia y de tierra no podia igualar ni competir con el cuadro de Fuensaldaña, se preparaba sériamente á abandonarle, cuando una mano tocò suavemente su hombro, un acento vibrò en su alma, estremeciéndola, y una muger aérea pasò à su lado. ¿Dónde habia oido aquella voz? ¿Qué recuerdo le traìa que tembló al oirla? ¿Por qué aquella muger pronunciò su nombre, con aquella voz inesplicable? ¿Quién era aquella muger que huía de él, de quien él no se podia alejar, cuya voz queria volver á oir? ¿De donde venia aquella voz? De la Madona de Rubens, porque el poeta añadiendo lo bello á lo bello, lo sublime á lo sublime, completa un ser á su antojo, como él cree necesitarle, y Eugenio habia añadido á su Madona en sus sueños aquella voz que acababa de sonar en su oido, desplomándose en su corazon.

Siguió Eugenio largo tiempo á aquella muger hasta que la alcanzò en la escalera interior al tiempo de subir á la fonda. Iba hablando y riendo con otra máscara que la daba el brazo. Eugenio la tomó la mano bruscamente, unió su rostro descompuesto, agitado, encendido, con la careta inmóvil, tibia, insensible de aquella muger, diciéndola:

--Por compasion, señora, hablad.

--Qué quereis? ¿quién sois? dejáos de bromas ahora.... (esclamó el compañero de la muger.)

--¡Silencio! que hable ella.--Hablad señora.

--Apartaos, ó vive Dios!....

--Silencio él,--hacedme oir vuestra voz sonora,

--¡Hay empeño! bien; ¿qué os importa mi voz? ¿quereis hacer versos á mi voz?

--¡Oh! que la oiga yo siempre y seré capaz de.... apagar el sol con mis manos.--Una carcajada de *él* y de *ella* cortó las palabras de Eugenio, que sintiò la cólera derramarse en sus venas;--aquella carcajada que salia de la misma garganta que aquella voz misteriosa, produjo en el poeta un efecto diabòlico. Ya no era curiosidad, no era amor, era un vértigo, una fatalidad necesaria la de ver aquel rostro, por entre cuyos labios se ecsalaba aquel acento indefinible,—esa carcajada estúpida.

Convulso, delirante, arrancó con violencia la careta que ofuscaba su obgeto, y clavó sus ojos avaros en el rostro que iba á aparecer. La careta se rasgó de alto á abajo.... y Eugenio cayó desplomado, esclamando: ¡La Madona! ¡perdon, perdon!

III.

La mañana siguiente yacia Eugenio en su lecho con una fiebre abrasadora. Quién entrára en este momento en su habitacion no hubiera podido distinguir mas que un rostro de muger iluminado de cierta manera, que parecia sostenerse en la admòsfera. Una copia de la Madona de Rubens, estaba colocada sobre el caballete, y el único rayo de luz que penetraba por un pequeño agujero abierto en la madera del balcon, caia en el cuadro precisamente en el punto en que se veìa el rostro de la Madona. Con este ingenioso artificio hacia Eugenio que el primer obgeto que se le presentára á su vista al despertar, fuera el único que gozára de la luz del dia.

Ahora le contemplaba desencajado, y la vibracion de sus nervios y la debilidad de sus ojos daban à la pintura una movilidad flotante, que le desvanecia y aumentaba la calentura. Pasaron algunas horas. Eugenio amodorrado habia dormido ó soñado un sueño pesado, de plomo, que no le habia aliviado acaso, pero le habia librado de la amargura de algunas horas.

Cuando abrió los ojos, el rayo del sol habia bajado á los pies del caballete é iluminaba algunos pinceles en desórden, y la orla festonada de hilillo de plata del dominò que llevaba la noche anterior. Esta orla le trajo á la memoria las veinte y cuatro horas anteriores.

--¡Oh! es cierto murmuró, era una impiedad obligar á la Madona à castigarme en un baile. Y se cubrió el rostro con la ropa. En la oscuridad se oyeron por algun tiempo sus gemidos y sus esclamaciones, mezclados con el nombre de Maria, el de Pablo Rubens, y el misterioso murmullo de los versos que recitaba.

--Era la una del dia cuando le avisaron que un caballero que se interesaba por su salud, deseaba verle.-- Eugenio se estremeció. No hubiera permitido que su mayor amigo llegara en aquel instante á prestarle un consuelo en su afliccion, y no pudo negarse á aquel desconocido. Entrò pues, y al eco de aquella voz que le saludaba, se incorporò frenético en el lecho, rojo con la calentura, convulso con la curiosidad, con la incertidumbre. ¡Luz luz! gritó, ese balcon!

Abriéronle el balcon y una persona desconocida le dijo.-Me tomo la libertad de presentarme en esta casa para esplicar un enigma que nos interesa á ambos.

--Sentáos pues, y decid.--Eugenio volvió á caer en el lecho.

--Yo os conozco, jóven, de haberos oido leer unos versos en una academia.

--Y qué?

--Oidme--una màscara os nombró anoche y vos vinìsteis á insultarla con osadía. Veo asimismo que teneis su retrato empezado en el caballete; quiero que me espliqueis la razon de todo esto.

Eugenio incorporado le miraba con ira.

--La razon! ¿y con que derecho venìs á ecsigirla de mi?

--¿Y con qué derecho; dònde, cuándo habeis retratado á mi muger?

--Su muger!

--Sì, mi muger.

--Imbécil! ¿Es esa tu muger?--dijo Eugenio señalando al cuadro.

--Sí, lo es.

--Con que estás casado con la Virgen de Rubens, con la Madona de Fuensaldaña?

Ambos se miraban con asombro.

--No creo, interrumpió al fin, el incógnito, que sea esta ocasion de burlarse de....

--Burlarse!.... por vida mia esa muger es la Virgen de Fuensaldaña.

--Repito que es mi muger.

--Repito que es la Madona.

--Ya es demasiado.

--Oh! venid, venid, mirad bien la délineacion del ropage. Miradla.--y saliendo Eugenio del lecho, cogiòle por la garganta forzándole á mirar el cuadro que acababa de empezar dos dias antes.

--El hombre miraba estúpidamente el cuadro sin acertar á contestar nada.

--En una palabra, esclamó con resolucion despues de algunos minutos, ¿Que relaciones teneis con mi muger?

--Si es esa vuestra muger, yo la amo.

--La amais? y ella.....

--Es inútil hablar de ella.

--¡Oh, mi muger, veamos.

Y asiendo él de su cuchillo, Eugenio del puñal que colgaba á la cabezera de su cama, emprendieron una lucha desesperada, vigorizado el hombre por los celos, Eugenio por la fiebre.

Aquel combate era horrible---El hombre rasgada la camisa por delante dejaba ver un pecho hinchado por la cólera, que se mecia como la vela de un buque impelida por un viento desigual.-Eugenio, casi enteramente desnudo, girando siempre su brazo descarnado en derredor de la cabeza de su antagonista y haciendo oir una voz semejante al mugido sordo de un toro; y como único espectador de la escena el rostro de la Madona de Rubens, angelical, sublime, inmóvil, sin cambiar su espresion inefable de celestial alegria, suspendido en medio de un lienzo blanco, tiznado en parte con tachones de diversos colores.

Aquel remedo del cielo arrojado alli sin movimiento, sin voz, hacia mas repugnante la lucha infernal de dos hombres celosos y fanáticos, uno por un cuadro, otro por una muger.

Hubo un momento en que ambos cruzados los pies con los pies, los ojos sobre los ojos, los dientes rechinando bañados en espuma roja, se sugetaban convulsivamente, la mano armada con la desarmada.

--Entonces se oyó en la escalera una voz que colmò la rabia de los dos; para el uno era la voz de su muger; para el otro la de la madre de Dios. Se oyò el picaporte que se alzaba, se abrió la puerta, y la misma muger del dominó rosa, con su cabello suelto como la Madona, entrò precipitadamente en la estancia, en el punto precisamente en que su marido caia de espaldas cubierto de sangre partido el corazon.

Un hombre tendido que agonizaba, una muger descompuesta que miraba con un asombro indefinible ya á su marido moribundo, ya à su retrato sin concluir, y un jóven delirante arrodillado á sus pies, medio desnudo y en la actitud mas suplicante: hé aqui la escena que presentaba el cuarto de Eugenio. Empresa insuperable fuera querer pintar el asombro de Eugenio, cuando aquella muger de formas angélicas descargó sobre él una lluvia de insultos groseros, indecentes, acompañados de gestos repugnantes que revelaba el alma de la muger mas infame y desenvuelta, nacida entre los arapos del populacho mas villano. Cuando despues de una larga filípica de juramentos y palabras obscenas esclamò: "*pero bien hecho; asi me ha librado de tener que dejar á ese pajarraco que ya no tenia plumas que arrancar*," y volviò la espalda con el mas soldadesco desenfado.

--Quedò Eugenio de rodillas, los ojos en el cuadro, queriendo ver todavìa el paraiso que le revelaba siempre la vista de la Madona, y que ahora le ofuscaba el zumbido estropajoso de aquella reunion de palabrotas sórdidas cuya idea no acertaba jamas á unir con aquellos labios de rosa, con aquel todo de espìritu y de perfeccion. Aquella muger era una prostituta casada con un hombre de bien de quien ya no esperaba cosa alguna, y que iba à ser abandonado por un inglés rico con quien aquella copia de cieno de una creaccion celestial, abandonó su pais para siempre.

--Eugenio no pudo aclarar jámas nada en la causa del asesinato de aquel hombre; los jueces le pusieron por compasion en el asilo de los dementes, en donde acabó sus dias pocos meses hà, delirando siempre con una muger obcecada, con un hombre asesinado, y con la Madona de Pablo Rubens, de las monjas de Fuensaldaña.

JOSE ZORRILLA.

SUEÑO.

Cansado de mis afanes
Al reposo me entregaba,
Y feliz me enagenaba
El recuerdo de tu amor.
Con mil gratas ilusiones
Que formaba yo en mi mente,
Me alhagaba blandamente
El sueño consolador.
En el silencio profundo
Una *ilusion* seductora,
Me despertó cual la aurora
Despierta al trabajador.
Habia soñado.... ¡oh ventura!
Que en un bosque silencioso,
Contemplaba yo amoroso
De tu hermosura el candor.
Allí la pálida luna
Alumbraba cuidadosa,
Tu tez refulgente, hermosa,
Pura cual aura de abril.
Y el viento que murmuraba,
Bullicioso repetia
Nuestra plácida alegria
Una y cien veces y mil.
Y tu mano alabastrina
Estrechaba enamorado,
Y mi pecho enagenado
Se abrasaba de pasion.
Y te ví tan hechicera,
Que te admiró el alma mia;
Y de placer, yo sentia
Palpitar mi corazon.
Y con acento suave
Cantabas nuestros amores,
Y tus ojos brilladores
Me miraban con ardor.
El arroyo cristalino
Que su curso no paraba,
Mis suspiros murmuraba
Y tu acento encantador.
A tu rubia cabellera
Ornaba la pura rosa,

Y de azucena olorosa
Era tu aliento, mi bien.
De rica flor de amaranto
Y de clavel purpurino,
¡Un circulo peregrino
Engalanaba tu sien!
Una sonrisa amorosa
A tus labios asomabas,
Y contenta me jurabas
Serme constante en amar.
Y de placer estasiado
Me enagenaba en mirarte;
¡Y tambien juré yo amarte
Con un amor sin igual!
En aquel feliz momento
Vertió su lumbre la aurora;
De la noche aterradora
El denso velo rasgó;
Y alegres y juguetonas
Cantaron amor las aves;—
Entonces ¡ay! tú lo sabes;
La *ilusion* me despertò.

Grata ilusion que mi abrasada frente
Ora consumes con tu fuego impìo:
Aquì siento un volcan vivo y ardiente,
Que destroza inhumano el pecho mio.
Solo el destino me será clemente;
Orgulloso por él te desafio;
Y es el placer que abrigo en mi tristura,
Por gustar un momento de ventura!
¡Grata ilusion!... ¡Heriste el alma mia
Con acero mortal! ¡emponzoñado!...
Tú con martirio atróz en noche y dia,
Ni un instante me dejas sosegado!
Sueño feliz! ¡ay! ven con tu alegria!
Y de mi hermosa el recordar amado,
No lo separe un punto el alto cielo,...
¡Del pecho que le adora en su desvelo!

Sevilla=1839.

Torcuato Perez Rodriguez.

REMITIDO.

Sr. Editor de LA AUREOLA.=Muy Sr. mio: sírvase V. dar cabida á las siguientes líneas en su apreciable periódico, y cuente, si lo hace, con el agradecimiento de su atento amigo y servidor Q. B. S. M.—*El individuo de la compañia.*

CONTESTACION
AL SEÑOR LINDORO.

En la REVISTA GADITANA del domingo pròcsimo pasado, hay un artículo titulado *Una corona á la Señora Baus*, en el cual se trata de ponerme en ridìculo, aunque de un modo indirecto.

Nunca hubiera tomado la pluma para contestar á lo que en él se dice, si no me hubiese impulsado á ello el deseo de hacer patente la poca verdad con que escribe el Sr. *Lindoro*, y lo mucho que le debo en esta ocasion; pues ha conseguido que mis malos versos se hayan leido con atencion, y se hayan juzgado acaso con demasiada indulgencia. A la verdad, siento mucho que un periòdico POPULAR de literatura y artes, que debiera ser un modelo de imparcialidad, y juzgar con ella cuanto criticára, haya gastado su tiempo y consagrado sus trabajos à la censura de una actriz (que, dicho sea de paso, cuenta muy pocas rivales en España) con el mezquino deseo de hacerse visible é interesante,

y de atraerse la atencion del público. Poco generoso se ha mostrado en esta ocasion el Sr. *Lindoro*, cuando ha hecho blanco de sus tiros á una actriz que dá tanta gloria á la nacion, y que es la gala, el ídolo de los gaditanos: esta conducta, no muy justa á nuestro entender, es indigna de los escritores, que deben ser un modelo de imparcialidad y un órgano de la opinion pública.

Justo es que se censure lo que sea digno de ello; que se procuren enmendar los yerros que se cometan en la escena, valiéndose de consejos amistosos, que no ofendan el amor propio de los actores; pero no por aparecer como jueces en la palestra literaria, no por usar de una autoridad que solo el talento y la esperiencia pueden proporcionar, se quieran hallar defectos donde no los hay, se juzgue de las cosas sin haberlas examinado, y se aventuren los juicios, que pudieran tacharse de absurdos.

Esto es lo que há sucedido con la corta crìtica que me dirìge el Sr. *Lindoro*, y esto es lo que me proporciona el placer de dar gracias por la indulgencia con que han sido leidos mis mal medidos versos. Concluye el señor crìtico diciendo, con el fin de hallar malicia donde no la hay, "debemos „darle el parabien (á la Sra. Baus) por „una corona con que piensan favore„cerla sus admiradores, y por unas „*décimas*, que, segun voz pública, ha „compuesto en su elogio un individuo „de la compañia y que han de repar„tirse en el teatro" Esta vez amigo mio, la *voz pública* se engañó, y por cierto que no há desmentido al buen benidictino FEIJOÓ en lo que acerca de ella dice en sus obras. Las décimas segun VICENTE ESPINEL, que las inventò, solo constan de diez versos; y los que yo, á peticion de un crecido número de personas hé *surcido*, han sido catorce, qne si no me engaño son los que constituyen un soneto.

Que yo sea individuo de la compañia, no impide el que tenga sensaciones como los demas hombres, el que sea entusiasta del mérito, y el que celebre en mis malos versos, como mal aprendiz de poeta que soy, al verdadero genio, á la sublime artista que tiene pendientes de su labio las emociones; que nos hace llorar cuando llora, reir cuando rie, que nos comunica en fin sus mismos goces, sus mismas penas, y á la que no podemos ver sin arrebatarnos, sin prorrumpir enmedio de nuestro entusiasmo "esto es divino."

Para esos hombres que todo lo juzgan con el materialismo de un alma fria, indiferente, los acentos del dolor no son otra cosa que un obgeto de risa, porque no comprenden que sea posible sentir con tanta vehemencia; pero para aquellos que ven las cosas tales cuales son, que no se fingen fantasmas, el mérito reclama su culto; y este culto merecido que le tributan es verdadero, sea quien quiera la persona que le rinda.

Hé aquí porqué, poco temeroso de la crìtica de la REVISTA, y entusiasmado al ver una corona adornando las sienes de la artista, en la noche del domingo anterior, tuve lugar de improvisar unos versos, que incluyo aquí con el loable fin de que el Sr. *Lindoro* me diga la nueva medida que ha adoptado para ellos, puesto que yo, de buena fé, creia que mi desgraciado soneto, falto de mérito en un todo, tenia siquiera el de estar los versos bien medidos:

OCTAVA IMPROVISADA

EN LA CORONACION DE LA SEÑORA DOÑA JOAQUINA BAUS.

Rica corona de brillantes flores,
Precioso don à tu saber debido,
Luce en tu hermosa frente, y sus fulgores
Dejan al rojo sol oscurecido:
Yo, mìsero cantor, sus resplandores
Contemplo absorto, de entusiasmo henchido,
Y aplaudo el genio, sin igual, ardiente,
Que al mundo dá su luz desde tu frente.

Tiempo es ya pues de terminar este artìculo, lo cual no haré sin advertir al Sr. *Lindoro*, por vìa de consejo, que el público reprueba altamente la pedanterìa, y aplaude la modestia; y que ningun escritor por grande que sea, debe menospreciar á ese mismo pùblico para quien escribe y que *tolera* sus defectos: advirtiéndole tambien que mis versos podrán ser malos y mal medidos, pero son originales, cosa que no le sucede à algunos escritores que hacen pasar por tales artículos traducidos.

AL MERITO ARTÍSTICO

DE LA SEÑORA DOÑA JOAQUINA BAUS.

No es tan bella la aurora en el oriente
Rasgando el velo de la noche umbría,
Ni es tan sublime el luminar del dia
Como es hermosa tu modesta frente.
Ciñe un lauro tu sien, tan esplendente
Que al orbe entero su fulgor envía,
Mientras tu dulce voz con su armonía
El alma llena de entusiasmo ardiente.
Tu eres gala del pueblo gaditano
Que ve en tí de su escena el ornamento:
El admira tu encanto sobre humano.
Y al verte, hermosa, al escuchar tu acento,
De flores, cual tú bellas, teje ufano
Esta corona premio del talento.

(*Este soneto se repartió en el teatro Principal, la noche del domingo anterior.*)

Impresor y Editor, F. Alvarez.
IMPRENTA DE LA AUREOLA,
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

HISTORIA LITERARIA.

(Continuacion.)

VENIDA DE LOS GRIEGOS.

AÑO 600 ÁNTES DE J. C.

Uno de los pueblos que mas influjo han ejercido sobre los demas del Universo es la antigua Grecia, pais de supersticion y sabiduria, tan memorable por sus costumbres y creencias religiosas, como por sus insignes poetas, oradores y filósofos.

Tomaron los griegos de los egipcios el gérmen de su primera ilustracion y cultura; pero de tal manera fructificó esta semilla en aquel suelo fecundo y privilegiado, á tal punto de perfeccion y adelanto llevaron los conocimientos recibidos, que bien pronto, aventajando á sus maestros pudieron ellos serlo de todo el mundo, y no sin fundamento apellidados inventores de las artes y las ciencias. Una ardiente fantasía, la mas noble emulacion, la ambicion de gloria, eran los caractéres distintivos de aquel pueblo célebre, cuna de tantos sabios eminentes, cuyos nombres han llegado hasta nosotros repetidos con entusiasmo por todas las generaciones.

Griegos fueron, con efecto, el primero de los filósofos, el oráculo de los médicos, el padre de los poetas, el príncipe de los historiadores. Aun se conservan y veneran como modelos en su género respectivo, las doctrinas de Hipócrates, los versos de Homero, las narraciones de Heródoto: sin que hayan sido parte para menoscabarles su mérito singular, los grandes progresos del espíritu humano en el dilatado espacio de tiempo trascurrido desde la época en que florecieron hasta la presente.

Al par de estos hombres distinguidos en letras, sobresalieron otros no ménos célebres en las armas y en la magistratura. Todavía celebramos el patriotismo de Temístocles, la templanza de Pericles, la prudencia de Arístides, la sabiduría y prevision de un Licurgo, la bravura

é intrepidez de un Alejandro. Si estendemos nuestra consideracion por los fastos de la Grecia ¡cuánto nos admiran la brillantez y celebridad de las escuelas de Aténas, las severas costumbres de los espartanos, el lujo y profusion de los juegos olímpicos, la constancia y denuedo de diez mil combatientes en su tan memorable retirada!....

Una nacion que tantos sucesos notables ha legado á la posteridad, que tan brillantes páginas ocupa en la historia de los pasados siglos, mostrando así en su engrandecimiento como en su decadencia la instabilidad de las cosas humanas, ha debido llamar la atencion de los escritores de todas épocas, en especial de los españoles; de quienes pudiéramos decir al ver su aficion á los griegos que estos habian tenido para ellos algun especial atractivo.

De aquí, sin duda, el empeño que se nota en álgunos historiadores nacionales de atribuir á colonias griegas el orígen de nuestros pueblos, idioma y costumbres, pues apénas hay nombre propio de personaje, monte, rio &c., que no le busquen etimología en la lengua griega. Si les diéramos asenso, preciso fuera confesar que España se habia convertido en Grecia, ó que ésta se quedó desierta para poblar nuestra Península: porque segun los referidos autores, no solo los tocenses, los rodios, los zacintios, los saunos, sino los curetes, los arcades, los atenienses, los lacedemonios, los carios, los donos, los de la Tocida, muchos príncipes griegos y troyanos, el mismo Licurgo y Homero honraron á España con su presencia, viniendo los mas, no como quiera, sino muy de asiento, internándose en el pais, y fundando colonias en varios puntos. Todas las naciones que segun Eusebio alcanzaron el imperio del mar, dicen, estendieron su dominacion á España. Atentos únicamente estos escritores á ensalzar y ennoblecer la literatura de su patria, derivándola de la nacion mas sabia y célebre del Oriente, se engolfaron en el intrincado laberinto de las fábulas y ficciones poéticas muy propias, sin duda, para embellecer el discurso y recrear el espíritu; pero agenas de la exactitud y verdad, por que ha de distinguirse la historia de las otras producciones literarias.

Efectivamente nuestras costumbres, nuestro idioma, nuestra literatura muy poco ó nada deben á los griegos, con ser ellos, como ya hemos dicho y repetimos, los mas cultos y sabios de la antigüedad; porque debemos considerar como falsos el viaje á nuestra Península del Hércules griego, el de los argonautas, y demas colonias que hemos enumerado. Así lo muestran, á no dudarlo, todas las combinaciones mejor formadas, las leyes mas severas de la crítica, y el unánime convencimiento de los antiguos historiadores mas fidedignos, por regla general, que los modernos en órden á los sucesos de épocas tan remotas: y dado fuesen estas colonias tan numerosas como se supone, nunca pudieron ilustrarnos al estremo que se asegura; muy escasa hubo de ser su influencia en los progresos de nuestros conocimientos, así por el grado de instruccion y adelanto de los griegos en la época de su venida, como por las relaciones que entablaron con nuestros naturales, limitadas en un principio á un trato superficial y puramente mercantil con algunos puertos de la costa.

Para la demostracion de este pensamiento se hace preciso determinar el verdadero y exacto número de colonias que arribaron á nuestro suelo, el tiempo verosímil de su comunicacion; porque examinando cuál fuese entónces su cultura y su gusto por las ciencias y las artes podrémos formar una idea cabal en lo posible de las luces y conocimientos que comunicarian á los españoles, señalando así el verdadero orígen de la literatura greco-española.

NUESTRA EDAD.

A mi amigo D. Luis de Olona.

No hacemos mas que soñar
y mentir calamidades,
tú llorando bien de amores
y yo delirando males.

ZORRILLA.

Cuán hermoso es vivir, cuando la vida
senda es de flores que dó quier pisamos;
cuando se goza la ilusion querida
con que tristes ó alegres deliramos!

Cuán hermoso es vivir, cuando en la mente
se conserva sublime un pensamiento
mas grande que el mortal, y tan valiente
como ese Sol que rige el firmamento!

Cuando late en el pecho acelerado
un corazon ardiente y altanero,
del fuego juvenil entusiasmado
que arde con fuerza en su vigor primero!

Entónces se presenta la natura
llena de encantos, que el mortal admira,
y si una vez se muestra la amargura
le dice el corazon «esto es mentira».

Entónces todo es dichas y placeres,
es un mentido Edem aqueste suelo,
y son para nosotros las mujeres
querubines de luz en nuestro cielo.

Pues tal vez delirando ó padeciendo
la voz se eleva por cantar amores;
que es un delirio cuanto estamos viendo
y se oculta la espina entre las flores.

Por eso es grato cuanto el mundo encierra
en esta edad de plácida dulzura,
por eso es bella hasta la misma tierra
cuando ostenta su manto de verdura:

Que entónces tiene el Sol gala y belleza
al bañar sus fulgores en el rio,
y tienen los arbustos gentileza,
y son perlas las gotas del rocío:

Que es muy dulce vivir, cuando la vida
se halla exenta de penas y dolores,
cuando se goza la ilusion querida
respirando el aroma de las flores!

Por eso la voz alzamos
llena de dulce armonía;
por eso aquí deliramos,
miéntras que alegres cantamos
en una lúbrica orgía:

Que es la vida muy risueña
en la edad de los amores,
y la mente se desdeña
de aprender cuanto le enseña
la esperiencia en los dolores.

Por eso con furia loca
pulsamos la blanda lira
mostrando risa en la boca,
porque es la desdicha poca
y nos parece mentira:

Que son *diez y siete* abriles
corta edad para pensar,
y aun los sueños infantiles
de engalanados pensiles
nos vienen á deslumbrar.

Porque es el pecho inocente
en esta edad venturosa;
porque está pura la frente,
y sueña alegre la mente
una vida deliciosa.—

Así pasan nuestros dias
en el placer adormidos,
entre dichas y alegrías,
en festines y en orgías
embargados los sentidos.

Así con gozo cantamos,
sin penas, nuestra ventura,
miéntras que tristes soñamos;
para ver, si despertamos,
el dolor y la amargura.

Mas si es fuerza delirar,
delirémos, ¡vive Dios!
porque es muy dulce soñar,
si habemos al despertar
de sufrir penas los dos.

Es muy dulce en *nuestra edad*
fingir dichas y placeres,
y, tal vez con liviandad,
adorar á una beldad
cual reina de las mujeres.

Porque esta edad placentera
es un fantasma que pasa,
arrastrando en su carrera
nuestra alegre primavera,
de placeres nada escasa:

Y entónces las ilusiones
se ahuyentan de nuestra mente,
y agita los corazones
el rigor de las pasiones,
y se marchita la frente.

Entónces solo gozamos
con los recuerdos hermosos
de la edad que disfrutamos,
en que alegres deliramos
en banquetes bulliciosos.

Y solamente es dolor
cuanto ántes fuera placer;
que de la suerte el rigor
se nos burla con furor
mandándonos padecer.

Gocemos, pues, los amores
miéntras nos dura esta edad
en que son bellas las flores,
y en que del Sol los fulgores
tienen gala y magestad.

En que ostenta la mañana,
al nacer el nuevo dia,
la rosa, que brilla ufana,
mas que las otras lozana
con apuesta gallardía;

Que luego vendrán las penas
para herir el corazon,
trocando en horas serenas,
si bien de amargura llenas,
nuestra alegre situacion.

Y es grato al alma cantar
olvidando el padecer,
y ver el tiempo volar,
sin dejar de delirar
una vida de placer!

Sevilla.—Noviembre de 1839.

MANUEL CAÑETE.

EL CONDE DE CANDESPINA.

I.

Era por los años de 1106. La ciudad de Burgos estaba en la mayor agitacion, y los soldados castellanos defensores de Doña Urraca, mujer de D. Alonso rey de Aragon, se disponian á un combate que se debia dar dentro de poco tiempo.

Infinidad de trastornos, hijos de las desavenencias de D. Alonso con su esposa, fueron la causa de que se divorciasen, y ámbos se declararon desde este momento un odio implacable y mortal. Los castellanos y gallegos unidos á D. Enrique, conde de Portugal, abrazaron el partido de Doña Urraca, y los aragoneses no vacilaron en tomar la defensa de su legítimo rey. Dispuestos ámbos partidos á vencer, derramando la sangre de sus contrarios, volaron á encontrarse, para saciar su sed de venganza.

La reina Doña Urraca con muchos de los suyos estaba en Burgos, y no muy léjos el ejército enemigo de su esposo: esta era la causa de que esta ciudad aprestase sus gentes, que debian hallarse en el campo de batalla dentro de tres dias. El clamor de las trompetas se escuchaba por todas partes, y las calles se veian inundadas de un inmenso gentío, que orgulloso presagiaba con mil gritos alegres su futuro triunfo.

II.

—Gracias al Cielo, hermosa mia, que el silencio de la noche ha venido á restablecer la calma á este pueblo rebelde, y á proteger mi llegada hasta tí (decia un jóven de arrogante figura que estaba en un lindo gabinete, sentado al lado de una mujer muy bella, de 19 años, y en cuyo rostro se pintaba la candidez de su alma).

—Y no has temido, contestó Leonor (que este era el nombre de la jóven), las asechanzas de tus contrarios? tantos peligros, y todo por mi causa! ah Ramiro! nunca podré pagar tu cariño cual te mereces tú; tú, para quien no hay obstáculos ni riesgos; tú, que espuesto á que los castellanos....

—No les temo; replicó Ramiro.

—Si te descubriesen....

—No puede ser: este vestido de villano oculta á los ojos de todos mi espada de caballero, y mi banda de capitan.

—Por qué has abrazado la causa de D. Alonso?

—Soy aragones, Leonor, y él es mi rey: el deber me impone la obligacion de defenderle: dentro de tres dias....

—Ah! dentro de tres dias, tal vez te habré perdido para siempre.

—Qué dices? nó; el acero de mis enemigos no penetrará mi cota de malla, que protege mi brazo: el Dios de los ejércitos vela por los aragoneses, y triunfarémos, sí, triunfarémos y volveré otra vez á tu lado á gozar los encantos de nuestro amor, puro como el cielo; y ni las perfidias de mi rival, ni nadie en el mundo, bastará á separarme de tu lado. Al espirar tu madre, única persona que quedaba de tu familia, te entregó á mi cuidado, porque entónces solo miraba en mí un protector de su casa; despues.... despues te he amado, y la muerte sola podria arrancarte de mis brazos.

—Ramiro!...

—Qué vale el poder del inicuo conde de Candespina, de ese seductor á quien no basta una mujer para apagar el ardor de sus vicios, comparado con el fuego que enciende tu pasion, con el valor que me dan tus celestes miradas?

En el gabinete donde estaban estos dos amantes, habia un balcon que la estacion no permitia tener cerrado. Un hombre envuelto en un ferruelo, apareció repentinamente en él. Leonor dió un grito agudo y penetrante, y Ramiro echó mano á la empuñadura de su espada: el desconocido tiró el ferruelo y sacó la suya, esclamando con voz de trueno: —ya estais en mi poder!

—Es él!... (dijo Leonor), es el conde!

—El conde! (gritó Ramiro).

—Sí, yo soy, miserable; ya no escaparás de mis manos. Diciendo esto dió un silbido, y cuatro hombres armados entraron por el balcon en la estancia.

—Infeliz del que se acerque á mí; esclamó el valiente aragonés.

Su espada se cruzó con las de sus contrarios infinidad de veces: en vano Leonor pedia socorro; sus acentos ahogados no se podian oir. El conde y sus secuaces hicieron sucumbir al desgraciado Ramiro, y éste desarmado, se vió en poder de su rival.

Tres de aquellos hombres se apoderaron de él, y á viva fuerza lo condujeron á una prision, á pesar de su inútil resistencia. Al salir de la casa de su amada oyó la voz de esta que le decia: «sálvame». Ya era imposible; ninguno de los dos podia socorrerse.

III.

Leonor en vano pedia auxilio contra el pérfido conde; éste empleó mil medios para seducir su inocencia, sin fruto alguno, y acudió á la fuerza como su último recurso. La infeliz jóven no podia librarse de los esfuerzos de aquel monstruo.

—Inútiles son tus desvios (decia el conde fuera de sí).

—Piedad, piedad! (suplicaba Leonor). Dadme la muerte si quereis, pero no exijais de mí que os ame.

—Y por qué no? ese corazon, por ventura, se creó para amar á un solo objeto? no soy yo digno de merecer?...

—Nó, nó; solo es digno Ramiro; él es el único á quien yo amaré.

—Fatalidad! el único! el único! y yo? yo que siento en mi alma los mas crueles tormentos, yo que por

tí me sacrificaria?... Ah Leonor! tú misma te condenas.

—Cómo!

—Ya no volverás á ver á ese hombre tan querido, porque á estas horas estará en un calabozo, y dentro de poco será presa del verdugo.

—Del verdugo!!

—Morirá, como partidario de D. Alonso: mas qué digo? qué me importa á mí que lo sea ó nó? lo único que puede acarrear su muerte, es tu amor; tu amor, Leonor, que solo debe ser mio.

—Vuestro? jamás. Sacrificadme á vuestro encono, sacrificad á mi Ramiro; pero ser de vos....

—Miserable! ya que lo quieres se cumplirán tus deseos; mañana serás mia, y él....

—Qué?

—De Dios.

Esto dijo el conde, y salió precipitadamente de la casa de Leonor.

IV.

—Esta es la habitacion que se os ha preparado (le dijo el carcelero á Ramiro, mostrándole un negro calabozo); aunque no pasareis en ella muy buenos ratos, no temais; ya os ireis acostumbrando.

Ramiro apénas le escuchaba, habia caido en un estupor terrible, y sus ojos fijos en el suelo, demostraban lo que padecia en el interior de su corazon.

—Verdad es (prosiguió el carcelero) que han escogido una prision de las mas incómodas: ya se ve; como sois partidario del de Aragon, y como tal, rebelde á nuestra reina....

—Villano! (esclamó Ramiro vivamente, saliendo de su letargo).

—Poco á poco, señor aragones; cuidado con los dicterios, porque en mi vida los he sufrido. Ea, no armemos una pendencia: me voy; teneis algo que mandarme?

—Te burlas?

—Nada de eso; quedad con Dios.

Cerró tras sí la puerta del calabozo, y marchó.

—Leonor! (dijo Ramiro) Leonor! con que tal vez te he perdido para siempre? ah! sí, para siempre. Los verdugos me inmolarán á su furor, y tú serás juguete de mi rival: él se gozará en mi muerte y en tu deshonra, y nadie volverá por tí; por tí, tan hermosa y pura como el cielo! y yo he de espirar sin verte? Sí; no hay remedio!... Adios mi Leonor!!

Y el infeliz cayó desmayado sobre las frias losas de su prision.—

Un aviso llegado de Sepúlveda, anunció que se acercaban á aquel pueblo las tropas de D. Alonso, rey de Aragon; y parte del ejército de Doña Urraca aguardaba en sus inmediaciones reunirse con las restantes fuerzas que debian salir de Burgos. El conde de Candespina, á quien estaba confiado el mando de la retaguardia, fué precisado á salir de Burgos en aquel mismo momento con sus soldados, é inútilmente pidió algunas horas de retardo, sin duda para llevar á cabo su culpable designio respecto de Leonor: las cornetas y atambores resonaron, y las tropas se pusieron en marcha con su gefe.

V.

Leonor estaba loca de alegría, porque se veia libre de su fatal perseguidor; pero al mismo tiempo no olvidaba á Ramiro. Animada por su esperanza, que le prestaba un valor estraordinario, pensó en salvar á su amante, y no vaciló en ponerlo por obra.

Abrumado con el peso de su infortunio, Ramiro pensaba con valor en una muerte que él creia cercana. La noche tendió al fin su negro manto sobre los mortales, y el desgraciado se entregó de nuevo á su desesperacion. La puerta de su calabozo se abrió de repente, y una antorcha alumbró la estancia. Era el carcelero que venia acompañado de un jóven cubierto con una larga capa, y embozado hasta los ojos.

—Quién es? (preguntó Ramiro).

—Un amigo vuestro (dijo el carcelero; despues se dirigió al jóven, y recibió de sus manos un bolsillo que tomó sin ceremonias).

—Pronto, despachad, pues tengo órdenes muy severas.

—Bien está (respondió el desconocido).

—Esa voz! (esclamó Ramiro) es ella! sí! es ella!

—Cómo ella! qué diablos decis? (dijo el carcelero admirado).

—Es mi Leonor!

—Vuestra Leonor! Hola! caballero... ó señora, porque en esta duda.... descubrios. (El jóven callaba: Ramiro conoció su imprudencia.) Descubrios vive Dios, ó..... (Diciendo esto, él mismo tiró del embozo de la capa.)

Era Leonor: pálida, asustada, no sabia qué hacer: Ramiro corrió á sus brazos, y el carcelero quiso pedir socorro, pero el prisionero se abalanzó á él, y le impuso silencio: la antorcha que aquel llevaba cayó al suelo, y se apagó; y en medio de las tinieblas todos se encontraron repentinamente. El carcelero queria desasirse de su adversario, que le arrojó al suelo con una violencia admirable. El golpe era casi mortal: su cabeza habia dado sobre las duras losas; lanzó un gemido horrible, y quedó sin aliento tendido en el colabozo.

—Leonor, Leonor (dijo Ramiro), pronto; salgamos.

Leonor dió la mano á su amante y buscaron la salida de la prision.

VI.

Ramiro supo por Leonor que el conde habia partido, y que el dia de la batalla estaba próximo. No he de faltar (dijo): yo vengaré nuestro amor, y los ultrajes hechos á mi rey.

—Tú alejarte de mí? (esclamó Leonor).

—Es preciso.

—Oh! nó, no te vayas.

—No hay remedio.

—Y me abandonas otra vez! ya que estas libre y oculto á la vista de tus enemigos, ¿por qué vas á esponer de nuevo tu vida?

—Es mi deber.

—Tu deber!

—Sí, es mi deber; pero no temas,

pronto estaré á tu lado; pronto me habré vengado del inicuo conde.

—Qué intentas?

—Nada, nada: adios; un caballo me aguarda, y mi obligacion tambien: ¿qué dirian si no me presentase en el combate? Verémos, no llores, ángel mio. Adios; adios.

Abrazó á Leonor y partió: la oscuridad de la noche le prestó su ayuda, y logró salir de Burgos sin tropiezo alguno.—

A la mañana siguiente, Leonor habia tomado una osada resolucion: creia que Ramiro iba á ser víctima del furor de las batallas, y queria morir á su lado.

—Ruiz! (gritaba á un viejo y antiguo criado, su único compañero).

—Qué mandais, señora?

—Prepárate á seguirme (le decia, poniéndose el disfraz que le sirvió cuando salvó á Ramiro); busca dos caballos: pronto, pronto, por Dios.

—Señora, qué quereis?

—Ruiz, dos caballos!

—Pero dónde irémos?

—A su lado, al combate!

—Al combate! (esclamó el viejo atemorizado).

—Si, al combate!!!

VII.

Acampados los dos ejércitos contrarios en Sepúlveda uno en frente del otro, solo aguardaban la sangrienta señal, para dar principio á la batalla. La flor de los aragoneses estaba al lado de D. Alonso; y D. Pedro conde de Lara, y D. Gomez conde de Candespina, al lado de los suyos, juraban de nuevo fidelidad á la reina, y esterminio á sus adversarios.

Las trompetas poblaron el aire con sus roncos acentos; los ejércitos avanzaron, y comenzó el fatal combate. El choque de las brillantes espadas; el clamor de los combatientes; la inmensa polvareda que los caballos levantaron, y el espíritu de odio que en todos reinaba, hicieron esta escena cruel y espantosa. No habia piedad para ninguno: el grito de muerte resonaba por dó quiera, y el infeliz vencido solo encontró en el vencedor, rencor y sed de sangre. El pendon de Castilla se alzaba orgulloso en medio de la contienda, y el de Aragon brillaba entre la confusion. La lucha se encarnizaba cada vez mas, y entró el desórden en los soldados de uno y otro bando: con igual rabia peleaba el gefe que el soldado, con igual peligro uno que otro despreciaban su vida, que ofrecian en holocausto á sus reyes: un solo pensamiento los dominó á todos; la venganza que respiraban sus corazones.

Arrollada una parte del ejército de Doña Urraca por la caballería enemiga, tomó la fuga. La retaguardia, mandada por el conde de Candespina, quiso evitar una retirada peligrosa, oponiéndose á ella: en vano; el terror dominaba á los soldados, y huian dispersos por todas partes. El conde juró por su honor no abandonar su puesto, y con algunos de los suyos sostuvo una tenaz contienda. Un guerrero de D. Alonso midió con él su acero, y el conde sucumbió cayendo muerto á los pies de su contrario.

En el mismo instante un caballero se presentó con la espada en la mano, gritando:

—Dónde estás, conde de Candespina? dónde estás?

El guerrero le señaló con su dedo el cadáver del conde, y le dijo:

—Mírale!

—Muerto!! (esclamó Ramiro, que era el caballero).

—Sí!

—Oh! me has vengado!

VIII.

—Nos falta mucho, Ruiz?

—Mas de tres leguas (respondió éste á Leonor).

—Si llegaré á tiempo?

—Dios lo quiera, señora.

Caminaron en silencio por un gran rato.

—No ves á lo léjos venir un caballero?

—Sí; y sin duda viene de la batalla, porque la direccion que trae... Tapaos el rostro no descubra....

—No podemos apartarnos del camino y estorbar su vista?

—Imposible.

—Ruiz, ¿no conoces aquel penacho?

—Con efecto, creo distinguir....

—Si será él?

El ginete se aproximaba mas y mas.

—Sí, es Ramiro!

—Leonor! (esclamó éste al reconocer aquella voz).

Los dos amantes se abrazaron: sus corazones latian violentamente. ¡Cuánta alegría reinaba en ellos! Ramiro notició á Leonor la muerte del conde: ya eran felices, pues se habian unido para siempre!

CONCLUSION.

El ejército de Doña Urraca fué completamente derrotado en la accion referida. Las tropas de D. Alonson de Aragon ocuparon las ciudades de Nájara, Palencia, Leon y Burgos; y en esta última, ante los altares del Señor, Leonor y Ramiro se juraron un amor eterno.

Málaga 29 de Enero de 1840.

LUIS DE OLONA.

EL TORMENTO.

SONETO.

Cuando fijo en mi Luz deslumbradora
mi ardoroso mirar, pábulo al fuego
añade de mi amor, y ansioso y ciego
en su llama me abismo abrasadora.

Cuando su voz, de dicha engendradora,
hiere mi corazon, un *sí* la ruego,
y en borrascoso mar triste navego
juguete de pasion devoradora.
Pero fluctuando con tenaz porfía
entre celos, temor, afan, crueza,
sufro sin murmurar el mal que siento.
Pues mi Luz, que es la vida y gloria mia,
me dice con su célica belleza
que el precio del amor es el tormento.

T.

D. MARTIN DE FREYTAS.

NOVELA HISTÓRICA, ESCRITA EN FRANCES POR

M. Alejandro Dumas,

y traducida al castellano por Abey Faraz.

—Padre mio, dijo sonriéndose Mercedes, ¿quereis decirme, si os place, de dónde proviene el exajerado amor que profesais al rey D. Sancho II?

El personaje á quien la jóven dirigia semejante pregunta, era un anciano de 60 años, poco mas ó ménos, cubierto con una cota de menudas mallas, ajustada con tanto cuidado como si se hallase al frente de los moros de Urica ó de los de Córdoba, y no en su fuerte castillo de la Horta, rodeado de su fiel y pacífica guarnicion. Solo el casco faltaba para completar su armadura de capitan, y estaba sentado sobre un pesado sillon de nogal, cerca del cual se hallaba en actitud de recibir órdenes uno de sus escuderos. Se distinguian á primera vista en su venerable aspecto la calma y el vigor; su rostro estaba guarnecido de largos cabellos, que mas bien que por la edad habian encanecido á fuerza de fatigas, y su rostro señalado con dos ó tres cicatrices, daba evidentes señales de que los golpes dirigidos á él, habian sido, en cuanto cabe, bien recibidos. Hallábase inmediato á una mesa de encina de bastante tosca construccion, apoyando su codo junto á una gran taza de plata llena de esquisito vino, de la que de tiempo en tiempo hacía libaciones de mas que regular duracion. Un galgo africano se

veia medio recostado entre sus piernas, el cual aunque descansaba en la tierra su parte posterior, se habia enderezado sobre las patas anteriores, estendido su largo cuello de serpiente, y colocado su hocico y parte de la cabeza sobre el muslo de su amo, donde parecia dormir, á no probar lo contrario al abrir á cada movimiento de aquel, ó á cada palabra que salia de sus labios, un ojo tan suspicaz é inteligente, al mismo tiempo que humilde, aguardando sin duda una leve señal para arrojarse sobre la ligera caza que debia rendir á los pies de su señor. El resto de la cuadra, cuya arquitectura se remontaba al siglo X, y cuyos muebles representaban el XII, estaba ocupada por otros varios personajes; un jóven doncel cuya edad rayaba en los 20 años, y que se mantenia respetuosamente en pié apoyado en la chimenea: dos pajes que, retirados en uno de los ángulos, se entretenian en hacer muecas á una vieja que se habia quedado dormida hilando su copo de lino: un anciano casi de la misma edad que el que parecia dueño de la casa, y que se veia sentado al otro estremo de la mesa, pero un poco mas atrás, como para denotar su inferioridad; y finalmente por la jóven de negros cabellos, ojos azules, y labios de coral, que acababa de hacer á su padre una pregunta tan natural, en una época en que en todo Portugal se susurraba algun misterio.

—Padre mio, ¿de qué proviene el exajerado amor que profesais al rey D. Sancho II?

El anciano dirigió por un momento sus miradas hácia su compañero de los cabellos blancos, como para decirle: ¿Veis lo que pregunta?; y despues volviéndose hácia su hija le contestó en estos términos:

—He visto al rey mas pequeño y mucho mas débil que á tí, que eres mi propia hija, pues me hallaba presente cuando la reina Doña Sancha (que Dios haya) le dió á luz en tierra de Sicilia, donde habiamos hecho alto para darle algun descanso: yo le ví salir pobre y desnudo, como dice la Escritura, del lecho de su madre, al paso que cuando tú, hija mia, abriste los ojos á la vida, me hallaba yo en Tierra Santa; así es que cuando dí la vuelta ya tenias tres años, y eras entónces tan aventajada en prendas físicas como lo eres ahora en atractivos morales.

—Y niño y todo, ¿no es cierto, preguntó el jóven doncel, que lo condugeron á Palestina?

—Nó, respondió el caballero anciano; yo fuí quien le condujo á Portugal. Hé aquí, si quereis saberlo, el grande amor que le profeso, y depende de la grande confianza y deferente honor que me dispensó el rey su padre y mi señor, porque la víspera del dia que debiamos embarcarnos, no bien acababa yo de llegar de la iglesia, donde habia ido á oir misa, cuando me hizo llamar á su propia cámara donde se hallaba rodeado de su corte y muy próximo á la reina que estaba recostada sobre un canapé, pálida todavia y convaleciente, pues no hacía mas que 25 dias que habia dado á luz á su

hijo. El rey al verme:

—Por mi fé, D. Martin de Freytas, me dijo, que no hay mas que un hombre en el mundo hácia quien la reina y yo sintamos una mas viva inclinacion, y ese hombre sois vos.—Quise responder, pero el rey continuó:

—Ese hombre sois vos, porque estuvisteis conmigo en la batalla de Alcacazdosal, donde *nos* batimos al rey moro de Jaen, y donde os interpusisteis entre *nos* y un sarraceno que intentaba matarme, recibiendo en el casco, y parte del rostro, el golpe que iba dirigido á vuestro soberano; porque cuando fuí escomulgado por el Santo Pontífice de Roma y todos me abandonaron, solo vos permanecisteis fiel á nuestro lado, y en fin, porque á la primera noticia que tuvisteis de mi intencion de hacerme cruzar, habeis vuelto de Romanía á reuniros con *nos* en Catana, y no habeis venido solo, sino á la cabeza de 25 caballeros avezados á los combates y acostumbrados á vuestras espediciones, cuando solamente me debiais vuestro servicio personal. Pues bien, aunque los favores que habeis hecho á mi persona sean tan señalados y numerosos, que ignoro cómo recompensarlos; sin embargo de esto, repito, es hoy tal mi posicion, que sobre todos los anteriores va á elevarse el que no dudo me prestareis y voy á manifestaros en presencia de los caballeros y grandes que nos rodean.—Me dirigí al rey y doblando ante él la rodilla, le dí gracias por lo bien que se habia espresado respecto á mí.

—Señor, le dije, decid lo que tengo que hacer, y miéntras mi alma habite en mi cuerpo en nada faltaré á cuanto tengais la bondad de ordenarme.

—Alzad; no esperaba ménos de vuestra lealtad y nobleza, y voy á deciros lo que deseamos la reina y *nos*. Es cierto que sería muy útil que nos acompañáseis en el Santo viaje que hemos emprendido, porque nos hareis gran falta; pero el servicio que os demandamos nos toca tan de cerca, que es necesario abandonarlo todo para ocuparse de él esclusivamente. Sabeis, pues lo presenciásteis, que el verdadero Dios nos ha dado un hijo en D. Sancho, de mi señora la reina. Os rogamos que le recibais de nuestras manos, le lleveis á la reina nuestra madre y le depositeis entre las suyas. Fletareis naves, armareis galeras ú otro cualquier bastimento sobre el que creais ir con mayor seguridad; os darémos letras para que nuestro tesorero os adelante las sumas que necesiteis y para que haga todo cuanto le digais de nuestra parte; escribirémos á nuestra madre y al rey de Marruecos nuestro aliado, y os darémos poder ámplio para todos los confines del mundo, donde el viento pueda conduciros, desde poniente á levante, y desde norte á mediodía; y todo lo que prometais, efectueis ó digais en nombre nuestro á caballeros ó gente de á pie, ó de cualquier otra clase que sean, lo darémos por bien prometido, efectuado y bien dicho, y lo confirmarémos y no nos volverémos atras en nada; dandoos como salvaguardia, todas las tierras, castillos y lugares que poseemos, y los que con la ayuda de Dios esperamos poseer. Partireis con nuestro pleno y entero poder; y cuando en manos de la reina madre hayais depositado nuestro hijo, dareis la vuelta á nuestras tierras, arreglareis vuestros asuntos, que no estarán muy al corriente, á causa de vuestra campaña en Romanía, despues ireis á reuniros conmigo con todas las tropas de á caballo y de á pie que podais reunir, y nuestro aliado el rey de Marruecos, os contará todo el dinero que necesiteis para equipar y mantener las tropas que os acompañen. Esto es, D. Martin de Freytas, lo que deseamos de vos.

—Y yo, continuó el caballero despues de una corta pausa, no pude ménos que permanecer absorto al considerar el grave encargo que cometia á mi cuidado; es decir, al infante su hijo, en el que por muy pequeño que fuese, se debia acatar la persona del heredero del trono; por lo que supliqué á D. Alfonso y á la reina que me diesen un cólega para partir con él mi responsabilidad, á lo que el rey contestó con una negativa.

—Sin embargo, D. Martin de Freytas, como no tenemos la dicha de saber el porvenir, dadme vuestra palabra de que en mi ausencia, ó despues de mi fallecimiento, mirareis siempre al infante D. Sancho como vuestro único rey, y que solo á él, y no á otro, entregareis las llaves de las ciudades, fortalezas y castillos que os sean confiados; y por último jurad que le servireis fiel y lealmente, cual habeis servido á *nos*, á ménos que no os relevemos de ese cargo, hasta que el Dios de los ejércitos tenga á bien llamar á uno de los dos á su divina presencia.

Entónces me arrodillé de nuevo, besé su mano y pronuncié sobre la cruz de esta espada el juramento que de mí exigia, haciendo la señal de la cruz para que mejor fuese recibido por el Cielo.

En el mismo instante el rey ordenó á D. Luis de la Trueba, bajo cuya custodia estaba el infante en el castillo de Catana, que lo pusiese en mi poder, y no en el de ningun otro, siempre y cuando yo juzgase oportuno reclamarlo. El caballero me prestó de ello juramento, me rindió homenaje, y desde aquel momento el infante D. Sancho fué en mi poder, á los 25 dias de haber nacido.

Terminado este asunto el rey dió á la vela en el mismo dia y me dejó en Catana bastante orgulloso con la confianza que de mí habia hecho, aunque un tanto cuanto embarazado por lo espinoso de la comision que á mi cuidado habia cometido.

Aquí llegaba D. Martin de Freytas de su narracion, cuando el sonido de una bocina que resonó hácia la puerta del Duero, al pie de las murallas del castillo de la Horta, llamó la atencion de los circunstantes, é hizo interrumpir la narracion. D. Martin dirigiéndose al escudero que guardaba su casco, le dió órden para averiguar quién era, y qué queria, el caballero que tocaba á semejante hora su bocina, y continuó su relacion:

—No desperdicié el tiempo para llevar á cabo mi comision y fleté un navío de Barocas, que se hallaba en el puerto de Palermo, cuyo dueño D. Juan de Carrallsal, tuvo la complacencia de cederme. Evacuado este asunto fuí á buscar á D. Berenguel de la Sarria, cuya ilustre esposa, que tenia por nombre Ines de Adri, habia dado á luz 22 hijos, y supliqué al referido D. Berenguel que me prestase su esposa para encargar á su cuidado la crianza del infante D. Sancho. Accedió aquel á mi demanda, lo que me causó gran placer, porque la Doña Ines era muy piadosa y de una alcurnia bastante elevada, y me pareció que tendria conocimientos demasiado estensos en el arte de criar, habiendo tenido, como ántes dije, una tan numerosa prole. Escogí despues otras seis mujeres, cada una de las cuales lactaba su respectivo hijo, con el fin de que si una faltaba quedáran otras que pudieran reemplazarla, y las tomé con sus hijos, con la idea de que no se les echase á perder la leche. Ademas, como el infante D. Sancho tenia una nodriza natural de Catana, no tuve inconveniente en elegir otras dos para casos accidentales, y una cabra por añadidura, con lo que quedó completa la parte mas espinosa de mi encargo. Tomadas estas medidas dispuse mi partida, armé mi navío, proveyéndole de todo lo necesario para nuestro alimento y defensa, coloqué en él 120 hombres de armas, cada uno de los cuales valía por tres, tanto por su nobleza como por su valor; hice formar toda mi fuerza sobre el puente, y mandé á decir á D. Luis de la Trueba, que pusiera en mi poder, ante las puertas de Catana, al infante heredero de la corona, donde ya le aguardaba dispuesto á emprender mi viaje.

(Se continuará.)

INDICE. — Historia literaria; *continuacion.* — Nuestra edad: *á mi amigo D. Luis de Olona; poesía.* — El conde de Candespina. — El tormento; *soneto.* — D. Martin de Freytas; *novela histórica.*

Sale este Periódico todos los Jueves.

Los suscritores de Cádiz pagan el mismo precio que hasta aquí, es á saber: por un mes llevado á las casas de los dichos, *cinco reales;* por trimestre, *doce;* tomandole en la redaccion, por un mes, *cuatro reales;* cada número suelto, *diez cuartos:* los suscritores de las provincias, *cinco reales* por un mes franco de porte, y *catorce* por trimestre.

PUNTOS DE SUSCRICION. — CÁDIZ: en la redaccion de este periódico, establecida en la imprenta y librería de *Feros,* calle de S. Francisco núm. 58. — BARCELONA: librería de *Oliva.* — GRANADA: en la de Sanz. — JEREZ: en la de *Bueno,* calle Larga. — MADRID: en la de *Sanchez.* — MALAGA: en la de *Carrera,* y en la imprenta del *Comercio.* — PUERTO DE SANTA MARIA: en la de *Valderrama,* calle Larga. — SEVILLA: imprenta del *Conservador.*

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,
calle de S. Francisco, núm. 58.

NÚM. 7. JUEVES 13 DE FEBRERO DE 1840.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL
DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

AUTÓMATA CELESTE.
LA ESFERA MOVIBLE.

Este es un instrumento astronómico que representa el movimiento de los cielos y de los planetas. Se atribuye á Arquímedes la invencion de esta máquina. Ciceron en sus *Tusculanos, lib. I.°*, dice que aquel ingenioso matemático inventó una esfera que manifestaba los movimientos de la Luna, del Sol y de los cinco planetas que en aquel tiempo se conocian. Claudio nos da en estos versos la única descripcion que tenemos de ella:

Jupiter in parvo cum cerneret æthera vitro,
Risit, et ad superos talia dicta dèdit.—
Hùccine mortalis progressa potentia curæ?
Jam meus in fragili lùditur orbe labor,
Jura poli, rerumque, fidem, legesque Deorum;
Ecce Syracusius transtulit arte senex,
Inclusus variis famulàtur spiritus astris,
Et vivum certis motibus urget opus.... &c.

Esta es la traduccion que, aunque no con la elegancia del original, me parece mas clara:

Su frágil máquina vió
Júpiter desde el Olimpo,
Y mirando atentamente
El ingenioso artificio,
Se echó á reir, y á los dioses
De esta manera les dijo: —
Un viejo siracusano,
Tan sabio como atrevido,
Ha procurado imitar
En el diáfano vidrio
Estas obras que mis manos
Sacaron del hondo abismo.
Arquímedes ha copiado
Las leyes con que yo rijo
El Universo y su órden
Inmutable y mis designios.
A la vez mil astros giran
Por un poder conducidos,

Que está encerrado en el seno
De este gracioso edificio,
Reglando sus movimientos,
Sosteniendo su artificio.
En este mundo aparente,
Formado de ejes pulidos,
Veo al Sol que da la vuelta
En un año á su camino,
Y á la Luna que en un mes
Su período ha concluido.
Este mortal, embriagado
Del ardor que yo le inspiro,
Ve con placer á los astros
A su imperio sometidos.

Por esta descripcion parece que los cuerpos celestes tenian movimiento en dicha esfera, y que este movimiento era causado por *un poder ó espíritu* encerrado en ella, quiero decir, por algun licor, algun vapor sutil, algun peso ó algun resorte: no se sabe ciertamente cuál era el motor de esta máquina. Lo seguro es que tal invento debió ser entónces muy sorprendente, por cuanto el arte de pulir y de trabajar las piezas, que debian entrar en la composicion de aquel autómata, aun no era conocido en aquellos tiempos, y este arte era indispensable para la exactitud y precision del artificio. Quizas esto no fué mas que una ingeniosa idea de Arquímedes, que nunca tuvo efecto. Yo estoy por esto; y lo que mas me afirma en tal opinion, es que este gran hombre no hace mencion de ella en ninguna de sus obras. Arquímedes pudo hablar de su esfera, pudo haber dado el plan, y hallando este pensamiento tan escelente, lo pudo trasmitir á la posteridad como una cosa ya ejecutada. Ademas, sus discípulos llevados del entusiasmo merecido á aquel famoso matemático, pudieron haber exaltado su celo hasta afirmar esta oficiosa mentira.

Podemos citar un hecho casi semejante al anterior. Nadie ignora la opinion de Descartes acerca de los brutos: pretendia este filósofo que estos no eran mas que unas máquinas. Para demostrar esta opinion uno de los discípulos de aquel docto personaje, dijo que Descartes habia hecho una bestia artificial, segun la idea que concibió de la bestia natural, la cual, dicen, que entregó encerrada en una caja á un capitan de un buque. Éste, curioso por saber lo que contenia su encargo, la abrió, y quedó asustado al ver un cuadrúpedo de madera que se movia por sí solo, y atribuyendo lo que veia á una causa sobrenatural, arrojó al mar la máquina hechizada. Yo he leido esta fábula en un libro, de cuyo título no me acuerdo, el cual contiene muchas anécdotas literarias. Si este libro cae en las manos de algun poeta, podrá sacar de él el sugeto de una bella descripcion, y tomando fuego de su imaginacion, manifestar á la posteridad el arte sublime de construir tan admirables autómatas. En fin, sea lo que fuere sobre este particular, lo cierto es que se han pasado muchos siglos ántes que se pusiese en ejecucion el plan de la esfera de Arquímedes, que al fin fué construida, segun nos asegura cierto autor. Este es el detalle de aquella preciosa máquina. Tenia 18 pulgadas de diámetro, con 5 pies y 4 pulgadas de altura, y estaba movida por un péndulo en lo alto de ella. En medio estaba el Sol, representado por una bola dorada, y los demas planetas en sus órbitas particulares y segun su órden. El péndulo daba movimiento á todos los planetas, caminando en la esfera, segun el órden de los signos, al rededor del Sol, centro comun de sus movimientos. La Tierra daba la vuelta sobre su eje en 24 horas, y en el zodíaco, segun el órden de los signos, en 365 dias, 6 horas y 49 minutos. Al rededor de ella estaba un pequeño círculo, que representaba la eclíptica, con el objeto de que se pudiese juzgar en qué signo se hallaba cualquier planeta, y si su declinacion era setentrional ó meridional. Este círculo servia tambien para conocer *las direcciones, estaciones y retrogradaciones*. Habia tambien otros dos círculos mas pequeños al rededor de la Tierra, el uno que representaba el horizonte y el otro el meridiano. En la órbita de la Luna habia una aguja opuesta al Sol, destinada para señalar los tiempos de los novilunios y plenilunios; y otra aguja, colocada debajo de aquel satélite, para señalar su latitud. En el cuadrante de esta aguja estaban grabados los nodos, llamados comunmente *caput et cauda draconis; la cabeza y la cola del dragon*, por medio de los cuales se venia en conocimiento de los eclipses de ámbos luminares. El que tenga algunos conocimientos de Astronomía, no necesita tener á la vista esta máquina para concebirla suficientemente.

D. G. Robles.

LA POMPA.

Pompa de vivos colores,
Vénus de espuma formada,
Que pareces elevada
La Diosa con los Amores.
Pompa que con leve giro
Vas y vienes vagarosa,
Teniendo tu faz hermosa
La duracion de un suspiro.
Pompa pura y cristalina,
Imágen de la virtud,
Que con tímida inquietud
Por este suelo camina.
Tú, que aliento de un jardin
Columpia, besa y perfuma,
Cual si fueras áurea pluma
Del ala de un serafin.
Tú, que eres cándida nave
Que en desplegando tus velas
De colores, ráuda vuelas
Como misteriosa ave.
Tú, que eres faro luciente
De ventura precursor,
Matizada y bella flor
Y aureóla refulgente;

De mi sincero cariño
Oye, afectuosa, el canto;
Ya que es tu mayor encanto
Que tu Dios ha sido un niño.
Sí, tú fuiste producida
Por tierno niño jugando,
Alma fué su soplo blando
Que súbito te dió vida.
¡Cuán sublimes pensamientos
Me despierta la inocencia
Con tu mágica presencia,
Que es conjunto de portentos!

Dime, pompa esplendorosa,
La de vistosos cambiantes,
Bella rosa
Que vives breves instantes
En el aura cariñosa;
Ese matiz naranjado,
Rojo, verde, purpurino
Y violado
Que tiñe el arco divino,
Ceja del cielo azulado;
¿Te le hurtó en felice dia
Para ostentarse tan bello?
Yo diria
Que iris de tí era un destello
Precursor de la alegría.
La aurora dulce y galana
Con alborado vestido,
Que temprana
Negro velo ha descorrido,
¿Es tu hija ó es tu hermana?
Aquel jardin delicioso,
Donde el Favonio suspira
Amoroso,
¿En tu espejo no se mira
Su imperio fresco y hojoso?
¿Quién pintó como las flores
La mariposa esplendente?
Tus albores,
Cual redoma trasparente
Con sus peces de colores.
¿Eres concha nacarada
Que tersa perla atesora,
O admirada
Póstea perla del aurora
Que mi lente ve aumentada?
¿Eres bandera de gloria,
Descogida y ondeante,
Que á la historia
En cada color brillante
Ofreces una victoria?
¿Eres la nube preciosa
De do la voz del Criador,
Imperiosa,
Tronando en caos sin color,
Mandó á la luz ser radiosa?
¿Eres cuna perfumada
Mecida por los amores,
Do cuitada,
Entre rozagantes flores,
La inocencia es cobijada?
¿Eres la fatal manzana
En dos partes dividida,
Que tan insana
Tiene en tu seno escondida
La hija de Eva inhumana?
Nó, que eres prenda preciado
De colores, de oro y plata,
Bien hallado
Tesoro do se retrata
Cuanto en el mundo es amado.

Detente, pompa hechicera,
No precipites tu vuelo,
Que para habitar el Cielo
Te hizo un niño rosea esfera.
Pues plugo en vano á la suerte
Que á tu beldad esté unida,
Que dándote un soplo vida
Otro soplo te dé muerte.

Tú, tan cándida y tan pura,
Tornar á la inmensa nada!
No que tienes destinada
Aurea corona en la altura.
Por eso mi labio ardiente,
Para hacer mi sér divino,
Quisiera con amor fino
Besar tu limpia frente.
Mas, con ingrato desvio,
Huyes de tu fiel cantor;
Compadece mi dolor
Cual sojuzgas mi albedrio.
No á mi amor seas tirana;
Solo leal colorin
Dista á la tarde el jazmin
Que canto por la mañana.

Sé, dulce pompa, la estrella
De suspirada fortuna,
Sé mi Sol y sé mi Luna;
Mas..... nó; sé mi pompa bella.
Porque el hondo porvenir,
Lo presente y lo pasado,
A los piés se han humillado
De tu trono de zafir.
Que eres el molde profundo
Dó vació la Omnipotencia
La materia y su alta ciencia
Para hacer el vasto mundo.
Por eso tu perfeccion
Es de *Jehová* premiada,
Pues te acaricia estrechada
En su amante corazon.

JOSÉ MARIA DE LA TORRE.

El Cementerio en las Ruinas (1).

FRAGMENTO DE MI VIAJE POR ESTREMADURA.

Era entre la luz y las tinieblas: era la hora en que los muertos abandonan sus sepulcros para pedir á los vivos estrecha cuenta de sus acciones durante el dia; en que el astro vivificador, escondiéndose en el ocaso, deja la tierra que abandona velada apénas por un opaco vapor, mas denso aún que el humo que envuelve á una ciudad populosa, y que la hace aparecer á lo léjos como un cementerio: hora de la meditacion y del llanto, del crimen y de las orgías, en que el alma contemplativa eleva una mirada al cielo, y no hallando aquel color azul radiante que embelesa, busca en el inmenso vacío alguna estrella que le sirva de faro. En que el justo se encamina hácia el templo á dirigir sus preces á la altura, y el vicioso á la bacanal para satisfacer sus deseos.—Era la hora tremenda del ser y del no ser, que nos recuerda la miserable condicion de cuanto existe. En esta hora en que el canto de las aves vaga en la inmensidad perdiéndose entre el viento, como una flor

(1) Estas ruinas se encuentran en la eminencia que domina la ciudad de Trujillo, y la escena que aquí se describe es tal como el autor de este artículo la esperimentó. Los naturales de aquel pais dan al *cementerio en las ruinas*, el nombre de el *cementerio de la antigua villa*.

que quedó olvidada sobre una tumba; sin pensar en lo que hacía ni dónde me hallaba, iba penetrando por las ruinas de una ciudad que la mano del tiempo derribára.

Allí la planta del hombre marcha con dificultad, y su alma vaga de uno en otro pensamiento, procurando descubrir la historia de aquellas ruinas, tan olvidadas hoy, y los nombres de los séres que un tiempo las habitaron. Nada empero nos revela el pensamiento, ni mucho ménos podemos formar cálculos, por los vestigios que se encuentran, de quienes fueron los moradores de tantos palacios destruidos y de tantas torres destrozadas. La mano poderosa de Dios es la sola que al través de siglos y de generaciones enteras, como aquello que se descubre por un prisma, ha podido conservar paredes colosales de piedra, que pintorescas en su mismo estado de destruccion parecen amenazar al pueblo enano que bulle y vejeta debajo de ellas.

Allí el filósofo medita sobre la suerte de los imperios, y lée en el gran libro de la naturaleza el destino que espera á los suntuosos monumentos que con tanto orgullo se levantan escondiendo sus frentes entre las nubes. Porque, en suma, ¿qué poder reside en cuanto el mundo encierra, que no destruya el tiempo al sacudir sus alas? Nínive, Babilonia, Cartago, ¿qué fué de vuestro esplendor y poderío, qué se hizo vuestra arrogancia? El polvo se confundió con el polvo; vuestros héroes muertos, yacen sepultados debajo de vuestras ruinas; vuestra gloria pasó, y quizas hoy no habrá uno solo que al contemplaros vierta una lágrima de compasion!! Pasó vuestra dicha, y el olvido cubrió vuestras caducas frentes; los que hoy habitamos pasarémos tambien y nadie se acordará de nuestros nombres, nadie se acordará de que hubo un tiempo en que cual tristes peregrinos cruzamos este valle de dolores. Allí donde á cada momento crée uno escuchar la voz de algun mortal, donde anhela hallar quien le diga á lo ménos «hubo hombres,» solo se encuentra la mansion de los muertos. «¡Horror!» esclamé arrebatado con el espanto. «Paz, descanso eterno á vuestras almas,» dije repuesto, llevado de un sentimiento religioso. Parece una befa, una parodia, aquel cementerio moderno, colocado sobre las ruinas de la ciudad antigua: la poderosa verdad se ostenta allí desnuda de atractivos, grave y terrible á un mismo tiempo, presentando á la vista del que ha osado turbar aquel silencio cuál es la suerte que le espera, y en qué se convierte su vanidad. «Hé ahí el mundo, esclamé; todo viene á parar, tarde ó temprano, á la misma nada de que salió!» Abismado en mis pensamientos creia ver aún los dueños de aquella ciudad que me gritaban «¡impío, no profanes esta morada con tu planta; no turbes el reposo de los que duermen el eterno sueño!» y un terror pánico se apoderó de mí, y me dejó inmóble como una estátua.

Cuando volví de mi estupor, era ya bien entrada la noche: la hermosa Luna brillaba pura, en medio de una atmósfera despejada, iluminando las humildes losas de los sepulcros; el viento soplaba dulcemente agitando la yerba naciente sobre las piedras; y yo, dolorida el alma por los tristes pensamientos en que vagaba, derramé una lágrima, y partí de aquella mansion de paz!!

Trujillo: Junio de 1838.

MANUEL CAÑETE.

TUS MIRADAS.

A. C.

Son tus miradas puras, celestiales;
Lucientes como el Sol de mediodía,
Que han robado la paz al alma mía,
Y han llenado mi pecho de inquietud.
Volcan abrasador arde en mis venas....
Volcan que me consume y me devora;
Y paso aquesta vida, sin un hora
De risueña ventura.... de quietud.

Cuando fijas en mí tus bellos ojos,
Cuando escucho tu cántico divino,
Entónces, reconozco mi destino,
Y siento ¡oh Dios! mi corazon latir.
Late, sí, de temor, que con fiereza
Soy destinado á padecer desdénes,
Y veo girar en torno de mis sienes
Fantasmas, que atormentan mi vivir.

Cuando miro flotar en blondos rizos,
Al resoplar del vendaval furioso,
Sobre tu espalda tu cabello hermoso,
Me pareces el ángel del amor.
Y esclamo entónces con delirio insano
¡Vírgen divina, que en el mundo adoro,
Enjuga, enjuga mi abrasante lloro....
Alivia, alivia mi fatal dolor!

Estático te miro y delirante;
Tú me miras tambien; mas ¡ay! que luego
Huyo tu vista, porque siento un fuego
Mi triste corazon atormentar.
Es el fuego de amor, que han encerrado
Tus lindos ojos en mi pecho ardiente,
Y no me atrevo á levantar mi frente,
Y en los tuyos mis ojos reflejar.

Apiádate de mí: vuelve tus ojos
Brillantes, puros, como el mismo cielo,
Y con una mirada de consuelo
Mitiga mis desdichas.... mi dolor.
Si no te duele mi penar contínuo,
Que grabado lo ves en mi semblante,
Una tumba prepara en el instante....
La tumba de tu amante trovador.

JUAN N. JUSTINIANO.

D. MARTIN DE FREYTAS.

Novela histórica.

(Continuacion.)

Al cabo de una hora le ví llegar con todos los caballeros portugueses y catalanes que pudo reunir; todos eran notables ciudadanos y señores de la alta nobleza; y no bien D. Luis estuvo en mi presencia, cuando volviéndose á los nobles y presentándoles el infante que en sus brazos conducia,

—Señores, esclamó: reconoceis en este niño al infante D. Sancho, hijo de D. Alfonso II de Portugal y de Doña Sancha su esposa?

Y todos respondieron:

—Reconocemos en el niño, que nos presentais vos D. Luis de la Trueba, la persona de D. Sancho II; porque hemos asistido á su bautismo, le hemos visto y conocido casi todos los dias que han trascurrido desde aquella época, y declaramos, como cosa cierta, que éste y no otro es el infante D. Sancho.

Entónces me le presentó, pero yo no quise recibirle sin que se le desnudase en presencia de todos, á fin de cerciorarme de su completa salud y bienestar, respecto á las partes corporales, á fin de que pudiesen verle los que presentes estaban; pero como el infante tosiera tres ó cuatro veces durante aquella operacion, no tuve dificultad en consignar en mi recibo, que me le habian entregado resfriado: despues estampé mi sello al lado de mi firma, cerré el recibo y le puse en poder de D. Luis de la Trueba; en seguida tomé en mis brazos al infante, y conduciéndole fuera de la ciudad, seguido de mas de seis mil personas que me acompañaron hasta el puerto, subí al navío, le puse en los brazos de su nodriza, la cual no debia perder de vista á las seis personas de que cuidaba Doña Ines, y todas lo firmaron, bendiciendo al mismo tiempo al heredero de la corona.

En aquel momento llegó á bordo un ugier de su alteza el rey de Sicilia, que conducia de parte de su amo dos vestidos de tisú de oro con destino al infante, y en seguida nos dimos á la vela: era el primer dia del mes de Abril del año de gracia 1218.

Llegué á Trapani, donde recibí cartas que me daban aviso sobre cuatro galeras armadas que cruzaban aquellas aguas, montadas por sarracenos de Africa, espiando las naves portuguesas, catalanas y genovesas, que en gran número cruzaban entre Cerdeña y Sicilia, y en su consecuencia reforcé mi navío, reuní los mejores armamentos y el mayor número de armados que me fué posible, y entré en alta mar, confiado en la bondad del Dios de los mortales, que vela sobre los reyes; y sin accidente alguno llegamos á la isla de S. Pedro.

En aquella primera travesía, ni el infante, ni ninguno de los que le acompañaban, padeció enfermedad de ninguna especie.

Permanecimos 27 dias en la isla, y habiéndose reunido á nosotros cuatro bastimentos catalanes y genoveses que llevaban nuestra misma direccion, proseguimos nuestro viaje un domingo por la mañana, despues de haber oido misa en tierra.

A los tres dias de camino fuimos asaltados por una terrible tempestad; subí al puente del barco y dí las órdenes que me parecieron oportunas; despues recordé al piloto, que ademas de nosotros humildes pecadores, pensase en el real y precioso depósito que á su bordo llevaba; y el contramaestre respondió que haria cuanto estuviese de su parte para salvar al infante, despues cuidaria de nosotros, y últimamente se salvaria á sí mismo. Bajé en seguida á la cámara de las mujeres para ver el estado en que se hallaban, y todas estaban enfermas, unas atacadas del mareo, tendidas y en un estado cadavérico, y otras poseidas del terror daban gritos espantosos é imploraban la divina misericordia. Busqué á la nodriza, y la encontré recostada en una alfombra, con los ojos cerrados y en un completo estado de insensibilidad; habia abandonado al infante, que revolcándose

por el suelo daba agudos gritos; le tomé en mis brazos, busqué una persona á quien confiarle, pero como todas las mujeres, inclusa la esposa de D. Berenguel de la Sarria, estaban imposibilitadas de poderlo verificar, no tuve otro remedio que encargarme de él. La tempestad seguia, y en vez de aplacarse crecia con violencia; mandé, pues, á los hombres de la tripulacion, que no estaban ocupados, que se pusiesen á orar, permaneciendo yo con el infante en mis brazos resuelto á salvarme ó perecer con él; éste lloraba demasiado, y no pude ménos de creer que era el hambre mas bien que el mareo, la causa de aquellas lágrimas; me senté próximo al palo mayor, hice venir la cabra, puse sus ubres en los labios del niño, cesó de llorar y solo se ocupó en satisfacer su apetito.

La tempestad duró todo el dia y toda la noche; en aquel intervalo no abandoné un momento siquiera al hijo de mi soberano, manteniéndole en mis brazos cuando dormia y aproximándole á la cabra cuando percibia la menor incomodidad en sus movimientos. Dios permitió que no fuésemos atacados del mareo; apareció finalmente la aurora, el tiempo empezó á serenarse, lo que me causó un júbilo indecible, porque nuestro navío empezaba á hacer agua, y porque tres de los bastimentos que nos acompañaban habian sido sepultados en las ondas.

Desde entónces el viento nos favoreció, y 15 dias despues llegamos á Mafia en Estremadura.

No bien pusimos el pié en tierra cuando noticié á la reina madre, que á la sazon se hallaba en Coimbra, mi feliz desembarco en Malia con la persona de su nieto, y que me pondria en marcha para salirle al encuentro así que el infante tomase algun descanso. El tiempo estaba algo lluvioso, mandé construir una litera, cubriéndola con un lienzo encerado para que no se calase con la lluvia; la forré de terciopelo carmesí; coloqué en ella un magnífico colchon; vestí al infante con uno de los vestidos bordados con que el rey de Sicilia le obsequió, y acompañado de su nodriza y sostenido por 20 hombres, emprendimos nuestro camino: al segundo dia, cuatro leguas ántes de llegar á Leria, encontramos á D. Raimundo de Sagardia, con 10 caballeros que nos eran enviados por las dos reinas, es decir, por la reina viuda de Portugal y por la de Mallorca su hija, y de esta suerte proseguimos nuestra ruta. Llegamos á la vista de Pombal, teniamos que atravesar una rambla, los mas notables de la villa salieron á recibirnos, y tomando las andas de manos de los que las llevaban, pasaron la rambla sin ninguna incomodidad de parte del infante, que solo lloró dos ó tres veces al dia durante nuestro viaje.

A las puertas de la ciudad de Coimbra, y delante del puente formado sobre el Mondego, encontramos como en Pombal, á los cónsules y prohombres de la villa acompañados de cuatro ugieres, los que habian salido á recibirnos y que re-

levaron á los que conducian la litera, y entramos con grandes aclamaciones en la ciudad; nos dirigimos despues al castillo de la reina abuela del infante y de la de Mallorca su tia, y las dos colocadas en la mas alta torre, aguardaban nuestro arribo, y no bien vieron que nos aproximábamos al castillo, cuando bajaron á recibirme. Entónces, continuó el anciano, cuyos ojos se llenaban de lágrimas al recordar sus anteriores dichas, me arrodillé, besé las manos de las reinas é hice que el infante besase la de su abuela. Ésta quiso tomarle en sus brazos, pero dando yo un paso atras lo evité diciendo: «Señora, salvo vuestra gracia y vuestra merced, os suplico que no lleveis á mal lo que hago; no espereis que entregue en vuestro poder al infante mi Señor sin exigir un recibo en buena forma, y concebido en los mismos términos que el que estendí cuando me encargaron su conduccion; de otra suerte todo es inútil, no tocareis al niño aun cuando fueseis la misma Madre del Verbo Divino en persona.» La reina sonriéndose me dijo que era muy justo lo que yo exigia, y le pregunté si se hallaba entre los que presentes estaban algun teniente de rey, á lo que me contestó afirmativamente, haciendo al mismo tiempo que se presentase; en seguida requerí la presencia del bailío y cónsules de la ciudad de Coimbra.

—*Aquí están*, respondieron.

Pedí entónces un notario público, que no tardó en dejarse ver, puesto que todos los que ejercian algun cargo ó empleo en la ciudad se hallaban presentes á la ceremonia, ademas de un considerable número de caballeros y personas notables; y cuando todos estuvieron presentes hice venir á la Sra. Doña Ines de Adri, á las dos nodrizas y á las seis mujeres que me habian acompañado, y les hice tres veces la siguiente pregunta:

«¿Reconoceis en el niño que tengo entre mis brazos al infante D. Sancho, hijo de D. Alfonso II rey de Portugal, y de Doña Sancha su legítima esposa?»

Todas respondieron que sí, de lo cual pedí testimonio al notario. Despues de esto pregunté á la reina abuela:

«¿Creeis, Señora, que el niño que tengo entre mis brazos es el infante D. Sancho, hijo de D. Alfonso II rey de Portugal?»

Tres veces le hice esta demanda y otras tantas me contestó: «Sí», de cuya palabra pedí tambien un segundo testimonio; en seguida continué:

«Señora, en nombre vuestro, en nombre del rey D. Alfonso y en el de Doña Sancha, declaradme aquí en presencia de estos señores, como buen caballero y leal vasallo, y consideradme exento del depósito que se me confió y de la comision que lealmente acabo de evacuar.»

La reina me respondió:

—Dios sabe que no creo exista un caballero, no digo en Portugal, pero ni en Castilla, ni en toda España, ni en cuanto alumbra el Sol, mas cumplido y leal que D. Martin de Freytas.

Volvíme entónces á los concurrentes, y les pregunté si habian escuchado las palabras de la reina, y si tendrian dificultad en prestar de ello juramento en caso necesario. Quedaron conformes; y yo exento de mi responsabilidad, y evacuada mi comision, deposité en brazos de la reina abuela la persona del infante su nieto: despues de lo cual, y á consecuencia de la órden del rey D. Alfonso, reuní doscientos infantes y cincuenta caballos mantenidos y equipados, no con el oro del rey de Mallorca, sino con el producto de mis tierras, y sin perder tiempo marché á Palestina á reunirme con su alteza.

Ya sabeis, prosiguió el anciano, la causa de mi exagerado amor hácia el rey D. Sancho; me ha causado tantas penas y hecho esperimentar tantos trabajos, que no puedo ménos que amarle como á hijo, aun cuando él no me haya jamás mirado como padre.—

No bien habia concluido estas palabras, cuando la puerta de la cuadra se abrió, apareciendo en su dintel un heraldo; venia cubierto de polvo, y era el mismo que habia tocado su bocina á la puerta del castillo, cuando se hallaba D. Martin de Freytas en la mitad de su narracion. No bien se presentó, cuando el anciano caballero se puso en pié é hizo seña para que se aproximase; pero el mensajero permaneció inmóvil en la puerta y haciendo señal para que todos guardasen silencio, esclamó:

—Vos, D. Martin de Freytas, gobernador del castillo de la Horta, y vosotros todos caballeros, escuderos y ciudadanos, escuchad:

«Habiendo sido declarado indigno de la corona que deshonraba el rey D. Sancho II, ha dispuesto el Señor por conducto de los nobles confederados, que sea depuesto cual merece y ocupe en su lugar el trono su hermano D. Alfonso III.»

«En su consecuencia, los nobles confederados me envian á vos, D. Martin de Freytas, y á todos los gobernadores de todos los castillos, plazas y fortalezas para eximiros del juramento de fidelidad que prestasteis en manos de D. Sancho II en otro tiempo rey de Portugal.»

—Caballero, contestó el de Freytas, atañe á otros, no á mí, la exencion del juramento que me dispensais en nombre de la confederacion, y os digo le contesteis que solo en manos de D. Sancho, á quien siempre reconoceré por mi soberano, entregará D. Martin de Freytas las llaves del castillo de la Horta.

El heraldo prosiguió su camino; D. Martin salió tras él, mandó cerrar las puertas, y doblar las centinelas.

(Se continuará.)

Novelita original de Achille Gallet,

TRADUCIDA POR D. J. MONTADAS (1).

(Continuacion.)

III.—*El Dr. P..*

—El caballero P..? preguntaba yo al portero de un magnífico palacio.

—En la primera sala, encima del entresuelo, á mano derecha.

Llegué, pues, y saludándome cortesmente, me hizo entrar en su gabinete. Era un hombre de 40 á 45 años de edad, condecorado con la cinta de la legion de honor, el cual me pareció al pronto una persona cócora é impertinente.

—¿Qué me mandais?, dijo sin dignarse decirme que tomase asiento.

—Caballero, se trata de Mis Clara Osborn.

Este nombre produjo un efecto mágico en el rostro del grave doctor.

—Comprendo..., dijo con voz balbuciente, y pálido como la cera; deseais adquirir algunas noticias acerca de esta Señorita.... Y qué, ¿no sabeis que está loca, completamente loca; que este frenesí ha sido judicialmente probado, y jurado ademas por sabios médicos?.... que yo mismo....

—Sé, caballero, que se ha sorprendido la conciencia de los magistrados y comprado vilmente la vuestra.... Conozco todo el enlace de este horroroso drama; pero, creedme, es imposible equivocarnos; Mis Clara es una víctima injusta y.... vos lo sabeis.

—Os juro....

—No jureis, caballero; repito que he visto á Mis Clara, que le he hablado.... que no está loca!....

—Pero, Señor!

—Caballero, si despues de oirme creeis que he sido calumniador, estoy dispuesto á ofreceros la satisfaccion que gusteis.

Esto acabó de ponerle seguramente mas consternado.

—Os prevengo, señor, que no aceptaré semejante invitacion; yo curo á los hombres, pero no los mato.

—Es decir que sois, lo que nunca hubiera creido, tan vil como infame; pero volvamos al objeto de mi visita.

—Hablad, señor, hablad, dijo el doctor, temblando de cólera.

—Escuchad. Se han encontrado dos hombres que, convencidos de que Mis Clara Osborn era víctima de la bajeza de dos malvados, se han reunido para salvarla. Yo soy uno; he elevado mis quejas á los magistrados; éstos me han comprendido, y mañana la causa de la inocencia

— —

(1) Por causas independientes de nuestra voluntad, no ha podido tener lugar hasta hoy la continuacion de esta novela.

y de la desgracia, está citada á la vista en tribunal pleno, y por consiguiente entregados los perseguidores al oprobio é infamia que merecen.

—Y bien, ¿qué me importa eso?, dijo dando fuertes golpes en el sillon sobre que estaba sentado, ¿á qué fin son esas amenazas; decid, en una palabra, qué pretendeis de mí?

—Nada que no sea honorífico.

Saqué, pues, de mi cartera un escrito que le presenté, el cual recogió vivamente, pasándole por la vista y arrugándole en seguida entre sus manos, esclamó:

—Jamás firmaré esto.... jamás declararé que Mis Clara no es loca.... salid, caballero, salid de mi casa ú os haré arrojar de ella vergonzosamente.

—Os atreveriais! le respondí sacando dos pistolas y ofreciéndole una.

Mr. P.. dejó caer su cabeza entre las manos, y despues de un corto silencio, levantó hácia mí sus ojos, en que brillaban la rabia y la desesperacion, y me dijo:

—Y bien, ¿qué es preciso hacer?

—Voy á dictaros, escribid: «Certifico que Mis Clara Evelina Osborn está hoy radicalmente curada de los síntomas de enagenacion mental, por cuya causa espedí certificacion, haciendo constar su locura.»— Ya veis que soy generoso.... pongo á cubierto vuestra bajeza.

—¿Esto es todo? dijo pasmado el doctor.

—Añadid: «Igualmente certifico que Mis Clara está actualmente en estado de disponer de su libertad y de sus bienes sin tutela de ninguna clase.» Ahora firmad.

Dudó un momento, pero firmó; y al entregarme el escrito, díjome con una mirada terrible.

—Guardaos bien de volver á pisar mi casa!

IV. — *El tribunal.*

Un concurso inmenso ocupaba los vastos salones del palacio real. Jamás se habia visto reunion mas numerosa, ni mas brillante, invadir el sagrado recinto de la justicia, porque hacía ya cuatro dias que se discutian la esclavitud ó la libertad, la vida ó la muerte de Clara; y esta causa, fértil en incidentes dramáticos, en emociones diversas, despertaba hasta el mas alto grado el interés y la curiosidad pública. Penetremos, pues, en el recinto del tribunal, y veamos lo que pasaba allí el dia 4 de febrero de 1838. Lord Osborn acababa de presentarse. La osadía que aparentó este miserable en sus primeros interrogatorios parecia haberle abandonado enteramente: su rostro lívido estaba como marcado con el sello de la fatalidad: sus ojos negros y encubiertos por las espesas cejas que los dominaban, lanzaban rayos; y sus facciones alteradas por la inquietud disimulaban la terrible ira que de él se apoderaba cuando sus ojos encontraban á los de su víctima, que, sentada frente de él y pálida como la muerte, conservaba sin embargo en su actitud toda la resignacion de la inocencia y la desgracia. Mi amigo Julio tambien estaba allí,

sentado en medio de un numeroso grupo de personas, contando con su natural aire de importancia lo que sabia de la triste historia de Clara. Tal era el cuadro en su primer término: en el segundo la concurrencia enternecida y en el mayor silencio, y los abogados de ámbas partes reuniendo todas sus fuerzas para el combate decisivo. El abogado de Mis Clara habló primero; su causa era justa y se aprovechó bien de esta poderosa circunstancia: su discurso fué ciertamente una obra maestra de elocuencia y de arrebato. Nunca ha hecho derramar tantas lágrimas ningun héroe de drama como arrancó del público enternecido el célebre abogado B..., improvisando, con todo el calor de la conviccion, delante de tan respetable asamblea y de la jóven Clara, cuyas mudadas facciones eran por sí solas otros tantos incontestables argumentos. Cuando acabó, se creia imposible responder á cargos tan graves, tan precisos, y tan lógicamente probados. Pero la lucha era terrible; y si bien al defensor del acusado no le era dado en aquella ocasion el poderoso ascendiente de hacer derramar lágrimas y conmover fuertemente los corazones, tenia á su favor la autoridad del anterior juicio y las pruebas presentadas por un hombre competente, como lo era el doctor P.. Preparó y manejó, pues, sus medios de defensa, como célebre orador que era, fundándose mas particularmente en las declaraciones del referido médico; aquí era, pues, donde debia decidirse la cuestion. Cuando Mr. B... se aseguró de que su cólega habia sacado todo el partido posible de sus fuerzas, hasta cambiar la idea de los magistrados, como hace un general que destruye de un golpe todas las combinaciones de sus enemigos, levantóse y pidió vénia para leer un documento interesantísimo: era la retractacion de Mr. P.. La lectura de este papel produjo el efecto de un rayo: fué general la indignacion. La cabeza de Lord Osborn, un poco elevada ya con la seguridad del triunfo, volvió á caer contra el pecho, y su defensor aterrado esclamó: «estamos vendidos, perdimos esta causa.»

Entónces preguntó el presidente si Mis Clara tenia alguna cosa que añadir á lo espuesto por su abogado.

—Sí señor, respondió.

Sucedióronse momentos de silencio. Mis Clara se levantó, y con términos sencillos, pero espresivos, contó todo lo que habia padecido. Despues elevando su frente con nobleza.....

«Os han dicho que estaba loca, señores! Un digno jurista ha apurado, por decirlo así, todos los resortes imaginables, no hace un momento, frente de mí, para probar que debia haber perdido la razon.... ¡Y yo he escuchado todo esto con calma y sangre fria! Yo no he dicho á ese hombre que se erige hoy en juez é intérprete de mi verdugo: «Mentís, yo no estoy loca.» No, señores; he sufrido mucho, he llorado mucho para que me aterre la iniquidad en cualquier lugar donde la encuentre. Cuatro años de una eterna tortura me han dado la esperiencia de la

vida; y no porque las lágrimas hayan secado ya mis mejillas, no porque la desesperacion haya helado la sangre de mis venas y encanecido mis cabellos á los veinte años, es fuerza callar. Señores, la acusacion presentada otra vez contra mí es tan absurda, como infame; ni puede ya sorprender vuestras conciencias, ni engañar vuestra justicia. No soy, como pretenden haceros creer, una loca peligrosa en la sociedad, inútil en el mundo, sino una pobre flor marchitada indignamente, sin razon condenada, y que de vosotros reclama rehabilitacion y justicia.

Ciertos murmullos de compasion ocupaban á la asamblea: todos lloraban, y al dirigir mi vista hácia Julio, éste me decia, enjugando sus lágrimas: «¡Admirable!»

Despues de un corto interrogatorio del abogado general, el presidente declaró que las discusiones eran secretas, y en su consecuencia pasaron los jueces á la cámara de las deliberaciones.

—Amigo mio, dijo Clara apoyando su brazo sobre el mio, ¿qué os parece que deba yo esperar?

—La libertad, respondí yo.

Aun no habia vuelto en sí el público de la viva emocion que le causaron las últimas palabras de Mis Clara, cuando los jueces entraron en la sala y el presidente habló así:

«En atencion á que está suficientemente probado que Mis Clara Evelina Osborn goza de toda su razon; á la declaracion de Mr. P.., doctor en Medicina, dada en 30 de Enero último, que asegura esto de un modo terminante y positivo; á que Mis Clara es mayor de 25 años: la sala ordena que sea puesta en libertad completa, y que todos los bienes muebles y raices que hacen parte de la sucesion y herencia de su padre, le sean inmediatamente entregados.»

Y volviéndose hácia Lord Osborn, que estaba como petrificado: «andad, le dice; la ley os absuelve, pero el Cielo castiga á los parientes desnaturalizados.»—El público repetia con asombro estas últimas espresiones.

(Se concluirá en el núm. próximo.)

TEATRO PRINCIPAL.

Esta noche se pondrá en escena el drama histórico en cinco actos y en verso, original de D. J. L. Figueroa, titulado *Isabel de la Paz*. En el número venidero darémos nuestro parecer acerca de la primera produccion de un jóven tan ventajosamente conocido en la república de las letras.

INDICE. — Autómata celeste: la esfera movible. — La Pompa; *poesía*. — El Cementerio en las ruinas: *fragmento de un viaje por Estremadura* — Tus miradas: *A C.; poesía*. — D. Martin de Freytas; *novela histórica; continuacion*. — Novelita original de Achille Gallet; *continuacion*. — Teatro Principal.

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,
calle de S. Francisco, núm. c 58.

NÚM. 8. JUEVES 20 DE FEBRERO DE 1840.

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

ANTIGÜEDADES.

SEPULTURAS DE LOS ROMANOS.

Los romanos se conformaron con los usos de las naciones que poblaron la Italia, ó siguieron el camino que les trazó la naturaleza, enterrando los muertos. Numa tuvo su sepulcro sobre el monte Janículo, que entónces no estaba en el recinto de la ciudad, y los reyes que le sucedieron tuvieron el suyo en el campo de Marte entre el Tíber y la poblacion. Las vestales gozaban de la prerogativa de ser enterradas dentro de la ciudad; pero las que quebrantaban el voto de castidad que habian hecho, eran enterradas en un campo que, tomando el nombre de este pecado, fué llamado *campo del delito*. Los generales participaron luego de este honor, que se estendió finalmente á los principales de la nacion; pero la ley de las doce tablas corrigió estos abusos, prohibiendo que nadie fuese enterrado dentro de la ciudad. Por los mismos términos de la ley: *hominem mortuum in urbe ne sepelito, neve urito*, se da á entender que los romanos enterraban ó quemaban sus cadáveres; y con efecto, esto se verificó despues del siglo IV de la república, pero fué acordado enterrar una pequeña porcion del cuerpo.

La nueva práctica de la combustion hizo pensar á los romanos en defender la ciudad de los incendios y de las exhalaciones de los cadáveres espuestos á la accion de las llamas. La ley, pues, ordenó que las sepulturas y las combustiones sobredichas se ejecutasen en campo raso; y no solo el cuidado de la salud pública precisó á los romanos á tener sus sepulturas distantes de la ciudad, sino tambien las máximas de su religion. *Corpus*, dice el jurisconsulto Paulo, *in civitatem inferri non licet, ne funestentur sacra divinitatis*. Los emperadores Diocleciano y Maximiano hicieron la misma prohibicion en la ley XII del código sobre los lugares sagrados, *ne sanctum municipiorum jus polluatur*. Esta opinion tuvo el mismo valor entre los emperadores cristianos, como es de ver por la ley del emperador Teo-

dosio. Por desperdiciarse los campos propios para el cultivo por causa de las sepulturas que se hacian en ellos, dejaron los romanos de hacer nuevas sepulturas en las campiñas. Las familias mas ilustres, como los Metelos, los Cláudios, los Scipiones, los Servilios, los Valerios &c. fueron enterrados á lo largo de los caminos. De aquí tomaron orígen los nombres de *via aurelia*, *via flaminia*, *via apia*, *via laviniana &c.*

El pueblo romano tuvo tambien hogueras públicas, que se llamaban *ustrinæ*, y sepulturas comunes que se llamaban *puticuli*, que eran unos hoyos profundos á manera de pozos en donde echaban los cadáveres de la gente popular. *Hoc miseræ plebi stabat communes sepulcrum (Horacio).* El cadáver de Domiciano fué llevado á la *via latina*, el de Septimio Severo á la *via apia*, y el de otro emperador á la *laviniana*. Pero el privilegio que siempre tuvieron las vestales de ser enterradas dentro de la ciudad hizo que esta honorífica distincion, que lisonjeaba el amor propio, se estendiese otra vez á los generales que habian recibido los honores del triunfo, á los sacerdotes, y despues á todos los ministros del culto público, hasta que el emperador Adriano se vió precisado á prohibir de nuevo los entierros dentro de las ciudades.

SEPULTURAS DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.

Las tres naciones de que se formó la primitiva Iglesia hallaron la práctica del entierro establecida en ellas por los dogmas de su religion y por las leyes de su pais. Los principales y los ricos fueron los únicos que adoptaron la combustion. El enterrarse fuera de las poblaciones fué una obligacion que comprendia á todos, de modo que hubo pocas escepciones, y aun éstas no se concedieron al pueblo ni á los que morian sin hallarse revestidos de alguna dignidad. Ananías espiró á los pies de S. Pedro, y algunos cristianos se llevaron el cadáver y le enterraron cerca del cuerpo de Safira su esposa. El diácono S. Estéban fué enterrado por los cristianos, y aunque no consta el lugar, es probable, segun el testo de S. Lúcas, que lo fuese en el paraje donde fué apedreado; esto es, fuera de la ciudad.

Las persecuciones que sufrieron los cristianos aumentaron el número de los Santos Mártires. Con esto los fieles se vieron rodeados de un prodigioso número de cadáveres, espuestos al desprecio y á los insultos de los paganos. Procuraban recogerlos y conducirlos á casas particulares para llevarlos de noche á las sepulturas públicas, ó á las catacumbas: éstas eran unos subterráneos en las cercanías de Roma, destinados, segun algunos, para sepultura de los paganos, los cuales las abandonaron despues. S. Gerónimo iba todos los domingos á visitar estos lugares fúnebres y tenebrosos, y dice: «cuando me hallaba en aquella profunda oscuridad, me parecia que se verificaban en mí las palabras del Profeta: *descendit in infernum vivens.*» Habiéndose aumentado el número de los fieles, no fué menor el de sus mártires, de modo que las primeras sepulturas no eran ya suficientes para los entierros, y entónces fué cuando algunos romanos piadosos y recomendables, que habian abrazado la Religion Cristiana, cedieron vastas porciones de terreno que destinaron á este fin. Tal fué el orígen de los cementerios, de los cuales habia mas de cuarenta en las cercanías de Roma, cuyos nombres nos han conservado las historias eclesiásticas. En los tres primeros siglos de la Iglesia, las circunstancias dificiles en que se hallaron los cristianos, y su situacion relativa al gobierno y á la legislacion de los Césares, les precisaron á conservar el estilo que habian practicado desde el principio del Cristianismo. Finalmente, el emperador Constantino habiendo abrazado nuestra Religion puso la paz á la Iglesia. Entónces los cementerios fueron adornados con el mayor cuidado, y despues todos fueron convertidos en templos particulares. Al cabo de poco tiempo fué preciso construir tres cementerios á lo largo de los mismos caminos, en los que se veian ántes los sepulcros de las ilustres familias romanas.

La Iglesia, por un motivo de agradecimiento, concedió al emperador Constantino que fuese enterrado en el pórtico de la Basílica de los Santos Apóstoles, que él mismo habia mandado construir, cuya concesion se tuvo por un testimonio muy notable de honor y distincion. Otros sucesores de Constantino obtuvieron el mismo honor, el que por mucho tiempo fué privativo de los príncipes que se declararon protectores de la Iglesia. La analogía entre el imperio y el sacerdocio hizo que los obispos gozasen tambien de este privilegio. Varias iglesias no habian concedido esta distincion, cuando en otras la disfrutaban ya todos los sacerdotes, y despues tardó poco en estenderse á los seglares mas respetables. Siendo los obispos árbitros de estas disposiciones, se comprende por qué dicha distincion se lograba en unas partes mas fácilmente que en otras.

Aunque despues de esta época la práctica de enterrar dentro y fuera de las iglesias y poblaciones tuvo algunas amplificaciones y restricciones, con todo, se ve claramente que las constituciones eclesiásticas, los decretos pontificios y la tradicion inviolable que las gentes se gloriaban de observar, todo se dirigia á preservar las poblaciones de la infeccion de los cadáveres. *Imperatores cristiani*, dice Van Espen, *sanitatem, civitatum violari credebant per corpora mortuorum, quod nimio suo fœtore civitates infecerunt.* Pero finalmente, la práctica dominante llegó á abatir la ley, y la prerogativa, que en otros tiempos estuvo reservada á los emperadores, fué comun con la gente de la ínfima plebe; de modo que lo que primitivamente habia sido una distincion, se hizo despues un derecho comun.

D. G. Robles.

LA INDECISION.

Pensamientos de amor y de tristeza!
Por qué me perseguis? por qué en la mente
Continuo reluchando estais ahora
Un infierno encendiendo aquí en mi frente?
¿Por qué el pesar que el corazon devora
Atroces recordais? Harto llenasteis
De cruel indecision el pecho mio:
Harto he regado con ardiente lloro
La horrible huella que al pasar dejasteis!
Si la tristeza, si el dolor inspira,
Del mortal compasivo que me escuche
El llanto harás verter, adusta lira!
Y tú, mujer, que de pasion el fuego
Internaste en mi pecho, presta oido
A las quejas amargas que profiero:
Acaso juzgas que en eterno olvido
Arroje la pasion que me inspiraste;
Acaso juzgas que en serena calma
Una dulce existencia me dejaste:
Acaso juzgas que en mi pecho cupo
La cruel indiferencia! y tú me adoras?
Yo te adoro tambien; ¿por qué indeciso
En vez del negro infierno de pesares
No gozamos de amor un paraiso?
Hubo ya un tiempo en que al amargo llanto
Las horas consagré; mas ese tiempo
Horas tuve tambien de gozo henchidas,
Y al elevar mi doloroso canto,
Un rayo de esperanza iluminaba
La frente del cantor: allí perdidas
Mis tristes voces por los verdes prados,
Mis acentos de muerte por los bosques,
El eco luego los volvia afanoso
Con la dulce esperanza embalsamados.
Y tú tambien allí, tú que causabas
Mi triste padecer, con grato acento

El mismo padecer desvanecias:
Oh! que es terrible en tan atroz tormento
Un aura respirar emponzoñada!
Oh! que es placer inconcebible, inmenso,
Escuchar el acento de una diosa,
Por ella ver la pena mitigada!
Mas hora nó; la condensada bruma
Que el mar levanta á la celeste esfera,
En tanto mueve su sonante espuma,
Mil nubes forma que circundan tristes
Mi ensordecida frente; lastimera,
Lastimera cancion entono ahora
Sin mezcla de placer; doliente, lúgubre
Como el crudo pesar que me devora.
En esta playa dó la cruel tormenta
Sus furores duplica, donde suena
El eterno mugir de roncas ondas,
Se aumenta mi dolor; mi tardo paso
Deja huellas dolientes
En la aridez de la desierta arena.
Y tambien hasta aquí llegan tus ecos,
Seductora sirena,
Sí, tus ecos de amor; que aun late ardiente
Tu pecho por mi amor, cual late el mio;
Tú, mi pasion, mi vida! el pensamiento
Arrastrando mi afecto á su albedrío
Se detiene ante tí; crudo tormento
A mi pecho le da; sábelo, hermosa;
Cuando las sombras que mi sien rodean
Se duplican, y llega pavorosa
La oscura noche que á mi afan conviene,
En tu rostro de amor sueño despierto
(Que imposible es dormir cuando se llora
Por cruel indecision); y te presentas
A mi turbada vista, y mil protestas
De un encantado amor allí profieres;
¡Incrédulo de mí! ¿por qué la duda
A turbar viene siempre los placeres?
Hay un mortal á quien infiel juraste
Un amor ardoroso, y no le amabas;
Mas tú se lo juraste; el juramento
En alas de tu voz dulce y canora

Fué levantado á la mansion del viento
Y escuchado por mí; ¿no sospechabas
En tu grata ilusion que yo lo oia,
Y el tierno corazon me desgarrabas?
Tú deploras tu error; tambien deploro
El infando dolor que me causaste;
Tambien deploro mi rencor; mas lleno
De indecible pasion el pecho mio,
Ya escucho al Aquilon bramar impío,
Ya miro al cielo plácido y sereno.
¡Y qué! ¿he de estar por siempre condenado
Al crudo padecer? el cielo mismo
Y el Sol y las volubles estaciones
Debieran aliviar mi triste pecho;
Yo pensar en las puras blancas flores
Y olvidar mi dolor; mas no le olvido
Como tampoco olvido mis amores.
Y negros pensamientos se acumulan
En mi frente ardorosa; ¡huid! ahuyente
Ese viento que mece mis cabellos
Tan tristes pensamientos de mi frente!!

F. DE UZURIAGA.

LA CAUSA DE MI AMOR.

SONETO.

Este amor que mi frágil existencia
Con bellos hilos de oro ha revestido,
Fuertes nudos formando en su tejido,
No le inspiró, VIRGINIA, tu inocencia:
No el encanto de dulce adolescencia
Que el tímido pudor ha embellecido,
Ni tus lánguidos ojos que han herido
Pechos que en vano imploran tu clemencia:
No tu beldad florida, ni el nevado
Seno naciente que se agita y mueve,
Cual terso arroyo que el gilguero pisa:
No el nítido cabello ensortijado
Que besa en largas crenchas aura leve.....
Sí los hoyuelos de tu blanda risa.

T.

INES,

CUENTO DEL SIGLO XVII,

original de

D. Manuel Cañete.

I.

Una confianza en la Alameda Vieja.

Cond. .....
Llama.
Fin. Obedecerte quiero.
Cond. Eso, Fineo, es servir,
Que un criado ha de advertir,
Mas no ha de ser consejero.

ALARCON.
(El Tejedor de Segovia.)

En una estrecha, oscura y poco frecuentada calle de Sevilla, vivia por los años de 1645, una jóven dotada de una belleza estraordinaria y de un alma pura y candorosa, hija de un caballero que, si bien era de una esclarecida nobleza, lo aciago de los tiempos y las desgracias que habia esperimentado le tenian, no sumergido en la miseria, pero reducido á bienes bastante escasos para poder proporcionar á su hija, á quien amaba tiernamente, una educacion tan esmerada como quisiera.

Llamábase este anciano D. Rodrigo Valenzuela, y la jóven, Ines; la cual enamorada de un mancebo de elevada alcurnia, que tenia por nombre Fernando de Osorio y Gomez, gallardo y apuesto en demasía, y de quien era adorada con delirio, vivia feliz al lado de su padre y disfrutando las caricias inocentes de su amante.

Un hombre rico y de la primera nobleza, D. Pedro de Orozco, descendiente de los Sres. de Santa Olalla, amaba tambien á Ines, aunque en secreto, y no podia ménos de mirar con indignacion el amor que la profesaba D. Fernando, de quien pensaba deshacerse á cualquier precio, con el fin de lograr el objeto de su pasion impura. Este hombre, que abrigaba en su pecho sentimientos propios tan solo de un alma la mas ruin, era mirado en Sevilla con temor, por su siniestro aspecto, y porque, á imitacion del genio del mal, su aliento marchitaba las flores que le percibian, y su presencia era presagio de desdichas.

Una tarde se hallaba paseando por las hermosas calles de la *Alameda Vieja*, con un criado de su confianza, y se conocia por la reserva que usaba, y por sus ademanes misteriosos, que algun designio horrible estaba meditando, y que daba órdenes á su criado, que esperaba fuesen ejecutadas al momento: era entre dos luces, y una brisa fresca y apacible, soplando dulcemente en

aquella hermosa alameda, bajo aquel cielo tan puro, mecia las hojas casi secas de los frondosos álamos, que al leve empuje del viento caian sin vigor, formando un ruido leve, pero que atraia á la mente pensamientos tristes: era una tarde de otoño, y la Luna, que tan clara es en Sevilla, empezaba á lanzar sus plateados destellos por entre las ligeras nubecillas que parecian querer empañar su diamantino brillo.

—Es indispensable (decia D. Pedro á Ruiz, su favorito); es indispensable que yo la vea, que yo la hable, que le declare esta pasion que no puedo contener dentro del pecho.

—¿Pero no considerais, señor, lo arriesgado de esa empresa? ¿No conoceis que eso es imposible?

—¡Imposible! ¿por qué? ¿No la amo yo? ¿No ha logrado despertar en mi pecho una pasion que no he sentido por ninguna otra; una pasion que me devora, y que es fuerza que yo le declare, para que me corresponda con su amor? ¿Acaso podria despreciarme, á mí que la adoro con delirio, que pondré á sus pies mis títulos y mis riquezas, que daré por ella mi vida? Díme, Ruiz, ¿cuándo me has visto tú amar á una mujer con este amor tan verdadero, con este amor que solo Ines me ha podido inspirar; ella que es pura como un ángel, y como un ángel hermosa?

—Sí, mas vos no conoceis el carácter de esa jóven; vos no escuchais mas voz que la de vuestro corazon, que os dice: «necesito su amor,» pero Ines que apénas os ha visto, Ines, que ama á otro, no es fácil que lo olvide, solo porque vos le digais «amadme.»

—Por desgracia es verdad, pero ese otro no me estorbará mucho tiempo; ese otro dejará bien pronto de existir.

—¡Qué! ¿pensais acaso dar muerte á D. Fernando, á un jóven tan valiente, y que es tan digno de aprecio?

—¡Basta! si quieres conservarte en mi servicio, guárdate muy bien de contradecir á tu señor; yo no necesito consejeros, me basta con criados, y á éstos los pago para que ejecuten mis órdenes.

—Nunca creí que una observacion, que me pareció justo haceros, pudiese escitar vuestra cólera en tales términos; pero creo que mi señor D. Pedro de Orozco, tiene mas de una prueba de la fidelidad de su servidor Ruiz.

—En gracia de esa misma fidelidad perdono tu imprudencia, y reclamo tu atencion. Esta noche, cuando el reloj de S. Lorenzo haya dado la una, te dirigirás á la casa de D. Rodrigo, y me esperarás en su puerta con cuatro hombres armados; yo iré á buscarte y te diré mis proyectos; á esta hora acostumbra D. Fernando á retirarse, y en esta hora es menester que deje para siempre de existir.

—¿Qué habeis dicho, señor? en una noche de Luna, espuestos á ser reconocidos; ¿qué va á ser de nosotros?

—No temas; ¿ves con que rapidez van cruzando las nubes el vacío, cubriendo la faz brillante de la Luna, que bien pronto cesará de alumbrar? ¿No notas que el viento se va aumentando, y que aquel ligero relampago anuncia una tormenta, no distante á la verdad? Corre, Ruiz, corre á poner en práctica lo que te he dicho, y cuenta con cometer una indiscrecion.

D. Pedro se embozó en su ferreruelo, y se perdió á lo léjos en una de las calles que desembocan en la Alameda: Ruiz absorto, dijo:

—¡Quiera Dios que por bien sea! Y echó á andar sin saber adonde dirigirse.

II.

Los dos amantes.

La mano os tengo de dar,
Sin poner mi amor por obra;
Que no soy como el que cobra
Sin intencion de pagar.

TIRSO.

(El Celoso prudente.)

Serian como las 12 de la noche, cuando estaban en una sala decentemente amueblada, dos jóvenes, que por sus ardientes miradas daban á conocer su amor, y un anciano venerable, cuyos cabellos blancos y cuya tez arrugada demostraban que habia sufrido en su carrera algunas penas, si bien ahora se consideraba feliz al lado de su hija, pronta á entregar su mano al que era dueño de su corazon. Este anciano era D. Rodrigo Valenzuela, y los dos jóvenes, Ines y Fernando, que con toda la efusion de su cariño se entregaban á la lisonjera idea de los placeres que les aguardaban, cuando un sacerdote bendijese su union en los altares.

—¿No es verdad, decia Ines, que dentro de dos dias se va á celebrar nuestra boda, y que desde entónces serémos completamente felices?

—Sí, dentro de dos dias serás mia para siempre, porque Dios desde su trono presenciará nuestra union, y acojerá el juramento que harémos de amarnos hasta la muerte: ¡cuánta dicha nos está reservada! ¡cuánta ventura gozarémos! El matrimonio, léjos de ser una carga pesada para nosotros, nos será dulcísimo, porque nuestro amor es inmenso, porque la pureza de nuestra llama se conservará ilesa, y nada bastará á mitigar el ardor de nuestros pechos; ¡gozarémos, bien mio, un paraiso de amor en este suelo!

—Sí, yo no sé qué mágico poder encierran tus palabras, que me fascinan; cuando me hallo á tu lado creo estar en un Edem, y si te ausentas, mi corazon se cubre de tinieblas. ¿No es verdad, Fernando, que Dios ha formado nuestras dos almas, la una para la otra? ¿No es verdad que para tí no hay dicha cumplida si te hallas léjos de mi, como yo no soy completamente venturosa cuando estás distante de mi lado?

D. Rodrigo que leia en un libro antiguo lances y batallas, torneos y empresas amorosas, alzó los ojos y mirando á su hija tan bella, y á Fer-

nando tan galan, entregados á la esperanza, con todo el ardor de la juventud, esclamó:

—¡Oh! quiera Dios haceros tan felices como esperais serlo; quiera Dios tender sobre vosotros su benéfico manto, y apartar de vuestro lado las desgracias: sabe el cielo con cuánto amor lo solicita este anciano.

Esta esclamacion dicha á media voz, fué oida por los dos jóvenes, y Fernando contestó:

—Sí, padre mio; Dios atenderá vuestra súplica, porque Dios es justo y acorre al que le implora. Un porvenir risueño se despliega á nuestra vista; en él está escrito «¡Felicidad!» con letras de oro: felicidad para vos y para vuestros hijos.

En este instante el reloj de S. Lorenzo dió la una, y Fernando se dispuso á partir segun lo tenia de costumbre.

(Se continuará.)

A UNA MUJER (1).

Bella cual cándida flor
En el desierto nacida,
La que el Sol abrasador
La da con sus rayos vida,
¿Tú sabes lo que es amor?
Una pasion insensata
Que el hombre llama placer;
Pero es un dolor que mata,
Y un eterno padecer
Que hasta el sosiego arrebata.
Es sentirse el corazon
Abrasado en fuego ardiente;
Es gozar de una ilusion
Que no concibe la mente
Y que ofusca la razon.
Es estasiarse al mirar
Un idolatrado sér,
Y rendido contemplar
Los ojos de una mujer
Con sus acentos de amar.
Es en sus labios de rosa
Libar mil besos de amor;
Es mirar su frente hermosa
Cubriéndose de rubor
Al responderle amorosa.
Es ver sus gracias, y oir
Sus palabras de consuelo;
No es de un mortal su decir,
Porque es el decir del cielo
Que le hace al hombre sentir.
Yo te ví, vírgen, mas bella
Que las houris del Edem,
Mas que la radiante estrella
Que en noche oscura tambien
En el empireo descuella.
Eres hermosa, señora,
Cual primer sueño de amor,
O cual la naciente aurora
En que canta el ruiseñor
Las trovas con que enamora.

(1) Esta linda composicion nos ha sido remitida por un suscritor de esta ciudad.

Cual mariposa ligera
Bulliciosa entre las flores,
Cual la arrogante palmera,
Cual del dia los albores
En la verde primavera.
Eres la diosa que inspira
Y haces perder la razon
Al que estasiado te mira,
Pues mi encendida pasion
Con tus amores delira.

JUAN BELZA.

D. MARTIN DE FREYTAS.

Novela histórica.

(Continuacion.)

II.

Hé aquí lo que pasaba entónces entre D. Sancho II, y los grandes de su reino.

Reunidos los nobles en la sala del consejo, aguardaban que el rey se presentase para empezar las deliberaciones sobre los asuntos del reino, cuando abriéndose la puerta se dejó ver en la sala, no el rey, sino su favorito D. Hernando de Almeida, vestido de caza, con su cuerno en el cinto, y su látigo en la mano; el que puso en conocimiento de los individuos que allí se hallaban reunidos, que el rey de Portugal no asistiria aquella mañana al consejo, pues las ocupaciones de una partida de caza que habia preparado en sus tierras de Salzedar y Castel ó-Branco, no le permitian ocuparse en los negocios del estado.

Aquella mision, que evacuó el favorito con su acostumbrado aire de gravedad, fué seguida de un violento murmullo, no bien desapareció de la sala del consejo, producido por el descontento de los consejeros de la corona. Efectivamente, no podia haber elegido el rey D. Sancho para tan insolente mensaje á un mas insolente mensajero. D. Hernando, á quien habia titulado conde de Almeida, sin tener un nacimiento oscuro, era sin embargo de moderna nobleza, y por consiguiente tenido en poco por los de antigua alcurnia. Deciase que el hermano de leche de Alfonso Henriquez, primer rey de Portugal y abuelo de D. Sancho le habia traido en su compañía desde Borgoña su patria, cuando en 1228 despojó á su madre, Teresa de Castilla, de la regencia del reino, y se hizo titular conde, y proclamar rey de Portugal. Desde aquel tiempo, el hijo y nieto de Guimareus habian

servido al hijo y nieto de Alfonso Henriquez con fidelidad, es cierto, pero no con tanto mérito que hubiera sido digno de que el rey D. Sancho le pusiese al nivel de las primeras casas de Estremadura y le confiriese el dictado de conde de Almeida. Es cierto que la proteccion que le dispensaba no era sin causa, pero ésta era odiosa é infame á los ojos de los grandes. Tres años hacía que el rey estaba enamorado de María, hermana de D. Hernando, y se decia que la súbita elevacion del favorito habia sido medida en razon de la condescendencia de los amores del rey con su hermana; y aunque ésta viviese léjos de la corte, y á cubierto por consiguiente de toda intriga, como hacía tres años que se le habia abandonado el cuidado de los negocios, y caso que alguna vez se hubiera ocupado de ellos no habia sido sin descontentar á la nobleza, ésta habia envuelto en su aborrecimiento el puro amor de la hermana y el interesado favoritismo del hermano, de suerte que los labios que se abrian para maldecir al uno no podian cerrarse sin maldecir á la otra.

Y sin embargo, María estaba pura de toda mancha é inocente de tanto mal. En el retiro donde habia sido educada por su madre, y cerca de cuyo sepulcro habia querido permanecer, habia visto á D. Sancho sin saber que fuese rey; y como éste creyese haber hecho alguna impresion en el alma de la jóven habia exigido á su hermano D. Hernando, el silencio sobre su nacimiento y rango. María le habia mirado sinó como un igual suyo, porque humilde tanto como su hermano era orgulloso no habia olvidado como él su oscuro nacimiento, al ménos como un caballero, cuya nobleza no era tan elevada que interpusiese una barrera entre sus corazones. En aquella creencia le habia amado, y no fué sino al cabo de algun tiempo cuando D. Sancho le descubrió que era un rey la persona en quien habia depositado su amor.

El dolor de la desventurada María no tuvo límites: se consideraba ya deshonrada, y en todos sus recuerdos veia á las damas de los reyes maldecidas eternamente por los pueblos que les atribuian siempre las faltas que ellos cometian, y aun las desgracias inevitables de que el cielo era la causa. El rey D. Sancho para distraer su tristeza le habia propuesto conducirla desde Santaren á Lisboa, y darle allí un palacio, pajes y servidores; pero ella habia constantemente rehusado sus ofertas y preferido á tan brillante deshonra, aquella soledad donde podia, sinó amar sin remordimientos, llorar al ménos sin testigos; pero por muy oculta que María viviese en su oscuridad, no habia podido escapar de las miradas de los descontentos, que habiendo visto acrecentarse la fortuna é influencia de D. Hernando, habian investigado la causa de aquel estraño favor, y pensaban haberla encontrado en el amor de la hermana. Desde entónces, las faltas, debilidades é insultos del rey habian sido atribuidas á la desastrosa influencia de María; y como D. Sancho, débil y descuidado por naturaleza, habia confiado enteramente á D. Hernando la direccion de los negocios, se veia en el poder del hermano la influencia de la hermana, y maldecian el orígen de donde nacian, todavía mas que el poder que los agobiaba.

Despues de estos antecedentes no estrañará el lector el efecto que produjo en la asamblea de los nobles la aparicion de D. Hernando de Almeida en el dintel de la puerta misma por donde aguardaban que el rey se presentase; ademas de que el mensaje de que estaba encargado era de tal naturaleza, que en vez de disminuir los sentimientos de odio que cada uno abrigaba, no hizo mas que aumentarlos, no bien se ausentó de la habitacion. Aquella tempestad de palabras amenazadoras no duró mucho tiempo. D. Manrique de Carvajal estendió su mano, reclamó el silencio de la asamblea, y les habló en estos términos:

«Señores: el rey D. Sancho, que Dios conserve, ha disuelto nuestro consejo de hoy en su palacio. Invito, pues, á los que presente se hallan para un consejo de noche en mi misma casa. Allí elegirémos uno para que nos presida, y decidirémos lo que es necesario hacer por el honor de la nobleza y por el bien del reino. Miéntras se efectua hasta, señores, de voces que puedan comprometernos, basta de amenazas que puedan causar sospechas á nuestros enemigos. Serenidad, y juzgarémos con madurez: union, señores, y serémos invencibles.»

La asamblea se dispersó silenciosamente, y el rey que detras de un tapiz estaba oculto con D. Hernando de Almeida, los veia alejarse, creyendo encontrar sumisos y fieles servidores en los mismos que se habian convertido en rebeldes y conjurados.

Pasó la noche tranquila en la apariencia; nadie turbó el descanso del rey, ningun sueño repitió en sus oidos el eco de las terribles palabras que contra él se pronunciaban en el supremo consejo que se celebraba en casa de D. Manrique de Carvajal, y sin embargo todo fué discutido y aprobado, cual si desde el principio de las edades hubiese estado escrita su sentencia con una pluma de hierro en el eterno libro del destino.

A la mañana siguiente salia el rey de su cámara con botas y espuelas, dispuesto ya para montar á caballo, cuando se encontró con el Sr. de Leria, arzobispo de Évora, cuya presencia no dejó de importunarle, máxime cuando habia dado órdenes para que nadie se le presentase.

—Señor, le dijo el arzobispo, caiga sobre mí toda vuestra cólera, porque yo os he aguardado en este lugar á pesar de los pajes y servidores que han querido impedírmelo. Tenia que hablar á vuestra alteza de parte de los nobles de vuestro reino.

—¿Y qué es lo que quieren?, preguntó el rey.

—Desean saber si su soberano, en vez de asistir á una partida de caza, quiere dispensarles el honor de presidir el consejo. Los negocios que debieron tratarse ayer son muy ur-

gentes, y no pueden de ninguna manera retardarse....

—Señor arzobispo de Évora, respondió el rey; ocupaos por ahora en los réditos de vuestro arzobispado, que á Dios gracias es uno de los pingües no solo de Alentejo sino tambien de los del reino, y no me rompais mas la cabeza con vuestras demandas: dejadme hacer mi oficio de rey.

—Justamente soy enviado, señor, para deciros que un rey no debe abandonar las riendas del estado y pensar en diversiones, cuando los asuntos requieren medidas prontas y eficaces: soy enviado para deciros que esa debilidad y ese abandono que manifestais no puede ménos de seros funesto; el oficio de un rey es la direccion de los negocios políticos y militares, y no es de ninguna manera, señor D. Sancho, los placeres del amor y las partidas de caza.

—Y si desatiendo los consejos que os tomais el trabajo de darme en nombre de la nobleza ¿puedo saber, señor arzobispo, cuáles son las desgracias que caerán sobre mí?

—Una de ellas, señor, es que cuando volvais de visitar á vuestra dama, ó cansado de haber corrido tras un gamo, encontrareis las puertas de Lisboa abiertas para todo el mundo y cerradas para vos.

—Si tal sucede, replicó sonriéndose D. Sancho, me trasladaré á Coimbra. El Portugal es bastante fecundo en villas reales, y su corona tiene mas de un floron.

—Coimbra será cerrada como Lisboa.

—Iré á Setúval.

—Y le sucederá lo que á Coimbra.

—Decid á mis nobles, replicó el rey ya incómodo, que aun cuando hubiese tenido ganas de presidir hoy el consejo, retardaria sus deliberaciones cuando ménos una semana: tengo, por mi fé, una curiosidad bien grande, y quiero que cierren las puertas de mis ciudades.

—No tardará vuestra alteza en verlo, contestó el arzobispo de Évora.

Éste se inclinó ante el rey y salió con la misma calma y con la misma tranquilidad que habia conservado en la conferencia que tuvo con D. Sancho, cuya inutilidad acababa de reconocer.

El rey por su parte montó á caballo, y acompañado de su favorito atravesó la ciudad sin notar cambio alguno, dirigiéndose en seguida á Santaren donde residia el objeto de su amor.

D. Sancho encontró á María mas triste y al mismo tiempo mas afectuosa que nunca. El rey no pudo ménos de estrañar aquel estado, y deteniéndose delante de la jóven, que se hallaba sentada sobre un morisco almohadon, «María, le dijo, cuando las nubes ocultan la plateada luz de las estrellas, el Dios del Cielo respira, las nubes desaparecen y las estrellas vuelven á lucir. ¿No podré yo, que soy el Dios de la tierra, á imitacion del Dios del Cielo hacer desaparecer las nubes de tu tristeza, y hacer que brillen en tus ojos las estrellas del amor en que me abraso? Si por ventura algun insolente se ha atrevido á menoscabar tu virtud, nómbramele al instante, y juro por el nombre de mi padre que me dará satisfaccion de tamaña ofensa, aun cuando fuese mi mismo hermano, mi mismo hermano Alfonso!

—Nadie; respondió María dejando caer dos perlas que se mecian en los bordes de sus párpados; nadie, señor, me ha insultado, sola yo debo ser castigada, porque me considero infeliz en un puesto que tantas hermosuras envidian.

—No me engañes, María: sé que tu alma angelical no puede ménos de inclinarse á la clemencia. Pero la piedad alienta á los traidores, y el hombre que no ama lo que su rey adora es un traidor; tú tambien tienes la culpa, porque si en vez de permanecer en esta soledad te hubieses presentado en la corte, mis vasallos te hubieran visto de cerca, te hubieran conocido y te hubieran adorado como yo. Pero no es tarde todavía, ángel de mi vida, radiante Sol de hermosura y de candor, sígueme, y los rayos de tu hermosura no tardarán mucho en inflamar los corazones de los que se atrevan á menoscabar tu virtud y tu decoro.

—Nunca; por piedad, esclamó María arrojándose á sus pies, nunca, señor. Si tuviera que pediros alguna gracia, sería que permitieseis me retirase á un convento, y no permaneceria entónces entre vos y vuestro pueblo, porque sucederia alguna desgracia.

—Veo que me engañabas, María, y veo tambien que alguno ha tenido el atrevimiento de darte consejos: en nombre del Cielo nómbrame al que ha tenido el atrevimiento de amenazarte.

—Si fuese una amenaza, vendria, señor, de muy alto para que pudieseis castigar al que la ha hecho. Pero tranquilizaos, no es una amenaza, es una ilusion, es un sueño.

—¡Un sueño, María! ¡Cuánto siento no haberme hecho acompañar por el rabino Ismael. Esplica los sueños como los esplicaba José, y hubiera descifrado el que ha atormentado tu corazon y entristecido tu semblante.

—Era tan claro mi sueño....

—Y te pronosticaba males y desventuras..... Sin duda no esperaba que mi presencia le incomodase, porque le hubiera dicho que mentia. Pero eso no es nada; olvídalo, mi amor, ven conmigo y el placer disipará esa ilusion que te atormenta, con la misma velocidad con que el Sol disipa las negras nubes que cortan el paso á sus relucientes rayos.

—¿Y dónde vais, señor?, preguntó María con inquietud.

—¿Dónde? A caza.

María se puso pálida, y con voz balbuciente le dijo:

—¿Vais solo?

—Solo con tu hermano.

—Dios mio, Dios mio, qué presentimiento: cuán ciertos eran mis sueños!

(Se continuará.)

TEATRO PRINCIPAL.

Isabel de la Paz.

Aunque ofrecí en el número anterior hacer un exámen de esta obra dramática en el presente, visto el efecto que ha causado en el público su ejecucion, y habiendo oido á la generalidad de este mismo público hablar de un modo contrario á lo que yo opino acerca de ella, no juzgo oportuno cumplir lo que ofreciera; porque si bien pienso de diverso modo, creo mas infalible la opinion del público que la mia. Solo sí diré que me parecieron intempestivas é importunas ciertas risas, que cada vez que se nombraba á *Montigni*, (uno de los personajes del drama) conmovian al auditorio, solamente porque en la orquesta habia un músico del mismo nombre! ¿Llegará por ventura el dia en que vayamos al teatro para escuchar con atencion las obras dramáticas que en él se presenten (siempre que estas lo merezcan), y no á reirnos de sandeces como las del jueves pasado? Como quiera que sea, ISABEL DE LA PAZ, segun mi entender, debe ser escuchada con mas atencion, para poderse juzgar de ella con acierto.

M. CAÑETE.

Al hacer el ajuste de este segundo pliego, no se ha podido dar cabida á la conclusion de la NOVELITA DE ACHILLE GALLET, *que ofrecimos en nuestro número anterior, y que insertarémos sin falta en el venidero.*

ERRATAS.—*En el núm.* 6, *pág.* 82, *columna primera, linea* 6 *de abajo, donde dice* tocencs *léase* focenses:—*linea* 2, *donde dice* donos *léase* dorios:—*en la misma, donde dice* Tocida *léase* Focida.

ÍNDICE.—Antigüedades; sepulturas de los romanos, y de los primeros cristianos.—La indecision; *poesía.*—La causa de mi amor; *soneto.*—Ines, cuento del siglo XVII.—A una mujer; *poesía.*—D. Martin de Freytas; *novela histórica; continuacion.*—Teatro principal; Isabel de la Paz.

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,
calle de S. Francisco, núm. 58.

vas, sino imprudentes las mas de ellas: el rey debia saber que el tesoro de la casa real quedaba exhausto, y que los reyes sus sucesores, si habian de sostener la grandeza y el oropel que á una tan elevada posicion corresponde, era necesario que aun de lo mas preciso se priváran.

Diego. Sí; pero el rey sabia tambien que queria reinar, y que repartiendo sus riquezas lograria captarse las voluntades de los grandes, que tan necesarios le eran, y que de otro modo jamas le hubieran prestado su ayuda, en unos momentos para él tan críticos.

Alonso. Muy á fondo parece que te hallas informado de esos pormenores, amigo Diego Henriquez; y á fé que pudiera haberse acortado un tanto en sus liberalidades tan magnánimo señor, reservando algo para sí ya que por su posicion necesitaba repartir sus tesoros para halagar á los grandes que habian de sentarle en el trono. Pues qué ¿no es mengua para un rey venir cansado de una faena que le sirve de recreo, y en vez de encontrar en una frugal mesa grato solaz á sus dolencias hallarse con que carece de los necesarios alimentos? Un señor de vidas y haciendas, que puede á su antojo y segun le plazca disponer de ellas, mendigará de sus vasallos una cosa que ellos por toda ley divina y humana tienen obligacion de prestarle, cuando él por las muchas liberalidades de sus antecesores, y aun por las suyas propias, ha menester de esos recursos? Holgárame mucho de ser rey en las presentes circunstancias, que yo sabria cortar de raiz una tan dañadora semilla, y enfrenar el orgullo de esos nobles.

Pero. Pero quizás esos mismos grandes á quien tanto culpais, no sepan á fondo el deplorable estado de las rentas de la corona; que si tal supiesen, serian perjuros para con su rey (á quien rindieron homenaje como á señor que es de vidas y haciendas), si no le favorecieran con sus bienes.

Alonso. Pues si no son perjuros, inventad un nombre que bien les cuadre, porque todos, incluso el noble arzobispo de Toledo, saben la miseria del rey, y ninguno atiende con lo mucho que, en la mala administracion de los bienes de nuestro señor durante su minoría, han usurpado, á remediarla.

Fernando. Pues ved ahí una cosa que no perdonaré jamás: que un ministro de la Iglesia, que debiera dar ejemplo de santidad, se entrometa en las cosas mundanas, y celebre en suntuosos banquetes su destreza en engañar al soberano, es para mí una falta que nunca el prelado de Toledo podrá borrar. Mas me han dicho tambien, que D. Enrique de Aragon, señor de Villena, de Cangas y de Tineo, asistirá al convite, y me estraña mucho que un tio del rey que tanto debe á su sobrino, sea del partido de los que en poco le tienen.

Diego. D. Enrique de Villena con sus cábalas y con su ciencia ha

logrado engañar al rey nuestro amo, imponiendo respeto á los demas grandes por su saber.

Pero. Pues lléveme el diablo si algo entiendo de esa jerga, porque el pueblo dice que D. Enrique estudia la nigromancia, y que es uno de los mas doctos judiciarios que se conocen; ello en fin posee un crecido número de volúmenes, conocidos de pocos, y de muchos ménos entendidos.

Fernando. Y diz que es grande entendedor de la gaya sciencia, y que prepara una querella para presentarla en las cortes de amor de Aviñon.

Alonso. Mas le valiera atender á los negocios del estado, y socorrer con sus muchas rentas al monarca, que gastarse el tiempo en floreos y en fruslerias que de nada sirven. Porque en suma, ¿qué es lo que vale su mentida ciencia? Coja la lanza, cúbrase con el peto y el espaldar, coloque el yelmo sobre su cabeza, y salga por tierra de moros batiendo á los enemigos de la fé; que eso le dará mas gloria que todas las trovas, que en esa maldita lengua provenzal se han compuesto.

Diego. Cada cosa á su tiempo, Alonso Perez: cuando hay paz, un caballero fino y galan debe obsequiar á las damas, y estas gustan mucho de las trovas. D. Enrique de Villena es un caballero muy galan.

Alonso. Ménos cuando se trata de su esposa.

Diego. Tal vez tienes razon en lo que dices, pero la tarde va declinando, y el rey nuestro señor no vuelve aún de su cacería, lo cual siento bastante, pues como soy Diego Henriquez, que quisiera asistir como espectador á ese suntuoso banquete.

Alonso. Sí: otra de las magnanimidades del arzobispo, ha sido permitir al pueblo que asista á verle cenar, y á contemplar ansioso la abundancia de manjares que inundará sus mesas cubiertas de plata y oro.

Fernando. Pues no son ciertamente esos grandes como nuestro señor, que parte con el pueblo su escasa renta, porque mira en él un infeliz que sufre en silencio el pesado yugo de esos magnates: y ya en las cortes de Madrid, hizo presente, que su empeño era *amparar á los pequeños contra las demasías de los grandes.*

MANUEL CAÑETE.

ANÉCDOTA.

El bizarro marqués de ***, hallándose de embajador por la corte de España cerca de la de Inglaterra, fué admitido un dia en el gabinete de la reina. Su silencio y su melancolía persuadieron á aquella soberana á que el marqués sustentaba una pasion desgraciada; y en un tono bastante espresivo le dijo que deseaba ver el retrato del dulce objeto que le habia inspirado aquella profunda tristeza. El marqués calló, y al dia siguiente envió á la reina un primoroso espejo.

La Vida.

A mi amigo D. Domingo Féros Loureiro.

Amemos, que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.

JÁUREGUI.

La Infancia.

Ley suprema de natura
En este suelo es llorar,
Que preciso es apurar
El cáliz de la amargura.
Lágrimas vierte la aurora
Al brillar con sus albores,
Y al nacer entre dolores
El infante tierno, llora.
Mas seno de vida henchido
Le consuela en su dolor,
Seno de vida y de amor,
Y queda el niño adormido.
Duerme, duerme, hermoso niño,
En el gremio maternal;
¿Hay dicha á la tuya igual
Siendo el hijo del cariño?
Derrama dulce beleño
En tí la voz melodiosa
De tu madre, que amorosa
Arrulla tu infantil sueño.
Y cuando tus ojos bellos
Abres á la luz del dia,
Llena de amor y alegría
Tu madre se mira en ellos.
Con sus pechos te alimenta,
Con sus labios te acaricia,
Y del amor la primicia
Coge en los tuyos contenta.
Y tú con blanda sonrisa
Pagas su amor y desvelo,
Porque entre ella y el cielo
Tu madre queda indecisa.
Goza, goza, tierno infante,
Los albores de tu aurora,
Que si el hombre al nacer llora,
Llora entónces un instante.

La Puericia.

En prado risueño
El niño gentil
Placer bullicioso
Respira feliz.

Veloz cabritillo
Que acorre al redil
Triscando, le incita
Su huella á seguir.
Fugaz mariposa
Que pinta el abril,
Al niño enamora
Con vuelo sutil.
Entónces donoso,
Con faz de carmin,
El prado cruzando
Intenta la asir.
Su rico penacho
Le vió relucir
Y el ala pomposa,
Cual ledo pensil.
Mas oye el gorgeo
De fiel colorin
Que á tiernos hijuelos
Comienza á instruir.
Al canto responden,
Del nido al salir,
Y en torno revuelan
Mil veces y mil.
Y el niño se agita,
Y en dulce reir
Al árbol poblado
Anhela subir.
¡Oh niño inocente,
Que en juego pueril
La dicha encontraste!
Detente, ¡ay de tí!
Si el aura apacible
Que infunde el vivir
En pura mañana,
Te halaga infantil;
El dia te aguarda
De triste gemir
Que envidies el prado
Dó fuiste feliz.

La Pubertad.

Límpido y manso riachuelo,
Que abarca en su fondo al cielo,
Besa el prado encantador;
Y á ganar la opuesta orilla,
En leve y frágil barquilla,
Navega el niño veloz.
Jardin riente y florido
Mira el niño conmovido
Que le ofrece su verdor;
Ya toca el fin anhelado:
Niño *adios* díjole al prado,
Jóven al jardin llegó.

La Juventud.

¿Es terrenal paraiso
Este suelo de ventura
Dó arrivar el niño quiso,
Y dó su ardiente natura
Le inspira amor de improviso?
En vano la fresca rosa,
De gruesas perlas ceñida,
Soberana y ostentosa
Con su brillo le convida
Y con su faz olorosa.
Por otra cándida flor
Su pecho dulce suspira:
Por otra crece su ardor
Y ya su mente delira:
¿Sabe el novel qué es amor?
¡Ay! ¡pluguiese al pio cielo
No ablandar el corazon
En este mísero suelo,
Donde al brotar la pasion
Se vierte llanto sin duelo!
Mas tú, jóven, presuroso,
En ese encantado Eden,
Corres trasúdolo hermoso,
Corres en pos de tu bien:
Héle allí, sé venturoso.
Derramando los amores,
Dulce y pura, cual estrella,
Aparece entre verdores
Donosa vírgen y bella,
Que dó pisa nacen flores.

la ciudad para retirarse al campo, y tuve el gusto de que consintiera, para lo cual compré en su nombre á los alrededores del bosque de Bolonia una encantadora casa de campo. Púsele una magnífica biblioteca, escogí una pequeña sociedad, con tanto cuidado como la librería, de cuya reunion llegó á ser nuestro amigo Julio, con sus acostumbradas *importancias*, el miembro mas importante; últimamente, la hice adoptar una vida dulce, apacible, de todos modos conveniente á su situacion.

Bajo la influencia de esta vida toda de calma y de tranquilidad, de tan bello cielo y tan seductora naturaleza, empezó Clara á volver á la vida, y yo feliz con esta ventura que consideraba obra mia, gozaba de una satisfaccion interior; cuando recibí carta de mi madre, de mi vieja madre, que enferma, quizá en sus últimos momentos, y á doscientas leguas de mí, deseaba ver, abrazar á su hijo. Desde este tiempo de funesta memoria (Abril de 33) el *cólera* estendia sus malditas alas en las dos estremidades de Francia. Mi madre, anciana y débil, iba á ser quizá víctima; era, pues, preciso partir en el momento mismo. Fuí á encontrar á Clara, y la divisé en el fondo del jardin pensando sobre la lectura de la nueva Heloisa de J. J. Rousseau, que tenia en la mano.

—Vengo á despedirme de vos, Clarisa, la dije; y de repente sobresaltada dejó caer el libro.

—Despediros! me respondió con un acento conmovido.

—Tened, leed esa carta, y pensad si puedo no hacerlo.

Tomó temblando el billete; le recorrió prontamente con sus ojos, despues levantando su rostro hácia mí, mas pálido que de ordinario, respondió:

—La súplica de una madre es sagrada; partireis, Eduardo, pero en vez de viajar solo, tendreis un compañero de viaje, sobre el cual no pensabais.

—¿Qué quereis decir?

Permaneció entónces silenciosa, y poco satisfecha de no ser comprendida; el rubor de su situacion coloreó un momento sus pálidas mejillas; despues fijando sus negros ojos sobre los mios:

—Queria decir, repitió con firmeza, que Clara vuestra amiga, vuestra hermana hoy, puede desde mañana ser vuestra esposa y acompañaros donde quiera que el destino os guie.

Entónces lo comprendí todo; entónces me ví frente á frente con la mas dulce ilusion de mi vida.

—Oh! ¡pero esto es imposible! decia yo; Mis Clara, tan noble, tan rica dar el título de esposo al pobre Eduardo, sin un nombre esclarecido, sin rango ni fortuna, con la esperanza solo de un artista!....

—¿Y yo qué tenia, me dijo bañada en lágrimas, cuando me arrancasteis de mis verdugos? ¿Cuál era mi porvenir? — Callad, por Dios, Eduardo, bien debeis conocer que nunca podria pagar mi deuda... Para siempre! esclamó llevando mi mano á su pecho.

—¡Para siempre! repetí enardeci-

do, besando con la mayor viveza la linda y blanca mano que estrechaba la mia.—

Cuatro meses despues, mi madre estaba restablecida y capaz de figurar en la danza popular que finalizó nuestras bodas y en la cancion de la *marsellesa*, propia de mi pais.

J. Montadas.

LAURA Y LA MARIPOSA.

Bajo un cielo el mas sereno
Y en un valle solitario,
La jóven Laura moraba
Léjos del humano trato;
Sin saber de las ciudades
Los bulliciosos cuidados,
Sin conocer de los hombres
Los fementidos halagos,
Vía deslizarse puros
Los dias, meses y años,
Tan puros como su pecho,
De la inocencia altar santo.
Una cariñosa madre,
Con solícito cuidado,
De virtud por el sendero
Iba á la virgen guiando:
Respiraba sin zozobras
Sin anhelo un aire sano,
Para su salud tan bueno
Como para sus encantos.
Si encendidas se notaban
Sus mejillas de alabastro,
Rosas eran que el pudor
En su rostro ha dibujado.
Aun no torpes espresiones
Hirieran su oido casto,
Ni de adulador rastrero
El acento almibarado
En mal hora le insinuára
Que es de belleza un dechado.
Sobre un tapiz fresco y muelle
De lirios, trébol y acanto,
Al márgen de un arroyuelo
Sentada estaba formando
Una vistosa guirnalda;
Y en el cristal terso y claro,
En que se ve retratada,
Su rostro de cuando en cuando
Inocente comparaba
Con los claveles del ramo.
Una mariposa entonces
Tambien el matiz variado
De sus rozagantes alas
Altiva ostenta girando
Con leve é incierto vuelo,
De la inconstancia retrato.
Todo la atrae; pero nada
Consigue fijar su paso,
Y hace cual conquistadora
Al pensil su tributario.
Hora á la humilde violeta
Abre el seno recatado,
Hora al tulipan soberbio
Calca el pétalo acendrado;
Con ala versátil luego
Huye, y pára en el nevado
Cáliz de erguida azucena
El dulce néctar libando:
Desdeña la abierta rosa,
Mas prodiga sus halagos
Al pimpollo que le niega
Su seno y aroma blando.

Ve Laura el brillante insecto,
Y en sus arreos pintados
De azul, de púrpura y oro
Fija los ojos pasmados.
Del tierno pecho impaciente,
Que arde en ansias de pillarlo,
Se exhala un hondo suspiro,
Un primer suspiro acaso.
Mas leve que el cervatillo
Que huye de fiero leopardo,
Corre la verde pradera
En pos del insecto alado.
Él tiene el incierto vuelo,
Y ella con trémulo paso,
Sin respirar, ya se acerca....
Ya llega.... estiende la mano....
Pero el soberbio volátil
Lánzase al aire liviano:
Siendo espuela la esperanza,
Y aguijon el desengaño,
Con mas ardor le persigue
Que ántes de haberla burlado.
El infiel sobre el capullo
Pósase de un amaranto,
Acéchalo Laura, vuela....
Ya le tiene aprisionado.
Sacude el triste las alas,
Se agita y en tono amargo
A la cruel que lo ha preso
Así le dice acuitado:
«Vuélveme la libertad,
»¡Oh reina de las zagalas!
»Que el tornasol de mis alas
»Forma toda mi beldad:
»En mí nada es realidad,
»Todo es engaño y falsía,
»Y es tal la desgracia mia
»Con tan brillante apariencia,
»Que es mi precaria existencia
»El pasatiempo de un dia.»
Dijo, y la cándida jóven
Se enternece, abre la mano,
Y escápase por los aires
El cautivo alborozado.
Suspira ella, y en un bucle
De sus cabellos, ufano
Él meciéndose la dice
Con acento enamorado:
«Respiras, Laura querida,
»En este valle dichoso
»La inocencia y el reposo
»Único bien de esta vida:
»Ya del pueblo te convida
»El bullicio seductor,
»En él verás al amor
»Hecho instable mariposa
»Volar de hermosa en hermosa
»Como yo de flor en flor.
»Si por un fatal acaso,
»Deslumbrada con su brillo,
»Tu pecho intenta sencillo
»Fijar su inconstante paso;
»Medita bien, Laura, el caso,
»Templa tu pasion fogosa,
»Pues cuando juzgues dichosa
»Ganar la palma anhelada,
»¿Qué habrás alcanzado? — nada,
»Coger una mariposa.»

Pedro C. Labat.

Versos improvisados á bordo del Coriano.

Brilla entre nubes el Sol
Teñida su faz de grana,
Yace el mar tranquilo y puro
Y apénas suspira el aura:
Torrentes de luz arroja
El astro rey, que en las aguas
Olas forman de topacios
Entre otras olas de plata;
Miéntras yo contemplo absorto
Tal belleza sobrehumana,
Y á Dios bendigo en sus obras
Porque hizo el Sol y las aguas.

3 *de Enero de* 18⅓0. — M. Cañete.

D. MARTIN DE FREYTAS.

Novela histórica.

(*Continuacion.*)

—Siempre tu sueño, murmuró el rey haciendo un movimiento que espresaba su impaciencia. Vamos, María, esplícame ese sueño; ¿no tiene mi amor derecho á tus pensamientos del dia? ¿pues por qué me has de ocultar los pensamientos que te atormentan por las noches?

—¡Cómo reconozco en vos, Señor, esa bondad que todos desconocen, porque se oculta en el fondo de vuestro pecho! En vez de reir de mi debilidad empleais vuestro ascendiente para combatirla. No os burlareis de mí ¿no es cierto?

—De ninguna manera, mi bien, ya te escucho.

—Pues bien, Señor. Os habiais aparecido en mi sueño tal cual sois en realidad, me habiais propuesto, como acabais de hacerlo, que fuese vuestra compañera en una partida de caza, yo habia aceptado, y cabalgaba al lado vuestro orgullosa al considerar vuestra interesante figura y vuestra destreza, diciéndome á mí misma que si no hubiérais nacido rey los pueblos os hubieran elegido por su soberano.

—¡Cómo me lisonjeas!

—No lo creais; os digo la verdad, ó al ménos si no os la digo os manifiesto lo que pienso; vos cabalgabais tambien al lado mio, cuando entramos en un sombrío bosque; vuestros perros hicieron saltar un gamo. Le persiguieron con grandes gritos de alegría, yo le perseguí tambien, pero triste y como impelida por un poder sobrenatural; yo queria dar voces, queria detener al caballo que me arrastraba, y queria sin saber por qué deciros que no persiguiéseis á aquel desventurado animal; yo no tenia voz, me habian abandonado las fuerzas, y ántes se hubiera hecho pedazos mi pecho que pronunciar un solo sonido. Finalmente, despues de una carrera, cuya longitud no pude calcular, y en la que nuestros caballos cual si tuviesen alas escalaban montes, atravesaban rios, y saltaban precipicios; el desventurado gamo empezó á cansarse, y lo mas estraño era que siguiendo la caza que estaba demasiado léjos para que pudiese verla yo, la observaba jadeando, arrastrándose y pegando saltos de desesperacion cada vez que los ladridos de los perros y las bocinas de los monteros se oian mas próximos adonde se hallaba. De repente una flecha partió de entre unas zarzas sin que yo pudiese ver el brazo que la habia lanzado, y el gamo herido en la espalda dió todavía algunos pasos, cayó despues sobre sus rodillas y se revolcó en su sangre, á medida que se acercaba la hora de su muerte. Vos, Señor, habreis tenido alguna vez sueños en que lo verdadero y lo falso, lo fantástico y lo positivo se confunden de tal suerte que es imposible distinguir la realidad de la ilusion. Cuando la hora de su muerte se acercaba, sus miembros, que aumentaban en volúmen, dejaban de ser los de un animal, y tomaban la forma de los de un hombre; algunos momentos despues de aquella metamorfosis, di un agudo grito: habia reconocido á mi hermano atravesado el costado por una flecha, y que en su última convulsion hizo un esfuerzo para volverse hácia donde yo me hallaba, y me dijo:

«María! María! cuidado en el monte!» y al momento espiró.

—¡Debilidad! contestó D. Sancho: ¿no reconoces en ese sueño fantástico las incoherentes visiones de la noche?

—Nó; de ninguna manera, prosiguió María. Debeis creerme. He soñado otras veces y ninguno de mis sueños me ha causado tan grande impresion; no desprecieis este aviso. Mis fantasías anteriores no tardaban en desaparecer de mi imaginacion, el cuadro en que se contenian sus montes, sus precipicios y sus paisajes desaparecian; cuando el Sol empezaba á dorar con sus vivificadores rayos la superficie de la tierra, desaparecian como una columna de humo arrastrada por el viento, miéntras que hoy lo veo todo como cuando soñaba: el cadáver de mi hermano está tendido al pie de una roca coronada de abetos, cerca de un estanque en que se reunen las aguas de una cascada, frente de la que hay una antigua ermita arruinada por los moros y que ostenta en su carcomida torre una cruz hecha pedazos. Creedme, Señor, ya esté despierta ó yazca en brazos del sueño, todo esto se presenta á mi vista, lleno de realidad, y no hace mas que atormentar mi corazon....

—Yo puedo considerarme feliz, porque tu sueño amenazando á tu hermano haya respetado los encantos de mi hermosa María: si así no hubiera sucedido, confieso que no estaria tan tranquilo.

—No he concluido todavía, Señor; y me interné mas y mas en mi ensangrentado sueño. La caza continuó, porque parecia que yo sola era accesible á los deseos de aquella vision; yo continuaba sin hablar y siempre conducida por una fuerza superior, seguí mi carrera por los bosques, y los perros no tardaron en levantar una cierva blanca que descendió á la llanura con toda la velocidad de su carrera; se reprodujo la escena que tuvo lugar con el gámo, y como parecia que yo estaba dotada de vista segura pude seguirla al traves de las mil vueltas que daba para engañar á los perros; entónces yo era quien participaba de sus temores; yo era quien temblaba á cada ladrido de los perros y á cada sonido de la bocina. Nos aproximamos á la cierva, una flecha se introdujo en su cuerpo, y al mismo

tiempo que yo sentí un agudo dolor en mi costado, su sangre tiñó su blanquísima piel, y yo vi mis vestidos tambien salpicados con mi sangre; una segunda flecha se clavó en su costado izquierdo y un dolor agudo y mortal sentí en mi corazon: la sangre brotó de aquella segunda herida como habia brotado de la primera. La cierva cayó dando lastimosos bramidos; un hombre se acercó á ella con un cuchillo en la mano; la presencia de aquel hombre me causó tanto temor como si se hubiera acercado á mí; se aproximó á la cierva, y á pesar de sus gemidos, sin fijar la vista en mí, que le hacía señas para que no la matase, sepultó su cuchillo en la garganta del animal, y yo sentí que aquel instrumento cortante entraba frio como el mármol en mi pecho y rasgaba mi corazon. Dí un grito y desperté; á pesar de estar despierta creia que estaba herida, lo creí largo tiempo, miré en derredor mio, busqué el sitio donde se habian clavado las flechas, y me pareció que el sudor en que estaba anegada era la sangre que brotaban mis heridas. Ya veis, Señor, continuó María poniendo las manos en los indicados parajes; las heridas eran aquí y aquí; es una ilusion, es verdad; pero yo padezco demasiado, y pienso que voy á morir. Os suplico que tengais piedad de mí, y no vayais á caza, porque estoy cierta que si hubiera continuado mi sueño, despues de la muerte de mi hermano, despues de la mia, erais vos la víctima que quedaba por sacrificar.

—Dicen, María, respondió el rey, que las fantasmas huyen cuando se las persigue. Harémos lo mismo con tu sueño; irémos á caza, y verás cómo desaparece.

—Nó, no lo creais de ninguna manera.... á ménos que no lo mandeis: soy vuestra vasalla y obedeceré vuestras órdenes. Pero nó, yo no iré; y si quereis creerme, no vayais tampoco.

—Tú harás lo que gustes, mi querida María, y no lo que yo quiera. Si crees que viniendo en mi compañía te amenaza alguna desgracia quédate aquí, luz de mi vida. Quiero evitarte hasta la idea del temor. Cuando vuelva nos verémos, y todo lo habrás olvidado, escepto nuestro amor. Adios, hasta mas ver.

María permaneció algunos instantes estrechada entre los brazos de D. Sancho, cerrados sus ojos y entreabiertos sus labios, como si estuviese desmayada: al cabo de algunos momentos su pecho se ensanchó, lágrimas abundantes brotaron de sus ojos y prorumpió en sollozos. D. Sancho empezó á titubear en su resolucion, permaneció un momento pensativo, y creyendo que su amada le ocultaba algunas noticias que hubiera podido saber:

—María, le dijo, es imposible que un sueño atormente en tanto grado tu corazon: descúbreme lo que tienes, y permaneceré á tu lado.

—Nó, nó, respondió María, id á caza, no tengo mas que deciros; pero volved pronto, pues mi espíritu no estará tranquilo hasta que os vea de vuelta y al lado mio.

Tus deseos son órdenes para mí, rocó D. Sancho. En vez de adelarme á Castell o Branco no llemas que hasta Salcedar, y en de permanecer ocho dias no esmas que tres. Adios pues, hasta tro de tres dias.

María le despidió con una mila, porque no podia hablar; los lozos embargaban su voz, le sió con la vista hasta que salió de la casa, corrió despues á la ventana para saludarle por última vez, y D. Sancho torció la esquina de la calle. María permaneció inmóvil, fijos sus ojos en el mismo sitio y como si aguardára volverle á ver.

En aquel tiempo tenian lugar en Lisboa escenas que no dejaban de justificar los presentimientos de María.

III.

Los nobles habian correspondido diligentemente al llamamiento de D. Manrique de Carvajal, y como era un caballero rico y poderoso nadie estrañó ver entrar en su casa un tan crecido número de personas; pero el dia siguiente fué grande el asombro y admiracion de los habitantes de Lisboa al ver multitud de obreros que se ocupaban en levantar un dadalso en la llanura que se estiende desde la ciudad hasta la vecina cordillera de montañas. Como todos ignoraban el motivo de la ereccion de aquel patíbulo, no podian por ménos que detenerse cuantos por allí transitaban. Por otra parte, los curiosos de la ciudad sabedores del trabajo que se habia emprendido en el campo inmediato á ella, corrieron hácia el sitio designado; así es que desde el mediodía un gentío considerable ocupaba ya aquel vasto recinto aguardando el éxito de aquella construccion.

La obra se concluyó á las diez: en seguida se estendió sobre el tablado y gradas una magnífica alfombra, sobre la que se colocó un trono decorado con las armas de Portugal y semejante en un todo al del monarca. Sobre el trono colocaron la estatua del rey D. Sancho II, adornada con la corona, el cetro y con la espada de la justicia: la estatua estaba cubierta con el manto real, sobre el que brillaban las insignias de la magestad: una comparsa de escuderos y una tropa de soldados se dejaron ver; los primeros que llevaban los pendones de sus señores, subieron las gradas y se colocaron detras del trono inclinando sus banderas ante el estandarte portugues; los segundos formaron cuadro en derredor del patíbulo; y de esta manera permanecieron con gran admiracion de los espectadores, hasta que á eso de mediodía la nobleza de Lisboa que acababa de oir misa devotamente salió de la iglesia conducida por D. Manrique de Carvajal; llevaba en medio á D. Alfonso, hermano segundo de D. Sancho, á quien todos hacian en Cataluña y que de resultas de un mensaje que ocho dias ántes habia recibido se puso en camino, y secretamente habia llegado á Lisboa. Se dirigió hácia la pradera, precedida de una música marcial como si marchase á una batalla ó fuese á

asistir á una fiesta, y seguida de un gentío mucho mas numeroso que el que poblaba el lugar de la escena. Los soldados abrieron paso para facilitarlo á aquella noble asamblea. D. Manrique de Carvajal y el arzobispo de Évora se colocaron á los lados del trono, los demas caballeros lo verificaron en las gradas, y á di tancias que manifestaban el rango que cada uno pertenecia: un preg nero se adelantó hasta la última gr da, los clarines reclamaron el sil cio; los nobles desenvainaron su padas, y el pregonero pronunció e tas palabras.

(*Se continuará.*)

¿Se acabarán los enredos?

Con este título se ha representado en el *teatro de Málaga* una comedia en dos actos, primera produccion de nuestro amigo y colaborador D. Luis de Olona, cuyo éxito ha sido sobresaliente. Despues de concluida, el público entusiasmado pidió el nombre del autor, y que se presentase á recibir las muestras de su aprobacion: presentóse al fin el jóven Olona en medio de estrepitosos aplausos, y nosotros, que somos sus verdaderos amigos, le damos la mas sincera enhorabuena por tal triunfo, que no debe en manera alguna embriagarle, y sí servirle de estímulo para seguir una carrera que con tan brillante éxito ha empezado. —Los periódicos de aquella ciudad al hablar de esta produccion se espresan en los términos siguientes:

«Un jóven de corta edad que ha podido concebir y desenvolver un plan, sencillo sí, pero ligero, g cioso, original, sostenido hasta la tima escena, desenvuelto con gra y naturalidad, enlazado con art terminado sin esfuerzo, bien me ció que el público le llamára á escena para recompensar sus tare

.....

«El señor Olona es ingenuo, dóc desconfiado de sus propias fuerza trabajador: dotes recomendables pueden conducirle á una posici brillante en la carrera dramáti ¡Ojalá poseyéramos muchos jóve semejantes, para gloria de nues patria y satisfaccion de nuestro pa

Deseamos, pues, llegue á nue tras manos esta obra, que se halla prensa segun creemos, para pod unir nuestra voz, con conocimie de ella, á los que la han tributad elogios.

M. Cañete.

INDICE. —Escena de un drama inédito, titulado *Enrique III.* — Anécdota. — La vida; *poesía*.— Novelita original de Aquille Gillet; *conclusion* — Laura y una mariposa; *poesía*. — Versos improvisados á bordo del *Coriano*.—D. Martin de Freytas; *novela histórica; continuacion*. — ¿Se acabarán los enredos?, *artículo sobre una comedia de este título*.

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,
calle de S. Francisco, núm. 58.

END OF FILM

PLEASE REWIND